

Colección
Horacio Lúñiga Anaya
La luz del conocimiento

TOMO VIII



*N*ovela

EL HOMBRE ABSURDO (1935)

JORGE OLVERA GARCÍA
(COORDINADOR)



UAEM | Universidad Autónoma
del Estado de México



COLECCIÓN HORACIO ZÚÑIGA ANAYA
LA LUZ DEL CONOCIMIENTO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

Dr. en D. Jorge Olvera García
Rector

Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca
Secretario de Docencia

Dra. en Est. Lat. Ángeles
Ma. del Rosario Pérez Bernal
Secretaria de Investigación
y Estudios Avanzados

Dr. en D. Hiram Raúl Piña Libien
Secretario de Rectoría

Dra. en D. María de Lourdes Morales Reynoso
Secretaria de Difusión Cultural

M. en C. Ed. Fam. María de los Ángeles
Bernal García
Secretaria de Extensión y Vinculación

M. en E. Javier González Martínez
Secretario de Administración

Dr. en C. Pol. Manuel Hernández Luna
Secretario de Planeación y Desarrollo
Institucional

M. en A. Ed. Yolanda E.
Ballesteros Senties
Secretaria de Cooperación Internacional

Dr. en D. José Benjamín Bernal Suárez
Abogado General

Lic. en Com. Juan Portilla Estrada
Director General de Comunicación
Universitaria

Lic. Jorge Bernaldez García
Secretario Técnico de la Rectoría

M. en A. Emilio Tovar Pérez
Director General de Centros Universitarios
y Unidades Académicas Profesionales

M. en A. Ignacio Gutiérrez Padilla
Contralor Universitario

Horacio Lúñiga Jnaya
La luz del conocimiento

JORGE OLVERA
(COORDINADOR)



TOMO VIII
NOVELA



UAEM | Universidad Autónoma
del Estado de México

“2016, Año del 60 Aniversario de la Universidad Autónoma del Estado de México”

“2016, Año de Leopoldo Flores Valdés”

Primera edición, octubre 2016

El hombre absurdo (1935)

Jorge Olvera García (coordinador)

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: (52) 722 277 38 35 y 36

<http://www.uaemex.mx>

direccioneditorial@uaemex.mx



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución 2.5 México (cc by 2.5). Para ver copia de esta licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación:

Olvera García, Jorge (coord.) (2016), *El hombre absurdo* (1935), México, Universidad Autónoma del Estado de México.

ISBN 978-607-422-756-7: Colección Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento

ISBN 978-607-422-763-5: Tomo VIII Novela: *El hombre absurdo* (1935)

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

DISCURSO DE PRESENTACIÓN

PRONUNCIADO POR EL DR. EN D. JORGE OLVERA GARCÍA, RECTOR DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO, EL 13 DE SEPTIEMBRE DE 2013 EN LA VELADA LUCTUOSA SOLEMNE EN HONOR AL MTRO. HORACIO ZÚÑIGA ANAYA.

Poeta, tu Universidad te canta, te honra y te respeta, de la misma forma en que tú lo hiciste, del mismo modo en que tú cantaste los más profundos versos y la más sugestiva prosa.

Así, de esta manera, ponemos a vuelo tu maravillosa imagen de hombre libre, de varón coherente, de bardo silencioso, pero al mismo tiempo lleno de estruendosos motivos.

Poeta de Toluca, orador del Instituto, a ti te recordamos con un *Laurel y un Crespón* porque sabes y sabes bien, que la juventud a la que tanto amaste y tu vida diste, sabrá recoger las semillas sembradas en los muros perpetuos de la ahora Universidad republicana, libre y autónoma de tu solar nativo.

- Con tu venia, Maestro, orador y poeta Horacio Salvador Zúñiga Anaya.
- Honorable Consejo Universitario.
- Señoras y señores integrantes del Honorable Colegio de Directores.
- Mi sincero saludo a una universitaria de amplio valor humano y profesionista exitosa, Lic. Martha Hilda González Calderón, Presidenta Municipal de Toluca.
- Saludo a quien tuvo el enorme privilegio de compartir miles de experiencias con el Maestro Zúñiga; a su secretario y amigo Gonzalo Pérez Gómez.

- Saludo también, a una promotora incansable de la obra de Horacio Zúñiga y de uno de sus discípulos más distinguidos José Muñoz Cota; le reiteramos que esta Máxima Casa de Estudios es casa de mentes libres como la de Alicia Pérez Salazar.
- Mi saludo a los integrantes del Honorable Cabildo de Toluca.
- Mi reconocimiento a los líderes sindicales de la FAAPAUDEM y SUTESUDEM, gracias por su presencia.
- Saludo al Gabinete Universitario.
- Destaco la presencia del cronista de nuestra noble Institución, maestro Inocente Peñaloza García.
- Poetas, escritores, investigadores y comunidad de oradores que se dan cita para honrar la memoria del ilustre Horacio Zúñiga.
- Sociedad mexiquense, sociedad de Toluca.
- Universitarios todos:

“Horacio... hermano mío, te traigo mi palabra emocionada... porque la huida de tu espíritu no es sólo para mí, como para todos, la fuga de una entidad de excelencia que tuvimos el privilegio de sentir junto a nosotros, tú y yo hicimos juntos la vela de nuestras armas literarias y juntos nos lanzamos, como Quijotes alucinados, a desfacer entuertos”... Así despidió Enrique Carniado a su amigo entrañable Horacio Zúñiga.

Del mismo modo y sin punto de comparación, hoy recordamos que hace 57 años, la existencia del poeta de Toluca transmutó los tiempos y las eras, para cifrar su estrella en el infinito universo de la idea y la imperecedera voluntad.

Horacio Zúñiga tramontó la finita existencia humana, rompió el silencio su poesía caudalosa y libre.

Él, le dio sentido y razón a la cátedra en el Instituto Científico y Literario, ovacionado desde el primer instante en que sus alumnos escucharon su voz de

barítono, lograda a base del ejercicio que le imponían los hermanos maristas en su infancia.

Fue un hombre destinado a la cultura, nació para ser maestro, nació con espíritu de poeta, nació para dar lustre a las palabras, para defender nuestro idioma, para recrear el lenguaje que constituye y sostiene a los hombres.

Eso fue, un destinado a cumplir con el más noble de los designios, iluminar conciencias e incendiar temperamentos; cumplió a cabalidad las palabras del genial Simón Bolívar, el más grande libertador cinceló: “que el objeto más noble que puede ocupar el hombre es ilustrar a sus semejantes”.

Zúñiga cumplió y amplió el concepto de maestro, en tanto es éste, según Albert Einstein: “quien cumple el supremo arte de despertar el placer de la expresión creativa y el conocimiento”.

Maestro fuiste y serás; porque supiste ser guía del alumno, ejemplo de vida, conductor de individuos. Todos los conceptos del Maestro caben en ti y en ti se multiplican.

Si escuchamos a Platón diremos “que el Maestro es el que escoge los caminos de la belleza para llevar al discípulo a la verdad, de tal manera que su acción trascienda el apostolado y el discípulo acabe por corroborar, en el ejemplo de la vida perfecta los postulados de los labios omnisapientes y las conclusiones de la inteligencia humana”.

Enseñar sin mucho es instruir y el que tal cosa hace, puede ser profesor, catedrático, pedagogo, conferencista; pero Maestro sólo está reservado a las mentes que logran de la conducción de espíritus su apostolado.

El propio Zúñiga describe al maestro como aquel que con la sublime belleza de su palabra conjunta sabiduría, belleza y amor, las tres entidades con las que asoma al discípulo al vasto panorama del mundo, haciéndole sentir valor, responsabilidad y orgullo.

Quien impulsa elementos de pasión, de entusiasmo y de justicia, como fuerza creadora y potencia reivindicadora de los más altos timbres del espíritu humano;

quien transforma el carácter crítico en constructivo y postra como finalidad, volver humano al hombre, que es esencia viva, motor del mundo, ejemplo de civilización, centro, motivo y razón del universo.

El primer nombramiento que recibe Horacio Zúñiga como profesor está fechado el 12 de febrero de 1926.

A partir de ese momento y para siempre conquistó con vehemente vocación su fama de hombre de letras y labró su imagen de poeta, sólo eso, formalizó su condición de poeta, porque el poeta nace, la naturaleza designa la condición de cada quien y a él lo hizo poeta, para decretar la verdad, para elogiar a la belleza, para ennoblecer al hombre.

Su fácil y persuasiva expresión y la solidez de su cultura humanista y filosófica, hicieron de él un maestro carismático, arrebatador, admirado por sus compañeros y envidiado por quienes denostaban su estilo poético, sin comprender siquiera que los Titanes, que los gladiadores del verbo, hablan y escriben para estar a la altura de olímpicos diálogos, porque se entienden con lo divino y le susurran al hombre la magia eterna de la poesía.

En el Maestro Horacio Zúñiga dimensionamos primero al hombre, ya no únicamente al ser racional de Aristóteles, sino más allá, al hombre que tiene poder sobre sí mismo, al que sabe hablar y callar, y Zúñiga lo supo, al que ejercita placentero, rigidez y dureza consigo mismo.

Y él lo fue, hombre de hierro con sonoridades de cristal, galerna devastadora con trinos de ruiseñor, bélicas fanfarrias con cadenas brizadoras, halos aromados en bronceo vaso etrusco; hombre fuiste, hombre de carne y hueso que suspira, hombre soldado de las más aromáticas batallas del verbo. Hombre que sedujo a la aurora y fortísimo luchador de la verdad y la belleza hecha esencia, motor y motivo.

Hombre fuiste Horacio, a la altura de los más grandes, hombre con estatura de titán, genial ejemplo de ruiseñor armado.

Cabe el verso que otro de tus distinguidos discípulos, Octavio Paz, dedicara al poeta español Luis Cernuda:

Discurso de presentación

Ni cisne andaluz... ni pájaro de lujo.
Pájaro por las alas... hombre por la tristeza
Una mitad de luz... otra mitad de sombra
No separadas... confundidas.
Una sola sustancia
Vibración que se despliega en transparencia
Piedra de luna... más agua que piedra
Río taciturno... más palabra que río
Árbol por solitario... hombre por la palabra.

Y volvemos a Carniado: “Por eso yo te conozco a ti, como tú me conociste a mí, por ese milagro de transparencia que hizo de nuestras almas, pantalla televidente; en la que se reflejaba la secuencia de nuestro acaecer sentimental, en la que se concretaban en imágenes nuestros pensamientos y se expresaban en nuestras palabras, nuestros ideales”.

El poeta amó profundamente a Toluca, las calles de esta ciudad escucharon su voz, deslumbraron sus cúpulas con la filigrana de su verbo peregrinante; el poeta de la soledad dejó semillas regadas por las calles silenciosas y frías de su ciudad provinciana.

Se lo dijo el poeta en su oración fúnebre: “Toluca ha sido fiel a ti como tú a ella... vigila tus pasos solitarios, se ha empapado de silencios para que pudiera volar mejor el ave de tu pensamiento y; hasta en ocasiones, ha enmudecido sus campanas para no perturbar tus reflexiones”.

Junto a Enrique Carniado, Pastor Velázquez y Vicente Mendiola conforman una generación de institutenses que transformará para siempre la vida de Toluca y serán la masa pensante y creativa del Estado.

Se educó a los pies de los más sabios de la época, de maestros como moles que piensan y transforman... de Manuel Gómez Morín, de Antonio y de Alfonso Caso, de Vicente Lombardo Toledano, de Erasmo Castellanos Quinto.

Dirigió la Biblioteca Pública del Estado, siguiendo el mismo destino de las grandes mentes que con su pluma transformaron este país; tuvo bajo su resguardo y dirección una biblioteca de la que abrevaron todos los conocimientos que los libros guardan.

Adquirió desde su juventud, una cultura enciclopédica, su mente era un recetario de frases, de poemas genuinos, de discursos orfébricos; fue un artesano del verbo, labró la piedra del conocimiento con tenacidad y paciencia, paciencia de santo y devoción de profeta.

Orador, el más grande que ha habido, el más bello, el más orquestal; orador, porque para sí mismo practicó la gimnasia de la inteligencia sobre la tribuna más alta que pueda existir: la de la conciencia y el corazón del hombre.

Es por antonomasia el más grande verbomotor que ha tenido la tribuna mexicana.

Sí, Ramírez el incisivo;

sí, Altamirano el admirable;

sí, Jesús Urueta el perfeccionista, el príncipe de la palabra;

sí, López Mateos, la lengua de bronce;

sí, Muñoz Cota, el arquetipo del orador completo.

Sí... todos ellos dieron lustre a la tribuna de México; pero Zúñiga es el poeta-orador que hace del caudal del verbo una tempestad, el escultor que hizo hablar a la piedra; como Bolívar el poeta-soldado que de cada batalla hacía una sinfonía o como Morelos el estratega, que enaltecía a la patria en cada campiña.

Así es Zúñiga, el comandante de la idea, el general de la belleza, el almirante de la imagen, sin más ni más, el mariscal del verbo; como un manojo de relámpagos embravecidos y de fuerza y de verdad... el poeta de ritmos humanos, el orador de sinfonías.

Fernando Pessoa solía afirmar que “el nombre no significa nada y a la vez lo es todo”.

Para Horacio Zúñiga representó su destino, en su nombre llevó la misión de literato, de varón enamorado de la idea; en su nombre se reflejó al escritor

Discurso de presentación

contra la indiferencia, literato de éxito y con voz propia, poseía una conciencia insatisfecha; directo en la expresión de sus juicios, fustigador de la injusticia, del autoritarismo, defiende la bondad como el mayor argumento para una revolución. Apela a la razón, reivindica el sentido común y la prevalencia de la ética. Desafecto de la envidia, protagonista de una experiencia vital intensa.

Así era Horacio Zúñiga, disciplinado, tenaz, melancólico, reservado, coherente en sus convicciones, serio, severo, solitario por temperamento y soledoso por esencia; tímido, tierno, implacable, pesimista, leal, sincero, generoso, duro por fuera y frágil por dentro; poseedor de un acentuado sentido de la dignidad, adusto y beligerante; un hombre poseído, desde la juventud, por una insaciable curiosidad, acostumbrado a decir lo que pensaba y a meditar lo que decía, hasta labrar una apariencia de labor misional laica.

Saramago, el genial escritor portugués, afirma que “somos seres de búsqueda”; seguimos el camino para encontrar algo, nos aventuramos a afirmar nuestra condición humana a través de nuestros hechos y cuando dejamos la existencia, seguimos buscando, es una constante perpetua, la búsqueda de lo que somos, a través de lo que creemos.

Tal vez por ello, Borges afirmó: “el tiempo, es la materia de la que estoy hecho”; y nosotros decimos, el tiempo es sólo la sustancia que da albergue a las ideas de los grandes hombres; el tiempo es pretexto para medir su estatura de gigantes, el tiempo es un vehículo para recorrer épocas e inspirar generaciones.

Así, a las 7:30 horas de aquella mañana del 13 de septiembre de 1956, llegaría el final de una existencia de luces, de ritmos y de cantos; llegó puntual a su cita con el destino, llegó puntual la muerte física del poeta, pero como bien se sabe, la poesía es energía y belleza a la par; la belleza no muere, la idea se transforma, la poesía se transfigura, la verdad se magnifica.

Así llegó Horacio Zúñiga a su cita final con la vida y dejó de existir, su tierra natal lo despidió, su solar nativo lo dejó de cubrir en vida para postrarlo en los muros del viento de su ciudad provinciana y ahora, su tierra lo reclama, su gente

lo aplaude, sus discípulos lo honran porque somos, son y seremos producto de su idea, de su verdad hecha poesía, de su oratoria clara y magnífica que nos acompaña siempre y siempre en deuda estará este Instituto, esta Universidad potente y pertinente que le reclama como suyo, que lo envuelve y lo guarda en esta enorme bandera verde y oro.

Si Juárez con su muerte pudo ponerse de pie en la conciencia nacional, si Morelos con su fe patriótica pudo darle Sentimientos a la Nación, si Zapata reivindicó a los campesinos, a los olvidados, con su cabalgar de hombre mestizo y libre; así Horacio Zúñiga se apropia de la esencia misma de una Universidad que se hace más grande con su ejemplo.

Horacio Zúñiga le da a la Universidad de ahora, pertenencia, pertinencia, permanencia, identidad, razón, inspiración, fuerza, fe y voluntad.

Entendemos a la universidad como aquella que liga, que une, que vincula, que nos hace sentir una gran unión con todo, porque la universidad somos nosotros, lo que nos rodea, esta casa que es autónomamente nuestra.

Quién más que la Universidad, su casa y casa del hombre, debe albergar su obra, por eso lo reclamamos para nosotros y para bien de la sociedad de Toluca, del estado y del país, por eso queremos que se conozca y reconozca su obra, por eso impulsamos su imagen más allá de nuestros muros, para que descubran y redescubran al poeta pródigo del Instituto, que también luchó por nuestra autonomía, principio rector de nuestra vida y como esencia viva de nuestra existencia académica.

Así habla quien lo conoció, Inocente Peñaloza, nuestro cronista, lo nombra el “Poeta de la Soledad” y también el poeta de la razón, el poeta de la vida, el que le canta al hombre y a la naturaleza, como sus poemas a las cumbres y al volcán, al Señor Desnudo Xinantécatl; que fue su más profunda inspiración.

Arquitecto de su tiempo y de su ciudad, de su Instituto, de nuestra Universidad; en él la voz de esta Casa cabe siempre, en la edificación del amor y el compromiso con la juventud.

Discurso de presentación

La obra de los ilustres institutenses y de los universitarios de amplio valor, nos genera un verdadero compromiso por corresponder con dignidad al momento que nos toca vivir.

Somos una generación que ve siempre al horizonte, pero no olvida sus raíces; quien recuerda siempre lo que es y de dónde viene, puede ver con decisión el porvenir. Origen es destino.

En torno a la figura de Horacio Zúñiga Anaya, convocamos a los universitarios a hacer más para trascender más; hacemos un llamado pertinente a darle más brillo a nuestra Máxima Casa de humanismo y de cultura.

Declaro que necesitamos al poeta, ahora en sus libros y en su obra, para edificar con verdad y empuje al nuevo torreón de nuestro tiempo; este torreón como emblema del trabajo que desarrollamos todos los universitarios representa también el regreso al humanismo, al reconocimiento del hombre por el hombre mismo, el volver los ojos a la esencia de quienes construimos a la universidad todos los días, este torreón que está destinado a volvernos más humanos, más libres, más y aún dignos.

Con humildad proclamamos que este tiempo es el tiempo de mirarnos unos a otros bajo el hilo de la solidaridad y de la inspiración que crea, es momento de sentir nuestra herencia de miles de hombres que sin falsas afirmaciones construyeron lo que ahora somos.

Reconocernos unos a otros, querernos en el lenguaje propio de nuestro legado, sabernos coincidentes de nuestra misión única, encontrar en el hombre la razón de nuestro espacio y tiempo.

Por ello, iniciamos el reconocimiento de mujeres y hombres con el regreso a nuestro código genético: el humanismo que a la ciencia le da sentido.

En mi calidad de rector de esta casi bicentenaria institución y con el respaldo de los universitarios, acordé instaurar que cada 13 de septiembre nos reunamos, Ayuntamiento de Toluca, Universidad y sociedad, a recordar a uno

de los nuestros, al Maestro Horacio Zúñiga Anaya a quien debemos homenaje valedero, porque su obra nos permitirá proclamarnos pertinentes una vez más.

Creo firmemente que el hombre se debe a su tiempo, pero también a su pasado iluminado por conciencias más claras y más grandes.

Por ello, decidimos además... Rendirte Homenaje, maestro, ...con una sala en este edificio histórico, en este *Viejo Abuelo Ilustrado* que albergó tu vida; más adelante, con una plazoleta que llevará tu nombre en Ciudad Universitaria y con la promoción de tu obra entre nuestra comunidad y la sociedad; por ello, propondré al Consejo Editorial de nuestra institución la reedición de tu obra escrita, para que se conozca tu esencia a través de tus palabras.

El espíritu de excepción de Horacio Zúñiga está guardado en la abundante cosecha de sus libros, para que los jóvenes de muchas generaciones puedan marchar sobre los senderos iluminados por este bardo de luz.

Es el mayor legado que podemos dejar a quienes nos suceden, por la fe inquebrantable en que la Universidad Autónoma del Estado de México, seguirá siendo la casa de la verdad, de la expresión libre y de la comunión de las ideas que transforman.

En el *Libro de los itinerarios*, de José Saramago, Nobel de Literatura y Doctor Honoris Causa, afirma con vehemente razón: "Siempre acabamos llegando a donde nos esperan".

Así, Horacio Zúñiga regresó a su Instituto, en donde siempre se le esperó; del que nunca debió haberse separado; a su paso por este *Viejo caserón de piedra*, dejó la idea de un monumento a los maestros del Instituto y la letra bellísima y admirada en toda la república mexicana de nuestro *Himno Institutense*, cantado por vez primera el 3 de marzo de 1928, conmemorando el Centenario del Instituto.

Por ello y en tu honor, hemos recuperado las dos estrofas que permanecieron vagas en el olvido y que ahora esta administración con la voz de los universitarios, porque nada ni nadie puede trasgredir la letra que ha vestido a esta potente Casa

Discurso de presentación

de Estudios durante 85 años, los cerebros seguirán siendo jaulas de ideas en esta torre de oro del ave doncella.

Desde los 13 años de edad, la vida de Horacio Zúñiga fue marcada por un suceso sin precedentes, el ingreso al liberal Instituto Científico y Literario. A partir de ese momento, su mente comenzaría un amplio y largo camino por el sendero del conocimiento, la lectura y la meditación de temas profundos.

El Instituto, ahora Universidad, era su más grande pasión, y es mentira... es mentira quien afirme que se fue, el poeta vivió y vivirá por siempre, porque el universo de su mente creativa y el portentoso significado de sus palabras, necesitan reposar en un santuario igual de fuerte, para que dé abrigo a sus más nobles propósitos.

Así como el océano controla a sí mismo sus aguas imponentes, así como el fuego necesita la libertad del viento, así las ideas, las imágenes y las palabras de Zúñiga necesitan el reposo que brinda la Universidad Autónoma del Estado de México.

El lugar donde nacen los hombres con altura de montañas y el entorno en el que se desenvuelven, son meras referencias geográficas; porque para ellos ni la extensión del viento es suficiente para contener su manto de bondad y de prestigio.

Horacio Zúñiga, como muchos más, tiene como cuna, como vientre eterno y natural, el universo, como dijo el poeta de la plástica mexiquense Leopoldo Flores Valdés: “La Universidad es el universo, universo es el vientre infinito donde nace el hombre, universo sin término donde no existe horizonte, horizonte, todos lo sabemos, en el universo no existe horizonte.

Universo infinito, sobrio, explosivo y magnánimo, universo-universidad, que es producto de poetas y pensadores”.

Universo que todo lo embellece, porque es todo y todo lo consume para construirlo luego; universo es la universidad, vientre magnífico de *ideas, imágenes y palabras*, universidad que alberga en su vientre la savia de la lírica, la profundidad de la idea, la grandeza del ejemplo.

Universo somos nosotros, todos, porque hacemos de la voluntad... patria ciencia y trabajo por y para la sociedad.

Cuánta falta hacen, qué necesarios son los poetas para el mundo, mientras éste se desgrana en odios malsanos, el poeta canta y vibra, canta para armonizar al hombre, para ilustrar la vida, para señalar la verdad.

Así fue el admirado poeta y orador Horacio Zúñiga; un ser genuino, hecho de palabras, heredero de palabras, que a lo largo de los tiempos realizó para gloria de nosotros, un testamento de palabras.

¿Y qué es la palabra? LA PALABRA ES LUZ

ENVÍO:

Amado Maestro Horacio Zúñiga:

Desde esta imponente Aula Magna de nuestra Universidad. Panal majestuoso de imágenes colosales.

Hace 57 años tu cuerpo fue velado en este recinto y hoy velamos armas en tu nombre.

Poeta de luz, de caudalosa lírica, de ritmos majestuosos, de selvas sonoras, de sinfonías magnánimas. Poeta de Tollocan, más grande y más humano.

De amplio caudal es tu poesía, de vitalidad y energía tu prosa, poeta de tempestades, arrobando el deseo infinito de ver a la juventud luchar por la honra y por la libertad.

No existen muros que contengan tu poesía y la portentosa carga de tu oratoria, eres ornamento de nuestra casa de cien arcos, en estos pasillos caminaste, discutiste, amaste a las letras como se ama al hermano, a la madre, a la compañera de vida.

No hay muros, no los habrá... que encierren tu ejemplo de hombre libre, de bardo enamorado, de eterno poeta.

Discurso de presentación

Tensas el arco de la verdad pero tú eres la flecha, conviertes la espuma en vuelo de palomas, eres la verdad de una sociedad que necesita a sus poetas, a sus oradores, a sus literatos y ahora a sus académicos, investigadores y a sus alumnos; una sociedad que necesita vivir en la armonía con su presente y transmutar sus principios para salvarse a sí misma.

La universidad por mi voz te nombra y te renombra, te reconoce y te ensalza, no por vanidad y casamiento con la historia, sino por justicia, por obra y gracia de la justicia verdadera que obliga a los hombres a reconocer a sus hombres, porque en el reconocimiento de unos está la dignidad de todos.

Desde la sombra infinita de esta preclara casa de cultura, venimos en esta tarde lluviosa en enorme cruzada de admiración y gratitud a traerte para ti toda la fuerza de tu Universidad, como tú la nombraste: “Pendón de esmeralda, embrujado con el simbólico temblor de las abejas de oro”.

Por ello pido que al poeta de la soledad... no se le recuerde con silencios; si su poesía fue tan caudalosa, si su poesía fue tan rítmica, si su poesía fue una rebeldía permanente, por qué recordar con silencios al hombre que provocó huracanes y domó desde su mente el verbo majestuoso de ciclones.

Tus hijos te aplauden y te canta tu Instituto
Aplaudid universitarios... aplaudid al poeta
Salve Horacio... eternamente vibra... eternamente canta.
Viva por siempre Horacio Zúñiga Anaya.
Viva México y su amada bandera, suave patria libertadora.
Viva la Universidad liberal, autónoma y perínclita cumbre del saber.
Viva la imponente Universidad Autónoma del Estado de México.

PATRIA, CIENCIA Y TRABAJO

NOTA A LA EDICIÓN

El propósito de la colección *Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento* es poner a la disposición tanto del lector común como del lector especializado la obra del escritor toluqueño Horacio Zúñiga. Aquí se ha reunido su obra poética, narrativa y ensayo en orden cronológico, considerando la primera vez que éstas fueron publicadas.

En todo momento se buscó respetar las características de dichas publicaciones; por lo tanto, algunas peculiaridades en el uso del lenguaje y aspectos de puntuación, como el caso de los signos de admiración que a veces sólo abren o cierran, fueron conservados.

Esperamos que esta primera reunión del material de este destacado escritor mexiquense, tan poco conocido, sirva para que estudiosos de la materia (lingüistas, literatos, filólogos) puedan revisarla y así ampliar los estudios y ediciones críticas de esta obra.

AGRADECIMIENTOS

Al licenciado Gonzalo Pérez Gómez,
quien prestó gran parte del material que aquí se recopila.

Al maestro Héctor Sumano Magadán,
por su colaboración en la revisión bibliográfica.

A la maestra Alicia Gutiérrez Romo,
quien coordinó el trabajo de los estudiantes que como parte de su
servicio social colaboraron en el “Proyecto Horacio Zúñiga”.

A los alumnos y alumnas que participaron en este proyecto.

CONTENIDO

| | |
|-------|---------------------------------|
| vii | Discurso de presentación |
| xxi | Nota a la edición |
| xxiii | Agradecimientos |
| 1 | EL HOMBRE ABSURDO (1935) |
| 5 | Prólogo |
| 11 | ¿Autoprólogo? |
| 17 | Epígrafe |
| 19 | PRIMERA PARTE |
| 21 | Capítulo 1 |
| 25 | Capítulo 2 |
| 29 | Capítulo 3 |
| 33 | Capítulo 4 |
| 37 | Capítulo 5 |
| 43 | Capítulo 6 |
| 49 | Capítulo 7 |
| 53 | Capítulo 8 |
| 59 | Capítulo 9 |
| 73 | Capítulo 10 |

| | |
|-----|---------------|
| 79 | Capítulo 11 |
| 87 | Capítulo 12 |
| 91 | Capítulo 13 |
| 95 | Capítulo 14 |
| 99 | Capítulo 15 |
| 107 | Capítulo 16 |
| 113 | Capítulo 17 |
| 119 | Capítulo 18 |
| 125 | Capítulo 19 |
| 131 | Capítulo 20 |
| 135 | SEGUNDA PARTE |
| 137 | Capítulo 1 |
| 149 | Capítulo 2 |
| 155 | Capítulo 3 |
| 163 | Capítulo 4 |
| 171 | Capítulo 5 |
| 179 | Capítulo 6 |
| 187 | Capítulo 7 |
| 197 | Capítulo 8 |
| 203 | Capítulo 9 |
| 209 | Capítulo 10 |
| 217 | Capítulo 11 |
| 225 | Capítulo 12 |
| 231 | Capítulo 13 |

235 | Capítulo 14

239 | Capítulo 15

245 | TERCERA PARTE

247 | Capítulo 1

265 | Capítulo 2

273 | Capítulo 3

279 | Capítulo 4

287 | Capítulo 5

293 | Capítulo 6

307 | Capítulo 7

315 | Capítulo 8

317 | Capítulo 9

323 | Capítulo 10

331 | Capítulo 11

337 | Capítulo 12

345 | Capítulo 13

351 | Capítulo 14

355 | Capítulo 15

359 | Capítulo 16

El hombre absurdo
(1935)




A los maestros de la novela en México

Federico Gamboa
Carlos González Peña
Mariano Azuela

A mis dilectos amigos, los muy cultos doctores en medicina

Ignacio González Guzmán
Ignacio Millán y M.
José Rafael Pliego
Gilberto Aguilar
David Martínez García
Rodolfo Sámano
Fernando Ortega Merino
Roberto Nava

PRÓLOGO

 DOS AÑOS hace que, con la publicación de *La Selva Sonora*, acabamos de dar a conocer al público, la magna obra poética de Horacio Zúñiga, que iniciáramos con *Mirras* y continuáremos con *El Minuto Azul*, el reducido grupo de sus discípulos que me honro en presidir. El éxito alcanzado no pudo ser más grande, pues, lo mismo sus poemas <<orfébricos>> que los <<románticos>> y que los <<orquestales>>, recibieron la más franca y entusiasta acogida y, no obstante el silencio que ha pretendido hacerse en torno de él, unos y otros proclaman ya, que el escritor que con tan gran facilidad y vigorosa inteligencia, recorre toda la gama de la poesía, desde la más delicada hasta la más potente, no puede menos que ser considerado como uno de los pocos auténticos y primerísimos valores de la lírica continental contemporánea.(1)

Simultáneamente casi, Horacio Zúñiga publicaba, por otra parte, su bella cuanto profunda obra *El Estado de México*, en la que dilata su visión más allá de los campos de la Historia, y llega hasta la filosofía aplicada al estudio de nuestros primeros pueblos, de acuerdo con el pensamiento alemán contemporáneo. Obra de tan alta importancia y de tan hondas generalizaciones, puesto que a pesar de llamarse el Estado de México, abarca un panorama que comprende a las más recias civilizaciones y culturas precortesianas, ha bastado por sí sola para acreditar al autor, como uno de nuestros más profundos, brillantes y originales historiógrafos. Y como si no fuera bastante, la publicación que hicimos hace

(1) A este propósito, ningún homenaje mejor que el que le rinden, sin querer, cuantos últimamente tratan de copiarlo, después de afirmar que no vale nada, o que ni siquiera lo conocen.

apenas un año, de su libro *La Universidad, la Juventud, la Revolución*, reveló un aspecto más de este espíritu privilegiado: el del maestro, cuya cultura asombrosa, corre parejas con los más nobles propósitos y los más bellos ideales.

Horacio Zúñiga se ha revelado al público, pues, como poeta absoluto (épico, lírico y romántico), como historiógrafo y erudito de la más alta calidad, y como pensador de primera fila, faltaba, sin embargo, darse a conocer como novelista, como uno de los novelistas más vigorosos de la hora presente, y seguramente como el más original, como el más desconcertante de cuantos han manejado este género en la América Española... Y conste que aún quedan en el maestro Zúñiga, el orador cuyos principales discursos, reconstruidos con los apuntes de sus mejores discípulos, habremos de publicar más tarde, el polemista, el ensayista, hasta el autor del recio esbozo teatral: ¡Bendita Tierra!, y sobre todo, el maestro en la pureza de la acción y en la nobleza de la vida, que no podrá ser conocido sino por aquellos que hemos tenido la felicidad de vivir junto a él y que precisamente a mediados del año anterior, tuvimos la ocasión de ver agigantarse su figura, ante el salvaje atentado de que fuera víctima por parte de los más altos funcionarios del Estado de México(2) por haber defendido la causa de los estudiantes y haber protestado contra el infame decreto que se hiciera votar el Lic. Solórzano, para encontrarse en aptitud de poder cerrar las puertas del glorioso Instituto de Toluca, al que fuera el maestro cada tercer día, desde la Capital de la República, para cumplir con su nobilísimo apostolado.

(2) Toda la prensa de la Capital se ocupó de este asunto (del día 15 al 21 de julio de 1934.) El maestro Zúñiga fue agredido en las oficinas del Abogado Consultor del Gobierno del Estado de México donde fue mandado llamar, delante de sus discípulos, de parte del C. Secretario General; y no obstante las protestas elevadas por las sociedades de alumnos, Confederaciones y Federaciones Estudiantiles; agrupaciones culturales y lo más selecto de los intelectuales del país, el Gobierno del Estado de México, no sólo no castigó a los culpables (el abogado consultor, un tal señor Verúmen y otros dos más), sino que sancionando con este hecho el atentado, los ha dejado en sus altos puestos, mientras que le maestro Zúñiga se veía obligado a renunciar sus cátedras por carecer de garantías.

El hombre absurdo (1935)

Hoy, pues, con esta intensa y vigorosa obra: El Hombre Absurdo, iniciamos otra etapa de publicidad, en la que revelaremos en toda su magnitud la fuerte personalidad de Horacio Zúñiga como novelista. Otras dos obras más, del mismo carácter, seguirán a ésta: Realidad y Miseria, la primera la más poética de las tres, en la que descuella el estilista, el hombre de corazón, el pintor de riquísima paleta, el psicólogo sutil, y la otra, la más amarga y desconcertante, en la que el escritor parece traspasar los límites que separan la razón de la cordura y en la que, llevados del asombro al estupor, quisiéramos decirle al soberano atormentado: ¡Detente, no podemos seguirte, tu pensamiento va más allá de nosotros mismos!. Pero poética, a veces, como la primera, intensa casi siempre como la segunda, El Hombre Absurdo es, en nuestro concepto, la obra que revela por igual, todas las cualidades de este potente novelista, todas esas modalidades de su espíritu multiforme, que si en la primera parte, con unos cuantos rasgos traza cuadros de un vigor indescriptible, para después hacer elocuentes generalizaciones, disertaciones históricas, filosóficas, etc., en la segunda, vuélvese delicado, tierno como Daudet, pictórico como Loti, irónicos como France, orfébrico como Flaubert, y por fin, en la tercera, arrebatándonos hasta las más altas cumbres del pasmo, después de habernos hecho vacilar de asombro y de pavor, entre el paraíso de los grandes sueños y el infierno de las grandes desesperaciones, nos arroja como a pobres peleles, hasta el abismo en cuyas tinieblas se apaga el último fulgor de la razón.

Porque sí, hay que leer El Hombre Absurdo para darse cuenta de las inmensas posibilidades de este escritor, en quien pueden sumarse todas las cualidades de los mejores novelistas de esta época: la observación, la imaginación, la penetración psicológica, la riqueza del estilo, la fuerza de la idea, la solidez y amplitud de la cultura, la intensidad y, sobre todo, esa intuición soberana, con la que penetra en los más íntimos rincones de la conciencia humana, para extraer de ella toda esa porquería que los hombres llevamos dentro.

¿Dostoievski?... ¿Bourget?... ¿Lombard?... ¿Huysmann?... ¿Papini?... ¿Barbusse?... ¡Sí! de todos ellos hay algo en el autor de El Hombre Absurdo,

pero no es ninguno de ellos. Los desequilibrados de Dostoievski, lo son más por la vida que por el pensamiento, igual acontece con los refinados de Lombard y Huysmann, y los atormentados de Barbusse o los rebeldes o anormales de Papini. En cambio, Víctor Saénz, el desconcertante protagonista de El Hombre Absurdo, es un introspectivo, en él todo está en el pensamiento: su acción, es más idea que acción, su desorbitamiento es mental, puro, ideológico, él es el instrumento que obedece y su ideología la que manda, no piensa así por estar enfermo, según él mismo lo declara, está enfermo porque piensa así, aun cuando su pensamiento, como indiscutiblemente sucede, sea la expresión más clara de su padecimiento. De ahí que el héroe diga más que haga, puesto que su decir es su actuar. Trátase de un verborreico, de un logomaniaco; por eso habla siempre, por eso discurre respecto de todo y hablando y discurriendo es como se nos revela y nos permite asistir al proceso de su desorbitación mental, que va desde la más honda cordura, hasta el más grande extravío. Puesto que es un ideólogo, lo conocemos por sus ideas y en sus ideas, toda su vida está organizada en función de su pensamiento, por eso su pensamiento no es la expresión de su vida, es su vida misma... No podrá, pues, objetarse que Víctor Sáenz sea simplemente el vehículo ideológico del autor, y que más que una novela, El Hombre Absurdo sólo constituya una colección de discursos.

¡No!, precisamente en eso que los superficiales podrían considerar como un defecto, está su principal mérito. Efectivamente, Víctor Sáenz no recorre muchos caminos, materialmente casi no da un paso, y sin embargo, colocado en el centro de toda acción y toda vida, ¡cuán hondas son sus expresiones!, ¡a qué distancias tan enormes no llega con su inteligencia! ¡hasta qué espantosas lejanías de tiempo y de espacio no arroja su reflexión! Es como el centro intelectual, sensitivo y expresivo de la circunferencia cósmica: todos los hombres, toda la humanidad, el mundo todo, son penetrados por este soberano loco de la idea, que parece haber enraizado en el mismo corazón del orbe.

¿Irresponsable?... ¿Amoral, como quiere el propio autor?... Posiblemente! ¡Quizá! Pero, ¿qué más grande, qué más pura, qué más terrible lección de moral,

que la que encarna ese hombre que ha preferido el extravío a la claudicación y que antes que adaptarse a una sociedad corrompida, ha preferido ser la más espantosa de sus víctimas?

Además, todos conocemos la minuciosidad con que Proust hace su análisis, y sabemos cuántas páginas dedica a las más insignificantes descripciones. Pues bien, Horacio Zúñiga aplica ese poder analítico y dedica innumerables páginas a la descripción verbal de su protagonista cuyas actividades, repetimos, no están en lo que hace, sino en lo que piensa y lo que dice. ¿Sería justo, que en lo que Proust es una cualidad, se tomara como un defecto en Zúñiga? Pero no nada más en esto estriba el mérito del autor, sus descripciones son sencillamente magistrales; nadie ha pintado como él la Capital de la República en sus aspectos más sugerentes y más bellos. Lo mismo los barrios bajos de Nonoalco, que las grandes avenidas, no son reveladas por su formidable poder pictórico, la delicadeza o la elocuencia, con que en uno y en otro caso, habla de Chapultepec y de la Catedral, sólo son comparables con la hermosura del Bosque y la grandeza del Templo. Y cuando habla de la provincia, ni Rafael Delgado, ni el mismo Gutiérrez Nájera, logran darnos una visión más viva, más luminosa, más tierna, más exacta que la que él nos ofrece al referirse a Toluca que ha amado y honrado tanto, a pesar de no ser su tierra por más que así pudiera creerse.(3)

¿Y del estilo, qué podríamos decir: de ese estilo personalísimo, ora incisivo, ora tierno como cuando describe la infancia de Víctor Sáenz, ora brillante, ora rudo, áspero, aplastante, pero siempre dúctil, siempre esclavo de la emoción que refleja, o del cuadro que retrata o del pensamiento que dibuja? Un estilo que cambia al antojo del autor que sin embargo, es siempre, inconfundiblemente un estilo único.

(3) En efecto, el cariño con que constantemente el maestro Zúñiga se ha venido ocupando de Toluca, es tanto más de alabarse, cuanto que, como afirmamos, no es de allí; pues si allí estudió y pasó la mayor parte de su vida y hasta por razones políticas, existen en el Archivo de esa ciudad dos actas de su nacimiento, el maestro Zúñiga es oriundo de un humilde pueblecito del Estado de Oaxaca: Yolomécatl, perteneciente al distrito de Teposcolula.

De la cultura, no es necesario hablar, El Hombre Absurdo es una especie de suma de cuanto de más importancia se ha pensado y escrito en nuestros días, sintéticamente expuesto, como tenía forzosamente que ser, en una obra que es novela y no tratado de filosofía.

Naturalmente, obra de tal naturaleza, no podía ser exclusivamente una novela mexicana, ni mucho menos una novela de la Revolución. Tenía que ser, como lo es, una novela mexicanísima, por el ambiente y por el medio, revolucionaria, filosóficamente revolucionaria, por la hondura de su ideología, por la finalidad de sus propósitos críticos, que tienden a rebelarnos contra una sociedad y una época en que no son los más honrados, ni los más inteligentes ni los más cultos, los que ocupan el primer lugar en el aprecio y consideración de sus semejantes, pero sobre todo, había de ser; tenía que ser, como es, una novela universal, una novela humana, una de esas pocas novelas escritas a últimas fechas en habla española, que han logrado traspasar los límites de América, para colocarse al lado de las primeras producciones de este género, en ambos continentes.

Por lo tanto, México, debe sentirse ufano con la aparición de El Hombre Absurdo, porque esta novela, que es la crítica más espantosa enderezada contra la humanidad presente, por una de sus víctimas, constituye, o debe constituir, según lo insinúa el autor en su *¿Autoprólogo?*, el principio de una actitud reactiva que haga que los hombres de hoy, horrorizados de sí mismos, se apresuren a rehabilitar la tabla de sus perdidos valores morales; a rectificar las direcciones de su actividad, a acabar en fin, con este infierno de la mecánica y la técnica, y la absurda economía contemporáneas, que concluirán por convertirnos en autómatas o desequilibrados, como este pobre Víctor Sáenz que vive y sucumbe manejado por una idea que se desarrolla monstruosamente, a expensas de su organismo martirizado cruelmente por una sociedad sin principios, sin sentimientos y sin pudores.

JUAN MANUEL CARRILLO B.

¿AUTOPRÓLOGO?

¿EN AUTOPRÓLOGO a la manera de Bernard Shaw? ¡De ningún modo! Unas líneas nada más para fijar la verdadera intención de esta obra y el carácter de su protagonista, que no debe ser considerado, únicamente, como un caso de psicopatía.

En efecto, en el carácter de Víctor Sáenz, concurren dos circunstancias: una de orden patológico, la neurosis, y la otra de orden psicológico, la reacción producida por el choque de un medio social, en contradicción constante con un espíritu rebelde, o sea, con un inadaptado, pero un inadaptado superior, como el personaje de Cervantes, que también degenera en la locura; nada más que mientras Don Quijote es un extrovertido, un héroe positivo, o un paladín de la acción iluminada por el ensueño y alimentada por el ideal, Víctor Sáenz, es un introvertido, un negativo, un crítico, un analista, un inmóvil, que protesta contra la sociedad y el mundo, pero no con el propósito de mejorarlos, sino con la fobia de destruirlos, aunque sea sólo mediante el poder sutil y formidable de la idea.

Mi obra, pues, no constituye la simple descripción de un caso clínico, sino el punto de vista, extremado si se quiere, pero indiscutiblemente real, de un grave problema humano: el de la excesiva mecanización del hombre actual, el del dominio casi absoluto de la economía, el de la absurda y fanática materialización de nuestra pobre historia; el de la sustitución del héroe por el atleta, del paladín por el campeón, del apóstol por el líder, el filósofo por el técnico, el sabio por el práctico, el estadista por el economista y el financiero, del ágora, el pórtico y el pñix por el estadio, la pista y el circo del Acrópolis de Atenas por la Bolsa de Nueva York. Víctor Sáenz, es el individuo-crucero, en quien se hace carne y

espíritu esta pugna brutal de la cultura enraizada en lo más grande del pasado y vinculada con lo mejor del porvenir, y la aplastante civilización de este presente, que se halla en contradicción perpetua con el pretérito y en desacuerdo constante con todo futuro superior.

Por eso, Víctor Sáenz es tan humano, tan real, que casi puedo afirmar que no hay uno de nosotros que no tenga algo de él, que no sea, en ciertos momentos de su vida, un poco o posiblemente un mucho, Víctor Sáenz. Es más, yo creo que mi Hombre Absurdo representa uno de los dos únicos tipos que está llamado a producir este siglo mecánico, materialista y económico: el autómatas, ente-cifra, desvalorizado y deshumanizado por el grupo, o el desequilibrado por herencia y por inadaptación, doble víctima, primero, de una especie orgánicamente fatigada por la brutal tensión psíquica que requiere cada vez un mundo más complicado, y segundo, de ese mismo mundo en conflicto constante con el individuo de sensibilidad hiperestésica. ¡El esclavo: hombre masa, o el rebelde, anormal por reacción! ¡En fin: el hombre sin espíritu o el espíritu sin hombre!... Víctor Sáenz es de estos últimos, pero no es por ello por lo que he querido pintarlo con tan espantosa verdad, no, yo simplemente he tratado de reflejar en las páginas de esta obra, un pequeño trozo de realidad atormentada.

No se crea, por lo tanto, que me haya animado el vanidoso deseo de poner a la humanidad en guardia contra ella misma, de hacerla reflexionar en las terribles conclusiones a que nos arrastra un tan absurdo concepto de la vida individual y colectiva, o el anhelo de que los hombres de hoy, entre quienes hay todavía innumerables sensitivos, corazones generosos, espíritus elevados, piensen, al leer mis pobres páginas, en los ineludibles resultados de esta desvalorización moral y espiritual del mundo, en este triunfo de un superficialísimo sistemático y sistematizado que no ha sabido, o no ha querido, o no ha podido contrapesar o equilibrar, el excesivo desarrollo de la parte material del hombre, con un correlativo desarrollo de la parte espiritual del ser. ¡No! Yo no me he propuesto decirles a mis semejantes: <<¿Víctor Sáenz? ¡He aquí uno de los especímenes

del hombre del futuro, si las cosas siguen como van!... ¡El otro, no vale la pena ser descrito! ¡Todos vosotros lo conocéis!: se llama muchedumbre, está en todas partes, es todo y ninguno, porque carece de personalidad, es una célula social, una rueda, un tornillo de esta inmensa máquina productora de satisfactores que se llama la humanidad de nuestros días. No ama, no cree, no espera, casi no piensa: otros piensan por él, no siente: el sentimiento es <<una tara romántica>>, no quiere; el líder, el sindicato, el partido tienen hipotecada su voluntad>>.

<<Así es que, ya sabéis cuál es el dilema: o esclavos felices, pero sin alma, sin criterio, sin corazón, hombres máquinas, partes de grupo, partículas de masa, átomos de materia colectiva; o rebeldes, atormentados, enfermos, desequilibrados, pero libres... aunque sea en el infierno de la desesperación... ¡O autómatas bienaventurados o Prometeos clavados en la roca del tormento, pero aureolados con los resplandores de la libertad!... ¡Escoged!... >>.

<<Pero si no queréis ser, ni eunucos, ni enfermos; ni inadaptados superiores, ni objetos sin personalidad; entonces, escuchad la advertencia y reformad este estado de cosas. Aprovechad del progreso material para manumitir a los siervos de la gleba; redimid a los esclavos del taller y del surco. Que las máquinas sean las libertadoras, pero de ningún modo las esclavizadoras del hombre. Haced fábricas, abrid talleres para los hombres; no hagais hombres para los talleres y las fábricas. Igualadnos a todos en las posibilidades, en los medios indispensables para que todos seamos mejores. ¡No lucheis por el nivelamiento de la mediocridad o de la estulticia!. ¡Procurad que el ignorante ascienda hasta la cumbre del sabio, no hagáis que el sabio descienda hasta el estercolero del imbécil. Pugnad porque todos amemos la belleza; acabad con las supersticiones; arrasad los fanatismos; pero dejad a las almas el supremo consuelo de la fe y en los ojos el resplandor divino del más allá. Combatid a los eruditos, a los filosofastros; pero dejad en el espíritu el amor a la verdad y el sublime empeño de encontrar la razón; el por qué, la esencia de las cosas; los primeros principios y los últimos fines del universo. Unid hombres con hombres; coordinad entidades diferenciadas. No renunciéis a

la selectividad. No confundáis, en un mismo agregado irresponsable y absurdo, a los seres conscientes. Ya es preciso que vivamos el tercer tiempo de las antinomias de Hegel. Ayer éramos todos para nosotros (imperialismo, individualismo), hoy queremos o se quiere que seamos todos para el Estado-Masa (colectivismo, socialismo, comunismo). Pues bien, pugnemos por llegar a un punto medio. Seamos para todos, pero sin dejar de ser nosotros. Intercambemos nuestros servicios, nuestras ideas, nuestros sentimientos; pero no nos disolvamos; no abdicemos nuestra personalidad. Pensemos en que, tan enojosa es la tiranía de uno, como la tiranía de todos, y que, en último análisis, como es imposible que la masa mande a la masa, ésta acaba por concretar su voluntad en un hombre que la representa y la tiraniza, o la autorrepresenta, autotiraniza y autoexplota... ¡Como queráis!... >>.

<<¡El pueblo?... ¡El Estado?... ¡Palabras!... ¡Palabras!... ¡Palabras!... ¡La realidad es Luis XIV, Robespierre, Dantón, Bonaparte!... ¡César, Cavour, Garibaldi, Mussolini!... ¡Pedro el Grande y Catalina, Trotsky, Lenin, Stalin!... ¡Federico de Prusia, Bismark, Hitler!... ¡Lincoln, Whashington, Wilson, Roosevelt!... >>. (1)

Pues bien, ¡no!, nada de eso me he propuesto con mi obra. Si semejantes conclusiones pueden deducirse de ella, ¡Mejor! ¡O peor!... Pero yo sólo he tratado de re-crear un pequeño trozo de mundo y existencia.

Víctor Sáenz, por lo tanto no es un personaje artificial, construido preconcebidamente para realizar determinados fines. Víctor Sáenz es una realidad, ha existido, existe: es un producto de su doble medio interior psico-neurótico, predeterminado por la herencia de generaciones desgastadas en esta lucha sin cuartel contra todo y contra todos, y del medio exterior de la

(1) Por supuesto que estas ideas tienen un carácter exclusivamente filosófico, de crítica trascendente, universal y humana; pues, el criterio político-social del autor ha quedado perfectamente definido en su obra *La Universidad, La Juventud, La Revolución*, editada el año anterior y en la que figuran artículos publicados desde 1925, en los que se formulan conclusiones, que hoy son aceptadas y aplaudidas por los espíritus más avanzados.--N. del A.

sociedad en que se agita. Y de tal modo alienta, de tal manera y a tal grado vive su propia vida, que yo, del mismo modo que Dostoiewski, Pirandello, Pagnol y Lenormand, (tout proportion gardé), no he podido menos que someterme a él; que obedecerlo; que seguirlo; que dejarme arrastrar materialmente por el torbellino de su pensamiento y la lujuria morbosa de su masoquismo espiritual, hasta el grado de convertirme en un vehículo, casi inconsciente, de sus ideas desorbitadas, de sus juicios descarnados, de sus razonamientos incisivos, mordentes, desconcertantes, entre cuyas lúgubres tormentas, las verdades más hondas, los ideales más bellos, las imprecaciones más justas, brillan a intervalos, como hemorragias de incendios o puñaladas de relámpagos!...

Y con mi protagonista, sucede otro tanto: Tampoco él sirve a determinados fines, tampoco se propone nada. El <<hombre subterráneo>> lo empuja; el subconsciente lo precipita; una fuerza desconocida, pero implacable, lo obliga a realizar su propio destino, con la ciega obstinación con que procede siempre lo incognocible!...

¿Inmoral?... ¿Moral?... ¡Menos y más que eso! Amoral, tal vez, como todas esas grandes fuerzas que nos agitan y nos arrastran y nos llevan de la vida a la muerte, sin preocuparse para nada de la muerte y de la vida.

Tales Electra, Edipo, Hamlet, Fausto... y Atila y Tamerlán y Napoleón... y Alighieri y Beethoven y Buonarotti... todos héroes de la tragedia real o ficticia de todos los tiempos, que ruedan en el abismo de su propia vida o se pierden en el caos de su propio espíritu, o se ahogan en la sangre de su propio corazón, porque así le plugo al arcano; porque así se les antojó a los dioses; porque los celestes titiriteros, con tal fin movieron los hilos de los sublimes monigotes!...

¿Atavismo?... ¿Determinismo?... ¿Fatalidad?... ¡Quién sabe!... ¿Dios?... ¿El destino?... ¿La naturaleza?... ¿El azar?... ¡Yo no sé!... ¡Yo no sé!... ¡Yo no sé!... ¡Allá, dentro de cada quien, que el corazón o el espíritu respondan!...

HORACIO ZÚÑIGA

EPÍGRAFE

<<Se ha dicho que todo castizo escritor castellano es un orador por escrito. Mejor que ser un escritor que habla. No hablar como un libro sino que el libro hable, como Santa Teresa hablaba con su pluma, como un hombre. ¿Retórica? ¿Y por qué no? Lo malo de la gramática es lo que tiene de <<grama>>, de letra. La letra mata; el espíritu, el son, vivifica... ¡Ay, de la palabra, acaso en conserva de lata!... <<Verba volant>>; pero la palabra misma es vuelo, y deja su vuelo al aire, el pensamiento vivo, sin dejarse enjaular y menos embalsamar>>.

MIGUEL DE UNAMUNO
(Última lección 9-29-1934)

<<Hoy todas las tendencias se compenetran y se influyen, las pasadas como las presentes, y de todos esos esfuerzos diferentes sale por convergencia una unidad que hace esperar, para el porvenir, el florecimiento de una gran literatura humana, a la vez sabia y artística, filosófica y poética, real y heroica>>.

POMPEYO GENER

<<Los grandes escritores, sólo tienen una causa: la inteligencia; un culto: el arte; y un partido político: la humanidad>>.

EDMUNDO GOSSE

<<El Rhin, el Danubio, el Támesis y el Sena que para nosotros son mares, podrán con dificultad merecer el nombre de ríos a los ojos de un americano familiarizado con el espectáculo asombroso que presentan el San Lorenzo y el Missisipi, el Marañón y el Orinoco...

De manera que cuando la América produzca oradores y poetas, sus descripciones que no harán más que pintar la grandeza de los objetos que hieren sus sentidos, parecerán a los habitantes de la mezquina Europa, abultadas hipérboles!...>>

MENDIBIL Y SILVELA

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

COMO DE COSTUMBRE, una vez que el reloj de su estudio hubo dado las seis, Víctor Sáenz suspendió la lectura, se restregó los ojos, echó el cuerpo hacia atrás, tendió los brazos lanzando un bostezo de alivio, y viendo sin mirar las páginas recién leídas, sumióse en una dulce serenidad contemplativa, acordando su espíritu con la suave tristeza de la luz agonizante, que parecía ponerse de hinojos en los rincones de la habitación en penumbra, cuyos muebles envaguecidos, fingían dialogar con el silencio.

Luego, pasados unos cuantos minutos, Víctor Sáenz cerró el libro de un golpe, se puso su gabán, calóse maquinalmente el sombrero, y con pasos de sonámbulo, todavía envuelto en la melancólica paz de su cuarto de trabajo, echóse a la calle para emprender su diaria caminata, automáticamente, de una manera casi inconsciente al principio, y después como despertando poco a poco de un sueño indefinible, como haciendo que el espíritu arrebuñado fuese saliendo a flor de piel, hasta desperezarse completamente con el contacto, cada vez más hiriente, de las cosas.

Vecino de la Colonia Guerrero, habitaba en las calles de Violeta, entre Zarco y los Héroes, en un verdadero remanso de tranquilidad, hasta donde todavía, como la espuma de la ola, llegaban las palpitations sordas y amortiguadas, de los mil ajetreos y de los mil ruidos de la urbe. Demasiado cerca aún de la Avenida de los Hombres Ilustres (hoy Avenida Hidalgo), una de las principales arterias metropolitanas, fácil le hubiera sido perderse en la balumba diaria y fatigar los ojos y disipar la mente a lo largo de la vía embriagadora, pintarrajeada y falsa como una prostituta. Pero Víctor Sáenz, prefería mejor dirigir sus pasos en

sentido contrario, rumbo al Norte, hasta concluir todas las calles de Zarco, cuyas casas se iban haciendo más humildes, a medida que avanzaba, y cuyas banquetas iban desapareciendo paulatinamente, hasta convertirse en simples aplanados de tierra, que acaban, al fin, confundiéndose democráticamente con la calle.

Precisamente esta degeneración sucesiva, esta pobreza cada vez más visible, era lo que seducía sobremanera a Víctor Sáenz, que habitando cerca de las residencias de los Casasús y los Rivas Mercado, podía apreciar mejor el contraste, entre los presuntuosos palacetes del corazón citadino y las humildes bohardillas de los suburbios.

Su espíritu, delicadamente impresionable, encontraba en estas caminatas una sucesión decreciente de esfuerzos mutilados; de voluntades en derrota; de abnegaciones invisibles y desesperaciones contenidas; de sacrificios mudos, desoladores y sublimes, en fin, creía ver toda la gana de las angustiosas diferencias sociales que, arrancando de la familia del prócer, concluía en el amontonamiento asqueroso de la familia del obrero, del artesano o del vagabundo, apretujada en todo de la miserable, lumbre del fogón claudicante o a la luz mortecina del velón anémico, cuya amarillenta llama no lograba disipar nunca la pesada sombra del cuarto, negro de hollín, de mugre y de miseria.

¡Oh, todas las dolorosas observaciones que Víctor Sáenz iba haciendo paso a paso! Aquí un humilde estanquillo, un “tendajón mixto” donde hay un poco de todo: tres billetes de lotería, colación fina y corriente, para las Posadas, canicas, lápices, cuadernos; perfumes escandalosos a cinco centavos; “bolitas de hilo”, “carretes de 50”, agujas, ganchos, tarjetas postales “para felicitación y año nuevo”; listones desteñidos y baratos; galletas y pastelillos endurecidos por el tiempo y sombreados por el polvo; amén de un esmirriado surtido de legumbres y un poco de pan, azúcar, sal, chile, y manteca, amontonado todo en un local asfixiante, tras de cuyo mostrador, casi sepultado por aquella marejada de mercancía, el humilde comerciante (el muchacho sin porvenir, el anciano achacoso, o la viuda desvalida) de cuando en cuando se incorpora, para atender a los escasos clientes del suburbio.

Allá, una vecindad inmensa, como una pequeña provincia, arrojando a la calle una bocanada de risas de chicuelos, charlas de comadres y no pocos denuestros varoniles: típica salsa de nuestros populacheros altercados. Más adelante, el tugurio de un zapatero remendón que, cerca de una mesa chaparra y pringosa, ocúpase en echar “unas medias suelas” en tanto que, dentro de un cajón suspendido del techo a guisa de péndulo, un muchacho astroso, se empeña en secundar los agudos gritos del perico mientras la madre, desde el brasero vecino, grita a su vez para callar aquella batahola. Luego, todo ese maridaje de indecencias, suciedades, hipos y rumores heterogéneos que escupen las puertas de las pulquerías amontonadas en torno del mercado de Martínez de la Torre; y formando una bárbara amalgama de melodías e injurias, la música vulgar de las pianolas tísicas (todavía no sufríamos la invasión de la radio) hechas funcionar por los pies de un beodo, para el entretenimiento y solaz de los otros borrachos apestosos a pulque, lustrosos de sudor, materialmente corroídos por todas las lacras de la prostitución.

Después aún, las casas cada vez más reducidas, más oscuras, con las puertas abiertas, como para que se vea mejor la desolación que encierran. Casas que ya no son sino pocilgas, cuyas piezas han ido desapareciendo hasta acabar por no ser más que una sola, donde la cocina está representada por un brasero incipiente, enclavado en un rincón; la recámara, por un mísero catre y un jergón arrimados a la pared, detonante de estampas de colores chillantes y efigies de héroes del cine y del deporte (de los héroes de la Patria ¿quién se acuerda?) mientras, del comedor no hay otra cosa que una mala mesa cojitranca adosada al muro, en la que apenas si caben las cazuelas apretujadas en un extremo, para dejar todo el espacio posible al polvoso capelo del santo, que, de este modo, preside involuntariamente las comidas cotidianas, envuelto, en el vapor del caldo humeante, lo mismo que en la suave caricia de las oraciones.

Por último, ya al fin de la vía, entre la calle de Marte y los carriles de la Calzada de Nonoalco, la serie de construcciones vulgares, sin estilo, sin gusto,

y naturalmente, fuera de todo ambiente, que rompen la sucesión descendente y graduada de aquellas casas miserables, pero sin lograr destruir la impresión dolorosa de ese orden deprimente de la condición humana, traducido con tanta fidelidad, por la pobreza de las habitaciones. Efectivamente, se dijera que, aquella desesperante aglomeración de cubos de ladrillo, perforados (precursores de los actuales cubos de cemento Made in Germany y U.S.A) verdadero lunar del típico aspecto de la barriada, contribuye a fijar mejor en la conciencia, la visión llena de contrastes de la vida de las grandes urbes, que se agita brillantemente en el estruendo de las calles populosas, y fatigada, se tiende a descansar, ya en las aristocráticas colonias plenas de chalets suntuosos, o ya en los lejanos suburbios donde se esconden y se consumen, en un silencio desesperado, todas las desnudeces, todas las miserias y todas las angustias ciudadinas.

Luego, concluida así su peregrinación por las calles de Zarco, Víctor Sáenz retrocedía, daba vuelta por la calle de la Estrella, se dirigía al jardín de los Ángeles, sentábase en una banca olvidada, o no vista por las parejas de enamorados y envolviéndose en la sombra misericordiosa que riegan los árboles sobre los prados dormidos, dejaba que la inquietud de su espíritu se pusiera a discurrir tristemente, por las complicaciones de su vida extraña, austera y angustiosa, como una desesperación crucificada...

De igual modo, hizo su recorrido aquella noche: como siempre, fatigó con sus pasos nerviosos las banquetas de la larga ruta; hundió el escarpelo de su mirada escrutadora en las miserias circundantes; atisbó a través de las cortinas mal corridas y de las puertas entreabiertas, la ilusión que espía o la amargura que se esconde; recibió, en pleno rostro, como una bofetada, el tufo insoportable de las fondas cochambrosas y de los hediondos expendios de pulque, y al fin, después de dar varias vueltas en las descuidadas callecillas del jardín, se acomodó en el duro asiento de una banca, triste y muda, como él mismo, que veía y sentía y callaba, quién sabe cuántas cosas!

CAPÍTULO 2

POLVOSO, RAQUÍTICO, esmirriado, sin una fuente siquiera, sin una estatua, sin un jarrón; con unos cuantos camellones descuidados, sembrados de pasto hirsuto y de ramazones rebeldes; huérfano de flores; con unas pobres plantas distribuidas sin gusto y unos árboles abandonados que crecen aquí y allá, al azar, el jardín de los Ángeles, de pequeñas proporciones (apenas ocupa un cuadrilongo encerrado entre cuatro pequeñas cuadras) parece completar la árida monotonía de la barriada, humilde y sucia, como los muchachos desaseados de las vecindades que las llenan.

Hacia el poniente, el templo de la virgen taumaturga, que hizo florecer la milagrosa tradición de la Colonia, eleva su masa, monótona y simple, en la que se destacan a cúpula central, ceñida por una guirnalda octagonal de ventanas circulares y armoniosas, que funden lingotes luminosos en el sagrado recinto; y la linternilla (en forma de corona) que la remata, diademada de foquillos amarillentos en los días de las grandes festividades. Dos pequeñas torres, de un solo cuerpo, como dos cajones y un feo reloj, encaramados en lo alto de un muro perforado en el centro por la puerta única, constituyen la fachada que parece más bien el paredón de un presidio, con un zaguán en medio y dos casetas de vigilancia en lo alto, y que es incapaz de dar idea de la amplitud armoniosa del recinto, cuya vasta nave exornada por las columnas que sostienen las bóvedas, parece hecha para albergar toda la anchura de la devoción, que impulsa el vuelo de la plegaria y alarga la ruta de los suspiros inefables.

Frente por frente del templo, hacia el oriente de del jardín y formando esquina con un callejón del que se desprende un hedor insoportable, la eterna

piquera de barrio sienta sus reales en una pieza reducida, apestosa, detonante por fuera de pinturas charras, banderas, grandes flecos de papel de china, y henchida, por dentro, de globos de colores, platos policromos, litografías de toros y toreros, cadenas, acordeones, abanicos de papel, etc., etc., que parecen ahogarse en un ambiente de inmundicia, salpicado de salivazos, injurias, eructos de beodo y salvajes músicas de banjos y violines estridentes, perfectamente de acuerdo con aquella exhibición de pústulas, donde el típico peladito y el degenerado garrotero, reproducen el gesto bochornoso de la clásica y diaria borrachera.

Al Norte, una monótona fila de casas de un solo piso, ensamblada en escuadra con la fila del oriente; dividida, en medio, por el sucio callejón citado, y al sur, el achaparrado y chato abigarramiento de construcciones rudimentarias, rematado, ya al desembocar en la Avenida de Santa María la Redonda, por los infamantes cuartuchos de las prostitutas de barrio: carne apestosa y ruin de sífilis y concupiscencia.

Tal el pringoso rincón citadino, y tal el descuidado jardín del pueblo, donde Víctor Sáenz abría diariamente, un paréntesis de descanso y de meditación, en mitad de sus paradójales peregrinaciones.

Allí era donde, en ese ambiente de pobreza, humildad, descuido y desaseo, permanecía hondos instantes, inmóvil, mudo, reflexivo, acechando brutales o ingenuos problemas psíquicos, tras de las groseras envolturas carnales; desnudando conciencias rudimentarias; registrando vidas inferiores; condenando miserias que tal vez no existían y compadeciendo angustias que acaso fuesen felicidades. Con atención vigilante, seguía todos los pasos y estereotipaba todos los gestos, pugnando por interpretarlos fielmente, haciendo una vivisección de cada actitud, de cada palabra, de cada movimiento, como si deseara formar una pequeña colección de almas desecadas; un museo diminuto de existencias humildes, donde estuviesen debidamente clasificados todos los ejemplares de la humana pasión; todos y cada uno de los elevados o mezquinos impulsos

El hombre absurdo (1935)

específicos: desde el hambre de la bestia y la sed del sexo, hasta los efímeros fulgores de los divinos arrobos espirituales.

¡Cuántas cosas, cuántas vidas, cuántas almas habían pasado por el microscopio, el escalpelo y los tubos de ensaye de sus observaciones!...

CAPÍTULO 3

DESDE LUEGO, lo que primero sacudía sus nervios con una complicada y doble impresión de agrado y desagrado, de repugnancia y delicia, era la simultánea percepción de los dulcísimos cánticos que, suavemente amortiguados, escapaban del templo, y el vaho de porquería desvergonzada y el salvaje estruendo que eructaba la pulquería frontera, puesta, como de propósito, paralelamente al recinto sagrado, todo níveo con el albo temblor de las “almas gloriosas”. Como el cantil batido por la ola abajo y besado por el sol arriba, o como el árbol cuya raíz se angustia en las profundidades de la tierra, mientras sus frondas se azulan en las amplitudes del cielo, la sensibilidad de Víctor Sáenz, brutalmente estrujada de un lado, era divinamente acariciada del otro, en uno como relampagueo persistente, que hacía más negra la entraña de la sombra y más clara la puñalada de la luz.

También aquí, como allá y como en todas partes, el eterno contraste y la perpetua lucha entre los elementos más disímbolos mostrábanse ante la sobrecogida conciencia de los hombres; también en este humilde parque de la barriada, el universo reproducía el perenne y fecundo conflicto de las fuerzas, que si en las vastedades del infinito desquicia unos orbes para integrar otros, aquí, en las estrecheces de la tierra, prostituye unas vidas para exaltar otras; disgrega unos organismos para integrar otros, y mientas unta sangre en los belfos de la bestia, empuja el ala mística con el dorado soplo de los sueños, indefinibles, inasible y misericordiosos...

¡Cómo era deliciosa para Sáenz, esa doble emoción de matices encontrados; cómo se solazaba en el elevado martirio de sí mismo, al sentir avivarse

los sufrimientos de su susceptibilidad moral y estética, con el latigazo de la estruendosa carcajada del vicio, empeñada en azotar y en zaherir la indecible armonía de los transportes de la fe!

Inmóvil, mudo, concentrado, casi suspenso, permanecía saboreando, gota a gota, aquel hilo de miel, mezclado con aquel otro hilo de amargura.

Su naturaleza atormentada, gozaba infinitamente con este voluntario suplicio; su ser, que se agotaba en la asidua y casi maniática intelectualización de los hechos más insignificantes, creyendo o queriendo encontrar siempre una prueba del encanallamiento de la especie, deleitábase morbosamente (con una suerte extraña de deleite psicopático) sintiendo los rudos desgarrones de la zarpa implacable, magnífica y todopoderosa, vanamente suavizados con los ungüentos seráficos, los óleos místicos y los besos arcangélicos...

Así, diariamente, con una constancia, con una terquedad desesperada, asistía a este enfermizo martirizamiento de sus nervios, procurando ahondarlo, afinarlo, matizarlo cada vez más, por medio de nuevas, sutiles y quintaesenciadas emociones.

Sin embargo, poco a poco, a fuerza de repetirse, acabó por agotarse en un embotamiento uniforme, esta impresión torturadora, hasta que, al fin, y cuando al concluir el mes de María, los religiosos cánticos cesaron: desaparecido el contraste amargamente delicioso, Víctor Sáenz ocupó su atención febril en el atisbo de otras cosas y otros incidentes.

Entonces, fueron objeto de su observación, las vulgares parejas de enamorados que buscan todas las noches la sobra de los parques, para entretener el instinto con sucias manipulaciones, maniobras obscenas y velados conatos de hipócritas concupiscencias.

Entre todas ellas, tres parejas fueron las que absorbieron por completo su curiosidad. La que primero le interesó fue la de un garrotero de Nonoalco y una obrera de quién sabe qué fábrica ignorada. Él, fuerte, ancho de espaldas, caído de hombros, bajo de estatura, con una gorra de hule con visera, calada hasta los ojos,

de la que se escapaban unos mechones hirsutos y grasosos y traje de mecánico, todo manchado de aceite y salpicado de hilos de estopa; ella, apretada de carnes, menudita, provocativa, incitante, sencilla, pero cuidadosamente peripuesta, oliendo a perfume barato y ocupada en retorcer con las manos febriles, los extremos de la chalina transparente.

Eligiendo el lugar más obscuro, sentábanse los dos muy juntos, muy apretados el uno con el otro; el brazo de él tras de la espalda de ella, envolviéndola hasta posar la mano tosca y afebrada en el brazo opuesto de ella; las piernas, disimuladamente entrelazadas y las respiraciones confundidas en un mismo bárbaro aliento, en fuerza de acercar los rostros y rozar la epidermis.

Muy comunicativos en los primeros instantes, poco a poco iban escatimando las palabras, paralelamente al crecimiento desbordado y descarado de las audacias sicalípticas, hasta que, ella casi sentada en las piernas de él, apretujados en el extremo de la banca y alentados por la penumbra y el abandono del jardín, concluían por no ser más que dos masas bestiales con los miembros confundidos en enlazamientos inmundos, y con toda la hez del instinto espumajeante en la fiebre desesperada de las bocas, que rabiosamente y con espasmos cada vez más brutales, aplastaban unos contra otros los labios temblorosos, quemantes y ensangrentados por los besos frenéticos que terminaban en mordiscos.

Para Víctor Sáenz, esta era la más sublime victoria de la carne supliciada, el triunfo glorioso de la fiera incontenible; la apoteosis de la especie en celo; la epopeya del apetito en brama; en fin, la cristalización más perfecta del amor de abajo, plebeyo torpe y magnífico, hijo de esa incontenible fatalidad que acopla a los brutos en el ardor de las vastas llanuras o en los lujuriosos estremecimientos de las selvas.

¡Bravo!, gritaba dentro de sí mismo, ¡Bravo por esa excelsa sinceridad de estos imbéciles, fieles representativos de los otros, más recatados, y por lo mismo, mucho menos grandes que ellos. ¡Bien! ¡Muy bien por esta despiadada exhibición de la pústula asquerosa y de la fístula tumefacta que somos los hombres, hijos

del antropoide, nietos del chimpancé y del gorila; fervientes adoradores del falo creador e invencible, y fanáticos hierofantes de las lujurias invencibles y atormentadoras!...

¡Si yo pudiera; si yo fuese un Calígula o un Heliogábalo, haría una inmensa montaña con las hipocresías sociales; con los asquerosos celibatos; con las desesperadas solterías; con todas las ruines mentiras de la civilización (¡Oh Nietzsche, oh Stirner, oh Max Nardeau!) y en su cumbre, iluminándola con el más abrasador de los soles del trópico, pondría a esta pareja victoriosa, ayuntada en el triunfo de su espasmo jadeante, babeante y asqueroso, y les gritaría a los hombres de todos los tiempos y de todos los climas: He aquí lo que sois, ¡tartufos!... ¡He aquí lo que somos!... . ¡Este es el único gesto de honradez que poseemos porque es el más abominable de nuestros gestos! ¡Esta es nuestra única actitud perdurable, porque es la actitud de nuestra especie! ¡Este es el único éxtasis definitivo, porque es el éxtasis de la vida que se desborda, que se supera a sí misma y que se perpetúa depositando el germen vital en la entraña fecunda de la hembra, que es el surco maldito y bendito del que surge el ímpetu avasallador de las nuevas generaciones! Lo demás: patriotismo, ensueño, belleza, justicia, sabiduría, desinterés, caridad, no son sino palabras... palabras... ¡huecas y vanas palabras que se han escrito siempre con la sangre de los generosos, de los sabios, de los santos, de los artistas, de los héroes etc., y que, venturosamente, siempre han sido pisoteadas por las armoniosas, por las musicales, por las divinas pezuñas de los sátiros!...

¿Lo véis?... ¿Lo escucháis, hombres efímeros, hombres menguados, hombres hipócritas, viles y asquerosos? ¡Somos miseria... miseria... y miseria!

¡Tengamos, por lo menos, el supremo valor de confesarlo!...

CAPÍTULO 4

UN ARTESANO, por lo que se desprendía de sus palabras, un carpintero, muchacho todavía, de facciones amables, continente humilde, aspecto tímido y aire desgarrado, y una muchacha sencilla, casi de la misma edad, limpiecita y frescota, delgada, de tristes ojos de antilope, boca grande pero bien formada y mejillas pálidas, ligeramente cubiertas de polvo, formaban la otra pareja.

También al arrimo de la penumbra y cabe el amparo del silencio, azorados entrambos, con un delicioso azoro campesino, abandonándose a las dulces e inocentes explayaciones de su pasión, como todas las pasiones, seguramente incontenible.

¡Ah, pero de qué modo tan distinto se desbordan estos corazones simples, claros, ingenuos, extraños por completo al ambiente de lujuria que los circuía; aislados, en absoluto, de los miasmas de la gran urbe, capaces de envenenar hasta las candideces de los santos y de prostituir hasta la nívea pureza de las vírgenes!

Con una timidez manifiesta, trabajosamente iban dejando que las palabras cayeran de sus labios, como lentas caricias asombradas. Muy quedo, decíanse quién sabe cuántas cosas banales y fútiles, sonriendo o riendo constantemente, casi sin motivo, porque sí, porque estaban contentos, porque eran felices, muy felices y era preciso dejar que se escapara la felicidad que ya no les cabía en el pecho.

Entregados a su romántico arrobamiento, poco a poco se animaban, hasta concluir haciendo entre los dos, adorables proyectos para el futuro: Él ya había visto, en una de las vecindades de Galeana, una casita muy alegre, con dos piezas y una cocina, un pequeño corredor, llena de luz y sobre todo, independiente casi y con puerta a la calle, para no tener que ver nada con los vecinos. La renta

no era muy cara, y seguramente que con la firma de su tío, dueño del taller, la conseguiría fácilmente. Por lo demás, pensaba dejarla *apalabrada* con la dueña, aquella misma semana.

Entonces, animándose súbitamente, ella declaraba, a su vez, que se llevaría dos consolas y una mesa de estorbo que le diera su mamá y el costurero y las sillas de bejuco que le pertenecían desde chica, con lo cual y con los muebles que él ya había estado haciendo y algunas otras “chucherías” que comprarán, habría de sobra para formar un nidito “retechulo”... ¡Ah!, naturalmente, tendrían plantas, y por lo menos un canarito colgado bajo una enredadera, sin faltar un gato para los ratones, y ¿por qué no?, un lorito alharaquiento, que animara la casa, mientras llegaban los chiquillos, el primero de los cuales insistía él con intencionada travesura, si es hombrecito, tendrá que llamarse como mi papá y mi tío, y si es mujercita, como tu mamá y como tú: Lupita y Lola... Lolita, porque a mí tu nombre me gusta más.

Y sumiáanse los dos en la dulce contemplación de sus proyectos; en la suave delicia de lo que tendría que ser.

¡Oh, qué encantadora bobería!, pensaba Sáenz. ¡Qué cursilería tan tonta y tan bella! ¡Qué vaciedad tan adorable la de este idilio pseudo burgués, acaramelado y dulzón, capaz de reproducir las ternuras hogareñas de la María de Jorge Isacs: Nuestra Señora de todas las vulgaridades románticas, y hecho para arrodillarse en el claro de la luna de Verona, para mirar así, de hinojos, el melodramático “adiós” de Romero, bajo la indispensable ventana de Julieta.

¡Sancho Panza vestido de Don Juan Tenorio! ¡Maritornes disfrazada de Doña Inés y la cloaca decorada con una escena de opereta, mientras de los globos incandescentes, como de una pirotecnia astral falsificada, descienden los conmovedores ripios del Nocturno de Rosario, torpemente glosados por las notas empalagosas del “Adiós” de Carrasco o por la vulgarizada y profanada belleza de la Serenata de Schubert!

Y, sin embargo, ese era el amor, el verdadero amor que es como una religión del sentimiento; como una mañana de la idea; como un holocausto de la vida. ¡El


amor que lleva el nombre del discípulo de Sócrates; el amor que Mauclairé llamó amor de sacrificio, el amor que es desinterés sumo; infinita e incontenible avidez de darse; el amor centrífugo que desorbita al ser de sí mismo; que contradice y supera toda gravedad biológica; que niega o sublimiza toda economía animal y abriendo las curvas del instinto y rompiendo las redes de la carne, arroja a la molécula psíquica, al átomo suprasensible, desde los abismos de la materia hasta las cúspides del ensueño, para diluirlo, disociarlo y glorificarlo en la luminosa contemplación del místico; o dispararlo en la acción plena, en el dinamismo perpetuo, en la caridad eterna, en la fé todopoderosa, en fin en el acto puro de Aristóteles que es el remate de escala progresiva de la Naturaleza y el principio inefable de la escala de Dios!...

¡Dos individuos de la clase humilde, dos parias del dolor inconfesado y de la pobreza limpia y dignamente disfrazada, dos mediocres del intelecto y de la cultura, acaso nada más dos nulidades, dos ignoradas cifras del conglomerado, transfigurándose en la más grande de las transfiguraciones y dignificando todos los siglos brutales de instinto, en ese supremo minuto, en el que ni siquiera la inteligencia interviene, como no intervino en el gesto de los pescadores que siguieron a Cristo, ni en los rebeldes de Espartaco, ni en los descamisados de la Bastilla y de Jemmapes; ni en los insurgentes de nuestra Independencia y los chinacos de la Reforma; ni en ninguno de esos potentes y definitivos arranques del esfuerzo humano, en los cuales, la propia humanidad, despersonalizada y absorbida por la grandeza del momento, no es sino como polvo que levanta el viento hasta los astros o como los astros mismos: polvo de lumbre y de misterio, que empuja la voluntad divina hasta quién sabe qué limbos o hasta quién sabe qué fronteras de la eternidad!...

¡Qué soberana ironía! ¡Qué burla más estupenda para los teorizantes del amor y para los eruditos disecadores del espíritu, que niegan rotundamente, a ciertas clases sociales, purezas que ellos nunca han tenido y acomodan en rígidos casilleros, las reacciones y las capacidades psíquicas, poniéndoles etiquetas

y encerrándolos en los límites enojosos de sus clasificaciones. (Como si los movimientos del ánimo y los recónditos temblores del ser, pudieran encerrarse en frascos de alcohol, como las vísceras) y que declaran, paladinamente, que la aristocracia del amor es siempre fruto de la aristocracia de la sangre, de la aristocracia del talento y de la vil y estúpida aristocracia social!...

CAPÍTULO 5

 TRO DÍA, fueron un estudiante y una colegial. Él, de diecisiete años a lo sumo, alto, delgado, descolorido, estirado como un otate dentro de un traje de “fifi”, cuyo saco de estrecha cintura y cortas solapas, lucía la indispensable mascadita y cuyo angosto pantalón de valencianas, más arriba del tobillo, dejaba ver el calcetín de seda, a la moda y los choclos “Boyden” de dos colores (amarillo y caoba) seguramente de la casa Fal o de la High Life; la cabeza melenuda, tocada con una cachucha a cuadros, mientras una corbata romántica prendía su mariposa en el cuello bajo de puntas prolongadas.(1) Ella, de falda a la rodilla, alba blusa marinera, pelo corto como penacho de cadete, pícaros ojos de almendra, nariz remangada, labios finos, iluminados con una perenne sonrisa endiablada; carita redonda de mentón hoyuelado y terso; formas ambiguas de efebo adolescente; piernas de señorita, bellamente formadas y opulentas; brazos torneados, manos regordetas y una voz insinuadora, cálida, traicionera, falsa, matizada de frescas risas, que eran como los cascabeles locos de aquellos quince años delirantes, retozones y bullangueros.

(1) Años más tarde, el pantalón había de convertirse en una doble falda, angustiosamente ceñido en cintura y caderas y escandalosamente holgado en su parte inferior; el saco substituiríase por una camiseta modernista, con las iniciales de un club deportivo o un “mono” de moda: La Cotorra Laura, El Gato Félix, el tuerto Pólux o Pílon Perendengue; los choclos cederían su lugar a los zapatos o zapatillas Tap, de tacón alto y “de sol y sombra” (blancos y negros) y la cabeza, sin sombrero de ninguna clase, luciría el femenino encanto de un “ondulado al agua” o un coquetón “rizado permanente”, esto sin contar, las cejas depiladas, las pestañas postizas y el toquecito de pintura en ojeras, labios y carrillos, de nuestros más modernos y desexuados “niños jazz”.

Llegaban muy temprano; seguramente él la iba a esperar a la Escuela para dirigirse juntos al parque. Primero, daban varias vueltas; ella moviéndose de un lado a otro con estudiada picardía, deteniéndose brevemente y echando, de cuando en cuando, la cabeza hacia atrás, a fin de que el cabello alborotado no la molestase; correteando entre los árboles como una chiquilla; saltando en los prados como una mariposa y volviendo, después de sus escapatorias, otra vez con él que la esperaba o la seguía anhelante, terminando por colgarse materialmente de su brazo, incitándolo con sus mimos; provocándolo con su mirada largamente expresiva, hasta que el novio, nada corto de carácter por lo visto, aprovechando la complicidad de la sombra, la oprimía fuertemente la cintura; le acariciaba febrilmente el brazo, y so pretexto de arreglarle el cabello, pasábale la mano por la nuca, la deslizaba hasta el mentón, o bien, para hacer cesar sus carcajadas picarescas, sorprendiéndola por la espalda, encerraba su cara entre sus manos, apoyando las palmas en los carrillos pulposos y aplastando con los dedos ardientes, los labios estremecidos y jadeantes.

Después, sentábanse y comenzaba la más infame y burda de las encrucijadas del instinto.

Las manos del macho que recorren torpemente las formas de la hembra, incipiente pero sabia ya y total de voluptuosidades y provocaciones, y que van, desde la finura del tobillo, hasta más allá de la pantorrilla carnosa y tibia, estremecida y febril bajo la media de seda. La insistencia pecaminosa del bruto, empeñado en oír aullar de deseo a la compañera temerosa y feliz. Los inconscientes o acaso premeditados movimientos de ella, las resistencias fingidas, henchidas de promesas; los jadeos mal disimulados en la voz temblorosa y en el pecho agitado; la excitación denunciada por la respiración violenta, por los ojos sin miradas; y los labios secos y las manecitas infantiles, ¡pobres nardos de prostíbulo!, suplicadas en retorcimientos de ardor y en crispaturas de angustia, de celo y de fornicación!...

¡El bárbaro martirio de la carne cruel que no perdona!, nuevamente volvía a comentar el yo de Sáenz; ¡el espantoso y sucio desbordamiento de las juventudes plenas de energía y famélicas de curiosidad! ¡Todo el drama insignificante y enorme de la criatura rabiosa, martirizada de hidrofobias sexuales e irremisiblemente esclava de los imperativos biológicos, más fuertes, más poderosos y más implacables, que todos los otros imperativos de la religión y la moral!

¡Y esto, este espectáculo infamante y deprimente; grandioso y estúpido; idiota y preñado de misterios, arrojado como un salivazo, al rostro del hombre por aquellas existencias que, coronadas con las más frescas rosas de día, iban por las anchas sendas del pensamiento camino al porvenir, cristalizando la consoladora metáfora, de la suprema y única esperanza de la Patria!...

¡Oh, amor abominable en el que se masturba el deseo y cohabita la mente, y se martiriza el pensamiento con todos los sadismos y las pederastías y las inmundas erotomanías de la imaginación! ¡Amor que no alcanza las excelsitudes biogénicas del amor brutal, porque no es sincero, y que no llega a la luminosa simplicidad del amor platónico, porque no es puro! ¡Amor, en fin, que no es ni amor ni realización del sexo! ¡Amor cobarde que tiene miedo de pecar abiertamente, pero que no tiene fuerzas para aniquilar la fobia de poseer hasta convertirlo en fiebre de dar! Amalgamiento caótico de perfumes de caricias y miasmas de pantano! ¡Aborto monstruoso de pubertades suplicadas en la continencia y adolescencias comprimidas en la reclusión, que al encontrar de pronto abiertas las válvulas de las prohibiciones, y rotas las resistencias de los respetos, de las creencias, de las preocupaciones sociales, incapaces de reaccionar valientemente, por falta de grandeza de ánimo o mezquindad de corazón, se precipitan en un desbordamiento incontenible y confuso, sobre las anchas llanuras de la vida, despedazándolo todo y despedazándose ellas mismas, hasta rodar, sin saberlo, a los despeñaderos del vicio, en cuyo fondo gritan su maldición perpetua, las carnes corroídas por las llagas; la sangre envenenada y los huesos liquefactos por

la sífilis; los pulmones destrozados por la tuberculosis; los músculos petrificados por la parálisis progresiva; los corazones prostituidos para siempre por todas las picardías y las injurias del sentimiento, y los cerebros envilecidos y desorbitados por las diabólicas opiomanías del pensamiento y los descoyuntados extravíos de la idea asquerosa, pestilente y putrefacta, como el museo de miserias físicas de un hospital, la exposición de vergüenzas morales de un burdel o la exhibición de excrementos de un estercolero.

¿Culpa de la carne?... ¿Pecado de la vida? ¿Defecto de la organización social? ¿Anemia del carácter? ¿Obscenidad del intelecto? ¿Tara social; herencia, triste herencia de un mestizaje absurdo, que si colectivamente no ha ido más allá de la satrapía, la asonada, la tiranía o la demagogia; individualmente no ha pasado de la apostasía, la chicana, la jerga, el mitote, la engañifa y la prostitución? ¡Quién sabe! Acaso todo a un tiempo, pero, sobre todo, ¡eso sí! la poderosa influencia de la época que alcanzamos y de los tiempos que vivimos y de los hombres cuyo ejemplo intoxica y deforma para siempre el elevado concepto de los fines humanos.

¡Siglo sin ensueño, sin religión, sin moral, tenía que ser forzosamente siglo sin virtud! ¡Civilización de rascacielos, de dirigibles y trasatlánticos; férrea civilización ávida de riquezas y de comodidades, pero vacía de anchos ideales y luminosos impulsos, tenía que hacer de la ciencia un egoísmo organizado; de la idea de una voracidad consciente; del pensamiento una forma superior del hambre y de la cultura una especulación práctica o practicable y un sistema seguro y sabio de aniquilar o de aprovechar al medio y al semejante, hasta cristalizar la sentencia de Hobbes y hasta convertir al bípedo racional, en un estómago inteligente que camina sobre dos pies y que dispone de un cerebro, para preparar mejor sus sangrientas encrucijadas!...

¡Feto del siglo! ¡Aborto étnico! ¡Lacra social!... ¡Sí! ¡Sí!... ¡De acuerdo! ¡Pero también, ¡oh juventud enfermiza y cobarde, deportiva, es decir, animalmente vigorosa, pero moralmente raquítica!, también culpa de los espíritus estrechos: mezquinos, miserables, incapaces de dignificar sus llagas como Job; impotentes

El hombre absurdo (1935)

para erguirse sobre sí mismos y superar a sus semejantes; para reaccionar contra la porquería del ambiente y rebelarse, en una gloriosa sublevación de dignidad ofendida, contra las inmundicias que los prostituyen, las bestialidades que los aplastan y las asfixiantes deyecciones del muladar donde se revuelcan!

¡Triste juventud que se olvida de que su juventud es generosidad, valentía y grandeza! ¡Triste juventud y triste siglo y triste humanidad!...

¡Qué bello!, ¡Qué sublime espectáculo de depravación individual y colectiva! ¡Qué perfecta negación de la conciencia y la superioridad humanas!... ¡Qué grandiosa irrisión!... ¡Qué escarnio más completo y rotundo de nuestras excelencias específicas!...

¡He aquí lo que hace y de lo que es capaz el hombre: el animal racional, el rey de la naturaleza, el único ser inteligente, la única criatura que hizo Dios a su imagen y semejanza!...

Y, subrayando su mudo apóstrofe, Víctor Sáenz contraía sus labios con una sonrisa que más bien parecía puñalada.

CAPÍTULO 6

CIERTA VEZ, cuando hallábase más distraído, ajeno por completo al vulgar entretenimiento de los otros enamorados que no hacían sino reproducir, más o menos fielmente, todo lo que ya había sorprendido y observado, oyó el bullicio de una tropa de muchachos desarrapados y mugrientos, que se acercaba, por lo visto, al lugar donde él se encontraba, pues las voces iban haciéndose cada vez más precisas, los gritos más estridentes y las carcajadas más estrepitosas.

Precipitadamente volteó: de pronto, no pudo distinguir otra cosa que un pelotón de chicuelos, en el que estaba perfectamente representada la chiquillería del barrio y al frente del cual caminaba, con vacilante solemnidad, un gendarme ebrio, que hacía grandes aspavientos, señalado quién sabe qué cosa con marcada y cómica insistencia.

Rápidamente, el grupo fue acercándose, y cuando ya bastante cerca se detuvo, Víctor Sáenz pudo darse perfecta cuenta de lo que acontecía. El caso era por demás vulgar, aunque lleno de colorido y típico carácter: se trataba de un pequeño perro —limpio y bien cuidado contra lo que sería de suponer— al que se había envenenado, y cuyos pasos claudicantes eran seguidos, con gran atención, por el corro de granujas que, con morbosa curiosidad y una instintiva delectación, seguían todos los detalles del intoxicamiento, tratando de conocer hasta los más mínimos efectos de la droga que se encarnizaba, en esas condiciones, impía y crudamente, en los órganos del perro desvalido.

Era éste un animal pequeño, resultado tal vez de la cruce de un *Spitz* o un *Collie* con una raza corriente; de largo y lacio pelo negro, con dos breves pinceladas de un blanco amarillento arriba de los ojos, a guisa de cejas o de

antiparras; del mismo color la parte inferior del hociquillo ligeramente aguzado, y blanco también, pero de un blanco casi puro, el vientre y el pecho que lucía, arrancando desde la mandíbula inferior y ensanchándose en el cuello, una a modo de gola ondulada, gallarda y suntuosa. Igualmente, eran albas las cuatro patas en que terminaban los remos cortos y temblorosos; la cola esponjada y erguida, simulando más bien la pluma nívea y negra de un chambergo, y las orejas enanas, ligeramente caídas hacia adelante, encuadrando la pequeña cabeza lustrosa y bella, en la que se abrían dos grandes ojos oscuros, húmedos, tristes, medrosos e imploradores...

Su majestad el gendarme, un poco fuera de quicio, a causa de las patrióticas libaciones de septiembre, al ver en los belfos de la bestezuela, hallada en el arroyo ladrando insistentemente, un poco de espuma, había declarado que tenía rabia, y con una diligencia poco común en las autoridades, había dado al pobre perro un pan envenenado, en previsión y como remedio de futuras calamidades. Los chicos que se habían dado cuenta de la maniobra, sin ponerse a averiguar si aquello era rabia o era más bien una buena intención y un exceso de celo del guardián del Orden Público, no muy en sus cabales, desde luego, y como sucede siempre, pusieron de parte de la justicia del garrote, y admirando el valor del funcionario uniformado, que arrostrara el peligro de la hidrofobia, entregáronse al dulce deleite de ver agonizar a la víctima.

Por desgracia, esto no se hizo esperar mucho; bien pronto, las convulsiones agitaron y sacudieron el cuerpo del perro, que vanamente pugnaba por sostenerse sobre sus patas, temblorosas, acalambradas, claudicantes, incapaces, ya de llevar o de arrastrar siquiera la sorda angustia de aquella vida miserable. Inútilmente la naturaleza de la bestia luchaba contra la destrucción irremediable, empeñándose en arrojar lejos del organismo vigoroso, el plomo derretido que abrasaba las vísceras; la lumbre corrosiva que despedazaba los intestinos; las uñas invisibles que rompían los tendones y rasgaban los músculos y deshilachaban los nervios. Todo fue en vano, el pobre can no pudo sostenerse más y al fin se derrumbó

sobre la banquetta cercana, revolcándose de dolor y contrayéndose y estirándose, en espantosos espasmos de agonía; la lengua fuera, derramando una baba sanguinolenta; la hermosa cola azotándose y revolcándose en el lodo; las extremidades agitándose horriblemente con inesperados intervalos de reposo; y los pobrecitos ojos húmedos, entornados o desorbitados alternativamente, desesperados, estupefactos, anhelantes!...

Todavía, durante unos momentos, el agónico martirio se prolongó. Hubiéranse dicho que miles, que millones de microscópicos alfileres circulaban en la sangre del moribundo; que millones de ardientes clavos surgían del suelo para impedir que el cuerpo derrumbado permaneciese en reposo; los retorcimientos fueron haciéndose cada vez más angustiosos; las convulsiones fueron creciendo hasta el grado de que parecía que la carne iba a saltar en pedazos, y que los huesos todos, rompiendo las articulaciones, iban a quedar esparcidos sobre la sucia banquetta y a rodar hasta el mezquino empedrado de la calle. Luego, de pronto, una última y espantosa contracción, seguida de rapidísimos temblores, estrujó al pobrecito can envenenado, y al fin, ante el concurso satisfecho y un poco amedrentado, en el que las almas infantiles no sabían si reír o llorar, no quedó más que una masa inmóvil, tibia aún, con las patas rígidas, el hocico abierto, mostrando la lengua rósea y el marfil de los dientes finos, hermosos, burlescos; y los ojos turbios, vidriosos, opacos, en cuya bruma dolorosa se había quedado flotando la mirada triste, desesperada, infinitamente absorta y suplicante.

Entonces, el imponente guardián del Orden Público, pontificó: —¡Vaya, ahí tienes lo que te sacaste por andar en la calle queriendo morder a los vecinos!... ¡Con todos tus compañeros debía hacerse lo mismo, si las cosas caminaran como se debe!... ¡Hum!... Toma para que ya no resuelles, ni te vuelvas a parar nunca; eh!... ¡ábranse!... y, diciendo esto, dio una patada al desgraciado cuerpo de la víctima que, recorriendo en línea diagonal buen trecho de la banquetta, fue a dar al extremo de ésta, junto a una coladera de la alcantarilla.

No se necesitó más; esto fue más que suficiente para que, como si hubiesen estado de acuerdo, o como si todos quisieran vengarse así del pequeño terror, que muy a pesar habían experimentado, unánimemente, homéricamente, prorrumpieran todos los chicos en una estrepitosa carcajada...

Después, y dando crédito a las indicaciones del gendarme que los amenazaba con que se les “pegaría” la rabia si no se alejaban pronto de aquel lugar, todos los granujas se fueron retirando, no sin procurar dar cada uno su respectivo puntapié al cadáver infamado, mientras, los que se habían quedado más lejos, arrojaban piedras, una de las cuales dejó al descubierto una costilla, en tanto que otras, más crueles y certeras, lograron hacer saltar un ojo salpicando la cabecita lustrosa, de una masa grisácea gelatinosa y sanguinolenta.

Al fin, la calle quedó sola, silenciosa, como de costumbre; otra vez la penumbra de los árboles siguió envolviendo besos furtivos y caricias afiebradas; la bestia humana siguió rugiendo y las almas contrahechas siguieron prostituyéndose; todo quedó igual que como estaba; y Víctor Sáenz, al igual que todo, nuevamente volvió a hundirse en la vaguedad amarga de sus reflexiones, crucificadas en la meditación de aquel tópico inesperado. La conciencia de las cosas sólo le oyó decir estas palabras: ¡Después de todo, hicieron bien; es demasiado un perro para vivir entre los hombres!...

Así transcurrió como media hora. Víctor Sáenz se disponía a abandonar el parque; ya tomaba la avenida para el regreso, cuando, al volver instintivamente el rostro hacia el lugar donde había quedado el perro muerto, distinguió a una mujer inclinada sobre el cadáver, la cual, intercalando en sus protestas, maldiciones y picardías, estrechaba contra sí a la bestezuela inanimada, llamándola con los más dulces nombres, con las frases más cariñosas y expresivas: ¡Boby!... ¡Boby!... ¡Bobyto!... ¡Pobrecillo!... ¿Ya ves? ¿Para qué saliste? ¡Te lo decía: no te podían ver porque estabas gordo y bien cuidado, mientras los otros perros del vecindario, andan como sus dueños, mugrientos, flacos, apestosos y muertos de hambre! ¡Te lo decía: te tenía ganas ese borracho del gendarme, collón, gallina, espantapájaros,

y esos sinvergüenzas vagabundos, cuyas madres alcahuetas andan metiéndose siempre en lo que no les importa, mientras sus hijos andan “chinos libres” por todos lados, buscando un hueso que roer!... ¡ca... !

Pero ¡Vente! ¡Vámonos! No le hace que te hayan llenado de lodo y que te hayan arrancado un ojo!... ¡Boby!... ¡Bobyto!... ¡Chulo!... ¡Consentido!... ¡Mi rey!... ¿No lo oyes?... ¿No me oyes?... Pero, ¡Qué vas a oír si te han matado esos cochinos, esos desgraciados lameplatos, limosneros, mantenidos!...

Luego, tras de latiguar la paz nocturna con las más soeces y sublimes imprecaciones, acomodó el cadáver en sus brazos desnudos, sin cuidarse del polvo y excremento que los manchaban; lo envolvió en su chalina de seda, como si hubiese envuelto al último y más grande de los afectos de su vida, y mimándolo, arrullándolo, oprimiéndolo siempre contra sus senos abultados, llevóselo, casi corriendo, desesperada, loca, frenética, sin subir siquiera a la banqueta, por en medio de la calle, haciendo sonar sobre el empedrado sus altísimos tacones de prostituta, en tanto dejaba a sus espaldas el restallido persistente, el grito sibilante y martirizante de sus labios pintarrajeados, al par inmundos y fervorosos: ¡Te mataron, infames!... ¡Te fregaron, a tí que valías más que todos los hombres juntos, hato de cochinos, piara de marranos, sinvergüenzas, embusteros, apestosos!... ¡Pen... !... ¡Hijos de... !...

Víctor Sáenz la siguió con la mirada; quiso inquirir así, con los ojos, en qué pocilga, en qué tugurio, en que zaquizamí, se iba a sepultar tan espantosa y tan sublime lección humana de misericordia, pero, no pudo. La sombra se tragó la silueta y la distancia extranguló la voz. Sólo quedó allí, junto a él, el borde de la banqueta, un poco de baba, suciedad y sangre, sobre el inmundo barro del arroyo, y allá, en lo alto, muy arriba, la impasible y burlona palpitación de las estrellas, y el cielo vacío, desoladora y definitivamente vacío de ternuras, de caridades y de dioses!...

CAPÍTULO 7

POR ÚLTIMO, en otra ocasión, Víctor Sáenz fue despertando de su amodorramiento psíquico, por el acontecimiento más estúpido e insignificante. Veía casi sin ver, cómo las serpentinatas de oro de los cohetes lanzados en quién sabe qué fiesta de arrabal, abrían, al estallar, sus abanicos multicolores, cuando, de pronto, oyó que le llamaban: —¡Patrón! patrón! ¡oiga! Dígame su mercé, ¿quién soy yo?

Víctor Sáenz, incomodado, resistíase a responder, pero al fin, esperando desembarazarse de ese modo, de semejante majadero, respondióle secamente: —¡Retírate y no molestes!... ¡A mí qué me importa lo que seas! ¡Desde luego, eres un borracho y un imbécil!... ¡Lárgate!

¡Aup... patroncito! replicó el beodo, eructando y riendo estrepitosamente. ¡Un borracho!... ¡Un borracho!... ¡Sí!... ¡Sí!... Ni qué negarlo, me gusta el “pulman”... Pero, ¡bueno!... ¿pues yo qué le pregunté? Lo que yo quiero que me diga es dónde vivo, jefecito...

— ¿Dónde vives? Pues lo sabrás tú... ¡Lárgate y no molestes!...

—Pero, jefe, ¿a dónde quiere que me largue, si no me dice dónde vivo? ¡No sea malo! Soy de Monte Alto. Nada más dígame dónde queda. ¡Mire! traigo los centavos de la raya: si no me dice bien, me voy por otro lado, me “agarra el sueño” y o me “vuelan” el dinero en la calle o me lo “birlan” en la comisaría...

—¿Monte Alto?... ¿Dices que vives en Monte Alto?... Entonces, mira, fíjate bien: ¿Ves esos cohetes? Por allí es: Vete por toda esta calle, pasas las vías de Nonoalco que están enfrente, y luego, sigue sin desviarte, hasta donde se ven esas

luces. Ahora, sí, márchate y procura que no se den cuenta de que traes dinero. ¡Córrele!

El borracho se le quedó viendo idiotamente, volvió a reirse; apoyóse en un árbol para permanecer siquiera fuese un poco firme, e insistió:

—¡Ah qué jefe tan guasón!.. . ¡Usted si que es “relajero”!.. . Allá, por donde están los cohetes... ¡Cómo quiere que vivan allí los “probecitos”; allí es el cielo, patrón; allí están “dijuntos” y eso cuando tienen para misas y para “honras”!... ¡Pero, nosotros!... ¡Dígame!... ¡Ándele!

—Bueno, te voy encaminar por esta calle y luego, vete por donde quieras.

Esto diciendo, lo tomó del brazo, procurando volver el rostro para no recibir en plena cara el tufo pestilente que se escapaba de la boca amoratada y babeante; sorteando los charcos, caminó con él, como pudo, contestando con secos monosílabos a las elocuentes explayaciones de su interlocutor y al fin, y acerca de las vías, dejóle abandonado a sus propias fuerzas, no sin advertirle; ya sabes, ¿Eh?, derecho y sin enseñar a nadie lo que llevas!...

—¡Gracias, patrón!... Se hará lo que Ud. manda; aunque derecho... ¡quién sabe si eso si no se pueda!...

Víctor Sáenz quedó asqueado; decididamente todo esto era estúpido; no debía haber prestado atención a semejante idiota. Reprochóse su excesiva complacencia. Convencióse de que la situación en que había estado era falsa, necia, ridícula. Luego, reflexionando un poco más, esta situación falsa y ridícula acabó por agrardarle sobremanera, a causa precisamente de lo desusado y extravagante.

Piensa en el escándalo que hubiera producido entre las gallináceas sociales aquel gesto suyo de inesperada complacencia. Regocijase representándose el estupor de las conciencias fósiles, si lo hubiesen visto en semejante trance y con semejante compañía. Imagina, la mojigata admiración de los criterios estebados y experimenta, cree sentir la misma embriagadora y noble satisfacción de la venganza, que, no en vano se ha dicho, es el placer más dulce de los dioses...

El hombre absurdo (1935)

¡Haber concedido a semejante bruto una atención que no habría dispensado a ninguno de esos empalagosos y tragicómicos monigotes sociales!...

Y, pone fin a tan grotesco sucedido, con el hiriente comentario: ¡Sobre todo, este borracho cuando menos es una bestia divertida! ¡Hay tantos otros animales de dos pies, que ni siquiera son así!...

CAPÍTULO 8

ESA NOCHE, empero, preocupaciones muy distintas absorbían a Víctor Sáenz, quien, indiferente por completo al medio ambiente, permanecía ajeno a cuanto en su entorno sucedía, adentrándose todo, en los más íntimos rincones de su ser, presa de una extraordinaria fiebre de autovivisección.

En ese mismo día, primero del nuevo año, acababa de recibir su cese: una comunicación fría y cortés en la que se le daban las gracias por sus servicios, manifestándole “con pena la determinación acordada por la superioridad, debido a causas de índole económica”.

Esto, tan común y corriente en un país como el suyo, había producido en Sáenz profunda impresión, haciendo que se desbordaran sus más sutiles y enfermizas paradojas, y que, convergieran en un mismo punto, todas las vías de sus ideas, exacerbados sentimientos y múltiples reflexiones.

¿Quiere decir que Sáenz se puso a maldecir al Gobierno; a renegar de la ingratitud oficial; a censurar la canallería de los funcionarios públicos? ¿Que sintió el despecho del hambre y la mediocridad burocráticas, y dejó que borbotara de sus labios en quejumbres de plañideras o denuestos de borracho? ¿Por lo menos, la inquietud de su espíritu era el síntoma revelador de que, vigorosamente alentado por la perspectiva del desquite, acariciaba el proyecto de asaltar el primer puesto que se le presentara, atropellando a cuantos le salieran al paso; trepando por encima de cuantos se le interpusieran, hasta realizar la coartada de la ambición que grita: “¡Quítate tú para que me ponga yo”... ?

¡No!, nada de eso; cosas muy distintas fueron las que experimentó aquella psiquis supliciada.

Cierto: una vaga tristeza invadía su ánimo; una suave melancolía, como un lebrél dócil, echábase a sus plantas, pero esto, era por otras razones muy distintas a las que hubieran podido suponerse.

¡No!, bien visto, lejos de estar disgustado, Víctor Sáenz, experimentaba una alegría infinita, desbordante, embriagadora, aunque de una naturaleza mórbida, enfermiza, casi patológica, o quizá mística, como la alegría del penitente atormentado, o la del sadista, sonriente bajo el azote desolador de los cilicios!...

En efecto, para él, aquel golpe, era un justo motivo de regocijo, pues no parecía sino que el destino o la bendita fatalidad se empeñaban en justificar su escepticismo; en completar su amargo concepto de la vida, y en cristalizar sus dudas eternas y sus eternas y comprimidas desesperaciones.

¡Cesado!... ¡Oh, qué delicia!... ¡Cesado él, como cualquier vulgar empleado sin méritos, sin prestigios, sin antecedentes!... ¡Cesado, lanzado a la calle como cualquier sirviente ladrón e infiel! ¡Él, aplanado, nivelado, confundido con la masa ambiciosa, hambrienta, repugnante, a la que tanto odiaba, en todas las situaciones, hasta en las situaciones críticas, porque hasta en el sublime plano del dolor es incapaz de dignificarse, ya que con la espina dorsal siempre curvada y la frente en el polvo, prostituye, con su humildad pedigüeña, hasta el sublime instante del martirio!

¡Cesado! ¡Arrojado al arroyo! ¡Sin trabajo!; ¡sin dinero!; ¡sin tranquilidad!... ¡Qué cosa tan bella!...

Punto por punto, examinaba los detalles de este hecho, deduciendo, o tratando de adivinar hasta sus más minuciosas consecuencias.

Desde luego, mis familiares, mis amigos íntimos (a propósito, creo que mis amigos más íntimos son nada más Xavier y yo) van a encontrar confirmadas sus predicciones, regodeándose o mal disimulando su orgullo por tanta sabiduría,

“¡Claro!, dirán, ¡es claro!, ¡tenía que ser!, ¡te lo dijimos! ¡Ahí tienes tu magisterio! ¡Eso es lo que se saca uno por meterse a desasnar muchachos e “iluminar generaciones”!... ¿Verdad que siempre hay diferencia entre lo que uno

se imagina y lo que realmente pasa? Todo lo quisiste sacrificar por ser humilde y resultó que no quieren tu humildad; que les importa poco tu abnegación; que te arrojan a la cara tu famoso desinterés social, y como a cualquier golfo, te echan fuera, para que te mueras de hambre, o para que te mantengas de pedir limosna, si es que quieres seguir siendo una nonada! ¡Convécete, tonto, en esta vida no hay que pedir tan poco porque no le dan a uno nada; no hay que reducirse sino inflarse! ¡No hay que hacerla de Quijote ni de Cristo, entre Sancho Panzas e Iscariotes! ¡Tu heroicidad a nadie le hace falta ni nadie la quiere, ni para nada te sirve! ¡Escarmienta de una vez, y ¡por Dios, hombre!, deja de vivir en las nubes y resígnate a bajar a nuestro mundo; de otro modo, van a acabar por hacer botones con tus huesos!”

Ahora bien, mis amigos, mis otros amigos, fingiendo compadecerme se sentirán satisfechos de mi fracaso y también me echarán al rostro sus sermones, salpicándolos con erudición indigesta, filosofía barata y ejemplos de una experiencia trasnochada. Ya parece que los oigo: Fernández, lo menos que podrá decirme es que he sido un bruto; Praxedis, un loco; Molina, un “guaje”; Cancino un “descentrado” “un exótico”, etc., etc., y hasta no faltará quien diga que todo no es más que una “pose” estudiada cuidadosamente para asombrar a los bobos, desconcertar a los necios y crearme una atmósfera de misteriosa grandeza que sea como el halo de mi reputación.

En cuanto a mis enemigos, vulgar y ocioso resultará pensarlo, todos declararán a una, que mi cese es una prueba indiscutible y definitiva de mi ineptitud y gritarán a todos los vientos: “¡Eh! ¿qué tal?... Conque Víctor Sáenz valía; conque voluntariamente había renunciado a todo para ser “un poquita cosa”, y poseyendo las habilidades de un talento y los inmaculados prestigios de un santo, resignóse a no ser nadie, en un supremo gesto de bondad o de sabio escepticismo!... Conque era un mártir!.. ¡Conque era un filósofo práctico a la manera de Diógenes, Tolstoy o Pascal! ¡Eh, ya lo están viendo! ¡hélo ahí!... ¡Lo han echado de la Escuela porque ni para maestrillo sirvió!”

¿Puede pedirse nada más bello? ¿Puede exigirse algo más sincero, y sobre todo, más espantosa y sublimemente atormentador, a causa de la perfecta lógica de su injusticia?...

¡Yo, causa de la satisfacción bien intencionada de los unos; del desahogo y la insultante compasión de los otros, y del regocijo de los más!... ¡Qué cosa más grata y consoladora!...

Lo veo, lo percibo perfectamente. Todos ellos, al alimentar sus vanidades, sus pasiones, o hasta sus desahogos caritativos, a costa mía, se sentirán necesariamente superiores; tendrán más fe en sí mismos; se encontrarán en la vida con más confianza; hallarán fuerte y hasta envidiable su posición; se superarán a sí mismos; crecerán a mi costa y en la misma proporción en que a mí me rebajen; y, satisfechos y complacidos, felices de encontrarse ilesos, sonrientes, optimistas, acogedores, me deberán a mí su gesto afirmativo, su actitud gallarda y protectora, y la misma alegría que disfrazan torpemente, para deleitarse, acariciando mis llagas y palpando unciosamente mis heridas...

¡Pobres niños grandes!... ¡Pobrecitos corazones estrechos y espíritus obtusos, que no pueden o no quieren ver los gusanos que nos esperan en la tumba y las cuencas vacías que están detrás de nuestros ojos! ¡Sólo saben agitarse con bajas pasiones; sólo son capaces de erguirse hasta la altura del gambusino y del pirata; sólo tienen valor para matarse unos a otros por causas estúpidas, pero no pueden, son impotentes, para ver fijamente a la descarnada y esquelética que nos persigue!...

Tienen miedo de penetrar dentro de sí mismos; no ensanchan su minuto fugitivo, en el pasado henchido de muertos del que venimos, ni en el futuro sembrado de tumbas, que ya no veremos; sienten pavor de la soledad como de una maldición; les aterra su propio misterio; huyen del silencio armonioso de enigmas, que es padre de todas las sabidurías, y, como el Payaso de Claudel, corren de su propia sombra sin saber que, como lo dijo el poeta, su sombra sólo los dejará en el féretro.

¡Pobrecitos hombres, niños grandes; timoratos, sensibleros, que calumnian a la desgracia compadeciéndola, sin pensar en que, acaso a fuerza de repetirles que lo son, los hombres se sienten desgraciados, pero que, en realidad, no lo han sido nunca más ni menos que los otros! ¡Seres vulgares; criaturas de una moralidad chata, que no saben que también los parias y los desheredados encuentran en su estado, motivos de sobra para ser felices; que los de abajo exigen justicia y no imploran misericordia: que la verdadera piedad no consiste en lamentar un defecto, sino en ocultarlo; que la dicha no tiene siempre las mismas formas, ni los mismos orígenes, ni las mismas manifestaciones, y que, para eterno y verdadero consuelo de aquellos a quienes compadecen, un sordo fue el más grande de los músicos, un ciego el más excelso de los poetas y el humilde hijo de un carpintero, el más sublime de los dioses!...

¡Pobrecitos niños grandes; si son así de estrechos, de reducidos, de pusilánimes, y si no tienen la culpa de ser así, tan poco, tan poquita cantidad de conciencia firme, de criterio vasto y de voluntad iluminada. Si son así, ¿por qué no contribuirá regocijarlos; por qué no proporcionarles ocasión de que confirmen sus sueños vanos; por qué no plasmarles, con nuestra propia angustia y con nuestra propia sangre, un monigote baladí que los divierta; un fantasma impreciso que los consuele; un espejismo deleznable que los aliente?... ¡Sí!, ¡Sí!, ¡Perdonemos a los que nos hieren, siquiera porque sabemos que al herirnos, gozan; mostrémosles nuestros miembros desnudos, para que los flagelen mejor, puesto que al flagelarlos, olvidan sus propias heridas y encuentran más grande el tesoro de su salud!

Si en nuestras manos está el hacerlos venturosos, confiados, serenos, ¡que nos befén, que nos insulten, que nos maltraten, del fondo mismo de nuestra angustia surgirá su regocijo y así nuestra angustia también acabará por elevarse, por suavizarse, por dulcificarse, hasta no ser, después, sino un goce también: un divino goce, selecto, misericordioso, caritativo, que nos reconciliará, para siempre, con nuestros divinos hermanos los microbios, los bacilos, los miasmas, las pestes,

las plagas, los muladares, los estercoleros, las cloacas, las podredumbres, los excrementos, los virus y las deyecciones!...

¡Sobre todo, bendigamos el dolor, porque es el único plano en el que somos iguales, sencillos, dóciles y sinceros!; porque él nos purifica de todas las lacras que nos desprestigian, de todos los sucios vahos que enturbian nuestra inteligencia; porque fustiga nuestra vanidad; porque pisotea nuestro orgullo; porque escupe nuestra hinchada suficiencia; y, principalmente, porque empequeñeciéndonos y humillándonos, nos acerca a los humildes y a los pobres; nos hace descubrir y habitar mundos nuevos que nunca había osado mirar siquiera, nuestra ambición satisfecha; nos identifica con millones de seres cuya existencia nos era totalmente desconocida, y nos hace llegar a la verdadera medula del mundo; a la raíz, a la única y poderosa causa inmediata de la vida: el sacrificio invisible, la abnegación muda, el holocausto perpetuo de los átomos que se disocian y se combinan en nuevas integraciones: de las moléculas que se concretan o se emancipan en los diversos estados; de las sales que se asfixian en los canales de la savia; de las especies inferiores que alimentan a las superiores; de las síntesis orgánicas que sucumben, para dar lugar a otras síntesis; de todos los ensayos imperfectos o menos perfectos de la biogénesis, que son absorbidos y condensados por las superiores manifestaciones de la existencia. En fin, bendigámosle, porque nos hace comprender y realizar el deleznable y excelso fin que nos ha sido señalado, convenciéndonos de que no somos más que un momento del tiempo; un punto del espacio; una síntesis de la materia; un equilibrio de las fuerzas; una forma de la vida; una manifestación del Cosmos; una dirección y una acción del Universo, que es el que en nosotros piensa, como dice Hegel, o el que quiere en nosotros, como afirma Schopenhauer.

¡Nada y todo!... ¡Para Pascal, una caña consciente; para Reclus, la Naturaleza formando conciencia de sí misma!...

CAPÍTULO 9

DE ESTE MODO, Víctor Sáenz, dejaba volar sus reflexiones, en torno a la situación en que se encontraba colocado; ahondaba sus meditaciones, más y más; fustigaba materialmente sus ideas; amontonaba sus argumentaciones; hacía fluir, de todos los veneros de su cerebro, pensamientos y más pensamientos crepitantes, extraños, avasalladores y, en medio de toda esa tormenta ideológica, permanecía sonriente, amargo, extático, iluminado, como si hubiera sido un místico de la angustia, ofrendándose en un supremo pasmo de desolación.

Una hora, dos horas, mantúvose en ese estado de hiperestesia sorda y comprimida. Luego, cuando llegada la catarsis, su espíritu embotado, ya no sufría ni gozaba, sino que permanecía flotando en la inconsciencia, en fuerza de ser estrujado por modo tan brusco, Víctor Sáenz, para renovar y acrecentar, si era posible, el tormento de sí mismo, haciendo un esfuerzo titánico, abrió, en el bloque de su modorra, una ancha brecha a las evocaciones:

Volvió a verse, entonces, en el anexo a la Preparatoria (“la perrera”) el primer día de clases. El antiguo edificio del Convento de San Pedro y San Pablo, adosado al templo del mismo nombre, todavía sin las adaptaciones que sufrió posteriormente; feo, achaparrado, hundido hasta el grado de que tenía que descenderse más de un metro, para llegar al patio, vasto, noble, sucio y luminoso, que se encontraba totalmente lleno de educandos.

Los corredores hormigueaban; de las aulas entraban o salían, en pelotones bulliciosos; en la prefectura, desde el barandal, embutido en las columnas del arco frontero, un montón abigarrado, pugnaba por recibir informes de todas clases; ante los tableros, donde estaban fijadas las listas de los grupos, otra pelotera y

otra confusión y, por todas partes algarabía, pullas, chanzonetas, remoquetes, que iban de un lado a otro como proyectiles; charlas ruidosas y altercados, en los múltiples corrillos alharaquientos y, naturalmente, no pocas bofetadas, ni escasos empellones, codazos, zancadillas y puntapiés.

—¡Jeff! ¿Cómo te va? ¿Qué dice la Sra. Mutt?

— ¡Catarino!... ¡Miren ahí va Don Catarino!...

—¡Cállate tú, *Narizotas!*

—¡*Cyrano*, qué, no seas bruto!...

—¡Ah! ¡Oye, *Pichón*, háblale al *Oso*; ese que ves tan solemne, es el *Oso*; el otro tan hablador es *Cicerón* y el chiquitín de lentes, que corre metiendo los pies, es el *Pato*; detrás va el *Güero* García que se confunde con la obscuridad!...

—¿Y tú qué eres “meneadillo”; niño bonito?... ¿Por qué no le pones a tu nariz lo que les sobra a tus orejas?...

—¡Hola, *Palomo!* ¿Qué dice el Caballote que te acompaña?...

—¡Eh!... ¿De qué infierno vienes, *Satanás?*...

—¡Y tú, ¿de qué mueblería saliste *Taburete*, chaparrito cuerpo de uva?... etc., etc.

Y así, constantemente, indefinidamente, hasta marear, hasta fastidiarlo a uno y aturdirlo.

En semejante “maremágnum” perdióse Víctor Sáenz; sonaban las nueve y media y en ese momento, subió dificultosamente la estrecha escalera, congestionada materialmente de colegiales; ratificó con el prefecto mayor (*mister Sapito* le habían puesto los muchachos) el número del salón que le correspondía; y seguido de una avalancha estrepitosa, penetró en su aula, en medio de un desorden y un ruido verdaderamente infernales. Con gran trabajo, logró hacerse medio oír de los alumnos, quienes, atendiendo a sus indicaciones, dejaron sobre el pupitre, una breve montaña de boletas, y mientras unos permanecían rodeándolo y asediándolo con preguntas inoportunas, otros, entablaban verdaderas luchas, por ocupar determinado asiento, o se entregaban libremente a hacer comentarios

burlescos en alta voz, arrojando de un lado a otro los sombreros de los incautos, o escondiéndolos debajo de los asientos, detrás de las ventanas abiertas y hasta en los marcos de las puertas.

Restablecido, al fin, el orden, de una manera muy relativa, pues la juventud del catedrático no lograba inspirar respeto a la inquieta muchedumbre estudiantil, y una vez que hubo devuelto las boletas firmadas, Víctor Sáenz dirigió ya francamente, una mirada al salón y al concurso y se dió cuenta, entonces, de su clase: el local alto, largo, ancho, descuidado, con amplias ventanas hacia el Oriente sobre el que destacábase la espléndida cúpula de Loreto, hallábase totalmente henchido de escolares, al grado de que muchos de ellos, permanecían de pie, recargados en las paredes, o pugnaban por acomodarse en los extremos de la plataforma.

Todos, curiosa y maliciosamente, le miraban. Los tímidos y los “barbaros”, en las primeras filas; los más grandes o más traviosos, hasta atrás, procurando ocultarse con los de adelante, para mejor entregarse a sus picardías. El ambiente, a pesar estar abiertas las vidrieras, era sofocante, a causa de la aglomeración y del sol, que verdaderas cataratas de oro líquido entraba libremente. Las alusiones más chuscas silbaban por momentos; inesperadamente, surgía de quién sabe dónde un agudo grito (réplica del llanto de un niño o del maullido de un gato); había como una amenaza de burlas irrespetuosas y de algarazas irreverentes. Víctor Sáenz sintió un ligero temor, una ligera y extraña sensación de molestia y angustia, a tal punto, que hasta en el propio cristal de sus lentes, creyó verse enrojecer de mortificación, sobre todo, cuando se dio cuenta de que tenía la frente materialmente empapada de sudor y sintió, que en las sienas, la sangre se agolpaba, dilatándole las venas como si fuesen a estallar. Le espantaba el ridículo, sufría, de antemano, la vergüenza de hallarse en una situación que creía falsa; estaba indeciso, desconfiado, visiblemente torpe; apenado y a la vez furioso contra sí mismo; con irresistibles deseos de salir y al par, con un rabioso deseo de permanecer allí, hasta no poner digno término a ese trance que casi constituía para él un punto de honor.

En talestado, permaneció unos momentos, unos cuantos momentos dolorosos, martirizantes, crueles. Luego, reaccionando violentamente, a impulsos de su amor propio exacerbado, dominóse por fin, en un instante se repuso casi por completo, y fiado ya en la docilidad de su palabra, que no lo había traicionado nunca, y recordando su año de cátedra en el Colegio Mexicano (donde hubiera de vérselas con los muchachos más ricos, es decir, más insolentes de la Capital) y evocando sus halagadores triunfos oratorios las palestras estudiantiles, aprovechóse de la relativa calma de los muchachos; súbitamente atentos para convencerse de qué tal era, y sin esperar más, vigorosa, entusiastamente, inauguró su cátedra con una introducción rotunda, franca, abierta, vibrante, muy ajena a la vulgaridad corriente, a la solemnidad vacía y al formulismo ramplón, usados y vueltos a usar por la generalidad de los maestros.

Arrastrado por la fuerza de su propio pensamiento, como le sucedía casi siempre, insensiblemente fue ensanchando el campo de su exposición. Remontóse al pasado: De la mano de la Historia, atravesó las rutas de la civilización y ascendió a las cúspides del heroísmo, siguiendo a grandes rasgos, la marcha de los pueblos abuelos, que constituyeron las raíces nutricias de nuestro propio idioma (desde los oscuros y misteriosos éuskaros, celtas e iberos, pasando por los fenicios, griegos, cartagineses, romanos, vándalos, visigodos, árabes, carolingios, hasta los mudéjares y los muzárabes que minaron por dentro aquel formidable y esplendido poderío de los kalifas (omeyadas y abasidas, zegríes y abencerrajes) que derribara el épico empuje de la Reconquista, en cuyo arco de triunfo, ilustrado por las figuras de los Alfonsos VI, VII y VIII, Fernando y Jaime el Batallador, se yergue el bronce de Ruy Díaz, como la más sublime encarnación de la Epopeya Castellana.

Y no se detuvo aquí. Sobre el ala de la filosofía, remontóse a los limbos del misterio, donde se abreva de inquietudes el espíritu, hurgó en la sombra infinita, donde duerme la crisálida de la idea y al impulso de la religión y del arte, fue hasta el inmenso libro azul, donde, escrito con caracteres de constelaciones, se

lee el nombre de Dios, que es la primera y la última y la más grande y más bella de todas las palabras!

En fin, habló con todo su corazón, con toda su inteligencia, con todo su entusiasmo, es decir, con toda su juventud, y el resultado no se hizo esperar, la consecuencia fue palpable, inmediata y segura.

Los muchachos, conforme lo fueron oyendo, poco a poco, fueron abandonando, sin darse siquiera cuenta, sus retozos y veleidades; en los pasajes más enérgicos, daban muestras de satisfacción con murmullos aprobatorios: en los relámpagos de erudición no ocultaban su extrañeza expectante; subrayaban, con risas espontáneas, las alusiones festivas y los comentarios irónicos, e iban, atentamente, por todos los rumbos por donde los llevaba la voz infatigable, cálida, vigorosa y sugestiva del maestro, hasta acabar por identificarse con él, en una generosa y franca comunión de simpatía.

¡La terrible tropa estudiantil había sido dominada! De un solo golpe, el novel catedrático, había conquistado la admiración y el cariño de aquellas temibles bestezuelas, tan fáciles de vencer, corregir y educar, a poco que se les hable con el corazón a flor de labio, sencillamente, sinceramente, bellamente, como aconseja la sabiduría sonriente de Lutecia, la noble sabiduría de España y la anhelante sabiduría de América, con la lengua armoniosa y amarga de France, o por medio de la voz apostólica de Gasset e Ingenieros, Altamirano, Vasconcelos, Sierra y Rodó: ¡Enseñar es un arte, una filosofía y una religión! ¡El que enseña nada más la verdad, muy poco enseña! ¡El que enseña con amor, enseña dos veces, y enseña con toda plenitud, el que enseña con verdad, con belleza y con amor!... ¡Ay de aquellos que hacen odiar la ciencia porque no saben trasmitirla! ¡Desgraciados de los que abrasan los espíritus en vez de iluminarlos!...

La tarea subsecuente fue ya sencilla, identificados alumnos y maestro, todo caminó sin tropiezos, salvo los inevitables incidentes y las necesarias dificultades que caracterizan toda labor educativa, realizada en un plantel como la Escuela Nacional Preparatoria, carente, desde hace tiempo, de una perfecta coordinación

didáctico-pedagógica; sin unidad de criterio; sin un punto fijo a donde conducir, en un conjunto armonioso, a esa muchedumbre inquieta y descoyuntada, que no sólo necesita conocer, sino saber obrar y cuyo espíritu, sediento y generoso, no puede quedar satisfecho con una técnica sin ideales; una habilidad sin elevados fines, y una sabiduría y una eficiencia ayunas de toda chispa, de ensueño, de todo celaje de belleza, de todo fulgor moral.

No obstante, contando con la excelente disposición de sus discípulos y la fuerza del propio entusiasmo, fácil le fue a Víctor Sáenz, dar cima a su labor educativa, ala que procuró imprimir el carácter nuevo y vigoroso que había cristalizado en su espíritu, la rebeldía latente de su juventud.

¿Enseñar el lenguaje, restringiéndose a la Gramática como la generalidad pesada y necia de casi todos los profesores de esta disciplina? ¿Repetir, perpetuamente, las incoloras o absurdas explicaciones del texto; meter en la cabeza del alumno, como discos fonográficos o rollos de pianola, conjugaciones, declinaciones, figuras de dicción y de sintaxis; barbarismos y solecismos; los regímenes, los ejemplos, siempre iguales, arrancados a los clásicos del Siglo de Oro; etc. etc.? ¿Ser un repetidor de libros malos y fabricante de loros tontos? ¿Ser como todos los maletas?... ¡No!... ¡Imposible! ¡Esa era labor que estaba muy por encima de sus fuerzas, incapaces de soportar el peso de ninguna imposición rutinaria, y muy lejos de sus merecimientos, indignos todavía de arqueológico honor de una academia!...

Él concebía la enseñanza del lenguaje, de un modo muy distinto: con otros fines y otros sistemas; por eso, desde su primera clase, inició el desarrollo de su plan “sui géneris” que, no obstante hallarse en completo desacuerdo con los métodos usuales, contaba con el apoyo de las ideas más modernas... y más antiguas (Sócrates, Platón, ¡oh, Max Scheller!, ¿no enseñaban con belleza, con amor y profundidad?)

Repetir indistintamente, repetir servilmente, ¿para qué y por qué? ¿Acaso sólo los que pensaron y escribieron antes, pensaron y escribieron bien?

¿Constituirían, por ventura, las literaturas del pasado, el arquetipo platónico, invariable e insuperable, en cuyo molde deben vaciarse eternamente los metales de las nuevas generaciones? ¡La naturaleza que es transformación incansable; que jamás produce dos tipos iguales; que deja, a la necesidad abstracta de la clasificación científica, el principio de la uniformidad de Kant; de la repetición de Tarde; y de la inmovilidad específica de Buffon, para recorrer las escalas progresivas de Heráclito, Darwin, Von Bhaer, Hegel y Spencer; la naturaleza donde todo es resultado de conflictos dinámicos inagotables y de equilibrios y desequilibrios simultáneos o sucesivos, o a la vez, sucesivos en un orden y simultáneos en otro. Ella que varía infinita y prodigiosamente, en el espacio y en el tiempo; y que en uno de sus múltiples ensayos (¿el último? ¿el mejor?... ¡qué sarcasmo!) ha llegado hasta el hombre, a través de una serie inconcebible de selecciones y diferenciaciones específicas e individuales, pero que, formado ya el hombre, lo obliga, como a todos los otros seres, a modificarse, paralela o correlativamente, a los medios en donde se desarrolla. Ella que no omite de esta sujeción, ni a las voluntades conscientes, puesto que tienen una base bio-psíquica que no ha dependido de ellas y que predetermina sus capacidades volitivas y el modo y la cantidad de sus reacciones sensoriales.

La naturaleza, en fin, proteiforme, poliforma, multifásica, no obstante su unidad esencial indubitable, ¿cómo y por qué había de contradecirse al llegar a las células cerebrales y culminar en la inteligencia, obligándonos a ser idénticos en el pensamiento y uniformes, desesperada, aunque fuese perfectamente uniformes, en la manera de expresarlo? ¿Cuando los tiempos y las necesidades han variado, los conceptos y su organización expresiva deben seguir siendo los mismos? ¿Cuando impresiones nuevas nos afectan, nuevas pasiones nos arrastran y nuevos ideales nos alumbran, debemos continuar hablando como ayer, en que otras eran las condiciones de la vida de los individuos y de los agregados? ¡Si se han modificado los medios físico, intelectual y emotivo, que determinan el proceso de nuestras ideas (sea produciéndolas o simplemente

despertándolas). Si, aunque no lo queremos, sentimos, pensamos y obramos de otro modo que como se sintió, pensó y obró en épocas que ya no son las nuestras; en fin, si la cultura y la civilización enteras, desde los medios de subsistencia y comunicación, hasta los sistemas religiosos y filosóficos han evolucionado (no importa que sea en un sentido negativo), ¿en virtud de que absurdo principio, de qué excepción inconcebible, el vehículo del pensamiento y la expresión, ideológica por antonomasia: la palabra, ha de permanecer inmutable?

¿Por qué esta inconsecuencia? ¿Por qué este fracaso de la ley natural del cambio coordinado, en la zona de inteligencia, que es donde mejor podía afirmarse, toda vez que el espíritu es más elástico y está mejor capacitado para accionar y reaccionar, que la materia sorda, ciega e insensible? ¿La evolución creadora o la creación evolutiva de Bergson, latente y viva en la roca inmóvil y en el pesado megaterio, se detiene en la palabra que es más ágil que el ala más sutil que el éter y más poderosa que la electricidad? ¿A qué ese afán de negar la evidencia? ¿A qué ese empeño de galvanizar momias faraónicas y de resucitar polillas académicas? ¿Porque fueron grandes? ¿Porque fueron preclaros? ¿Porque llenaron todo su tiempo, como la aurora llena todo el horizonte?... ¡No! ¡Imposible! Grandes fueron, ¡Bien haya!, tan grandes como se quiera, pero fueron y ya no son. Realizaron y vivieron una forma y un minuto de la belleza y de la conciencia perdurables; exaltaron, tradujeron, modos de vida, y que acabaron o se transformaron totalmente; su genio, universal en el profundo cauce de la idea eterna, fue necesariamente efímero en la modalidad de sus manifestaciones; la esencia de su pensamiento, quedó en la esencia conceptual y no en la apariencia típica, tónica, sonora y gráfica del vocablo. En lo profundo, es donde alientan las verdaderas causas; los fenómenos, los modos, las superficies, son nada más sus consecuencias y sus apariencias. La enfermedad no está en el síntoma, está más allá: en el desequilibrio orgánico, en la lesión, en la bacteria. Inmensos, inconmensurables, no pudieron ser únicos. Todas las guerras tienen sus héroes; todas las causas tienen sus apóstoles; las religiones sus mártires; las filosofías sus

maestros y todos los siglos tienen sus genios, como los desiertos sus oasis, las llanuras sus montañas y las tormentas sus relámpagos!

Si algunas veces la humanidad ha parecido carecer de ellos, más bien ha sido porque no ha tenido oportunidad de conocerlos, o porque, las circunstancias adversas, no contribuyeron a revelarlos o a desarrollarlos; Emerson y Macaulay, a este respecto tuvieron razón... ¡El cielo siempre tiene estrellas, pero hay ocasiones en que las nubes las ocultan!...

Por otra parte, la comparación entre el genio es imposible. La obra maestra, decía el abuelo Hugo, es igual a la obra maestra. La *Iliada* de Homero es enorme, pero ¿lo es menos la *Divina Comedia* de Dante? El *Quijote* de Cervantes podría considerarse inferior al *Fausto* de Goethe? ¿La obra de Balzac puede ponerse por encima de la de Dostoiewski? ¡No! Entre esos hombres cúspides, que son síntesis de toda una época, exponentes de siglos, glorias de la humanidad, cabe, puede haber una diferenciación en el modo, pero no cabe, no puede haber, una diferenciación en el mérito. Por eso Esquilo es hermano de Shakespeare; Aristófanes de Moliere; Demóstenes de Mirabeau; Píndaro de Verhaeren; y Fidias de Verrochio, Miguel Angel y Rodin, y Apeles de Leonardo, Rafael, Rembrandt y Velázquez.

Está bien, pues, que exaltemos la grandeza de los que fueron, pero no está bien que disminuyamos o neguemos la grandeza de los que son, y, sobre todo, está muy mal que tratemos de expresar del mismo modo lo que sentimos y pensamos de un modo distinto.

No es en el ropaje de la idea, donde está la idea; la idea está más adentro. Si queremos imitar a los genios, imitémosles en lo perdurable, no en lo efímero. De los grandes libros y de las arengas célebres, lo que ha llegado hasta nosotros íntegro y nos ha conmovido tanto como a los hombres que los vieron nacer, es la medula del razonamiento vigoroso; el nervio de la concepción profunda; el juego de la sabiduría y de la verdad todopoderosas; no la suntuosa pero superficial envoltura de las palabras.

Con términos distintos, puede enunciarse el mismo concepto; los conceptos distintos, no pueden enunciarse con los mismos términos; he aquí la fuerza imperativa de los unos sobre los otros.

Traducida a todas las lenguas cultas, la Biblia, sigue siendo el libro de los libros; el Kempis, en ruso, sigue siendo, substancialmente, el Kempis; La Summa de Santo Tomás de Aquino, sigue siendo la Summa, en Castellano, y lo mismo sucede con la Lógica de Aristóteles, Los Diálogos de Platón, La Crítica de la Razón Pura de Kant, Los Ensayos de Montaigne, etc.

Las modas cambian cada estación; los hombres, más lentamente, de la infancia a la juventud; de la juventud a la madurez; de la madurez a la senectud; los pueblos, más lentamente todavía, cada generación, cada siglo o cada milenio; pero la ley sublime que condiciona el pensamiento humano: índice específico de la racionalidad consciente; la ley que traduce el perenne balanceo del placer y el dolor, concomitantes, contradictorios y eternos; esa ley, como forma parte de nosotros mismos; como es característica nuestra, imprescindible, sin la cual no seríamos, o por lo menos, no seríamos lo que somos; esa, permanece, tiene que permanecer medularmente, invariablemente, la misma.

Mientras tengamos conciencia, tenemos que pensar y mientras existamos, nuestro pensamiento tendrá que estar en contacto con nosotros mismos, abrevándose en la fuente inagotable de las perpetuas lágrimas y los perpetuos ósculos y las perpetuas inquietudes, esperanzas y decepciones de la vida.

Variarán las causas; variarán sus manifestaciones, el “substractum” definitivo quedará siempre incommovible.

Por lo tanto, en la esencia ideológica y no en la formalidad trasmitiva debemos imitar a los genios.

Negar ésto, creer que hablar robándoles sus expresiones a los grandes, es ya ser grande, es sencillamente necio; tan necio, como creer que un palurdo sería togado, con sólo ponerle la toga y el birrete.

Por lo demás, si hay belleza indiscutible en la manera de escribir de los clásicos, también hay belleza indiscutible, en la forma como escriben los independientes de hoy que serán los clásicos de mañana y los modelos obligados de los futuros hablistas.

Además, resultaría inconcebible que nos riésemos de un hombre de nuestro tiempo, que vistiera calzón corto, justillo de terciopelo, gola encarrujada, jubón con plumas y espada al cinto; y que, por otra parte, nos produjeran admiración los escritores que disfrazan sus conceptos con una indumentaria del siglo XVII. Esto sería sencillamente contradictorio.

¿Y el estilo? ¿Y la magia de la forma, que acaso no sea verdad, pero que desde luego es belleza? ¿Eso, no importa? ¿Es decir, la belleza no vale por lo menos tanto como la verdad?

¡Sí! ¡Efectivamente! El estilo es la mitad de la obra de arte: es más, hay veces en que el estilo es todo el arte (fondo es forma como decía Díaz Mirón, glosando sin querer a Wilde y posiblemente a Valéry); pero el estilo, que según el certero crítico francés, “es el hombre”, precisamente porque “es el hombre”, es individual, es personal (cuanto más personal más estilo) y por lo mismo, no puede ser enseñado, ni mucho menos debe ser aprendido, so pena de privar al autor de su personalidad y de arrancar a la obra de arte, la fuerza vital y el mérito supremo de la sinceridad.

A mayor abundamiento, puesto que el estilo es de éste y de aquél; de una y de otra época, resulta lógico deducir que a la diversidad de personas y a la diferencia de tiempos, corresponde, necesariamente, una correlativa e ineludible diferencia de estilos.

La enseñanza del lenguaje, en consecuencia, debe ir más allá de las fórmulas vacías y arbitrarias de la Gramática. Su principal objeto debe ser despertar conceptos y enseñar a traducirlos y organizarlos, de una manera clara y precisa, de acuerdo siempre con el mundo material o psíquico que representan.

En síntesis: El alumno debe aprender a hablar, hablando, y a escribir, escribiendo, sometido a una serie continua, sucesiva y graduada de ejercicios lingüísticos, acerca de todos los tópicos y de todos los asuntos de su vida real y afectiva.

Debe saber que hablar es traducir o representar lo que se ve, lo que se siente, lo que se sabe y lo que se quiere, y que, por ende, el mejor medio de expresión, es el que logra mejor este objeto... Que no debe usar siempre la misma forma, así sea la clásica de Fray Luis, para expresar cosas o impresiones distintas. Que su lenguaje debe variar tanto como el mundo que refleja y debe permanecer siempre en contacto esencial y formal, con el universo que reproduce. Que todo artificio que entorpezca este proceso debe ser desechado, a menos que contribuya a transmitir mejor lo que deseamos. Que la belleza de la expresión, es hermana de la sinceridad expresiva, que es la belleza por antonomasia, y que la técnica del artista es plausible, precisamente porque mejor y más fielmente logra ponernos en contacto con el cosmos que representa o que sugiere. Es decir, que el procedimiento artificial sólo es bueno, cuando nos conduce a la fuente natural, y que la armonía, resultado en apariencia de los artesanismos retóricos, antes de ser descubierta por el lírico, ya existía en la naturaleza, de una manera espontánea, dispersa y viva en sus manifestaciones, puesto que armonía hay y ha habido donde quiera que hay equilibrio y coordinación: lo mismo en la cohesión molecular, que es armonía atómica, que en la gravitación universal, que es también armonía: sublime armonía cósmico-dinámica.

¡Claro! pensaba Víctor Sáenz, cuando sepan estas cosas los sanchopancistas intelectuales, y los viejos y solemnes maestros rutinarios, van a poner el grito en el cielo declarando, bajo la concha de su fósil experiencia, que esto no puede ser; que es un absurdo; que tal vez fuese aceptable si se tratara de enseñar filosofía del lenguaje, pero que, para los alumnos de la Preparatoria es demasiado; por lo que basta y sobra con seguirles transmitiendo los mismos añejos conocimientos, con los mismos sistemas oxidados y caducos.

El hombre absurdo (1935)

¡Como si esta simplificación lógica, no fuese más sencilla que aquella complicación arbitraria! ¡Como si la misión del maestro, fuera transmitir el absurdo porque ha sido consagrado con muchos años de torpeza, o como si, para facilitar al educando la tarea, fuera preferible enseñarle —cosa que sería para él mucho más accesible— que la Tierra permanece inmóvil, mientras el firmamento con las estrellas incrustadas, y el Sol, giran perpetuamente en torno de ella, substituyendo así, nuevamente, a Copérnico por Ptolomeo!

Sobre todo, ¡que chillen!... ¡es tan divertido oírlos chillar y verlos pavonearse en su torpe suficiencia! ¡Que sigan ellos su camino; yo seguiré el mío! Ya serán los resultados los encargados de darme la razón por ellos.

Y animado por la fuerza de su propio criterio, se entregó todo, en cuerpo y alma, a su labor educativa, entusiastamente secundado por sus alumnos.

CAPÍTULO 10

NATURALMENTE, Víctor Sáenz, no pudo prescindir de tratar ciertas cuestiones fastidiosas, comprendidas en el Programa; pero logró amenizar el trabajo con explicaciones e interpretaciones nuevas y para ensanchar o despertar las ideas, abrir rutas a la imaginación y poner ansias de vuelo en las alas jóvenes, intercaló conferencias sobre diversos tópicos de interés general: Sociología, Moral, Historia, Arte, Literatura y lecturas de modelos, en las que figuraban preferentemente, los grandes estilistas Rodó, Renán, Eugenio de Castro; los ironistas egregios: Shaw, France y Eca de Queiroz; los armoniosos apolinidas: Darío y Nájera; los pindáricos Chocano y Díaz Mirón y los desconcertantes Papini, Huymans, Lombard; los escandinavos Hamsun, Lagerlof, Ibsen; y los rusos, desde Tolstoy, Gogol y Dostoyewski hasta Chejov, Artzivachev y Andreiev; amén de los más profundos pensadores y filósofos contemporáneos.

Puede decirse que su clase, no obstante darla tan a conciencia como la daba, era más bien un pretexto, para fundar el criterio de sus discípulos y una ventana abierta para asomarlos a todos los problemas y atalayar todos los rumbos de la ciencia, de la conciencia y de la vida.

Su actitud fue tan simpática a los estudiantes; la intuición de la juventud, cansada de arqueologías didácticas y ansiosa de nuevos horizontes, comprendió tan bien y tan pronto la labor de su maestro, que éste acabó por no ser sino el amigo o el hermano mayor de sus discípulos, quienes no tuvieron empacho en abrirle su corazón, mientras, ellos mismos, penetraban curiosos y asombrados, al misterio espantoso y sublime de aquella vida atormentada.

Como sus alumnos del Colegio Mexicano, que se escapaban del plantel para seguir oyéndolo en la Plaza de Miravalle o en el Parque de Orizaba, sus alumnos de Preparatoria, íbanse también con él, en corro abigarrado y respetuoso, hasta dejarlo en su casa, en cuya puerta permanecía un buen rato, muchas veces, continuando disertaciones o explicaciones iniciadas en el tránsito y satisfaciendo o despertando las curiosidades jóvenes, siempre sedientas, siempre ávidas, con los ojos abiertos siempre al espectáculo múltiple y magnífico del mundo.

De todos sus discípulos, muy poco de los cuales se substraían a su influencia, más que por mala voluntad, por desidia, un grupo como de doce, era el que con más asiduidad, cariño y atención, lo rodeaba. Formaban tan simpática familia, muchachos, los más inteligentes, dedicados y sinceros de su grupo. Entre ellos, figuraban: el formidable Villarreal, exageradamente desarrollado y fuerte para sus años; Luis Enríquez, poderoso también, acaso en mayor grado que su compañero, y lleno de dedicación, de bondad y de respeto; Sosa, reducido casi al esqueleto, costeño maldiciente, con tan poca malicia como carnes; García, sencillo, sin pretensiones y con relevantes méritos de moralidad y perseverancia; Suárez, escandaloso, comunicativo, comadrero, pero noble a carta cabal; Casales, el mayor, el más serio y uno de los más constantes; Cuevas, todo piernas, campeón de los 1500 metros y el hombre de la sonrisa perpetua; Sierra, inteligente, amable y educado, que oprimía los labios y contraía las cejas al reflexionar; Alarcón, de cabeza demasiado grande para sus pies menudos; poeta de la más pura vocación, con tanto amor propio como temperamento; Aguilar; bajito de cuerpo, talento comprensivo, disciplinado, estudioso; Díaz, el ex-seminarista, bajo también, descolorido, de ojos claros, de mirar impreciso, lleno de sofismas escolásticos y de vanidades de erudito: ágil y fácil de ideación; Orta, alma sana y robusta como su cuerpo; sin dobleces, con subterráneas angustias y heroicas indiferencias; y Carrillo, el benjamín de la dinastía: sonriente, apuesto, simpático; corazón translúcido y mentalidad luminosa; noble a carta cabal; culto, perezoso, guasón y travieso incorregible. Después, los otros que no eran de

la clase o que llegaron más tarde: el fiel devoto de toda sabiduría: Ricárdez; el buceador de los océanos especulativos: Valencia; Muñoz Cota, el admirador de todo destello verbal, espíritu inquieto y clarísimo; y Toledano, y Moreno Galán: el primero, atento, educado, muy pagado de las insignificancias sociales, y el otro, de diáfana concepción y de expresión precisa, incisiva, casi geométrica; retozón, bullanguero, menudito, como una molécula humana, animada por la chispa de una combustible inteligencia.

Dos veces por semana y en ocasiones hasta cuatro, dábanse cita, por las tardes, en la casa del maestro. Desordenadamente iban llegando: unos en grupo, otros solos, pero todos alegres y entusiastas, felices de encontrarse reunidos en una amable convivialidad afectuosa, en la cual podían, con toda libertad, explayarse, bajo el amparo y a la sombra de aquella existencia indulgente, hermana de las suyas, que con la tormenta en el corazón, permanecía sonriente y acogedora, aunque también casi siempre irónica, corrigiendo con sus consejos los desvíos inconscientes de los quince años, y azotando con su verbo implacable, las vulgaridades y las claudicaciones de la vida; los atentados contra la cultura y las chatas realizaciones de las inteligencias auto-suficientes.

Era de ver el cuadro que ofrecían esas reuniones, en las que, la disertación profunda o la exposición brillante, se abrían paso, en un ambiente ingenuo y cordial, salpicado con el chisporroteo de las alusiones suavemente punzantes, las chanzonetas sin malicia y las insinuaciones inofensivas y desnudas de toda dolosa intención.

En la pieza pequeña, exornada con un “Mapamundi” que casi cubría toda la pared; agrupados en torno de la mesa escritorio de Víctor Sáenz, unos junto al librero frontero a la puerta; otros recargados en la mesilla de la máquina o acomodados entre el librero y ésta; y otros más, comprimidos entre el escritorio y el estante, adosados al muro exterior, antes de que el maestro los hablase formalmente, abrían un paréntesis de alegría, entreteniéndose en los más divertidos malabarismos verbales:

—¡Maestro! ¿Ya sabe usted que a Sosa, desde que vino de su tierra, no se le ha visto por la Escuela?...

—¡Cómo! ¡hablador!... ¡Si no he dejado de asistir un día de la semana!...

—Yo no digo que tú no asistas, lo que digo es que no se te ve... ¡y, cualquiera te ve si estás tan flaco!...

—¡Miren ustedes nada más a Carrillo, desde que llegó, no aparta la vista de ese libro!... ¿Qué libro es, Maestro?...

—¡Ah!, ¿La Historia de la Prostitución?...

—¡En efecto, Maestro, desde hace tiempo que quiero leerla para conocer mejor a Alarcón!...

— ¡Oye, Suárez! ¿Por qué gritas tanto cuando hablas?...

—¡Hombre, pues para que se oigan mejor sus disparates!...

—¿Es cierto que ayer ibas con unos brutos, Orta?...

—¡No!, ¡ayer no anduve contigo en todo el día!...

—¿Ya saben ustedes que a la señorita Esquivel le dicen la Mula Anciana?

—¡Qué novedad hermano; desde que tú la pretendes le pusieron así!...

—¡Ahora sí creo que estás enamorado Sierra, pues te has vuelto completamente bruto!...

—A propósito, ¿por qué habrán pintado en la puerta principal de la Preparatoria esas cosas tan feas?... ¿Será para evitar que los alumnos se estacionen o para que las inscripciones disminuyan?...

—¿Verdad que el otro día, al estarte peinando viste un burro?...

—¡Sí, genio!, pero me parece que eras tú que necesitabas un peine...

—¡No, García!... esa sí es una gansada!... ¿para qué galanteas a esa muchacha tan fea?...

—¡Pues para que me tengas envidia!... ¡todos sabemos que esas son las que te gustan!...

Y así, indefinidamente, por el mismo tenor, sucedíanse unos a los otros, los escarceos de palabras y los chispazos de ingenio, que iban de un lado a otro,

a modo de alfilerazos inofensivos, que al clavarse momentáneamente en las desnudas carnes de las víctimas, hacían prorrumpir en sonoras carcajadas, al concurso, mejor dispuesto, más homogéneo, más preparado, para oír tópicos substanciales, después de semejante gimnasia del equívoco, del doble sentido, de la gresca y de la zahiriente imaginación...

Luego, cuando ya las pullas iban escaseando, y uno que otro de los más delicados, daba muestras de hallarse ligeramente amoscado, Víctor Sáenz, asumiendo una actitud naturalmente concentrada, y no respondiendo ya sino con monosílabos, espantaba el enjambre de las frases picantes y zumbonas, y hábilmente, para que la atención de su pequeño auditorio fuese concentrándose, sin sentirlo, iba dejando caer sus palabras y surgir sus conceptos, que acelerados a sí mismos, por la virtud de su propia fuerza, en una progresión creciente, iban dilatándose, multiplicándose, hasta constituir un verdadero torrente avasallador e incontenible, que ora se tendía sobre las anchas llanuras de la imaginación; ora retozaba entre las florestas de la metáfora; ora soñaba dulces sueños acariciadores, en los remansos de la belleza; o bien retumbaba en los despeñaderos imprecativos, rompiéndose las propias entrañas al derrumbarse entre las rocas, para acabar confundiéndose con la vastedad profunda del océano de las inquietudes eternas, y las eternas rebeldías.

Era entonces cuando el amigo ascendía a la cátedra para convertirse en el maestro. Entonces era cuando sobre el corro juvenil súbitamente aquietado, los labios prematuramente amargados de hiel, abrían el luminoso abanico de las digresiones estéticas o estremecían la antorcha fúlgida de las exposiciones científicas.

En todas las raíces de la ciencia y de la existencia, se clavaba el poder inquisitivo de Víctor Sáenz, para arrancar el secreto de las cosas y de la vida y entregárselos, convertido en savia intelectual, a sus pequeños hermanos intelectuales, titubeantes y desvalidos, en medio del conflicto perpetuo de las voracidades egoístas, y perdidos y desamparados en el caos de avideces en furia de las ciudades cosmopolitas.

Casi siempre eran ellos quienes proponían la cuestión que él resolvía, desde luego, procurando dejarlos completamente satisfechos, sin omitir nada que pudiera hacer el relato más vivido y la conclusión más segura. Otras veces, él escogía el asunto, de entre los que consideraba más interesantes, o más útiles. Por fin, en algunas ocasiones, el tema se presentaba por sí mismo, flotando en la corriente de los acontecimientos cotidianos, en el hecho súbito, en el aspecto nuevo e inacostumbrado de las cosas.

Y siempre Víctor Sáenz estaba preparado, alerta, dispuesto a desenmarañar los abigarramientos más confusos, a iluminar las sombras más espesas y a trazar firmes cursos a las ideas y a las acciones más disímbolas.

CAPÍTULO 11

¿LA CIENCIA?... ¡Sí!, una cosa muy grande; una conquista muy provechosa; una palpable y poderosa realización del intelecto; pero, no un fetiche; no un ídolo; no una divinidad inmutable y todopoderosa, capaz de resolver, por sí misma, el problema de la existencia y darnos el secreto de la felicidad humana. Fruto del esfuerzo continuo de la inteligencia, la observación y la experiencia, es por ende, hija legítima de la necesidad: móvil y razón de todos nuestros actos, inclusive de los que consideramos fuera de la órbita material, pues esclavos somos y seguiremos siendo de la necesidad irreductible: ya sea de la baja e imperativa necesidad de persistir, o de la elevada e incontenible necesidad de pensar.

Por la profundidad de sus axiomas; por la amplitud de sus conclusiones; por la aparente inmovilidad de sus principios y el inflexible esqueleto de sus silogismos pareció al positivismo de Comte y de Littré, algo sublime e infalible que nos acercaba a los dioses, obligándonos a suprimirlos y ponía en nuestras manos todo el curso de la naturaleza.

Después, el progreso material; el formidable e imprevisto desenvolvimiento industrial de los pueblos; la rapidez y variedad de los medios de comunicación; la eficacia creciente de los instrumentos de exploración y de análisis; las inesperadas conquistas de la química, sobre todo de la química-biológica y orgánica, de la cirugía y de la terapéutica. Desde el tubo de Crooks y los rayos Roethgen, hasta los rayos ultra violeta y los rayos X. La telegrafía y la telefonía inalámbricas, y la televisión; el rayo Cósmico de Millikan; el fonógrafo, la radio, el cinematógrafo parlante; el radium de Curie, la radioactividad; “El protactinio de Von Grosse”. La Eugenesia; los estupendos adelantos de la bacteriología,

la embriología, la microbiología, la parasitología, y la endocrinología. La histología y la unidad patógena de Cajal; la inserción de glándulas de Voronoff; los milagros clínicos de Carrell; las maravillas de la sueroterapia y la apoterapia; las notables experimentaciones de Noguotchi, Roux y Kitasato; Pezard, Sand, Steinach, Carnidroit, Lipshütz; la transplatación de cabezas de insectos (la del hidrófilo Picio en el cuerpo del disticio marginado) efectuadas por Finkler en Viena y en Trieste por Stenta; la relatividad y la teoría del campo de Einstein y la Físico-Química y la Física y la Química Matemáticas, que han transformado completamente las que creíamos definitivas teorías atómico moleculares del ión, el electrón y el protón; las hipótesis geográficas de Wegener; las concepciones biológicas de Uexküll; la psicopatología; el psicoanálisis; el origen patológico atribuido a la inteligencia, desde el clásico lombrosianismo hasta la hiperestesia y la desorbitación del genio; los complejos, la libido; la inintroversión y extraversión psíquicas y la diferenciación y la hiperdiferenciación, etc. etc., todo ese moderno campo de ideas comprendido desde Freud y Volket, pasando por Delmás, Boll; Dumás, hasta Marañón. Y la atrevida tesis de Ranke y Kalmann, invirtiendo la teoría de Darwin; y el hombre mecánico; y el avión cohete, el globo estratosférico de Piccard, el super zzeppelin y el aeroplano sin piloto, manejado a distancia por la onda electro-magnética; y el automóvil aerodinámico de 500 caballos de fuerza y 450 kilómetros por hora, de velocidad; el ferrocarril torpedo-ultra rápido; los enormes puentes colgantes; los túneles inverosímiles; las ciudades de 10,000,000 de habitantes; los edificios de 400 metros de altura; y las islas artificiales y las casas giratorias... Y, por fin, ese dominio casi absoluto de las fuerzas invisibles y los fluídos todopoderosos, que permiten al hombre de nuestros días, concentrar, por una parte, fuerzas colosales en unos cuantos gramos de substancias explosivas, o millones de calorías y miles de energéticas, en microscópicas combinaciones químico-biológicas, y por otra parte, le permiten disociar instantáneamente la materia sometiénola a la acción de descargas eléctricas artificiales de 2,000,000 de voltios, que disipan, en una millonésima de segundo, la formidable potencia

de 10,000,000 de caballos de fuerza, equivalente a toda la energía eléctrica de la mitad del continente americano, desde el norte de Canadá hasta la punta del cabo de Hornos.

Todo esto y más aún, que vemos, que sabemos, que presentimos; todo esto, ha contribuido poderosamente a robustecer nuestra fe ciega en la ciencia, haciendo que la consideremos como el índice más alto de la inteligencia humana; como el factor y el producto, a la vez, más grandes de la civilización; como el pedestal definitivo, sobre el que habremos de colocar nuestra propia estatua, para asombro de los siglos por venir y estupor de las subsecuentes generaciones.

¡Mas, qué ilusión tan vana! ¡Qué pretensión tan necia! Semejante cosa, no es sino el resultado de un espejismo o acaso consecuencia de una cultura raquítica y de una erudición superficial; pero, observando el caso con más independencia y profundidad de criterio, no podemos menos de hacer las siguientes incontrovertibles consideraciones: La ciencia, proyección egoísta de nosotros mismos, es variable y deleznable como nosotros; nace de la curiosidad de conocer y acaba con la ambición de realizar. No ha surgido porque lo hayamos querido, sino porque lo hemos necesitado (recuérdese el clásico apotegma: la necesidad es madre de la sabiduría). Como todas las actividades animales y humanas, arranca de la urgencia económica de pervivir y no es otra cosa que un desdoblamiento de nuestro instinto de conservación, individual y específico.

Primitivamente, eran nuestros órganos y nuestros miembros los que directamente se modificaban, por las influencias del miedo y las presiones de la necesidad, sometiéndose siempre a los dictados de los imperativos biológicos. Así es como, las cuatro extremidades destinadas al desplazamiento, van diferenciando sus funciones, paralelamente al enderezamiento de la columna vertebral y a la reducción de la cola en el cóxis, soldado y casi confundido con el sacro; el pulgar va tomando la posición perpendicular a la palma de la mano, que tan incalculables ventajas nos ofrece y que necesita siglos para realizarse; la posición horizontal va volviéndose vertical; las mandíbulas disminuyen, el

cráneo se ensancha, la frente se despeja, los órganos bucales se afinan, y con la testa en alto, el rostro de frente y el cuerpo perpendicular y no paralelo a la tierra, vemos más amplio el panorama de la existencia y más vasta y más completa la superficie del geode.

Después, es la lanza la que prolonga el brazo; la piedra y la flecha las que alargan la mano, como si dispararan el puño a la distancia, y el cuerno o el caracol los que amplifican el grito. Las naves y las bestias substituyen y multiplican nuestras capacidades locomotrices y son como la extensión de nuestras extremidades inferiores.

Por fin, al cabo de varios siglos, nuestra inteligencia: evolución de nuestro instinto (Baudouin afirma que los sentimientos, base de la actividad intelectual, son una evolución de los instintos) plenamente desarrollada, es la que, por medio de la actividad cerebral, prolonga nuestra vista, nuestra fuerza, nuestro poder de desplazamiento, nuestra capacidad auditiva y sensitiva, nuestro oído, nuestra voz, etc., con el telescopio y el microscopio, la fuerza expansiva de los gases, la electricidad, el motor de explosión, el teléfono, el telégrafo, la onda hertziana, el micrófono, la televisión y hasta la telequinesia, etc. etc., llegando a perpetuar lo efímero y a magnificar lo insignificante.

De este modo, la ciencia acaba por adaptar el planeta a nuestras necesidades y nosotros, con la ciencia, transformamos activamente el universo en nosotros (en una soberana prolongación nuestra) suprimiendo el tiempo y el espacio, por medio de la velocidad, en el mundo físico, y por medio de la onda hertziana en el espiritual, para que así podamos, cómodamente, poner en contacto inmediato, el satisfactor con el apremio vital o psíquico, y para que no exista más tiempo ni espacio, que los que se conjugan en el contenido material y espiritual de nuestro ser.

¡Formidable organización del hambre irreductible que todo lo devora y lo transforma para hacerlo suyo! Eso espantosamente poderoso de la voracidad de ser y de absorber! ¡Aborto del miedo de concluir! ¡Feto de la fiebre de crecer! ¡Fruto del afán de triunfar! ¡Al mismo tiempo, mezquina y prepotente, la ciencia

no es algo superior puesto que la superioridad no está en el dominio bárbaro de las cosas, ni en la tiranía de los unos que viven a expensas de los otros, so pretexto de que la especie que piensa es superior a todas las demás y debe conservarse a costa de ellas!

¡Si nos hiciera más buenos! ¡Si nos hiciera más humildes! ¡Si, cuando menos, nos hiciera más humanos!...

¡Pero, no!... ¡Es implacable!... ¡Está fuera de la moral, de la filosofía, de la belleza! cree que el problema de la vida humana, como el de la vida inferior, sólo consiste en conservar, durante el mayor tiempo posible, el armonioso funcionamiento de una máquina consciente, y le da salud, energía y mil facilidades a la vil criatura, que, naturalmente, al sentirse con tanto poder se ensoberbece, afirmando que, por lo menos, el hombre es el amo del planeta.

Por desgracia, esto tampoco es exacto. Ni siquiera podemos concluir, en buena lógica, que la ciencia nos haya hecho dominadores del globo, pues, si bien es cierto que con su auxilio vencemos muchos obstáculos y transformamos el medio físico, también, no lo es menos que, para alcanzar esto, necesitamos aplicar principios y leyes que la misma naturaleza nos impone, de donde se infiere que el dominio es el resultado de un previo sometimiento.

Por ejemplo, si perforamos montañas y reducimos la lejanía con el expreso, es porque hemos aplicado las leyes de la expansión de los gases, la presión del vapor, etc., leyes que traducen realidades ya existentes, completamente independientes de nuestra voluntad y que, por ende, una vez descubiertas (descubiertas, no creadas) nuestra voluntad no ha tenido más remedio que aceptarlas utilizándolas, en su provecho, pero de ninguna manera contradiciéndolas.

Así es que si vencemos, es porque nos hemos dejado vencer por un poder más grande, del cual, queramos o no, acabamos siempre por resultar esclavos.

Pero, hay más todavía: ¿Realmente vencemos, aunque sea aparente o transitoriamente? ¡No!; puesto que esa victoria no tiene otro objeto que vivir más y mejor, o sea cumplir con el imperativo de nuestra naturaleza, que es la

que, en último análisis y aun cuando no nos demos cuenta, nos obliga a vivir, para realizarse en nosotros a través o por medio de nosotros. Por eso, afirma Reclus, que el hombre no es más que una expresión o un índice consciente de la naturaleza!

Si la piedra pensara, afirma Spinoza, diría que cae porque quiere, no porque la gravedad la obliga a ello; así el hombre, declara que vive porque quiere, sin darse cuenta de que SU voluntad de vivir no es SUYA sino de la naturaleza. Hegel va todavía más lejos cuando asevera que no es el hombre el que vive, siente, piensa y quiere, sino el mundo el que vive, siente, piensa y quiere, en el hombre. Tilgher, a su vez, declara que el hombre es como una cosa cuyo principio o razón de ser y de llegar a ser, no está en él, sino fuera de él; lo cual confirma y amplía todavía más Bergson, para quien el hombre no vive y obra por sí y para sí, sino que es vivido y obrado por fuerzas físicas, por y para la naturaleza.

El Psicoanálisis, a este respecto y las escuelas derivadas (desde el psicoanálisis puro de Freud, hasta el literario de Pirandello, Maeterlink y Lenormand) concluyen igualmente, que nosotros sólo somos la apariencia o la mínima parte visible de nuestra verdadera realidad, que es el subconsciente. Que el individuo no es otra cosa que el pelele de su subconsciente invisible, implacable y despótico: de ese otro yo, mejor dicho, de ese único yo que constituye el “hombre subterráneo” de Dostoyevski (naturaleza pura) que se impone constante y definitivamente sobre el hombre periférico, sobre el hombre superficie, máscara o fanteche, con tan asiduo como inútil empeño, estudiado por las clásicas psicologías.

De modo que, en síntesis, la naturaleza es la que vence momentáneamente a través de nosotros que sucumbimos, para seguir venciendo perpetuamente en los múltiples equilibrios que integra y en las inagotables formas y categorías que ensaya.

Sorda, brutal, incansable; sistemáticamente encerrada en sus observaciones, experimentaciones y sistematizaciones. Tercamente reducida al gabinete y al laboratorio, la ciencia deja a la filosofía, a la metafísica o a la religión, la misión sublime de relacionarnos en un plano superior con el universo; de buscarnos una

situación en el cosmos; en fin, de resolver nuestro verdadero problema profundo y trascendente, y queda satisfecha con entregarnos una estadística de fenómenos; un padrón de hechos; una tabla de leyes frías y de principios invariables...

¡Y todavía hay quien cree que con esto, la luminosa inquietud de la conciencia ha quedado definitivamente satisfecha!

¡Qué burla más sangrienta! ¡Qué error más grande!... ¡Mentira!; la Ciencia no hace ni puede hacer otra cosa que estudiar las relaciones de la realidad; no conoce ni puede conocer la esencia de las cosas; sólo el mundo fenomenal es suyo; sólo la forma superficial le pertenece!

Estatiza lo que es dinámico; considera aislado lo que está en perenne relación; en organismos muertos trata de estudiar la vida que es función. Como afirman Poincaré y Mach, ella misma se hace los hechos que juzga y que define, divide, separa, enfría, inmoviliza; mata lo que en el mundo está vivo, vibrando, agitándose, circulando, formando parte de agregados irreductibles; sobre todo, piensa que lo que ha edificado es definitivo; que sus principios son axiomas y sus axiomas dogmas eternos, cuando lo que observa es variable; cuando todo no es, “sino está siendo”; cuando el orbe es transformación perpetua, y las causas, las circunstancias, y necesariamente los efectos, se modifican inagotablemente, del mismo modo que, hasta los recursos técnicos de las experimentaciones científicas se transforman.

A mayor abundamiento, si la ciencia está fatalmente fundada en el conocimiento; si el conocimiento no es sino una relación consciente entre el sujeto que observa y el objeto observado; si varía el sujeto, que es el espíritu, si varía el objeto que es el mundo; si concomitantemente, varía la relación, el conocimiento, en conclusión, sólo es la sombra de dos sombras o el símbolo que sintetiza el acorde momentáneo de dos entidades fugitivas.

¿Podrá, pues, haber algo de absoluto en el organismo científico?

¡Imposible! ¡Absoluto, inmóvil, eterno, definitivo, no hay nada, dentro de las menguadas posibilidades del hombre! ¡Necesitábamos llenar todos los siglos y

absorber todas las síntesis y contener todo el cosmos para alcanzar semejante cosa, y aun así, a pesar de nosotros, en nosotros mismos, la transformación incontenible seguiría!...

¿Los principios científicos absolutos, eternos, definitivos?... Sólo una vanidad ciega o una razón infatuada pueden aseverar semejante absurdo... ¡Hasta la ley de la gravitación de Newton se bambolea al soplo de la Relatividad de Einstein!...

CAPÍTULO 12

— **B**UENO, MAESTRO, y, entonces, las matemáticas?...

— ¿Las matemáticas?... Tampoco pueden sobrepasar la condición efímera de nuestra naturaleza, so pena de acabar en la metafísica.

Se dice que es la más exacta de las ciencias, pero esta misma enunciación constituye un absurdo. En efecto, la matemática no es la más exacta sino la más ilusoria de las ciencias, y hasta en cierto modo, podría decirse que es la menos ciencia de todas, puesto que opera con puras abstracciones.

—Desde luego ¿Qué es el número?: es la expresión simbólica de la unidad o pluralidad de las cosas; pero, ¿existiría el número sin las cosas? —Sí, podría contestársenos, yo puedo multiplicar o dividir cantidades fabulosas sin que sean otra cosa que números; sin que sean o representen nada...

—¿Sin que representen nada?... ¡Cómo!; ¿podemos entonces tener noción de lo que no existe; de lo que no recordamos; de lo que no imaginamos ni pensamos que pueda existir?

Cuando yo escribo en el papel o veo en mi imaginación esta operación aritmética: $1,000,000,000 - 500,000,000 = 500,000,000$, por lo menos veo las cifras que representan las cantidades, y los números ya son algo que existe en mi papel o en mi conciencia; aun prescindiendo de la idea más vasta que indudablemente despertarían en los otros, por lógicas inferencias, dé las cantidades reales halladas por nuestra experiencia.

Y no podía ser de otra manera. No hay ni puede haber conceptos vacíos de realidad actual, remota o imaginaria; ni símbolos sin contenido, término o cosa que simbolicen.

La verdad es la conformidad o el acuerdo que existe entre una cosa y el concepto, la idea o la impresión consciente que produce en nosotros. Como la verdad es siempre la representación de algo con lo cual está conforme, resulta que, o el número es una verdad relativa, puesto que no puede estar perfecta y continuamente de acuerdo con una realidad que está cambiando; o el número no varía (1 siempre vale 1 y 2 siempre vale 2) en cuyo caso, el número no contiene nada, porque sólo así puede abstraerse a las influencias de un universo que lo condiciona. En consecuencia, el número sería verdad irreductible cuando no fuera nada; pero entonces, puesto que no era nada, tampoco podía ser número.

Observemos, si no, detenidamente el asunto: Sólo en el mundo de abstracción, (y hasta la abstracción tiene el contenido de nuestra realidad, que es la que abstrae) el número es, numéricamente, lo que representa; pero a poco que substituyamos las cifras por las cosas, el número comenzará a mentir. Nada más claro que esto: 1 es igual a 1 y $1 + 1 = 2$; pero, ¿en el mundo puede haber dos cosas exactamente idénticas para que aseveremos que la una vale en todo y por todo, cuantitativa y cualitativamente lo que otra? ¿Podríamos concluir, arrancando de ese concepto de identidad, que el Universo se repite tantas y cuantas veces queremos, y que lo podemos multiplicar y dividir a nuestro capricho, tal y como hacemos con las cantidades en aritmética y con las letras (símbolos de símbolos, en Algebra?

Seguramente que no; luego, repetimos: o el número no corresponde a nada de la existencia, en cuyo caso es exacto pero no es concebible, puesto que nada representa ni es eco ninguno del mundo objetivo; o el número es signo de algo que existe, y en ese caso, tiene que ser variable y relativo como todo lo existente.

Pero si esto no fuera suficiente reflexionemos: ¿El punto, la línea, la superficie, considerados por la matemática, se encuentran alguna vez separados del volumen?

¡Tampoco! La superficie no puede concebirse sin ser parte, o mejor dicho, sin ser un aspecto de la cosa, y por mucho que hiciéramos para adelgazar el

grosor de ésta, para prescindir del volumen, ello resultaría imposible, a menos que llegáramos a una disgregación invisible, o a una disociación atómica que sería, ella misma, una multiplicidad de volúmenes infinitesimales. La línea, perfil, límite periférico o aspecto directriz de la materia, tampoco puede existir sin objeto o sin materia cuya forma o cuyos límites determina. Y el mismo punto, la famosa intersección lineal, la Geometría o el centro de la equidistancia invariable de todo el ciclo de la circunferencia, no puede ser, no es, de hecho, más que un pequeño volumen, constituido, por la cantidad diezmillonésima, pero limitada en todas direcciones, de plombagina; o por la zona infinitesimal de papel, marcada por el vértice de la aguja del compás. De otro modo, sería como si hubiésemos trazado en el aire, sin apoyar el instrumento en parte alguna.

Irremediablemente tiene que ser así, puesto que el espacio no puede concretarse en una dirección sin concretarlo al mismo tiempo en las otras dos, con las cuales y sólo con las cuales, nos es permitido concebir las dimensiones de las cosas, lo que equivale a conocer las cosas mismas, ya que no hay substancia ni ser sin dimensiones.

Ahora bien, que el número sea un poderoso auxiliar; que la matemática constituya un formidable poder inductivo, analítico y sintético, y sobre todo, una poderosa gimnasia intelectual; que sea, de las disciplinas mentales, la más segura y la más completa ¡De acuerdo!, pero, convengamos en que, de ésto, a la importancia casi religiosa que trata de dársele, hay siempre alguna diferencia, y no olvidemos que, ciencia como las otras, tiene los mismos límites y obedece a los mismos imperativos de la economía animal organizada por la inteligencia.

Ahí tenemos las verdaderas proporciones a las que la ciencia queda reducida. ¡Sí!, muchachos, convenzámonos; hay otras actividades superiores a la científica, porque hay otras actividades que procuran, cuando menos, sustraernos a la tiranía vital, para arrebatarnos de nuestra efímera condición, a los planos suprasensibles que sólo columbramos en los sueños.

¡El arte por ejemplo! ¡Efectivamente!; si la ciencia está limitada y predeterminada por las condiciones del medio, del observador y de los instrumentos de observación, experimentación etc.; es decir, si procede de fuera a dentro, el arte, en cambio, que procede de dentro a fuera, lejos de someterse al medio por más que de él arranque, lo supera, lo transforma, lo magnifica y sobre las categorías de la realidad visible, erige las categorías de la imaginación creadora de Ribot, que edifica esas “reales realidades” que casi siempre son más reales que las otras. Por otra parte, si la ciencia es universal en el espacio, no lo es en el tiempo: En efecto, las verdades de ayer, no son las de hoy, ni las de hoy, serán las de mañana. En cambio, el arte, cuando realmente es arte, no tiene límite de temporalidad: es grande en el pasado, en el presente y lo será en el futuro. ¡Mientras la concepción geocéntrica de Ptolomeo fue substituida por su contraria, o sea la concepción heliocéntrica de Copernico, y en tanto que la matemática de Euclides fue superada por la cartesiana y ésta a su vez por la de Einstein—Zitlowzky, Bolton, etc., la *Ilíada*, de Homero, la *Anfítrite* de Melos, los *Diálogos* platónicos, etc., hoy son tan grandes y tan bellos, como en los más grandes y más bellos días de la antigüedad... Y es que la ciencia coordina la parte fenomenológica del mundo y el arte tiene como esfera la parte noumenal del ser. Por eso, la ciencia cambia tanto como los aspectos del mundo que examina, mientras que el arte, adentrado en las más hondas reconditeces del yo, esencialmente permanece en el mismo, como la expresión suprema del hombre en función de belleza y nutrido, por esas que son las dos supremas raíces del espíritu humano: el placer y el dolor, inagotables, ineludibles, pues podrá haber hombres que no observen, que no experimenten, que no piensen, en fin, que no sean capaces de hacer ciencia, ni de comprender científicamente el mundo; pero nunca dejará de haber hombres que sufran y que amen, o sea hombres capaces de realizar o de sentir el arte, ya que el arte no es otra cosa que la sublime exaltación de los más bellos dolores y las más nobles alegrías del individuo y de la especie!

CAPÍTULO 13

¡EL ARTE, sí, el arte!; el arte vale mil veces más que la ciencia; ésta es esclavitud; aquél es liberación; la ciencia es afirmación biológica, consciente y suprema; el arte es rebeldía invencible; contradicción del bruto; sacrificio voluntario; holocausto silencioso; consunción de materia y desbordamiento de energía; afán de dar, de dar siempre la propia vida, en una perpetua caridad estética.

Y naturalmente, si tan grande es el Arte; grande forzosamente tiene que ser quien lo realiza, y así es, muchachos: ¡Si en la actualidad hay algún ser verdaderamente digno de nuestra admiración es el artista que al par tiene de santo, de héroe y de profeta!.

En efecto, el artista no teme el dolor, antes bien, lo bendice, porque es la médula misma de su existencia; no huye de la amarga tragedia de la vida, porque de la entraña trágica es de donde extrae los más ricos de sus metales y las más puras de sus perlas; no se avergüenza de la miseria, ni se sonroja del harapo ni del zaquizamí, porque todas esas cosas, son los materiales con que esculpe su propio monumento. ¡La noche no le infunde pavor, puesto que sus ojos solo miran las estrellas, y ama a la tormenta, pues en el trueno cree oír tronar la cólera de los parias y en la luz del relámpago, adivina el centelleo de las miradas de los dioses!...

¿La gloria?... ¿La fama?... ¡El artista sabe bien lo que significan estas palabras vacías!: Algunas veces, montañas de flores, discursos, gimoteos oficiales sobre una tumba indiferente; honores a unos despojos que ya no pueden estorbarnos; inmoderados panegíricos a un hombre a quien todo negamos en la vida y a

quien pretendemos seguir engañando en la muerte. En otras ocasiones, las más frecuentes, ni esto siquiera; apenas la devoción de unos cuantos elegidos, ya impotente para curar llagas que desaparecieron y angustias que aliviaron los gusanos!

¡El tormento de la hiperestesia incurable; la inquietud del pensamiento insufrible; la fiebre de crear, de crear con la propia sangre, con la propia carne, con las más íntimas fibras de sí mismo, sin poder siquiera gozar del amor y de la belleza, porque hasta la belleza y el amor, excesivamente sentidos, estremecen, estrujan brutalmente los nervios, deshilachándolos y arrojándolos sin compasión a los cuatro vientos, en dolorosas dádivas eurítmicas!

Porque levanta; porque nos hace olvidarnos a nosotros mismos; porque ahoga el afán de existir con el afán de crear; porque no devora sino da; porque no recibe sino entrega; porque nada alcanza aquí, ni allá, ni ahora, ni después; porque niega la gravedad biológica del ser, que hace que todo comience y termine en nosotros; porque teniendo las mismas facilidades y capacidades que los demás, se resigna a clavarse en su propio martirio, sabiendo de antemano, que nadie habrá de ampararlo ni de comprenderlo; porque en su voz oímos las voces de las cosas y de los siglos; porque en su instante se prolonga la eternidad de la muerte y la eternidad de la vida; porque convierte la pesuña en ala, porque transforma la caída en vuelo; por rebelde, por misericordioso, por solitario, el artista es más grande que el creyente, pues el creyente tiene la fe y muere por ella, y la fe es un egoísmo que se afirma en otros planos: una vida que se martiriza aquí para recobrase en la vida eterna, en la cual toda abnegación es recompensada, y todo holocausto debida y espléndidamente retribuido.

Tan grande o más grande que el santo, pudiera decirse que es el único santo de nuestros tiempos; un santo más luminoso que los otros, ya que si los otros vivieron bajo el amparo divino, cuando la conciencia todavía era virgen, este no cuenta siquiera con la mezquina recompensa de los hombres cuya civilización piensa elevar al espíritu con las hélices de los aeroplanos y las torres de los rascacielos...


Ello no obstante, cuando ante miles de personas, se abre, se tiende y se remonta el ala sonora del verso, o asciende, palpita y se encrespa la ola musical de la sinfonía, la multitud, integrada por hienas del poder, lobos de la industria, cerdos de la burguesía, cotorras y harpías de la política; chacales, en fin, buitres devoradores de almas y de cuerpos, la heterogénea y terrible multitud, calla, se recoge, se aquieta, se humilla, y como una jauría de podencos bajo la fusta del lacayo, va a lamer, con su admiración definitiva las pobres plantas del genio y del vidente.

Porque sí: alejados por antagonismos de ideas; separados por diferencias políticas, económicas o religiosas; enemigos irreconciliables en todos los otros planos de la actividad y del pensamiento, los hombres, ¡estas implacables panteras de ellos mismos! se hermanan en el arte (por supuesto cuando es puro, noble, verdadero), fraternizan en la sublime fraternidad de la belleza; deponen sus odios y rivalidades y se estrechan generosamente en el mismo brazo espiritual!... Y así, es el arte y no la religión, ni la filosofía, ni mucho menos la política o la economía, el único vínculo capaz de realizar el soberano sueño de la paz universal, por medio del amor, en la más bella de sus expresiones.

Y si no, ved esa sala de conciertos; allí están, junto a un católico, un protestante y un judío; al lado de un “reaccionario”, un revolucionario, marxista o comunista; a la vera de un espiritualista, un materialista; en el lunetario, los ricos de vieja cepa y los nuevos ricos; arriba, en el “paraíso”, los pobres de recursos y ricos de espíritu; y confundidos, sin que puedan apreciarse enojosas diferencias, vedlos a todos, seguir con el espíritu extático y el corazón de rodillas, embriagados por la misma emoción, el desarrollo de las obras maestras de la música, de la lírica o de la dramática; pues se dijera que libertada la bestia humana de sus celos y fobias ancestrales, al conjuro del arte, comprende al fin, mejor aún, siente al fin, sin comprenderlo, que, esclavos del mismo destino, forzosamente tenemos que ser hermanos en la misma alegría y en el mismo dolor, que son el dolor y la alegría expresados por el genio.

¡He ahí pues la excelsitud del Arte! ¡He ahí, por fin, la divina venganza del artista... ¡Hoy por hoy, ¡oh manco de Lepanto!, ¡oh, ciego de la Hélade!, ¡oh sordo de Bonn! el único tirano que reina, invariable, y absolutamente, sin tributos de sangre y dolor, en todas las latitudes, es el Arte, y su caudillo, sacerdote y apóstol: ¡el artista!

CAPÍTULO 14

 TRAS VECES, con objeto de no cansar la atención juvenil, con exposiciones tan largas y llenas de tantas consideraciones inquietantes, Víctor Sáenz, prefería departir amigable y sencillamente con sus alumnos, procurando sondearlos y sorprenderlos en sus características y reconditeces más interesantes.

Así fue, como pudo darse cuenta de la abnegación de los padres de los humildes; de la indiferencia de los familiares de los ricos y las chatas aspiraciones de los acomodados (nuevos ricos o pequeños burgueses). Supo de los pueriles entretenimientos de unos; de los inconscientes egoísmos de otros; de las generosas ilusiones de los más. Descubrió defectos que no había presentado y cualidades que hubiera siempre ignorado. El alma de aquellos muchachos le reveló un mundo nuevo, en el que se agitaban ya las más grandes miserias, espolvoreadas con el iris de los más bellos espejismos.

¡Qué distinta era esta juventud metropolitana, de aquella otra boba juventud de la provincia, que había sido la suya!

Contaminados con la porquería ambiente; alentados por los ejemplos vistos en todas partes; invitados, impulsados, azuzados por las numerosas facilidades, los consejos y hasta las burlas de los compañeros más grandes, los estudiantes de la capital, más pronto aún y con mayor eficacia que los de las provincias, quieren ya ser hombres de todo a todo, y como el hombre, para ellos es el individuo que fuma, baila, juega, toma, engaña, dice picardías, se prostituye y se dá de bofetadas con cualquiera, cada estudiante agota las tres cuartas partes de su tiempo en realizar tan alta misión, utilizando, la cuarta parte que le queda,

en mal estudiar en sus libros, mal oír sus clases y reflexionar peor, respecto de sus clases y sus libros.

Uno de sus alumnos, de los mejores y más chicos, por cierto, platicaba al obscurecer, con una de sus novias en Loreto; con otra asistía al más desprestigiado de los cines; con otra más, flirteaba en la Preparatoria, y como si no fuese suficiente, y seguramente para no perder la práctica, con tanto trabajo adquirida, metíase con cualquier pretexto en la Secretaría, para mariposear con Guillermina (la empleada más coqueta o menos fea), y en los escasos momentos que tan arduos menesteres dejábanle libres, comunicaba, al mejor de sus amigos, muy en secreto, sus proyectos de enredarse con una viuda joven o con una recién casada, amiga de su familia, que no lo veía, con malos ojos....

Otro, flaco él, esquelético, perezoso como la misma pereza o acaso más todavía, estíbese todo el día metido en el billar que se encontraba estratégicamente situado junto a la Escuela, precisamente con el fin de que se hallase siempre vacía.

A la hora de salida, iba a ver a sus compañeros, para cerciorarse de si habían contestado por él, aunque, más frecuentemente, para que le prestaran dinero; y, en las noches, como todos, a San Sebastián, a Loreto, a El Carmen, para obedecer al precepto divino que dice: “Amaos los unos a los otros”, en espera de poder cumplir, cuanto antes, con el otro: “Creced y multiplicaos...”

Por fin, los demás, casi todos tras de retozar y charlar de lo lindo, de poner en práctica cuantos sistemas se conocen para matar el tiempo, a las doce y a las cinco, apostábanse en las aceras fronteras o vecinas a los planteles de muchachas, para ver la salida de las ídem, haciendo honor al concepto griego que nos sugiere admirar la belleza. Sierra, los Enríquez, Cuevas, Alarcón, Andrade, Aguilar, Carrillo, Orta, etc. etc. en la Lerdo; Suárez, García, Villarreal etc., en la Corregidora, y otros grupos semejantes, por las demás Escuelas, aunque en menor número que en las anteriores, por razón de su lejanía o inferior popularidad.

Algunas veces, de estas revistas cotidianas, surgían noviazgos provisionales, de quince días a lo sumo, pero, más frecuentemente, amistades fáciles que permitiéndolo todo (¡y... más que todo!...) no comprometían ni obligaban a nada.

Se acompañaba a la muchacha o muchachas; íbase con ellas a los jardines; ¡para admirar mejor a la naturaleza... cuando ya no había luz!; se cambiaban mutuas tonterías; hacíanse mutuas estupideces, y, derrochando galantería, se las acompañaba hasta su casa, para continuar al día siguiente con lo mismo, sin más variación que la ida al cine si había dinero, y si no, la de extremar el besuqueo de rigor, hasta esos límites en que ya no se sabe si la que se estrecha entre los brazos es todavía una novia o ya es una querida.

A este efecto, cuantas veces se podía, ¡y vaya que siempre se podía!, íbase más lejos que de costumbre. Se la manoseaban las piernas, se la oprimía la cintura; se la excitaba, sabía y minuciosamente, hasta oíría bramar de furia; se completaba la bestia para quedar ambos satisfechos, y para que ella no fuese a decir después que él era un joto; o bien, quedábanse las cosas en tal estado, martirizado el macho de orquitis, y rabiosa la hembra de deseo insatisfecho. ¡Naturalmente, en estos casos todo se hacía por vía de aperitivo y con el loable fin de irse ejercitando en los arduos deberes matrimoniales!...

Tal vida y tales costumbres abofeteaban materialmente la exquisita sensibilidad de Víctor Sáenz, dejándolo desconcertado.

El había imaginado, ciertamente, una juventud retozona, alharaquenta, alegre, entusiasta, y hasta un poquitín perezosa y libertina; pero sencilla; sin complicaciones, sin recodos sombríos, encrucijadas pestilentes, ni muladares asfixiantes!

¡Claro! Debía ser frívola; amar y divertirse, ¡al fin era juventud!; pero, de eso a prostituir la dignidad específica, revolcar la dignidad propia y echar a perder la noble virtud de la edad, había una gran distancia; una cruel y ofensiva diferencia.

¿Se debería tal monstruosidad, principalmente, a que los estudiantes de la metrópoli, no cuentan ya con los fuertes ejemplos de honradez que cristalizaban los grandes ciudadanos, los hombres sin mácula y los maestros de antaño?

¿Sería que al descuido o torpeza de los padres venía a unirse la torpeza y el descuido de los mentores?

¿Sería que ya no oficiaban en la vida pública y en las cátedras, los sacerdotes cívicos de la idea, cuyas palabras y acciones descendían, como un maná celeste, a las almas abiertas y a los corazones bien intencionados?

¿Sería que ya no se enseñaba con amor, ni belleza, ni entusiasmo, ni fé: que faltaba amplio punto de vista al catedrático y elocuencia al expositor?

¡Tal vez!... ¿Por qué no creer que así fuese?... Y Víctor Sáenz animado de los mejores propósitos, encendió el último cirio que quedaba en el altar de su esperanza: la regeneración de la juventud, de esa juventud que él tanto quería ya, por medio de la dádiva perenne y armoniosa de la inteligencia desinteresada, puesto al servicio del más ancho de los ideales.

¡Los demás, nada valían!... ¡Todos los hombres eran iguales: egoístas, fatuos, hipócritas, inaguantables!... ¡Sólo en la juventud podía hallarse aún un poco de honradez, de virtud y de humanidad! ¡A limpiar, pues, apresuradamente aquella carne contaminada!... ¡A librar de abrojos la campiña!. ¡A remover la tierra y preparar el surco, luego, desde luego, sin esperar nada; sin pérdida de tiempo!...

Y, lejos de desanimarse y de cejar; persistió en su empeño de seguir ilustrando a sus alumnos, con las que él consideraba más útiles y urgentes consideraciones.

CAPÍTULO 15

DESDE LUEGO, había que definir y unificar criterios tan disímbolos y vacilantes. Podía decirse que no había siquiera uno de sus alumnos, que tuviera un concepto claro de su misión y de su responsabilidad. Si estudiaban era porque sus padres los mandaban a éso; si pensaban tal o cual cosa, de ésto y de aquéllo, era porque así pensaban los demás y así se había pensado siempre; si tenían determinadas ideas de las cosas, de los fenómenos sociales, de los problemas políticos, en fin de todo cuanto atañe al individuo y al agregado, al mundo y a la conciencia, esas ideas eran simples reproducciones de las que habían aprendido, escuchado, o simplemente oído, pero sin incrementarlas con el dato del propio juicio; sin asimilarlas y muchas veces, las más de ellas, sin ligeramente comprenderlas.

De ellos, nada había en la intelectualización universal, ni en el examen de los problemas que más cercanamente les interesaban. Si los gobernantes, sus padres y sus maestros, no se preocupaban o se preocupaban tan poco de esas cosas, ¿por qué ellos habían de preocuparse?... ¿Que tal modo de entender la vida era malo?... ¿Que era defectuoso semejante sistema?... ¿Que determinada conclusión era arbitraria?... ¡Allá los otros!... Los estudiantes no podían decir nada. ¿Acaso disponían de los conocimientos y de la madurez intelectual indispensables?...

Por eso Víctor Sáenz, aprovechaba cuantas oportunidades se le ofrecían, para ir haciendo el orden en el caos, y enderezar, cuanto podía, los torcidos vericuetos por donde renqueaban las maltrechas ideas de sus alumnos.

Con el más leve pretexto, internábase por entre los breñales de los errores acumulados por la rutina, e iba derechamente al corazón de lo que él consideraba

la verdad, para que, conociéndola, la amaran y no se apartaran nunca de ella, los espíritus sin coherencia cuyas órbitas trataba de definir.

Antes que dejarlos, prefería cansarlos. Antes que contemporizar con sus incertidumbres y verlos hundirse en el anonimato espantoso o en la vulgaridad corriente, prefería incomodarlos o inquietarlos, con la exposición clara, cortante, precisa, de su manera de pensar.

Así, era como, según ya hemos dicho, opinaba de todo y sobre todo. Así había analizado valientemente el valor del lenguaje, del arte, de la matemática, de la ciencia. Y así también, cuando en una misma tarde se lo propusieron Valencia y Muñoz Cota, trató con implacable rudeza los temas del libre albedrío y la historia.

Sucedió que el maestro Argüelles, en su cátedra habíase expresado muy mal del tratado de Justo Sierra, por su carácter discursivo y generalizador, carente del masacotudo amontonamiento de datos infinitesimales, a que tan acostumbrados nos tienen los textos comunes y corrientes de esta materia.

— ¿Que qué opino?; pues que el mal es más profundo y viene de más allá que de donde Uds. piensan. El mal nace del viejo y erróneo concepto que todavía tienen algunos de la historia.

Efectivamente, aun hay quienes piensan que la historia es solo un inventario de muebles e inmuebles; una estadística de hechos; un museo de antigüedades; un archivo oscuro y polvoso, atiborrado de nimiedades pueriles; en fin, una especie de almanaque o calendario del más antiguo Galván, con los días de los grandes héroes; con las fechas, en tinta roja, de los acontecimientos clásicamente importantes, y con un martirologio riquísimo, y un santoral estupendo, en el que no faltan, las vírgenes, los beatos, los príncipes, los pontífices, los apóstoles y los confesores.

Absurdo imperdonable, pues la historia no debe constituir una fotografía táctica del fenómeno colectivo que es, como todo fenómeno donde hay vida, un fenómeno no indiscutiblemente dinámico; integrado por múltiples acciones y reacciones. Aparte de que, una historia de esta clase, no lograría apasionar a la

juventud, arrastrándola a la conquista de las más altas realizaciones: objeto este, el más fecundo de la enseñanza de semejante disciplina.

Además, no es el detalle lo que importa en la apreciación de los grandes procesos sociales, ni en la cristalización de las generalizaciones científicas. El detalle puede ser hasta la excepción, mientras que el fenómeno total, en sus vastas proporciones y sus tremendas consecuencias, es, evidentemente, útil, esencial y substancial.

Puede importarle más a un modisto, la casaca del señor de Breuzé y el peinado de María Antonieta, que los Estados Generales y la Convención; a un zapatero, los chapines de Isabel de Castilla más que su alianza con Fernando de Aragón, y, a una cocinera, la sopa de lenguas de ruiseñor de Lúculo y las trufas de Enrique VIII, más la conspiración de Bruto y el cisma religioso de Inglaterra. Pero, al intelectual de buena cepa, al verdadero estudiante, al hombre culto, más le interesan, indudablemente, lo que desprecian o no pueden comprender los peluqueros, sastres, zapateros y cocineros de la historia.

¡Cualquiera comprende que disciplina tan alta no debe confundirse con un album suntuario, una colección de figuritas o un tratado de economía doméstica!

Después de todo, sería materialmente imposible que perduraran en nuestro cerebro y persistieran en nuestra memoria, tantas y tantas minucias sin importancia.

¿No es preferible, mejor, utilizar la limitada energía intelectual, en concebir, reproducir, e interpretar, lo más característico, importante y trascendental, de cuanto nos ofrece la vida múltiple e inagotable de los pueblos?

Por otra parte, la historia en manos de los pudorosos sacristanes de la sabiduría y de los amanuenses de la erudición, se ha formado groseramente, hasta mostrársenos, en ciertos momentos, odiosa y repugnante como una prostituta de arrabal o fanfarrona y pendenciera como un matasiete de plazuela!

¡Nada más lejos de la verdad, de la justicia y de la pedagogía! ¡Arrojar lodo sobre hombres y acontecimientos que se hallan tan lejos de nosotros, es tener la pretensión de querer convertirnos en árbitros de cuanto existe, como si todo

girara en torno nuestro, o como si nuestra existencia fuese el arquetipo supremo, supranatural y divino!

Esto no es justo, ya que no hay nada completamente malo ni completamente pequeño; en el fondo del propio absurdo puede hallarse siempre un poco de verdad; lo más repugnante, puede esconder una chispa de belleza. Todas las fases de la historia, hasta aquéllas que sistemáticamente se condenan, tienen un soplo de excelsitud y una escondida veta de utilidad, a poco que las exploremos y juzguemos desapasionadamente.

A algunas de esas falsas mentiras voy a asomarlos y ya veremos cómo y hasta qué punto han sido vilmente calumniadas:

La vida fácil y armoniosa de Atenas, por ejemplo, ha sido acremente censurada y puesta en parangón con la férrea austeridad de Esparta. Se han amplificado los crudos gestos de las dyonisiacas y por medio de poderosos magnavoces, se nos han destrozado los oídos con las perpetuas habladurías de los helenos, astutos, holgazanes, interesados, frívolos decidores, un poco al modo de Néstor y un mucho a la manera de Ulises. A semejante superficialidad adorable, se ha dado en atribuir la debilidad y disolución de la república, y ni siquiera se ha dejado de rebajar la indiscutible supremacía del arte ateniense, ya que se le considera como un resultado de la pereza contemplativa, como el fruto exquisito del “ocio griego.”

Si pensáramos lo mismo, seríamos dolosamente injustos, pues no hay que olvidar que la democracia de Atenas fue, a pesar de todos sus defectos (para muchos no es sino una forma hábilmente disimulada de la oligarquía) la primera democracia; que allí, tanto y a las veces más que un general, valía un hombre honrado, un estadista y un orador. Que en el Pnyx y en el Agora, el pueblo resolvía, por sí mismo, las cuestiones individuales y los asuntos políticos, y que si se hallaba a expensas de sus directores, recíprocamente sus directores hallábanse a expensas de él. Que la guerra y la paz estuvieron siempre en sus manos; que siendo un pueblo frugal, amable, frívolo y comunicativo, cuando las circunstancias lo requerían, era valiente y sufrido; capaz de llegar a Maratón y

Salamina, bajo la sombra de las flechas y sobre el torrente de su propia sangre. Y sobre todo, recordemos que allí fue, en ese archipiélago de los milagros, que dijera Renán, donde se sistematizó la sabiduría, se organizó la filosofía y se produjo un arte noble, sublime y glorioso, que no fue el resultado del pueril entretenimiento, sino el producto más alto del espíritu humano; el único grito de positiva liberación que puede lanzar la bestia consciente, cuando aun no dispone del ala del monoteísmo, para llegar a la suprema liberación de Dios!

A menos que se sea rematadamente original o completamente imbécil, es imposible negar tal evidencia.

En cambio, por otra parte, cuán falsa y absurda resulta también esa exagerada apreciación de una Grecia definitiva, universal y arquetípica: modelo de toda clase de actividades espirituales; fuente única de la belleza y la sabiduría; venero único de toda belleza y hasta supremo ejemplo de toda organización social... ¡No! ¡Esto tampoco es admisible! Grecia encarna una de las más altas expresiones de la belleza y de la sabiduría; pero no es, pero no puede ser TODA LA SABIDURÍA Y TODA LA BELLEZA. Su filosofía, su arte, su religión, fueron de ella, exclusivamente de ella; determinados por su medio, condicionados por su tiempo, y resulta necio pretender repetir y resucitar a cada instante, “el milagro griego” cuando han cambiado tanto las condiciones espaciales y temporales.

Por esto tiene razón Spengler cuando afirma, que, a pesar de su soberana excelsitud, el Renacimiento constituye una autotraición del espíritu: la tragedia de una humanidad que se niega o que trata, con todas las fuerzas del genio de negarse a sí misma. Efectivamente, juzgado con vigorosa y desapasionada penetración, el Renacimiento es sólo el instante en que el alma fáustica (patética, dinámica, vibrante y enloquecida de acción y sensibilidad) por encima de su época, más allá, más atrás de sí misma, con el propósito de nutrirse en él y de recrearlo, arroja todas sus potencias a un pasado estático, ametafísico, antropomórfico; perfecto, pero frío; armonioso pero demasiado a la medida del hombre, aunque glorioso, ¡es verdad!, inmensamente glorioso, pero definitivamente muerto!...

De Roma, mientras unos romanistas furibundos declaran que constituye el arquetipo del Estado; que completa o supera la obra de Grecia y es y sigue siendo la madre común y el veneno inagotable de las culturas de occidente y sus derivadas; otros, en cambio, ¡pobres beatos da un pacifismo imposible!, critican acremente su férreo concepto de la propiedad “subasta” o quiritaria; su expansión imperialista; su inmoderada sed de grandeza y mientras perfilan vigorosamente la personalidad de César y de Octavio, dibujan grosera o superficialmente las gigantescas siluetas de Espartaco y Marco Bruto.

Yo me pregunto ¿Por qué es esto? ¿Puede fundarse nada, en política sin apoyarlo en la fuerza? ¿Cómo, si no con un gran poder puede establecerse y hacerse respetar un gran derecho? Ciertamente que esa manera de entender la propiedad es la base de múltiples arbitrariedades y que ella misma constituye la primera y más grande arbitrariedad; mas, ¿hubiera podido de otro modo, afirmarse el individuo frente al Estado?

¿La propiedad colectiva? ¿La no-propiedad?... Pero, entonces, hubiéramos retrocedido hasta las tribus nómades y hasta las hordas sedentarias, ya que aun no se conocían, ni preveían, otras formas de cooperación económica, que la cooperación natural del clan, el auyu, el calpulli, o la forzosa servidumbre de la esclavitud.

¿Leyes de bronce? ¿Normas inflexibles e implacables? ¡Sí! ¡Sí! Pero leyes al fin. Métodos malos que ya se llenarían más tarde con buenos contenidos, cuando la evolución jurídica fuese traduciendo e interpretando la evolución social.

Odiosos y todo, los romanos nos dieron el derecho, sin el cual no hubiéramos podido llegar hasta nuestras avanzadas legislaciones, toda vez que sin el feto, por deforme que sea, no puede llegarse al individuo, íntegro y armonioso!

¡Espartaco!... ¡Marco Bruto!... ¿Qué protesta fue más gallarda que la del primero? ¿Qué honradez más firme que la del segundo?

¡Octavio encarnó la paz; pero la paz no vale lo que esa insurrección, porque mientras la una fue el remanso de la grandeza; la otra fue el ímpetu de la rebeldía:

El hombre absurdo (1935)

el gesto magnífico de Prometeo, afirmándose bajo la cólera de Júpiter y por encima de la canción de las oceánides!...

¿Bruto asesino de César?... ¡Sí!; ¡ese es su mérito, porque César había matado a la República!

¿Bruto, hijo adoptivo de César? ¡También! ¡por eso crece la acción de Bruto, pues tuvo el valor de olvidar los propios beneficios ante la libertad ofendida!...

¿Bruto, un canalla que apuñala a su protector?... ¡No!, antes bien, un patriota que castiga a un déspota!

CAPÍTULO 16

POR LO QUE TOCA a la Edad Media, ya es tiempo de que arrojemos a la basura el estúpido concepto de que fue “la noche de la historia”. Restituyámosla y reivindicémosla.

La Edad Media es la cuna de la libertad individual; la cúspide de la teología; el espasmo de la religión y la hornalla donde crepitan todas las fuerzas y los conflictos que han de dar origen al mundo nuevo.

Ella es la que va arrojando las simientes de las futuras nacionalidades, en los surcos sangrientos de Europa; ella es la que empuja el anhelo del hombre con los pétreos sermones, con las biblias de piedra de las catedrales. En ella ríe Bocaccio, suspira Petrarca y Dante plasma con sangre y sombra, luz y música, la tormenta imaginativa y el torbellino lírico de la Divina Comedia.

La era científica de que tanto blasonamos tiene su origen filosófico en la Edad Media, con el atrevido pensamiento de Roger Bacon, el glorioso precursor de Campanella, Giordano Bruno, Copérnico, Kepler, Newton y Galileo.

De ella arrancan la asociación gremial, el burgo, la hansa, la autonomía de las ciudades, el municipio libre, el parlamento, los estados generales, el jurado, la carta magna y la universidad.

Ella prepara el humanismo. En la hondura de su entraña, rica de jugos, clava sus raíces esa potente inquietud espiritual que había de producir la crisis artística del Renacimiento, la crisis religiosa de la Reforma y la crisis política de la Revolución.

Por sus senderos agrios, discurren el verbo peregrinante de Santo Domingo de Guzmán y la caridad vagabunda de San Francisco de Asís. En sus comienzos,

el corazón se refugia en la renunciación de las Tebaidas, y en sus postrimerías, el espíritu se abrasa con el fuego de las rebeldías... ¡No hay que olvidar que las hogueras de Wycleff y de Juan Huss, hacen resaltar mejor las recias figuras de Calvino y Lutero!

Ella presencia las luchas del papado y asiste al místico delirio de las cruzadas. Madre del romance, es la musa de la epopeya, por eso, presidiendo el coro de trovadores, troveros y juglares, ve erguirse como dos torres, la bravura de Rolando y el ímpetu de Ruy Díaz!...

Juan de Siena, Duccio, Cimabué, Masaccio, Giotto, Fray Angélico de Fiésole... Los primitivos, los trecentistas, los cuatrocentistas... Por fin, el arte del mosaicista y del iluminista (¡Oh, los decorativos trasuntos de Santa Sofía! ¡Oh, la encantadora finura de los libros de Horas de Luis de Anjou y Ana de Bretaña!) evoluciona francamente hasta la verdadera, hasta la gran pintura que habría de coronar el genio de Leonardo, Rafael y Miguel Ángel.

Y otro tanto acontece con la música, que casi inmóvil desde Vitrubio, Ambrosio de Milán y Gregorio el Grande, inicia, con Guido d'Arezzo la más fecunda y gloriosa de sus transformaciones... ¡Ávida de deshumanizarse, loca de trascender y expandirse, a través de la materia muda, el alma de la época, vibra toda entera y ya arenga al pueblo con el verbo de bronce de sus diez mil campanas, o ya postra el clamor del pueblo, en la selva de flautas de sus órganos, puesto que, el órgano no es otra cosa, que un huracán de voces de rodillas!...

¡Tomás de Aquino, Alberto el Grande, Raymundo Lulio, Abelardo, Kempis!... Los claustros amparan el sueño de la sabiduría antigua, que a veces permanece muda pero no muerta, concentrándose, acreciéndose, madurándose y esperando la hora de poder derramarse sobre el globo, como el alma luminosa del pasado, que convertida en alas, se levanta con rumbo al porvenir!

Además, el feudalismo, el maldito feudalismo de horca y cuchillo, menos implacable, no obstante, que nuestro feudalismo económico, político y social, fue el que comenzó a restarle poder al soberano, haciéndolo bajar de su solio religioso,

para someterlo a la célebre sentencia de los grandes señores: “Cada uno de nosotros vale tanto como tú; pero todos nosotros juntos, valemos más que tú!”

¿Noche de la historia?... ¡Sí! ¡Pero noche armoniosa de estrellas que incubaba el advenimiento del día! ¡Crisálida de las nuevas almas, surco de la Vida Nueva! ¡Noche en la que el numen plasma tercetos de bronce; la teología gesta conceptos excelsos: la epopeya anima héroes sublimes; la caridad tiene peregrinos; el verbo, paladines; el entusiasmo, caudillos; la fe entona salmos de piedra; el heroísmo integra nuevas nacionalidades; la razón encuentra insospechados derroteros; el hombre, cansado de esperar que la verdad y el bien desciendan del cielo, comienza a arrancarlos de la tierra y el poder feudal frente al rey y el rey frente al papa, arrojan la primera chispa en la hoguera formidable de la libertad!...

Y, después del Renacimiento, en que como ya he dicho, la humanidad se traiciona a sí misma, al arrojarse por encima de su época hacia un pretérito sublime, pero hace ya muchos siglos sepultado. Después de esa soberana negación colectiva, por fin, la Revolución Francesa, en cuyo desprestigio no han influido poco, franceses la talla de Hipólito Teine, y todos esos arribistas del intelecto, que desde las novísimas posiciones del materialismo histórico, la encuentran ridícula, estúpida y romántica.

De ella, ya todo lo que podía decirse se ha dicho, y se ha dicho bien: Conflicto, el más espantoso y sublime de los intereses y los ideales humanos, que hizo el reajuste intelectual de Europa; organizó o reorganizó, al amparo de los nuevos sistemas, los grandes estados; provocó en América las gloriosas luchas de Independencia y emancipación y pobló la esfera, con la fanfarria, un tanto hinchada, de los Derechos del hombre.

Orgía de sangre; borrachera de asesinatos y de violaciones; lodazal de miserias y estercolero de venganzas y mezquindades, es demasiado grande para que nos detengamos a examinar sus lacras sin quedar mudos de estupor ante la espantosa montaña de luz que de ella surge, iluminando, cegando, incendiando materialmente al mundo con una perpetua aurora de liberación.

¡Tea y antorcha! ¡blandón y astro!... ¡Peste y epifanía! ¡Crimen y misericordia! ¡Cloaca y paraíso! ¡Atarjea y empíreo! “¡Castigo para los franceses y el único medio de salvar a Francia!” según la sublime expresión de José de Maistre.

Y todavía después, Napoleón. ¡Napoleón!; ¿quién de ustedes no ha oído la eterna cantilena de que el gran corso fue un sanguinario; un salvaje arrasador de pueblos; una verdadera calamidad humana que sembró las estepas de Rusia con los cadáveres del Gran Ejército, y sentado en un trono de opereta, dictó al mundo las leyes de su capricho y las normas de su voluntad?

Hasta las voces que lo ensalzan no dejan de impugnarle su ferocidad implacable; su ambición devoradora; su vanidad inconcebible.

Y tienen razón; Napoleón, ejemplo único de carácter, constituyó una gran energía exterminadora, por eso mismo debemos considerar su caso con más hondura, valentía y sinceridad.

Tamerlán, Atila, Iván el Terrible, aniquilaron, empujados por fuerzas incontenibles de crecimiento y expansión, cuanto estorbaba a su ruda voracidad. A su paso ni la yerba quedaba. Civilizaciones enteras sucumbieron bajo el galope de sus corceles, y a la sombra compacta de sus crueldades, hasta las más puras luces se extinguieron, como había sucedido antes bajo la noche que tendían en los valles, las fúnebres alas de los buitres persas; más ¿no se adivina en esto el sincronismo natural que destruye para construir, y que hace pasar perpetuamente, de un extremo a otro, la onda vital, para renovar las decadencias con ciegos pero potentes ímpetus de juventud?

Ciertamente que los beatos de la historia replicarán que tales excesos pudieron no haber sido; que los fatales desoladores de pueblos hubieran estado mejor de sochantres de capilla o acólitos de sacristía; en fin, que el mundo sociológico, debió de haberse desenvuelto con los planes que ellos elaboran desde sus gabinetes, y que si, de más cultura hubiesen dispuesto los vándalos, casi trogloditas, hubieran procedido como nosotros en la sabia, delicada y generosa Guerra Europea... ¡Oh, armonía preestablecida de Leibnitz! ¡Oh, económicas armonías de Bastiat!

Constituidos en jueces, condenarán indefectiblemente cuanto no esté de acuerdo con su manera de pensar, y a semejanza de aquel palurdo que censuraba a un nogal porque no sabía dar nueces, serían capaces (¡qué digo, son capaces!) de criticar la estrategia de los grandes soldados y de lamentar no haber podido dar sus consejos a los estadistas.

Empero, sabedores, de que la moral es relativa y que menos alta, pero más fuerte que ella, es la lucha afirmativa del ser, admiramos en todas sus espantosas proporciones las grandes crisis de nuestro mundo, de las cuales ha surgido siempre una conquista, un mejoramiento, un nuevo ensayo de organización colectiva.

Enfermedades si se quiere, pero enfermedades útiles como las de la infancia y de la pubertad. Fiebre, como la fiebre que hace estallar las yemas, reventar los botones y abrirse los capullos; espasmo como el espasmo materno del que surgimos y el pavoroso espasmo que disparó la medula de nuestro sistema, en un rincón del infinito cuyos sacudimientos no terminan nunca, ni pueden terminar jamás!...

Así Napoleón: desbordamiento impetuoso y arrollador, no es una lacra ni una vergüenza histórica; no es tampoco, ¡Oh, Hugo!, ¡Oh, Ludwig!, soldado y estadista, la mitad de sombra y la mitad de luz! ¡No! está fuera de la moral; fuera de la civilización: fuera de sí mismo; “más allá del bien y del mal”; es un elemento desencadenado; una verdadera tormenta apocalíptica, digna del libro de los siete sellos. Es todo negro; todo negro desde las plantas hasta la cabeza olímpica. Todo negro, por dentro y por fuera; pero bañado de sol como una montaña de energía, dura, compacta, formidable, en cuyo seno durmiese la noche y en cuya cúspide despertara la mañana.

Para magnificarlo, no hay que recurrir a su concepción de los Estados Unidos de Europa; al monumento jurídico de su Código; a su enorme talento organizador; a su verdadero culto por la sabiduría; a su admiración por el arte; su respeto para los grandes espíritus; su honda penetración de psicólogo; su potente visión de filósofo y su soberana imaginación de poeta; ¡No!, no hay

que recurrir a nada esto, no lo necesita; tiene la magnífica belleza del león y del águila; de la crin y de la zarpa; de la tormenta y del torbellino.

Su mérito está en haber sido sincero y en haber despreciado las mojigaterías del rebaño; en haber dado rienda suelta y haber proclamado sin titubeos su ambición; en haber latigueado las espaldas de los tímidos con su orgullo insultante y su resolución sin medias tintas.

Frente a la borrachera revolucionaria y la arrogancia europea, sólo podía ponerse ese hombre tan pequeño y tan grande; tan débil y tan fuerte.

Él fue la venganza de la gleba que, surgida de los más bajos fondos, trata de tú a tú a los príncipes, a los papas, y burla y humilla a los emperadores. Al heroísmo y a la inteligencia les da como premio la nobleza, puesto que ellos ya son una nobleza; reparte los tronos de las rancias dinastías entre sus hermanos y sus mariscales; divide su corazón entre su madre, un hijo que le arrancan, una mujer que lo engaña y otro que lo abandona; deja su gloria a Europa, su ejemplo al mundo y su recuerdo a los *grogards* más fieles, más dignos que sus mariscales, y al fin, traicionado por un cortesano: Talleyrand; vendido por un aventurero: Bernadotte; humillado por un judío: Rotschild y aplastado por Inglaterra, a las cinco y cuarenta y cinco minutos de la tarde del 5 de mayo de 1821, expira en el cautiverio, altivo y grande como siempre. Sus últimas palabras son su mejor epitafio: “Francia”... “cabeza”... “ejército”... ¡El relámpago y el trueno con que había estremecido al orbe, y la nación a cuyas plantas lo pusiera!...

¡Lógico desde su nacimiento hasta su muerte! ¡Invariable, de una pieza, desde Austerlitz hasta Waterloo; desde Córcega hasta Santa Elena!

CAPÍTULO 17

A¡H!, COTA; ¿usted me había preguntado algo sobre el libre albedrío? ¿no?...

—Sí maestro, quería saber si existe y qué cosa es, porque el maestro Muñoz dice que es de origen divino y suprasensible; que es innato y que si no existiera todos seríamos irresponsables como los brutos.

—Evidentemente, si no aceptásemos la existencia del libre albedrío, no sólo seríamos irresponsables si no que, como corolario, careceríamos de moral, derecho y religión.

Yo no quisiera ir más lejos de donde es preciso; simplemente voy a intentar remover un poco el compacto terreno de las añejas utopías,

¿El hombre es libre? ¿Puede ser libre? ¿Es siquiera de desearse que lo sea? ¡De ningún modo! Libre es todo aquello que no depende de nada ni de nadie, y como no hay ni puede haber nada aislado en el universo y nosotros provenimos de causas que imaginamos, pero que no conocemos ni habríamos podido evitar, desde luego, somos esclavos, desde nuestro origen, de las organizaciones que nos constituyen y de los imperativos que nos condicionan. Nadie escoge a sus padres, que son quienes transmiten los caracteres específicos y los caracteres adquiridos (ontogénesis y filogénesis). Ninguno elige su especie, y nos es absolutamente imposible determinar el planeta y el día, es decir: el espacio y el tiempo, en que queremos ser.

Después, nacidos ya, influyen en nosotros: hábitos, costumbres, modalidades que no elegimos. Se nos impone una religión y se nos inculca una moral que no hemos podido ni habríamos podido discernir o simplemente adoptar

voluntariamente. Siguiendo este proceso, se nos enseñan doctrinas y ejercicios, y se nos aplican métodos que otros han considerado útiles o necesarios y, maestros que muchas veces ni nuestros padres pueden juzgar, van modelando nuestro espíritu, en la forma y condiciones que creen más favorables para la consecución de fines que sólo ellos, o que ni ellos conocen.

La sociedad que frecuentamos, concomitantemente, ejerce también su influencia sobre nosotros, y hasta la moda nos somete a sus caprichos, so pena de orillarnos al ridículo que es la más insufrible de las sanciones.

Por lo tanto, desde antes de nacer, con las predeterminaciones biológicas, hasta antes de morir, en todos los instantes y en todos sentidos, influencias y más influencias, presiones y más presiones, van construyéndonos, elaborándonos, por decirlo así, y relacionándonos con la armonía total de la vida, el pensamiento y el acto.

En tales condiciones ¿Podremos ser libres? —¡Sí!, me refutarían ustedes— porque podemos escoger entre dos o más cosas la mejor que nos parezca.

—¡No! replicaría yo, puesto que, al elegir una de esas cosas, hemos obrado de acuerdo con un criterio ya constituido y cuya integración, bien visto, no ha dependido de nosotros.

—Maestro, pero, ¿entonces la voluntad no existe?

—Pongámonos de acuerdo. Si por voluntad se entiende el poder de autodeterminarse libremente, la voluntad es una palabra; una mera abstracción; un símbolo psíquico-dinámico. Pero, si por voluntad entendemos, la transformación de la concepción en acción; el individuo actuando; la estática de la conciencia transformándose en una cinemática objetiva, exteriorizable; la capacidad de poder concentrada en una inmovilidad aparente; quintaesenciada en un intra-esfuerzo real; en fin, si la voluntad es para nosotros, el individuo como acción; la acción de querer, no libre, porque nada hay libre de influencias y de presiones, sino relativamente libre de imperativos inmediatos, extraños por completo a nosotros, pero esclava de causas remotas, entonces, la voluntad sí existe, y es una de las más hondas y útiles realidades.

Por otra parte, nada de humillante tiene semejante sujeción.

Debemos a la estupidez erudita, el concepto torcido que tenemos de la libertad, y creemos, bajo sus auspicios, que la libertad absoluta sería el más perfecto de los bienes.

¡Cuán errados estamos!... No es cierto que el hallarse desligados de todo o de todos sea o constituya una cosa digna de desearse.

Ligeramente, volvamos la vista al panorama infinito de la Naturaleza ¿qué vemos?, ¿qué encontramos? Que precisamente, son más libres los organismos más simples porque son menos complicados y tienen rudimentarias necesidades, por ende contadas esclavitudes, ya que cada necesidad nos obliga a ser su esclavo.

La mónada, la amiba, el protozoo, tienen con muy poco para vivir y viven deliciosamente libres, en una embrionaria y biológica monotonía. El metazoario, ya ha menester de más luchas y esfuerzos para conservarse y desdoblarse en una serie progresiva, de coordinaciones, y cuando llegemos al hombre, descubrimos que cada una de sus excelencias está condicionada por una tan fina complicación orgánica, que basta el más pequeño descuido para que la máquina entera se desorganice; como cuando, en los temperamentos hiperestésicos, un estrujamiento nervioso es suficiente para desorbitar la razón, anular la energía o suprimir para siempre la conciencia.

Crecer, dice la fisiología, y corrobora la economía social, es hacer nacer en individuo necesidades nuevas; porque, entendámonos de una vez, no es el individuo el que crea la necesidad, sino ésta la que integra al individuo.

Ahora bien, si toda necesidad es un yugo, y si, al mismo tiempo no hay desarrollo ni evolución sin necesidades, ¿podemos concebir que sea deseable siquiera, un estado de libertad que no sería, en síntesis, sino un estado de primitivismo y embriogenismo consumados? ¿Verdad que no?

—¡Maestro!, según eso, el progreso tampoco existe, puesto que hace crecer nuestras necesidades en lugar de irlas suprimiendo.

—Efectivamente, las hace crecer y cuando apenas las ha satisfecho se hace otras nuevas, y otras... y así sin acabar nunca.

¡El Progreso! Verbalismo también, utopía, paradoja!... “Pro Gresus”: marcha hacia adelante, y, ¿cuál es ese adelanto?. Los santos creyeron que la gracia; los moralistas, que el bien; los filósofos, que la sabiduría; los filántropos, que la caridad; los yogis, que la contemplación; los artistas, que la belleza; los legisladores, que la justicia; ¡en fin!,... ¡qué sé yo!; miles de términos para un sólo anhelo; una sólo fuerza y todo un laberinto de direcciones; y a todo esto, sin movernos, o peor que si no nos hubiésemos movido. Ya lo dijo alguien “los hombres no somos, ni mejores ni peores que como hemos sido siempre”. En arte, en moral, en filosofía no hemos podido ir aún más allá que los griegos. ¿Habremos ido más allá, como aseguran hasta los más reacios, en ciencia, en industria y en recursos técnicos? ¡Yo, tampoco lo creo!

Efectivamente; si Grecia, si Atenas, con sus 50,000 habitantes y sus humildes posibilidades económicas, llegó hasta las cimas espirituales de Fidias, Sócrates, Aristóteles, Pitágoras, Euclides, etc., ¿Qué soberanas eminencias del pensamiento como belleza y verdad, y de la vida como bondad y grandeza, tendríamos derecho a exigir de los Estados Unidos del Norte, con sus 100,000,000 de habitantes, y, especialmente de Nueva York con sus 9,400,000 habitantes y sus formidables recursos técnicos y económicos?...

Es verdad que ahora sabemos lo que no sabíamos antes y que, actualmente disponemos de más facilidades de las que dispusieron nuestros antepasados. Verdad es que podemos y tenemos más; pero, esto es también porque más necesitamos. A medida que crece el conocimiento, el mundo se ensancha ante nosotros y por cada respuesta que logramos dar, surgen a nuestro espíritu mil nuevas interrogaciones. ¿Saber, no es por ventura ir de una pequeña a una más grande ignorancia; o de una certeza relativa a una incertidumbre perdurable?

Muchos quieren que, para apreciar mejor lo que llaman progreso, comparemos los recursos y las posibilidades de dos épocas distintas. He aquí el absurdo. El progreso no debe buscarse en la diferencia de dos épocas, sino en la relación

que hay entre cada época y los recursos de sus individuos; sustituyamos, pues, la prueba del contraste por la prueba de la equivalencia.

Y así como no sería justo que condenásemos a un hombre, “a priori”, sin haber tenido en cuenta sus antecedentes psicopáticos y todas las circunstancias que determinaron y rodearon a su acción, así tampoco aseveremos que pudieron menos los antiguos porque no alcanzaron lo que nosotros. ¿Y si no alcanzaron porque no lo quisieron?...

Es exacto, no tenían locomotoras ni trasatlánticos, mas consideremos las proporciones de su mundo y veremos que, si ellos encontraban lo que necesitaban al otro lado de una cordillera o en la margen opuesta de un río, hallábanse proporcionalmente en las mismas condiciones que nosotros estamos, cuando, para acallar las hambres de nuestra existencia o de nuestra vanidad, hacemos traer en un expreso, los satisfactores que se encuentran al otro extremo del planeta.

Evidentemente que nos refutaría Renouvier: “no importa que se reduzca al mismo tiempo la distancia que hay entre esos dos hombres y los medios de que subsisten, el hombre moderno es superior al otro porque sus sistemas son más complicados y han necesitado más inteligencia”.

A lo cual, replicaríamos; teneis razón, los hombres de hoy gastan casi toda su inteligencia en vencer todas las resistencias que les impiden satisfacer sus bajas necesidades, pero, esa misma cantidad de inteligencia, la gastaron los helenos en gestar la filosofía y depurar el arte; los cristianos en socorrer la miseria y vislumbrar la eternidad, y los anacoretas, panfletarios y estilistas, en atormentar la carne miserable para que esplendiese mejor el milagro de la transfiguración del bruto.

Mas, aun estando en todo de acuerdo con quienes afirman que el progreso existe y que está constituido precisamente por el Progreso Material, la conclusión no puede ser para nosotros más desconsoladora:

Un día, arrancadas de los ignotos rincones donde duermen, y devoradas íntegras, las energías aprovechables de nuestro planeta, comenzará el descenso fatal e inevitable.

Empobrecido de este modo, en sus capacidades nutritivas, paralelamente a su pobreza, nuestra especie irá degenerando. Correlativamente a semejante degeneración, la inteligencia irá desapareciendo, y, al cabo de quién sabe cuántos siglos, el proceso reversible nos habrá llevado, a través del clan y de la horda, al “corsi e ricorsi” de Vico o al volver a ser de Nietzsche (2), a la muerte de la tierra que imagina J. H. Rosny. ¡Entonces sólo quedará desgarrando la entraña del último silencio, del silencio definitivo, como la irónica victoria del pensamiento humano que sobrevive a la tragedia de la especie, la espantosa afirmación del Dr. Jekelevitch: ¡Todo lo que vive tiende a retornar al estado inorgánico!. ¡El fin de la vida no es otro que la muerte!.

¡El progreso asesino del progreso! ¡Nosotros aplastados por nosotros mismos! ¡Hasta la hipótesis científica de la desintegración planetaria, ociosa ya, en fuerza de haberla aventajado! ¡La austera profecía de Büchner helada en la sonrisa escéptica de Anatole France!...

(2) Parábola del enano del pórtico: síntesis de la concepción cíclica del hindú.

CAPÍTULO 18

DOS LARGOS AÑOS persistió, sin darse tregua a sí mismo, en la ingrata labor de batir el hierro, para ver si lograba musicalizarlo en las prodigiosas maravillas de una ferrajería toledana.

¡Todo en vano! Lo que trataba de remediar era más difícil de lo que había supuesto.

Taras de la Conquista transmitidas y fosilizadas a través de las generaciones; necesidades imperiosas encauzadas por criterios estrechos; presiones sociales; torpes e irrefrenables ambiciones de familia; espejismos de bienestar; sed de consideraciones, hambre insaciable de honores, pleitesía y vasallaje. La carrera, el título, el bufete, el juzgado o el consultorio; los litigios jugosos; los enfermos pudientes; las influencias que dan lustre y provecho; las relaciones que empujan a los altos puestos, y, cabrilleando en las ondas de este mar milagroso, saltando y culminando entre todo, la política con sus mil atracciones de sirena, tentando hasta a los más fuertes, ya con los aplausos, la presidencia del Partido, los grandes comelitones y las palmaditas en el hombro de los personajes célebres; o ya, más efectivamente, con las canongías oficiales: el cargo de regidor; la curul de diputado; la secretaría particular o la oficialía mayor de algún ministerio, y, hasta, si se podía, ¿por qué no?, y se tenían inclinaciones literarias, la holganza diplomática; el brillo escandaloso de las misiones extranjeras; las casacas bordadas de oro, los fracs relucientes, los bailes suntuosos, las palaciegas recepciones... ¡En fin!; ¡qué sé yo!... las Mil y una Noches palpables y vivibles, con los jardines de Aladino trocados por el Yoshiwara y la Cueva de los Ladrones, representados, respectivamente, por Wall Street y el Moulin Kouge.

Y, a todo esto, ni una chispa de moral, ni una gota de ensueño, ni un miraje de azul.

¿Quién podía luchar contra semejante muralla; contra la secreción humana, indecente y cínica, depositada hasta en los más puros santuarios de la conciencia?...

¡Tal vez con el tiempo! ¡Quizá con la miscigenación sexual! ¡Con el auxilio de un riguroso sistema eugenésico depurativo, según la teoría de Stoddard! ¡Acaso después de sabias y pacientes selecciones específicas! Pero, ¡entonces!, con la Conquista atrás, el criollismo revolucionario y libertador en medio, y la barbarie civilizada en frente, arriba, mejor dicho, pisoteando con sus pezuñas de oro, el cuerno geográfico de la abundancia, ¡oh ironía!, que entre dos mares exhibe a todos los rumbos su miseria...

¡No!; no era tiempo todavía... Y Víctor Sáenz, desesperado, aplastado de dolor y de convicción. Desengañado, al fin, de que lo que él había creído devoción, había sido tan sólo pueril curiosidad, simple deseo de sacudir la modorra diaria, escuchando cosas raras; incapacitado para regirlos, tuvo que resignarse a ver nada más cómo seguían galopando por el lodo, los potros ágiles de las generaciones nuevas.

Uno a uno, sigilosa o descaradamente, habían ido desertando. El, escéptico siempre, previendo la desbandada, les había dejado la puerta abierta para que saliesen cuando quisieran.

—Sean sinceros, muchachos, yo bien comprendo que sólo una gran voluntad firmemente orientada puede salvarlos, y que, no siempre ni todos, estamos en condiciones de tenerla. Sé que pesan sobre sus hombros yugos extraños; que no pueden comprenderme tanto como yo quisiera; no exijo de ustedes nada que no puedan o no quieran realizar; cuando mi manera de pensar les moleste, cuando les zahieran mis palabras y comiencen a encontrarme fastidioso, loco, extravagante, acaso despechado o vencido, váyanse; no crean que les guarde rencor; déjenme sólo. Los necios son los únicos que tienen miedo de estar con ellos mismos. Lo sentiría, ¡es claro!, lo sentiría sobre todo por ustedes... Pero, no, ¡Quién sabe! Tal vez hicieran bien en marcharse; a menudo tienen la razón aquellos a quienes se la

negamos. Hagan lo que gusten! pero, eso sí, no lo olviden: sinceridad, franqueza, valor para mostrarnos como somos; nada de politiquerías ni de dobleces.

Ellos, como era de suponerse, protestaban; él sonreía, ¡sabía demasiado lo que valían esas protestas!...

Díaz fue el que inició la desertión. Un día, apareció en triunfo ante sus compañeros: lucía un flamante traje a la moda, demasiado estrecho, pero muy “chic”; mascada de seda en la bolsa superior del saco, flor en el ojal, gran corbata de seda policromada, sombrero de lado; zapatos de bigotera perforada, y en el puño, un bastón barato, reluciente y pretensioso.

Ya tenía su “chamba,” era “catedrático” de las enfermeras del Hospital General por acuerdo del señor Ministro... ¡Ya veían!... ¡Y ni se las “echaba”!...

Ahora sí, ya tenía para pasearse, para vestirse, para gozar... ¡Qué demonio! ¿qué otra cosa si no esa era la vida?... Lo demás... ¡Zarandajas, palabrería, tonteras, o desahogos de despechados o impotentes!...

Poco tiempo después, decía a Víctor Sáenz, un amigo suyo que ocupaba un alto puesto en el Ministerio: ya obsequiamos sus deseos, su recomendado, un muchacho Díaz, fue nombrado profesor de rudimentos de lengua y de aritmética en el Hospital General.

—¡Sancho!... ¡Ah, Sancho, el dilecto, el exquisito, resultó bailando treinta seis horas continuas en un baile de resistencia!

Toledano, muy quedito, muy disimuladamente, durante las más fervientes explicaciones del maestro, comunicaba a un amigo íntimo, sus proyectos de comprarse un par de zapatillas de baile, un smoking, o por lo menos un traje negro, y unos finísimos guantes “Dants”, legítima piel de Suecia. Para conseguirlo cuanto antes, ya se estaba buscando un empleo con el apoyo de su primo.

Por fin, hasta los últimos, hasta aquellos cuya aparente buena fe lo había engañado, se fueron alejando del arrimo al que voluntariamente se acercaran, atraídos por una amable o curiosa simpatía.

¡Guerra... Moreno... Gálvez!...

El primero, prematuramente mezclado en política, “por compromisos ineludibles y razones poderosas”; miembro prominente de un Comité Electoral; compañero de tráfugas y colaborador de pillos. Muy satisfecho de su “golpe de vista”, sus combinaciones, sus planes y sus maniobras. Intelectual agobiado bajo el peso de su cultura, que ejercitaba su sabiduría ideando y consumando las más profundas partidas de ajedrez.

El otro, inocentón, buenazo, pero muy metido dentro del puño del criterio paterno. Honrado, eso sí, muy bien intencionado, y estudioso hasta el punto de pagar en un mismo año materias del siguiente, apurado por la perspectiva de salir cuanto antes de la Preparatoria, entrar a la profesional y, recibirse... ¿por qué? ¿para qué?... ¡Eso lo sabía mejor su papá!... ¡Lo que a él le interesaba era acabar, acabar cuanto antes!...

Y, el último, el que más protestas había hecho de su fidelidad, el que había llorado en plena clase, cuando el maestro se despedía y que, como una fiera herida, revolviase contra quienes osaban dudar siquiera del mérito y capacidades que había supuesto en su mentor. El más estimado, si no el más querido del grupo; sensible hasta la exageración, bueno hasta la santidad, digno hasta la altivez; pobre, muy pobre, según decía, y también, según decía, muy desgraciado. Gálvez, el de todas las confianzas y el de todas las reservas, a quien Víctor Sáenz hubiera entregado lo que le quedaba de fe en el mejoramiento humano, para que se sirviese de ello, si no hubiese temido mancharlo con las sombras intermitentes que, hasta en los fondos de su fe rastreaban. Gálvez, peor que todos, no se conformó con irse, sino que, al separarse, se llevó la reputación del maestro enredada entre las malezas de su propio espíritu, para arrojarla después, ya despedazada, babeada y envilecida, bajo las botas de los canallas, de los zoilos, o simplemente de los que, incapaces de comprender ciertas cosas, se empeñan en negarlas o se entretienen en escupirlas.

Sin embargo, cuando lo supo Víctor Sáenz, nada dijo; se limitó a encogerse de hombros, como si aquello no hubiese tenido la menor importancia...

El hombre absurdo (1935)

¡Ah!... pero en las honduras de la entraña sentía gotear su propia sangre...

¡Burlado, abofeteado, escarnecido en el último ideal que le quedaba!...

No obstante, aún siguieron frecuentando su casa de cuando en cuando, cuatro o cinco más constantes o más compasivos. Pero él ya no creía como antes, ya no podía creer en nada. Platicaba, comentaba, disertaba de cuando en vez, hasta, en ocasiones se apasionaba con sus propios temas; pero su corazón seguía frío y su conciencia desolada. ¿Desolada?... ¡Sí!... pero no tan sola; ahí estaban Orta y Carrillo junto a él, como los restos de un naufragio.

CAPÍTULO 19

i ORRILLO, ORTA!... Víctor Sáenz agradecía y correspondía emocionado, la fidelidad de estos muchachos que no ocultaban sus defectos; que confesaban sus incontenibles deseos juveniles; que se mostraban tal cual eran, ¡jóvenes al fin!, febriles de tentaciones, borrachos de utopías, intoxicados de lugares comunes y de vulgaridades, pero, eso sí, fieles, leales, abiertos, incansables buscadores de toda belleza y admiradores fervientes y rabiosos de toda excelsitud.

Basto, fuerte, tosco, cuadrado de espaldas, cuello corto, cabeza recia de pelo negro y lacio; rostro moreno, de ancha y aplastada nariz; boca grande y ojos negros, francos, absortos y contemplativos, Orta era una bella encarnación de la melancolía indígena y un admirable tipo de fuerza apacible, inteligencia ecuánime y bondad serena, tranquila, imperturbable.

Huérfano de padre y madre, vivía al arrimo de sus hermanos mayores, que sostenían sus estudios, y no obstante las consideraciones de que tal vez gozaba, se veía, a poco que se le observase, que sus labios sabían ya de esos acíbares traidores, que se nos filtran hasta lo más dulce de la dicha.

No lo decía, ¡no lo hubiera dicho nunca!... era demasiado fuerte para ello; pero, el secreto sufrir se adivinaba y, a las veces, se sorprendía en los detalles más nimios y en las acciones menos importantes.

Su hablar era un tanto pausado, suave, de una opacidad en penumbra; con el calor de la charla se avivaba intermitentemente para volver a sumirse en su somnolencia de sordina. Su risa en falsete, rápida, breve y nerviosa, resultaba desproporcionada para su cuerpo.

Su aspecto era triste, concentrado, pero al mismo tiempo acogedor y noble. Permanecía largo rato mudo, absorto, envuelto en un mutismo que se presentía empapado de preocupaciones. Cuando se le dictaba, escribía, y escribía incansablemente sin levantar jamás la cabeza, antes bien durante las interrupciones, y en cuanto continuaba el dictado, echándose hacia atrás el cabello con una mano, inclinaba los ojos sobre el papel, clavándolos, huérfanos de miradas, en una a modo de crucifixión meditativa.

Silenciosos, discretos, compasados eran sus ademanes: recogía los pies sin hacer ruido; cruzaba la pierna sin que se notase y se ponía de pie o se sentaba con una medida natural, parodójica en su robusta complexión.

Hasta en estas superficialidades retratábase el carácter tímido y dulce de quien prematuramente se ha asomado ya a las angustias de la vida. Se dijera que no quería ser sentido; que deseaba no estorbar; que se empeñaba en que no se le tuviese en cuenta, o que tenía ganas de pedir perdón por su insignificancia él que encarnaba la nobleza, la más sublime de las existencias...

Del amor, del divino primer amor, bobo y radiante, conservaba una huella viva y luminosa, aunque de “ella” no supiese más que su belleza, porque adorablemente tímido, habiéndola seguido tanto no le había hablado nunca. ¡Tal vez la consideró mucho para él, o acaso sintió miedo de encontrarla inferior a como se la imaginaba!...

Inteligente y dedicado, gustaba del estudio, y tal vez a causa de ésto, y de tener auténticos merecimientos, no sacaba nunca la primera calificación, ni pudo impedir que cierta vez lo reprobaran.

Idéntico en la notable simplicidad, aunque en todo lo demás muy diferente, era Carrillo: simpático, atrayente, alto, muy joven todavía, carirredondo, blanco, pelo castaño oscuro, ojos expresivos color de almendra; nariz roma, labios finos, iluminados por una sonrisa infantil; barba ligeramente partida y orejas “un poco demasiado grandes” como decían sus compañeros. En fin, un verdadero niño grande; comunicativo, de fácil palabra, de ingenio agilísimo; irónico, juguetón,

de un hermoso carácter de colegial; educado, de excelentes costumbres; además desenvuelto, ayuno de afectaciones; sencillo, amable, nervioso y con un alma limpia como una patena, y ancha, como las rutas invisibles por donde pasan las constelaciones.

Artista nato, intelectual por temperamento, amaba la lectura sobre todas las cosas, y era la única cosa que se libraba de sus travesuras.

Desde que descubrió en la casa del maestro, la existencia de una biblioteca, reducida pero no escasa de obras interesantes, no había vez que retornara a su casa sin un buen cargamento de literatura.

Cuando el maestro trataba con algún amigo asuntos que sólo a ellos interesaban, y mientras los otros departían en voz baja, él, ¡cosa inaudita!, muy callado y circunspecto, entreteníase en buscar, en las entrañas más profundas del estante, los volúmenes con que había de esparcir sus ocios o saciar sus curiosidades. De pronto, cuando menos se esperaba, iba saliendo de su rincón mostrando en triunfo, su hallazgo: todo un alto de las aventuras de Rocambole que pedía permiso de llevarse, y que se llevaba gozoso, ayudado por Cuevas y Villarreal.

Dumas, Terrail, Féval, Riva Palacio, Payno; luego, Víctor Hugo, Sienkiewicz, Sué, Lamartine, Ramírez, Altamirano, Flammarión, y por fin D'Annunzio, Maeterlink, Bourget, Eca de Queiroz y Anatole France, amén de los rusos Dostoyewsky, Chejov, Gogol, Artzivachev, Andreiev, Guerin, Merejkowsky y Averchenko. Desde el novelón funambulesco, pasando por las grandes tiradas románticas, hasta la suave ironía del pagano de Francia, la suntuosidad del divino Gabriel, y la espantosa psicopatía escandinava, todo lo leyó aquel muchacho inquieto y terrible, cuyo cerebro privilegiado no conocía ni la virtud de su propia fuerza.

Afinado, iluminado con tan hermosa gimnasia intelectual, repetida constantemente, por espacio de dos años, el escolapio de los primeros días, acabó por convertirlas en un espíritu selecto, demasiado culto para su edad, en el cual la burla descarada había dejado su lugar a la alusión intencionada y al retruécano sutil.

¿Quiere esto decir que Carrillo habíase transformado y enseriado súbitamente? ¡No!... Nada de eso, había demasiada juventud en él para que se hubiera podido obrar semejante maravilla. No, Carrillo conservaba su hermoso carácter comunicativo, vibrante, indisciplinado. Gustaba de pasearse cuanto podía. Acompañaba a las muchachas a los jardines; hacía desesperar a los prefectos; floreaba a las empleadas de la Secretaría; chacoteaba con sus compañeros y buscaba el menor pretexto para darse de bofetadas, nada más que por el gusto de pegarse, de entretenerse, de dar rienda suelta a la fiebre vital que ya no le cabía en el cuerpo. Exteriormente era el mismo, o casi el mismo: alegre, feliz, despreocupado. Nada más que, muy adentro, la cultura había despertado sensibilidades atormentadoras que, al sufrir el brutal contacto de la vida, habíanse replegado nuevamente en un amargo gesto de protesta.

Al influjo de las palabras del maestro, avivada la inteligencia por el frecuente trato de los libros, el pobre niño grande había descubierto dentro de sí mismo al hombre deleznable y ruin, lleno de vanidades, roído de miserias, deforme de vicios y de hipocresías.

Entonces, el mundo se le mostró tal como es: miserable, egoísta, estúpido. Comenzó a encontrar detestables mil cosas que antes habíanle parecido excelentes y, exagerando increíblemente nimiedades sin importancia, disgustos sin trascendencia, contrariedades pueriles, llegó a creer que ni en su casa le querían, que estorbaba, que también allí el interés maldito arrojaba sus excrementos; que era un infeliz, un desgraciado, que estaba solo en la vida sin más amparo ni consuelo que su propia desesperación.

Durante algunos días hasta rehuía la compañía de sus más íntimos amigos, veíasele desatento, abstraído, como alelado. El infame sacudimiento hacía su crisis. El pecado de saber antes de tiempo, estaba en plena expiación!... ¿Sucumbiría?... ¿Sanaría?... Dios quiso que sanara... pero... aparentemente. Alentado por su maestro, con quien estuvo más cerca que nunca en esos días; serenado con la explayación de sus congojas; auxiliado por la potencia afirmativa de sus años,

nuevamente volvió a continuar su vida de antes, pero, no pudo quitarse nunca del corazón la huella de aquel zarpazo que le dolía aún, que le dolía siempre, que no dejaba de martirizarle, a poco que se encontrase solo, con sus ideas y con sus reflexiones envenenadas de literaturas: el opio de la inteligencia de Thibault; la borrachera de tinta de Flaubert.

Frecuentaba el trato de sus compañeros. Se divertía como todos; charlaba, flirteaba, mas, una inconformidad perpetua y un disgusto que no ocultaba, por la mediocridad ambiente, hacíanle ir, a menudo, al lado de Víctor Sáenz, en cuya existencia sin repliegues, austera y amarga, encontraba una como caridad luminosa, que unguía sus penas, templaba sus desfallecimientos y acariciaba suavemente sus heridas.

—Maestro, decía, yo no quiero ser como los otros, yo no puedo ya vivir como ellos. He pensado mucho en lo que usted nos ha dicho; me he convencido de la justicia de sus reproches; los libros que he leído me han separado de mis compañeros, que estudian sin saber por qué, y que, una vez cumplido lo que llaman su deber (si es que lo cumplen) ya nada ponen de su parte para instruirse. Los encuentro vacíos, superficiales, ambiciosos, inflados como globos. No se los digo, ¡para qué!, nada conseguiría, pero me desquito de su estupidez, burlándome de ellos y chanceándome a sus costillas. No obstante eso, los quiero, ¡por qué negarlo!, paso en su compañía ratos agradables; pero, al fin, me fastidio, acaban por cansarme y cuando siento deseos de reflexionar más hondamente, cuando intento comentar las obras que he leído, ¡nada!, o bien me responden sin ganas, o luego luego, le dan otro giro a la cuestión, volviendo a sus cosas de siempre: el cine, el billar, los bailes, los trajes, los paseos y las muchachas, las muchachas y las muchachas. Y hasta en mi casa, maestro, hasta en mi casa mi tío, que está muy metido en política, empeñado en que yo que soy tan leguleyo y atrevido, me meta a un partido para ayudarle a salir no sé de qué...

—Serénese, Carrillo, no exagere, todos los temperamentos nerviosos somos iguales. Las dos terceras partes de nuestros males nos las creamos nosotros

mismos. Usted se ha sugestionado; no sea tonto, ¡mire, es cierto!, la vida no es muy dulce que digamos; los hombres somos carne de lujuria, de egoísmo y de estupidez; los estudiantes sólo son menos ruines porque son menos grandes; ¡en fin!, cuanto ha observado y reflexionado usted es exacto. Pero, convengamos en que no nada más hay porquería uno o dos entre ciento, pero aún hay hombres cultos, rectos, desinteresados; fortalézcase usted en su ejemplo; procure ver de la vida sólo aquello que sea amable o procure encontrar en la fealdad el átomo de belleza que esconde, y no desbarate usted nunca las adorables necesidades y las huecas boberías que hacen la dicha de tantos. Sea usted indulgente, sea misericordioso con la tontería que le rodea. Déjeles usted la vanidad a quienes la necesitan más que el pan de cada día. Sea tolerante; no olvide que es flor de la sabiduría la tolerancia. Ante la necedad infatuada, calle: es el mejor procedimiento para que el necio se agote; ante la ignorancia, redúzcase, para que el otro crezca y ante los que todo lo pueden y todo lo tienen y todo lo saben, sonría... sonría, dulce y sericordiosamente.

Ahora bien, si tiene usted deseos de explayarse, de abrir a alguien su corazón y su espíritu, venga conmigo, ¡hombre!, yo seré para usted como un hermano mayor como un verdadero amigo íntimo que dejará en la cátedra su ridícula ticsura de maestro. Al fin y al cabo, usted y yo tenemos muchos puntos similares.

Y Carrillo no desatendió la invitación. Cuantas veces su prematura inconformidad, su inquietud perpetua y su talento flexible, abrían ante sus ojos una interrogación o una perspectiva, allá se iba en busca de Víctor Sáenz, para inmovilizar en el azul del lago, la indócil agilidad de la corriente.

CAPÍTULO 20

*G*A TODO ESTO, Víctor Sáenz más desolado, más vencido, más enfermo que nunca. En efecto, todavía galvanizada por la fidelidad de estos discípulos y ungida por el respetuoso fervor de estas visitas, su esperanza moribunda, aun alentaba, pero, herida certera y rudamente, tan sólo conseguía prolongar el espasmo agónico, implacable, definitivo.

¡Era imposible ya suspender la marcha del proceso disociador y disolvente!... ¡En vano se hubiera pretendido devolver la vista a unas cuencas sin ojos y la palabra a unas mandíbulas sin labios!...

¡El golpe había sido bien dado y en buen sitio!. La perfidia, la ingratitud, o, simplemente la frivolidad irreflexiva e irresponsable, habían clavado la duda en el corazón ya de suyo desconfiado, y el corazón, hendido así por su mitad, apenas si goteaba sangre a intervalos: espesa y fría sangre de escepticismos sin remedio!

¡Carrillo, Orta!, otros tres o cuatro más: Aguilar, Casales, García. Las reuniones de siempre aunque un tanto reducidas. Quizás la efectiva sinceridad y el indudable aprecio de quienes se habían quedado. Aparentemente, todo igual o casi igual que antes; pero, en el alma de Víctor Sáenz, ¡qué vacío, qué desesperación contenida; qué rabia de aplastar y de aplastarse, estrangulada en una latigueante y zahiriente verbosidad, disparada contra todo y contra todos, en un afán sádico de gozar o de aliviarse despedazando!

¡Tener la frescura del agua cerca de los labios y arrojarla lejos de sí por temor de que nos quemé! ¡Huir del perfume de la rosa por temor de que a poco se convierta en el tufo de una cloaca! ¡Poseer la juventud propia, hallarse en comunión con la juventud hermana y, estando tan cerca, sentirse tan lejos,

tan lejos, tan irremediabilmente lejos de existencias que acaso se hubiesen identificado con la nuestra!

¡No creer, no poder creer en nadie! ¡Tener miedo hasta del afecto más puro, de la sinceridad más firme y de la abnegación más grande! ¡Ver que se nos tienden los brazos y volver la espalda despavoridos, escupiendo el silencio con el grito terrible: ¡No!, ¡vete; no me vendas... todos los brazos abiertos son de Judas; sólo los brazos clavados son de Cristo!...

¡Oh!, imprecaba desolado, ¿por qué me hicisteis tanto mal, canallas? ¿Quién os dijo que viniésteis a echar a perder lo único bueno que todavía tenía? Si yo no os llamé, ¿para qué vinisteis a saquear mi desolación, llevándoos eso que hasta el castigo de los dioses dejó en la caja de Pandora: la esperanza, la divina esperanza, la verdadera salud de los enfermos? ¿Por qué hasta el óleo de la agonía me quitásteis? ¿Por qué me negásteis, a un paso de la tumba, el consolador miraje de la fe, y, sobre todo, sayones, fariseos, hipócritas, tartufos, por qué envenenásteis con la duda la última gota de miel que me quedaba?

¡No os conformasteis con haberos ido vosotros, sino que, dejándome la desconfianza, me quitásteis hasta a los que persistieron en seguir conmigo velando la extinción calladamente triste de la llama!...

¡Sólo por esto último, porque me habéis obligado a ser injusto con los indemes, os maldigo! ¡Carroña intelectual, asqueroso virus del sentimiento, putrefacción consciente, pus animado, sólo por esto, os reprocho mi soledad, que, por lo que a mí toca, por lo que a mí exclusivamente se refiere, os doy las gracias, pues vosotros mismos, demostrásteis que la miseria de que yo hablaba existe y se encuentra a menudo más cerca de lo que pensamos!.

Antes de que llegaseis, ayer nada más, aun había un poco de azul en mis abismos; ahora, en vano vuelvo mi angustia a todos los rumbos: el horizonte está vacío, el cielo está vacío, el alma está vacía... ¡nada!... ¡nada!... ¡nada hacia atrás!... ¡nada ahora!... ¡nada hacia adelante!...

¡Hermoso infierno poblado de arlequines y sonoro de cascabeles!... ¡melodramática tirada digna de una plañidera!... ¡Qué bruto fui al condenar de tal modo sublimidad semejante!, comentó, al llegar a este punto de su evocación, Víctor Sáenz.

Dar tanta importancia a esas tonterías; inflar hasta el ridículo lo que sucede diariamente, y nada más porque me sucedió a mí... ¡qué idiotas somos los hombres; siempre procedemos de igual modo!. Lo nuestro, ¡ah!, lo nuestro invariablemente es: digno del mármol de Esquilo, del bronce de Shakespeare, del hierro de Dante!. ¿Sollozamos?, ¡que venga Jeremías!. ¿Meditamos?, ¡que surja Aristóteles!. ¿Contemplamos?, ¿a dónde está Sakia Muni?. ¿Reímos?, ¿qué se hicieron Aristófanes, Orouet, Rabelais?...

¡Para lo que había de venir después!, ya lo ves, apóstol, tu cese, ¡el hermoso portazo en la nariz del que iba a dar y no a pedir!, y, por encima de todo... ¿por encima?, ¿por abajo?... o, ¡quién sabe!, la epopeya del estómago y la apoteosis del bruto, ¡el pan que tienes que comerte y la bestia con quien has de ayuntarte y el ataúd en que habrás de dormirte!...

¡Hum, Víctor Sáenz!, ¡basta, basta!; ya te divertiste cuanto te fue dable, con este incidente; ya le exprimiste todo el jugo a tu situación; ya gimoteaste, ya protestaste, ya gruñiste, ahora, ¡largo! ¡adelante! ¡al fin y al cabo ese adelante no es más que un para atrás!...

¡A vivir, a vivir de prisa, desahogada, rabiosamente, que ese es el mejor medio de morirse pronto!.

Allá, en la sombra apestosa del callejón, silbaban ternos, injurias, picardías. Seguramente se machacaban la cabeza a pedradas dos compadres de tugurio.

Suavizada por la distancia, lloriqueaba la reumática melodía de un cilindro... El viento, deshilachado en las frondas, fingía entablar conversaciones obscenas. Los enamorados seguían en sus coloquios cínicos. La luz adormilada de una linterna, bendecía el dulce sueño del velador. Un borracho, trastabillando, iba

haciendo filosofía, y frente al templo, saltando sobre el empedrado, pasaba un camión mugroso, arrojando, como un bostezo, el grito infatigable “¡Zócalo!... ¡Zócalo!... ¡hay lugar!”...

Víctor Sáenz se incorporó; sacudióse la manga del abrigo; metió las manos en las bolsas; siguió un momento la carrera de una nube, monstruosa y amarillenta; luego, alejóse por la calle obscura, estrecha y silenciosa; su silueta, brevemente iluminada por el foco de la esquina, hundióse en la sombra interrumpida, de trecho en trecho, por la impasible luz de los voltáicos.

Era de complexión y estatura regulares; pecho robusto, cejas escasas, ojos pequeños de un color verde gris, estriados, penetrantes y perpetuamente inquietos tras de los lentes de miope, encaramados en la nariz recta y larga, cuyas ventanas se dilataban ostensiblemente, a impulsos de la pasión; mentón duro y cuadrado; orejas regulares y boca mediana de toscos labios imperativos, que se contraían y apretaban, en un duro rictus de desesperación contenida, o de voluntad contrariada, pero que, por una extraña paradoja, a menudo suavizábanse con una sonrisa irónica, a la vez cortante y acariciadora.

Como todos los hiperestésicos, caminaba de prisa, casi sin detenerse, con pasos nerviosos o sonambúlicos; las manos siempre ocupadas con un libro o un periódico; la cabeza levemente inclinada hacia adelante, y la frente, grande y ancha, prematuramente marchita, casi cubierta por el sombrero negro (negro también como todo el traje), tristemente impasible, llena de una dolorosa serenidad, que sólo rompía, de cuando en cuando, el chispazo de la idea, como la flecha del bólido que despedaza el vientre de la noche.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 1

AL SUROESTE de la Capital de la República, casi en el centro del valle de su nombre y a 2689 metros sobre el nivel del mar, la ciudad de Toluca extiende su perímetro irregular, bajo un cielo diáfano y luminoso, y frente a frente de la muralla azul y plata del Xinantécatl.

Poco populosa, (36,000 habitantes aproximadamente), su panorama no ofrece el vasto conglomerado de otras poblaciones, pero, desahogadamente distribuido en los casilleros limitados por las calles rectas y uniformes en su mayoría, su caserío hállase lejos de producir esa sensación de asfixia que provocan ciertas provincias apretujadas, sombrías y melancólicas.

Anchamente abierta hacia el Oriente y el Sureste, reclínase al Norte en la prominencia montuosa y escueta de los cerros de Huitzila, Cópore, Zopilocalco, Toloche y San Miguel; y al Suroeste y Oeste, en la respetable mole de la Teresona, tendida en diagonal, a modo de un elefante echado, cuya trompa, constituida por una colina en declive, volteando en ligero semicírculo rumbo al Sur, va a conectarse, en su extremo, con el insignificante cerro de Coatepec, aislado completamente hacia los otros rumbos, como una pequeña roca olvidada en la planicie. Materialmente clavada entre las fincas, casi sobre la Avenida Villada, la pétreo prominencia de “El Calvario”. Al Sureste, los montes de Tenango y Calimaya y casi al Sur, El Nevado, con su cumbre dentellada y extensa, a manera del espinazo de un megaterio fosilizado en el transcurso de los siglos.

A pesar de no ser precisamente joven, (se fundó oficialmente en 1533), no tiene el aspecto arcaico y venerable de las ciudades coloniales, patinadas de incienso y ungidadas de oraciones. Por sus callejas no ambulan sombras pretéritas

de grandes señores y nobles damas, ni suspira entre las frondas de sus parques, el idilio palaciego del virrey y la dama de honor, del paje y la virreyna, o de las niñas linajudas y los apuestos capitanes.

Las fachadas de las casas, de una simplicidad vulgar, uniforme e híbrida, ayunas de originalidad y de gusto, huérfanas de relieves y de armoniosas proporciones, chatas, desabridas, insulsas, no logran detener la mirada en el éxtasis contemplativo; no convidan a arrodillarse ante el recuerdo; a soñar, a ensoñar, a oír cosas ya no oídas, a reconstruir historias olvidadas, a sentir y recibir caricias inefables. Crudas de luz, aplanadas materialmente de claridad, lejos de sumirnos en dulces penumbras saudosas, parece más bien que nos instigan a arrojar la mirada por encima de sus azoteas, a extenderla por las paralelas de la acera, hasta echárla a correr en pos de los amplios valles soleados, todos sonrientes y apacibles, frescos de brisas y de músicas eglógicas.

No obstante y quizá a causa de esta simple y rudimentaria arquitectura, la ciudad sonrío, embelesa, agrada, con una suave impresión de serenidad campesina.

Limpiecita, ¡eso sí!, muy limpia, arreglada y reluciente como una custodia o como una de esas madres de colegios de niñas. Discreta, medida, bien educada, aunque un poco afecta al chismorreo y a las sabrosas críticas cotidianas; sin estruendos ensordecedores, ni balumbas mareantes; pobre de tráfico y de transeúntes, apenas si al despuntar el alba, muy de mañanita y a la hora del “Angelus”, se la ve transitada por los austeros bultos negros de las buenas ancianas rezanderas que, a saltitos, encamínanse al templo precediendo el desfile de las muchachas coloradas, frescotas, rozagantes, esbeltas y mayestáticas, o menuditas y azoradas, cuyos ojos espían de reajo, a través del tápalo caído sobre la frente, húmedos de visiones miliunanochescas y de adorables espejismos inconfesados.(1)

(1) El medio, tipos y costumbres descritos en esta novela, datan de los primeros lustros de este siglo, (años de 1910 a 1920).

El hombre absurdo (1935)

Apenas si los jueves en la noche y los domingos, por la mañana y por la noche también, la calma habitual de la provincia túrbase un poco, con la audición o serenata que la Banda del Estado dá en los portales. Entonces, principalmente los domingo las muchachas casaderas, las niñas adolescentes, las jovencitas impúberes, escápanse en tropel bullanguero de la celosa jaula hogareña y, emperifolladas y, peripuestas, con lo mejor que tienen, ya en la Alameda o ya en el Portal, entréganse al inocente esparcimiento de dar vueltas, y vueltas y más vueltas, mientras los pollos presumidos hacen otro tanto, luciendo trajes, ademanes e insulseces, importados directamente de la metrópoli.

Y al igual que las muchachas y los muchachos, proceden todos los demás, salvo la seriedad, circunspección o indiferencia observada durante los paseos, y uno que otro detalle intercalado, como la charla a la puerta del hotel San Carlos, La Gran Socieda o la cantina, o bien la lectura de los periódicos en las sillas del portal o en las bancas del parque.

Por la tarde, al teatro, al único teatro donde concurren las personas que se estiman: El Teatro Principal, (pues el Edén: hoy Rívoli, es para “la gentuza”), a la opereta, la comedia o el cine, que importan menos que los entreactos, durante los cuales se caravana a diestra y siniestra, saludando a fulanita, a menganita, a los Díaz, los Madrid, los Astivia, los Reyna, los Cordero, los Graff, los Henkel, los Pliego, los Ferrat, en fin, a la nobleza provinciana, cuyos representantes ocupan siempre, sin variar nunca, la localidad acostumbrada: una de las doce o catorce plateas del sucio y antiestético coliseo de los señores Rosenzweit. Si se tiene novia, a instalarse como se pueda, en alguna de las tres puertas de acceso, desde cuyas escalerillas, en apretujado montón, estírase el cuello y se levanta la cabeza cuanto es posible, para atisbar a la muchacha, toda roja y turbada, pero visiblemente gozosa, que mal disimuladamente, pugna por sorprender o interpretar los pueriles ademanes o las torpes señas de su novio.

Después, concluido el espectáculo, a dar unas cuantas vueltas a la retreta para acabar de lucir los vestidos y desquitar, de una manera más satisfactoria,

la monotonía de la semana. Y por fin, al otro día, el lunes, a seguir deslizando la vida por la suave pendiente de los días incoloros, ingenuos, iguales, apenas salpicados, de cuando en cuando, con el cortejo de una boda, el escándalo de un crimen o la nota fúnebre de la defunción de un conocido.

Por que sí, a pesar de sus diarias comadrerías, Toluca no es una ciudad mitotera, libertina y dada a matar sus ocios con frecuentes reuniones sociales. Las tiene, si, ¡y muy animadas por cierto!, el 15 de septiembre, el 12 de octubre, la Noche Buena, por ejemplo, pero, habitualmente, gusta más de encerrarse en las piezas bien abrigadas, en las que, casi siempre, hay una dulce viejecita friolenta que tiene algo interesante que decir.

Las muchachas, o bien estudian el piano, o se entretienen en bordar tejer o condimentar apetitosas golosinas, ejercitando la destreza de sus sabias manos monjiles. Si el amor ya tocó a su puerta, con mil precauciones y desconfianzas, allá se van muy quedito a la más escondida ventana de la sala, en cuya reja, o en cuyo balcón, muy discretamente, como con ámbar y espuma, y arrullos y ensoñaciones, se borda, se tersa, se melifica, la melodía seráfica que sólo pueden oír los corazones de los astros.

Los jóvenes, si son estudiantes, “macheteando”, como ellos dicen, la lección del día siguiente, después de haber dado a la salida, unas cuantas vueltas por la calle con los libros bajo el brazo. Si ya no están en la escuela, si son empleados, o vagos simplemente, charlando con los amigos en los pilares del portal o metidos en la cantina, (lacra verdaderamente abominable de la ciudad) suntuosa y espléndida como un pequeño templo de los vicios, pero a las nueve y media pocos son ya los que quedan fuera del hogar; a las diez rara es la sombra que discurre por la acera, y media hora más tarde, la calma uniforme, el sueño sin sobresaltos de la provincia madrugadora, sólo interrumpido, a intervalos, por la clarinada del gallo, el ladrido del perro, el trastabilleo del borracho, la carrera desenfadada del auto de la parranda y el intermitente y triste silbido del gendarme.

Y al otro día, vuelta a lo mismo y toda la semana igual, hasta el domingo próximo, que también resulta una idéntica y servil reproducción de todos los domingos.

Los padres de familia, a la oficina, al comercio, a los negocios y unos cuantos, contados, a la cátedra: a levantarse a buena hora para llegar puntualmente al Palacio de Gobierno, al Ayuntamiento, a las tiendas y cajones, o bien, a la Normal y al Instituto. Luego, a medio día, a tomar la sopa en casa, en ágape familiar con la compañera hacendosa, las mujercitas zalameras y los muchachos cazurros y respetuosos, no sin haber ingerido antes el indispensable aperitivo, en compañía del jefe, el compañero de escritorio o el colega de profesión.

Y en la tarde, a proseguir la tarea si no se tienen horas corridas o se trabaja fuera del Gobierno, hasta que llega la noche, en que, o bien se cumplimenta a las visitas, o se acompaña a la familia a la casa de un pariente o amigo, o simplemente se la saca a hacer ejercicio para volver pronto a encerrarse, ya definitivamente, hasta que el reloj de la pieza vecina, anuncia la hora fatídica de levantarse.

¡Naturalmente, hay noches en que reverdece la juventud y se echa una cana al aire!... pero, ésto se hace tan discretamente, que casi nadie lo nota.... ¡con excepción de toda la familia!...

En los días de las grandes solemnidades hogareñas, como es de suponerse, la regla general se interrumpe. Entonces, sácanse a relucir las colchas y cojines nuevos; se llenan de flores los tiestos; el comedor luce mantelería flamante; la sala se encuentra atestada de parientes, amigos, conocidos, y hasta intrusos, y la cocina mareante de idas y venidas, de ollas rezongonas y sartenes alharaquientas; de órdenes, indicaciones, comentarios y charlas íntimas de las señoras “acomedidas” que van a ver en qué trasto meten su cuchara, aprovechando la ocasión, para lucir su desconcertante erudición culinaria.

¡Y la comida rociada de vinos y cervezas; y los brindis y las recitaciones; y el concierto que se improvisa en la tarde con el concurso de zultanita y fulanita; y

como digno remate, el baile que se prolonga hasta la madrugada, gloriosamente coronado con el ponche calentito, sabroso y fortaleciente!...

Esto, como si dijéramos, por lo que toca a la ciudad por dentro. Ahora, por lo que hace a su fisonomía exterior, aparte de sus construcciones cuyo carácter, aspecto y estilo ya hemos esbozado, hagamos un ligero recorrido por sus jardines y sitios de recreo.

¡Sus jardines!... Unos cuantos: Frente a la Cervecería, el Jardín Zaragoza en forma de trapecio; raquítico, descuidado, con una amplia y fea fuente en medio, sobre una plataforma de piedra, de la que emerge, en el centro, el ridículo monumento al héroe de Puebla, que más bien parece una pieza de ajedrez. Sólo a la hora del crepúsculo los eucaliptus que lo rodean, detienen la atención del transeúnte con el cascabeleo infatigable de millares de gorriones, locos de alegría, porque han retornado con todo el goce del cielo en sus gargantas.(2)

Al fin de la Avenida Independencia, metido dentro de un cuadrilongo de casas cerrado en su esquina Noroeste, a un lado del Portal de Riscos, el Jardín Morelos, más reducido aún que el anterior, más feo, menos interesante; con unos cuantos camellones hirsutos, y sobre uno como balero de piedra, en el lugar de honor, la estatua del héroe de Cuautla, basta, vulgar, mal hecha, patriotería: la alta bota más arriba de la rodilla, la levita flotante, el pañuelo anudado en la cabeza recia y dominadora, y el gesto y el ademán declamatorios, como sorprendidos en el momento fulminante de la arenga...

Frente a la Merced, hacia la acera Sur de las calles de Filisola, en la antigua plazuela de los carboneros, una miniatura antiestética de parque, con un poco de pasto, unas cuantas bancas y una especie de obelisco enano con un gabilán en el vértice, destinado a esclarecer la memoria de no recordamos qué ilustres varones.

(2) No hay que olvidar que ésto pasaba hace varios lustros, porque ahora... ¡ahora ya no hay fuente, gorriones, ni árboles... sólo queda el busto en el centro de un "parque inglés!"

Por fin frente al palacio de Gobierno (agrandado y echado a perder a últimas fechas por quién sabe qué albañil estulto), el Jardín Principal: el de los Mártires, con sus simétricas y bien trazadas callecillas de cemento; sus prados frescos y exornados de plantas finas; sus árboles podados y sus tres rotondas ligadas, dos de las cuales lucen sendas fuentes de pequeñas dimensiones, frescas y límpidas: la una con un pequeño saurio y la otra con una garza hierática en el tazón albeante, mientras en la de enmedio, un monumento, ¡Por Dios Señor, el monumento eterno! perpetúa en canteras, mármoles y bronces la histórica actitud de Hidalgo al dar “el grito de Dolores”.

Claro es que todo responde en esta obra suntuaria “al noble objeto para que fue destinada”. Nada falta de cuanto pudiese exigir el patriota más exigente, no obstante que fue encargada al Profesor Dante Costa Narváez, de Florencia y ejecutada en la misma ciudad por el artista Rivalta: ¡El águila, posada en el nopal con las alas tendidas y devorando a la serpiente; los bajo relieves amplificando el eco del ataque a la Alhóndiga de Granaditas y el de la batalla del Monte de las Cruces; Pipila, con la losa en las espaldas bajo la lluvia de balas de los “gachupines”; el ejército de Torcuato Trujillo destrozado por el ímpetu arrollador de los Insurgentes. En lugar prominente, las dedicatorias en letras de bronce: A Hidalgo, el Estado de México, 15 de septiembre de 1810, y arriba, en lo más alto, la estatua del caudillo con la clásica indumentaria con que le hemos visto en nuestros textos de Historia: el cuerpo gallardo, sirviendo de pedestal a la cabeza noble, la boca abierta para dar idea mejor del famoso grito, y en la mano derecha el estandarte de la virgen india abombado en el mástil, como si lo empujasen a la gloria rachas de triunfo y de epopeya.

Todavía, en cada uno de los ángulos, sostenido por los soportes cúbicos del segundo cuerpo, un candelabro de tres brazos, cuyos faroles ciegos sólo se iluminan la memorable noche septembrina, y eso... con el resplandor de las bengalas.

¡Ah! y el Paseo Colón y la Alameda!... El primero indudablemente, el más bello de la ciudad, consta de una doble y larga calzada, de poco más de una legua

de extensión, que arrancando del templo de San José, vulgarmente llamado El Ranchito, y término de la Avenida Villada, sigue, con una ligera desviación diagonal, rumbo al Suroeste hasta concluir en el pequeño pueblo de Capultitlán.

Ancha faja de pasto perforada de distancia en distancia por escuetas fuentejillas, separa las dos vías, ligadas por una serie de glorietas y dos filas de cedros sombrean cada ruta, abriendo sus cónicos parasoles, rectilíneos, austeros, con una seriedad imperturbable.(3)

Hacia los lados, alegres “chaletitos”, villas amenas, residencias de recreo de las familias pudientes y de buen gusto; casitas encantadoras construidas sin solución de continuidad, más allá de las cuales y entre las cuales, en los lotes sin construir, regálase la vista contemplando, a derecha e izquierda, un panorama virgiliano, sonriente, adorable, salpicado de cúpulas y torrecillas de juguete; pueblitos de Nacimiento y manchas movibles de ganados que triscan, saltan en la llanura de un verde tierno, fresco, suave y candoroso como una esperanza recién nacida...

Las glorietas, para no ser menos que las de los jardines descritos, tienen también, ¡ya se comprende!, el indispensable, el insustituible monumento.

La primera, una sencilla y bella columna corintia con el capitel desnudo de remate, en espera, tal vez, de algún ángel dorado o de una victoria alada.

La siguiente, con una fuente enorme, exornada por un verdadero jeroglífico de bronce, que nadie ha podido descifrar todavía, pues como se murió el autor a quien se mandó fundir, en España, se llevó la clave del misterio a la tumba, dejándonos en babia ante aquella confusa aglomeración de símbolos: Una torre feudal, un águila sobre un libro y sobre la torre, de una de cuyas grietas precipitadamente salen los nopales, para corregir una omisión que hubiera sido imperdonable; otro libro abajo, un monolito azteca, una campana por aquí, una tea por allá, peñas por todos lados, cadenas rotas, esposas destrozadas, metrallas,

(3) En la actualidad todo esto es un recuerdo... pues del bello paseo únicamente quedan las calzadas, los árboles... y los monumentos... ¡pero en un estado!...

bocas de cañones, palas, zapapicos, tambores, cornetas, banderas, sillas de montar, reatas, zarapes del Saltillo, rebozos de Tenancingo, castores de china Poblana, hasta botas fuertes... ¡qué se yo!... un maremágnum infernal; una verdadera juerga patriótica; una borrachera de 15 de septiembre, vaciada en bronce para perpetuo asombro de los siglos...

Por último, la tercera rotonda, ya casi al fin de lo que se acostumbra recorrer del paseo; la más importante, la que cristaliza el nombre del sitio, ocupada totalmente por el robusto monumento al Descubridor del Nuevo Mundo; monumento que no puede ser ni más grandioso y más significativo. Imaginad, como primer cuerpo, una plataforma octagonal con cuatro escalinatas, una en cada cara principal; en el segundo cuerpo, una a modo de cruz griega, sirviendo de base a un prisma sostenido por cuatro ménsulas rematadas en cabezas de leones, que sostiene el espantoso peso de una pelota de piedra, de tres metros de diámetro, (original e ingenioso símbolo del geoide) y, encima de ésta, como cirquero que hace equilibrio, Cristóforo Colombo, de bronce, de cuatro metros de altura y con un peso de cuatro toneladas. Complementando semejante conjunto, las inscripciones alusivas; los escudos de armas de México y España y un poco de pasto y otro poco de piedras que circunvalan “artísticamente”, la dura plataforma.

Más allá de la estatua, sólo el cerro de Tlacotepec es más grande, y más grande que los dos, el Volcán.

La Alameda, el Parque Cuauhtemoc, según designación oficial, es un jardín amplio, bello, sombreado por altos y robustos árboles, con un kiosco para la música, su estanque para los patos, una jaula gigantesca para aves parleras y suntuosas y otra de fuertes rejas, destinada al oso obeso y dormilón; más un compartimento alambrado de forma triangular, con su caseta rústica que alberga la nostalgia de los venados ágiles y elásticos, de ojos grandes de niña enamorada.(4)

(4) También de este hermoso parque no queda otra cosa que una caricatura modernista de jardín a la inglesa, a la americana... o ¡sepan ustedes a la qué!...

Cuatro pequeñas glorietas ligan las cuatro principales avenidas, cuyos extremos oriental y occidental, se prolongan hasta desembocar en el perímetro de circunvalación. En el centro, una rotonda más, mucho más grande y clara que las otras, ofrece el encanto de una fuente armoniosa, en cuyo tazón versallesco, Leda y Heros con el cisne olímpico, abren la flor de su gracia, bajo el ósculo fragante de los cielos embelesados.

Este es el lugar de cita de la sociedad, las mañanas de los domingos y días de fiesta de dos cruces. Aquí acostumbran hacer su ejercicio a las once, las buenas señoras y las formales pollitas casaderas. Paraíso de los niños, se puebla diariamente de cabecitas infantiles, en fuga dorada tras de la gasa trémula de las mariposas, en absorta inmovilidad ante el sueño del oso, o en sonriente meditación, ante las charlas de la cotorra o los arco iris fastuosos del papagayo.

Los días de remembranzas épicas: el 16 de septiembre, el 5 de mayo, el 5 de febrero, es también en este lugar donde se desarrolla la ceremonia oficial. Improvisase un estrado que se protege del sol con una mala manta; se emperifolla de banderas, escudos y trofeos; colócase medio centenar de sillas, una tribuna, una mesa para el Gobernador y ¡listo!, ya puede ascender por la breve escalinata el primer Mandatario del Estado, seguido de lo más selecto de la comitiva y tomar asiento en el lugar de honor para presidir el acto cívico, ilustrado con las recitaciones y los discursos kilométricos de siempre, dichos con ligeras variantes por las mismas personas.

Cuando se acercan los exámenes, los estudiantes de la Preparatoria la toman por entero, fatigando sus callecillas con un ir y venir continuo monótono, persistente.

Y cuando no hay nada extraordinario, ni es domingo ni fiesta religiosa, ni fiesta patria, ni están cerca los exámenes, ¡cómo son dulces, cómo son apacibles, cómo son indeciblemente saudosas las tardes de la Alameda, principalmente antes de que el sol esté agonizando, allá tras de Coatepec, en el fondo de la amplia perspectiva que se desarrolla al Poniente, a un lado de la cual, la Teresona ennegreciéndose y agrandándose por momentos, va tomando el aspecto de

El hombre absurdo (1935)

un ataúd de ébano, iluminado por el pálido cirio de la primera estrella que se enciende.

Sí! Cómo son blandas, tenues, vaporosas, las tardes de la Alameda, pero nada más en esa tierna media hora que precede al crepúsculo, porque, llegado éste, la divina impresión sucumbe bajo las zarpas del asombro. Todo el jardín se transfigura, incendiado, ardido, enrojecido, crepitante de lumbres occíduas; las frondas desmadejando tisúes y desgranando abalorios sobre los prados; el ambiente espolvoreado de oro; los macizos de flores acuchillados de luz; las fuentes liquidando lingotes áureos o estremeciendo chalinas rosadas; en los globos de los voltaicos, en las perillas metálicas, en las aristas, en las convexidades de los jarrones, en todo ángulo, en toda saliente, en toda prominencia, astillamientos radiantes, despetalamientos ígneos, irisaciones fabulosas de brujas pedrerías miliunanochescas. Y el espejeante polvo de la arena, y el reflejo de la nube, y la palpitación de la fronda y el culebreo de la linfa; y la orgía rútila de arriba y el delirio pictórico de abajo, y la demencia bárbara y gloriosa del color, de la luz, de las formas descoyuntadas, de los perfiles igniscentes, de los escorzos dentellados, destrozados, martirizados y magnificados en una verdadera furia de apoteosis.

Luego, sobre el sudario de la sombra, nada más el enjambre astral libando misterios en el corazón profundo de la noche...

CAPÍTULO 2

i¡AH!, PERO NOS FALTA el sitio principal: los famosos Portales de Toluca, que ocupan dos manzanas y están encerrados en un perímetro de no menos de seis cuadras.

Amplios, llenos de luz, muy aseados, puede decirse que ellos encierran toda la vida social y comercial de la provincia. Son tres: el de la Paz (hoy Reforma) al Este, el de la Constitución al Oeste, y hacia el Sur, perpendicular a los anteriores y articulado en sus extremos, el Francisco I. Madero, en cuya parte media, una especie de vestíbulo abierto por ambos lados, perfora la línea de establecimientos comerciales, formando la Calle Nueva (hoy Belisario Domínguez), que desemboca en la Avenida Independencia. En este lugar toca la música, mala o buena, pero indispensable para que se puedan efectuar las habituales serenatas los jueves y domingos.

¡Los Portales!... ¿Quién, que haya ido alguna vez a Toluca no sabe todo lo que significa esa palabra?

Desde luego, claro está, son el orgullo lugareño. Habláis en el antiguo solar de los matlatzincas, del Pasaje de Puebla, el bosque de San Pedro de Morelia, el templo de la Soledad de Oaxaca, Sta. Clara de Querétaro, el Lago Azul de Guadalajara, Villa del Mar de Veracruz, etc., y os contestan inmediatamente: ¡Bueno! ¿y los Portales?; ¿En qué parte encuentra usted unos portales semejantes? ¡Imposible que se les pueda comparar con el de la Diputación y el de Mercaderes! ¡A ver! ¡A ver! ¿dónde hay portales de estas dimensiones? ¡tan amplios, tan limpios y tan hermosos!. Y es verdad: como holgados y extensos ¡vaya que lo son!. Se dijera que ellos mismos, compenetrados de su importancia, os salen al

encuentro sin que queráis. ¿Llegáis a la ciudad? Desde luego un automóvil os lleva al Portal, que es donde se encuentran los mejores hoteles. Sacudido el polvo del camino, abris la ventana de vuestro cuarto para echar una ojeada a la calle y os encontraréis con que vuestro gabinete está precisamente encima del Portal. Bajáis a tomar algo, y el restaurant a donde vais a dar, necesariamente se halla en el Portal. Salís a dar vuestra primera vuelta, y antes de poder llegar a otras calles, tenéis que recorrer el Portal. Atravesáis una de las principales Avenidas, hacéis una gira en automóvil, regresáis de una excursión, y el Portal al principio, el Portal en medio, o el Portal al fin. ¿Queréis comprar algo, ver algo, hablar con alguien?, y ¡en el Portal, al Portal, por el Portal!

Y el Portal perpetuamente, implacablemente, sobre vosotros, empeñado en convenceros de que nada puede hacerse sin él, porque él es el centro, la medula, el alma mater de la ciudad.

Los estudiantes y las colegialas, al salir de la Escuela, a medio día y a las cinco, por allí pasean, charlan y se ejercitan en el flirt. Los señores de negocio establecen una especie de bolsa junto a las pilastras, bajo los amplios arcos. Las señoras de casa, allí cambian sus impresiones domésticas y discuten los más arduos problemas del hogar. Los empleados, jóvenes y no pocos entrados en años, muy zalameros y muy ridículos, detrás de los mostradores, ensayan sonrisas, cumplidos y caravanas, y enredan sus miradas impacientes en los garridos cuerpos de las muchachas. Los hombres de pro, los altos funcionarios, los intelectuales caseros, los burgueses enriquecidos, los generales y los fifies, discurren mayestáticamente por la amplia ruta techada, luciendo, ya la enigmática actitud, el hermetismo poblado de problemas, la mirada vaga y distraída, o ya los respetables vientres egregios, el aspecto marcial—prueba indiscutible de un valor temerario—, o la necesidad bien vestida y la estupidez bien calzada.

Los grandes días de la Patria, tampoco pueden ofender a los Portales, prescindiendo de su valiosa colaboración; así es que en ellos albérgase el regocijo de las brillantes kermesses conmemorativas. Entonces, un amplio manteado

ciega los arcos y aísla de la calle la algarabía interior. Las bancas de los jardines, colocadas en fila, entre uno y otro pilar, contribuyen a marcar el límite que sólo pueden franquear los privilegiados, mientras afuera quedan los pobres, alegrándose de rechazo, con la alegría de los de dentro.

En las intensas conmociones políticas; en los sonados acontecimientos sociales; en las horas de regocijo, de duelo, de esparcimiento; en el descanso, en la actividad cotidiana, en los negocios, en las comadrerías, en el chismorreo, en el comentario, en la crítica, en el fervor, en el dolor, en el amor... ¡en todo entran los Portales y tienen participación principalísima!

Aparte de éstos, todavía por ahí quedan algunos sitios de recreo y esparcimiento. El Tívoli de Obreros, por ejemplo, la Isla de los Pensamientos, la Reforma y el pequeño jardín de Sta. Clara; pero al lado de los ya descritos, no tienen importancia, mucho menos cuando ya se han mencionado los Portales.

Quedan aún, no obstante, y en primerísimo lugar, las construcciones religiosas, aunque a este respecto, no sea precisamente rico el falsamente llamado Lugar de Reverencia.(5)

Con efecto, sus templos no son de vastas proporciones, grandes masas, atrevidos lineamientos y púgiles arquitecturas; apenas si uno de ellos (el único de tres naves), ostenta fachada y torre de cantera; todos los demás están embadurnados de mezcla, de vil argamasa enjabelgada de cal teñida con colores plebeyos; parecen rostros de muchachas humildes y feas, limpiecitas, frescas de candor y luminosas de felicidad, pero torpemente blanqueadas con polvos baratos, y mareantes de perfumes corrientes. En cambio, como bien cuidados, no hay quien les gane. Sus naves armoniosas y sus amplios muros, albean de beatitud y de limpieza. Las pilastras y los arcos que sostienen y las nervaduras de las bóvedas, esplenden con sus estucos dorados, bruñidos y flamantes. La luz, a través de los vidrios, casi siempre incoloros, entra libre y gozosa como chicuela

(5) Véase El Estado de México, obra del autor, edición de 1933.

recién bañada; los candiles estremecen levemente la irisación de las almendras, haciendo cantar las músicas del prisma; los nichos de los santos, cuajados de exvotos, sueñan envueltos en una atmósfera de perfume y en una suave penumbra rósea, apenas agujereada por las finas lengüetas de los cirios. Los confesionarios bonachones, oyen las confidencias de las horas; las bancas, meditan; los cuadros, rezan; y allá, en el fondo, el altar mayor, exageradamente adornado, a veces, pero adorablemente bello casi siempre, corusca con su profusión de luces, flores, estucos, blondas, candelabros y con la albeante mantelería bordada de oro y devoción, por las beatas manos de las solteronas, indispensables Siervas de María, insubstituíbles Terceras de la Virgen del Carmen y beneméritas celadoras del Santo Niño de Praga.

¡Templos de Toluca: encantadores templos lavados, aseados, acicalados y sonrientes como niños en días de premios! ¡Templos claros como la conciencia del agua y el corazón diminuto del rocío! ¡Templos envaguecidos de brumas de éxtasis y gasas inconsútiles de arrobos inefables! ¡Templos, en cuya calma muelle, podrían prosternarse los lirios, arrodillarse los nardos, e inclinarse las suaves cabecitas de las azucenas! ¡Templos por cuyas linternillas se cuelan los pájaros vagabundos, para enredar en las espinas del Crucificado, las aleluyas de sus gorjas! ¡Templos hasta los que descende, para dejar sus rosas, la mañana campesina que viene del cerro azul, húmedo y delicioso, como un divino beso de la tierra! ¡Templos hechos para albergar candores de primera comunión, alegrías de bautizos, y rubores adorables de muchachas casaderas! ¡Recintos que han sentido los pasos de nuestra madre (pasos que acarician como si fuesen alas) y aquietado las ansias de nuestras novias! ¡Templos que no saben de los complicados problemas de las existencias capitalinas, que han sonreído al escuchar los tristes pecados, los ingenuos y torpes pecados de los niños que espían dónde guarda el dulce mamá, para hurtarse “una probada”, o le esconden su muñeca a la hermanita en desquite de que rehusó jugar a los ladrones! ¡Refugio de los desvalidos; letanía viva para los desheredados; los domingos y días de fiesta,

pretexto para lucir el vestido nuevo y ver al novio de reajo; y hogar, durante toda la semana, de las beatas rezanderas y las viejecitas achacosas!...

¡Templos buenos, sencillos; templos amigos de los hombres como verdaderas casas de Dios, a los que se va sin temores ni recelos, gozosa, confiadamente, seguros de encontrar siempre abiertos los brazos de los Cristos; siempre dulces, divinamente dulces los ojos de las vírgenes y alegres, divinamente alegres los rostros de los ángeles!...

Sus campanas no suenan majestuosa y pausadamente como las campanas de las basílicas; carecen de la imponente majestad de los esquilonos de las catedrales y de la sapiencia armónica de los bronces de las campanilles; pero, a exultantes, a entusiastas y traviesas no hay quien les gane!...

¡Con qué vocecita tan fresca, cuando apenas ha salido el sol, llaman a misa, como diciéndonos: “¡arriba perezosos!, ¿qué hacéis allí arrebujados en el lecho, cuando el día sube por la montaña seguido de las aves como un príncipe de cuento rodeado por un corro de granujas!”.

¡Cómo, de qué manera los repiques a vuelo irisan el mutismo del espacio, lentejuelean la seda del azul, y arrojan sobre la ciudad, puñados de notas, como millones de alas tintineantes; como torbellinos de cascabeles; como enmarañados tumultos de serpentinas vocingleras!...

¡Esquilas del Carmen, de la Merced, del Ranchito, de San Juan de Dios y de la Veracruz, y hasta vosotras, campanitas vivarachas y escandalosas del Tercer Orden, San Sebastián y Sta. Clara, gorgoriteantes como gorriones escolapios!; ¡campanas de Toluca, es decir, campanas de provincia, jocundas, alegres, frescas, inquietas, parlanchinas, nerviosas, jóvenes, primaverales!.

¡Campanas de casorio, de Te Deum, de 15 de septiembre!

¡Campanas de día de fiesta; de maitines, de Epifanía, de Sábado de Gloria, de Pascua de Resurrección!...

CAPÍTULO 3

ESTA ES LA CIUDAD que vió deslizarse la infancia de Víctor Sáenz, correr su juventud, y ahondarse su vida en el cauce definitivo de las dudas y titubeos zigzagueantes y atormentadores.

¡Todo lo que supo, todo lo que conoció la dulce provincia bien amada, de esa existencia triste, rara, hosca y en conflicto perpetuo consigo misma!...

¡Los días de la infancia!. Hijo de padres acomodados y cariñosos, nada le faltó de cuanto exige la adorable ambición infantil. Los Reyes Magos, cada seis de enero, le llevaban los juguetes que les había pedido con la suave súplica de las oraciones. Probó la dulzura de las golosinas y el diminutivo acíbar de los regaños de “la nana”; sobre los prados tiernos, fue persiguiendo el suspiro con las alas de las mariposas; buscó en el seno del agua, el misterio de la canción de la fuente, y en el estuche del prisma, las siete madejas del espectro. Más de una vez se hizo sangre en los dedos curiosos, con las espinas de las rosas o los alfileres del alfilerero de mamá, que le sorprendía por su forma de durazno y su consistencia blanda y esponjosa.

Todavía entonces no se conocían algunos divertimientos de hoy, pero el aro, el diávolo, las canicas, el trompo, el velocípedo, etc., eran cosas corrientes, perfectamente conocidas de Vitín. ¡Ah!... y los ferrocarriles cuyas vías se tendían en el corredor y las recámaras, entre las patas de las sillas y debajo de la panza del sofá que simulaba la oquedad de un túnel. El velero pirata, que exigía la tina llena de agua y sobre él se ponían las muñecas más pequeñas del país de Liliput de las hermanas; y los motores de vapor que funcionaban y funcionaban, sin hacer otra cosa que provocar las revoluciones de una ruedecilla ociosa; y el burrito que

chillaba cuando se le movía el pescuezo. Y la pistola de fulminantes, y la ruleta, y los títeres, y las bombas, y el automóvil y hasta los caminos microscópicos trazos en la arena que se ahuecaba y llenaba de líquido azulenco, para fingir los lagos, o se amontonaba y vestía de pasto y harina para simular las cumbres.

En fin, todo el mundo de los hombres convertido en el país de las hadas, estuvo en las manos, pasó ante los ojos y lleno la existencia del niño, del mismo modo que sucede con los otros niños.

¿Del mismo modo?... ¡No tanto!; Vitín sentía una recóndita e imprecisa aversión por ciertos juegos escandalosos que exigían demasiados gritos, grandes carreras, y no pocos rasguños y golpazos. Le agradaban, ¡ni qué negarlo!, pero vistos en los otros, cuyas caídas, particularmente, le producían no pequeño regocijo; mas él prefería mejor los entretenimientos amables, serenos, apacibles, como las historias que le contaban a él y a sus hermanos, Lola la criada, mamá grande o papá.

Por ejemplo, nada había que le embelesase tanto, como la gruta de kaleidoscopio, y esas cajitas de piedras pulidas, con las que se construyen casas, palacios en ciernes y hasta torres de no despreciable altura. Colocando los cubos, cilindros, prismas pirámides, etc., se pasaba horas y horas, mientras los otros rapazuelos con antifaces, improvisados, corazas de hojalata, cascos de cartón y fusiles de viento, reproducía! quién sabe qué hazaña de Búfalo Bill o qué terrible batalla napoleónica.

Los cubos de madera con letras, o fragmentos de cromos, que se agrupaban formando cuadros o palabras, igualmente seducían a Vitín; pero, más que todo, mucho más que estas cosas, gustábanle los cuadernos de estampas, los grandes y hermosos cuadernos con osos, leones, águilas, tigres, montes coronados de nieve, bahías pobladas de cisnes, desiertos con largos desfiles de dromedarios, ciudades de azúcar con medias lunas de plata en los templos, robustos elefantes en las calles; y mares espantosos con tremendas embarcaciones antiguas, cuyas proas lucían mascarones trágicos y cuyas velas abombadas, mostraban una gran

cruz negra, magnífica y terrible, como la sombra de una sangrienta cruz de “de veras”.

Cuando caía en sus manos una joya de tal precio, allá se iba a molestar a los padres, a los tíos, a la abuelita, a la criada, a quien tenía más cerca, abrumándolos con la serie infinita de sus interrogatorios.

Avido de conocer, como todos los niños, en él la curiosidad más despierta y pertinaz, era una verdadera enfermedad. En cierta ocasión, se puso a despertalar todas las flores de las macetas que estaban a su alcance, según explicó, cuando le castigaron, porque quería saber qué cosa sacaban de ellas las mariposas y los chupamirtos! Otra vez, cuando murió un pájaro, empeñado en que le abrieran el pecho para encontrarle “la musiquita”.

Igualmente, cuanto estaba impreso ejercía sobre él una morbosa atracción. Así, era común verle recogiendo y pidiendo programas, almanaques y periódicos, de aquí y de allá, que agrupaba en rudimentarios archivos, atiborrando de ellos su cómoda, de donde luego iba sacándolos para irse a verlos, debajo de la cama, a efecto de que, protegido por el discreto olán almidonado, no lo viesan ni lo llevaran a jugar al patio de los otros muchachos, ¡como si eso no fuera más interesante que lo otro!, ¡vaya!, ¿por qué no lo comprendería mamá?.

Así fue creciendo: viendo estampas, agrupando letras, pasando en todas partes calcomanías.

Siete años iría a cumplir, cuando ya un acontecimiento inesperado, vino a echarle a perder los más dulces instantes de sus ocios: Se le buscó profesor de música. Ya que era tan huraño, ya que permanecía extasiado viendo cómo movían el piquito los canarios parlanchines, y, sobre una tapa de tinaco, inútil y olvidada, ensayaba, con el auxilio de un fierro viejo, quién sabe qué bárbaras rapsodias; pues, que aprendiese a tocar el piano; que cultivara una facultad que de seguro poseía; que se hiciese músico al par que iba creciendo; al fin ya estaba grandecito!...

Y era verdad ¡para qué negarlo, a Vitín le encantaba la música!. Con rápidos movimientos de lengua, dilatando los carrillos y echando mano de quién sabe

cuántos inverosímiles recursos vocales y con el acompañamiento de su famosa tapa de lámina, apenas metíanse las visitas y mamá en la sala, y sus hermanos se ponían a jugar a la “momita”, comenzaba él, dale que dale; pieza va y pieza viene, aunque en realidad, entre toda aquella boruca no pudiese hallarse ni el más triste remedo de una pieza.

Saltaba a la vista, que todo esto era indicio evidente de las inclinaciones filarmónicas del niño, pero por si no hubiesen sido suficientes tan rotundas pruebas, un día inconvenientemente, él mismo se dió el golpe de gracia.

Era un día claro de primavera, la hermanita mayor les había puesto unas hermosas lechugas a los canarios, y éstos, regocijados con el obsequio, entre bocado y bocado soltaban unos gorgoritos embelesadores, que escuchaba Vitín más embelesado todavía sin quitarles la vista ni un momento. Tan distraído estaba, tan entretenido y alelado, que no sintió los pasos del señor Inclán que en esos momentos llegaba en compañía de papá. Cuando se dió cuenta de su presencia y quiso correr, ya era tarde: “la visita” y papá encontrábanse ya junto a él, interrogándole —¿te gustan mucho los pájaros? ¿eh?...

—¡Sí, señor!...

—¿Y por qué te gustan; porque vuelan, porque conocen muchas partes; porque pueden ir a México todos los días?...

—¡Sí, pero me gustan más porque cantan!...

Excusado es decir que esta respuesta fue la que arruinó a Vitín, porque, siendo el visitante, nada menos que el profesor de piano, quedó resuelto desde luego, que se le pondría a estudiar incontinenti.

¡Maldita la gracia que le causaba esto a Vitín! Todos los días, durante una hora, y después dos y hasta tres, dale y vuelta a dar con los odiados ejercicios de Lever y de Eslava y las aburridas lecciones de solfeo, amén de los enrevesados rompecabezas de la teoría: las fusas, las semifusas, las corcheas, las dobles corcheas. Y ni modo de “hacerse guaje”, porque apenas dejaba de sonar el piano, allí estaba la mamá riéndole y amenazándole... ¡con razón se encerraba a los

pájaros... de otro modo no cantarían!... ¡qué va! ¡y harían bien!... ¡Si cuando menos aprendiera una piececita!...

No tardó mucho tiempo en realizarse este último deseo de Vitín; la primera pieza vino con motivo del santo de su mamá, que era el dieciséis de julio; se le escogió un trozo insulso y bobo, pero ¡qué diablo!, ¡tocar una pieza, tocar una verdadera pieza, ante muchas personas y en un día como esos, no era una bagatela!

Entusiasmado con este primer triunfo, y alentado por las facilidades que iba adquiriendo, comenzó a adiestrarse sin que hubiese necesidad de exigirle, de encerrarle en la sala, quitarle sus cuadernos o disminuirle la ración de dulce.

Por otra parte, las lecciones ya no eran las mismas odiosas lecciones del principio; ahora estudiaba las sonatitas de Stamatti, los ejercicios superiores de Lever, y el Hanon. Naturalmente, su repertorio fue creciendo en variedad y dificultades: ya tocaba *Mayo* de Ponce, *Soñadora* de Elordouy, el *Vals Poético* de Villanueva. Por fin, a los cuatro años, cuando acababa de cumplir los once, estudiaba ya el Czerni y los ejercicios de Verdi, y ejecutaba con sensibilidad exquisita, y no poca seguridad, los Valses de Ricardo Castro, la Marcha de la Sinfonía, en si bemol menor de Chopin, la *Hilandera* de Raff, el primer tiempo de la Sonata, casi una fantasía, de Beethoven y la *Rapsodia número dos* de Liszt.

Sus progresos eran visibles, el resultado palpable; Vitín ya era un pequeño pianista que a sus años sabía más que sus hermanas mayores y que otras muchas señoritas que no pasan de la *Serenata* de Schubert, *Lucía* y el *Chin, Chun, Chan*.

¡Sí!... Vitín había triunfado, había dominado al monstruo cuyo teclado es como la inmensa sonrisa de un etíope, pero, por dentro, qué huella tan profunda había ido dejando la música que acabó de sustraerlo, prematuramente, de los juegos y ejercicios necesarios a su edad, y lo hizo más formal, es cierto, pero también más triste y retraído.

¿Sabía ya lo que había detrás de las armonías que ejecutaba? ¿Presentía, acaso, los inmensos dolores que sollozan tras de las rejas del acorde, suspiran

en el desgranamiento del arpegio o se iluminan blandamente, fina y misericordiosamente, en el estremecimiento del preludio? ¿Al oprimir las teclas, habíanse humedecido ya sus dedo con las lágrimas y la sangre que hay en cada nota? ¿Su intuición, le había arrastrado ya hasta el abismo del genio, donde se debaten, en una agonía sin consuelo, los grande tristes, los grandes pobres y los grandes desesperados? ¿Bebé ya conocía, ya adivinaba, la tragedia del hombre, viva, concentrada, latente, en la gama del sonido que baja sube, y se arrastra y vuela y se arrebujá, o se yergue y fulgura y centellea, y lo mismo está en el harapo del miserable que en la bandera de la Patria, porque puede ser, porque es canción de cuna, reclamo de amante, *danza, valona, corrido y Marsellesa?*... ¿Ya conocía, ya presentía, ya adivinaba todo esto, el corazón ingenuo de bebé?...

¡Acaso!... ¡Tal vez!... Lo que sí podía afirmarse, es que aquel temperamento nervioso, fino e impresionable de suyo, y aquella atención morbosa, al contacto de la música, se intensificaron, agraváronse aún, produciendo una suerte de hiperestesia que hizo encontrar al niño, terribles y amargas, muchas cosas que no tienen más que almíbar para todos los otros rapazuelos. Vitín, desde que estudiaba el piano, desde que sabía tocar, gustaba menos que nunca del trato frecuente con sus hermanos y amiguitos. ¡jugaba, sí, más no tanto, ni del mismo modo que lo hubiese hecho en otras condiciones!. En las tardes de asueto, cuando se iban a la casa de sus primos, mientras éstos y sus hermanos jugaban en el hermoso patio y correteaban por los amplios corredores; en tanto su mamá, con tía Concha, y la costurera, discutían y proyectaban los vestidos de las niñas, él, a hurtadillas, muy disimulado, muy callandito, íbase para la sala, e introduciéndose cautelosamente, tomaba de un rincón la cajita de música, adorable y quintaesencial, y escondiéndose detrás de una cortina para que no lo oyeran, hacía funcionar junto a su oído, escuchando, con embeleso místico, la melodía microscópica, parva, dulcísima, que más bien parecía un hilillo de agua desenhebrándose en un plato de cristal.

Dos veces, por lo menos, repetía el minúsculo repertorio y cuando comprendía que su ausencia había sido notada, pricipitadamente dejaba la rítmica joya en

la rinconera de donde la había tomado y, no sin clavar por último sus ojos en el maravilloso estuche, íbase a reunir precipitadamente con Poncho, Carlín, Belo, Tere, etc., feliz, como un enamorado que regresa de la primer cita y afectando un interés que no sentía por los juegos proyectados, en los que tomaba parte, más bien con la recóndita intención de que, dadas las seis y después de haber merendado, se pusieran a tocar un rato el fonógrafo o la mandolinata.

Pero esto sólo acontecía cada sábado, y uno que otro día extraordinario en que no los llevaban a las vistas, al circo o a los caballitos, porque, cuando esto sucedía, Vitín se negaba rotundamente a dejar su escondite.

Las vistas, salvo las “de risa”, y una que otra de bandidos, no le llamaban la atención; las aglomeraciones le mareaban; con los caballitos se le “embaboseaba” la cabeza; él quería mejor ver estampas, dibujar, copiar alguna cosa, hasta, en último caso, seguir estudiando sus piezas y las sonatinas; estarse solo, quietecito, no sabía por qué, ni para qué, entretenido por instantes, en ver una nube que se perdía, o una golondrina traviesa que se peleaba con otra antes de meterse en el nido.

Verdad que el circo sí le agradaba. Le gustaban los caballos garbosos de cuello de cisne, y ancas lustrosas; los leones, entusiasmábanle con su majestad imponente; los colorines de la carpa, las libreas de los mozos, los trajes lentejueados de los acróbatas le producían un indecible deslumbramiento, y, el payaso, el divino, el inmortal Ricardo Bell, hacíale saltar, como una campanilla loca, el corazón. Pero, cuando aparecían los trapevistas, contorsionistas y equilibristas, y ejecutaban sus trabajos alelantes: descoyuntamientos espantosos, saltos inverosímiles, deslizamientos por hilos metálicos, delgados hasta la angustia, él volvía la cara mejor a la pequeña jaula, donde un tigre joven lucía la elegancia —oro y negro— de su piel. No obstante, hubiera dejado su encierro por ir al circo, nada más que, ¡como el circo iba a la provincia tan pocas veces!...

Otra de las consecuencias de su aprendizaje artístico, mejor aún, de su sensibilidad excitada por el Arte, fue la aversión que experimentaba por todo ruido intenso o sonido destemplado.

El tumbo y el traqueteo de los carros sin muelles, en los empedrados; el chirrido del cristal al ser mordido por el diamante; la explosión de los cohetes, el restallido de la fusta, y sobre todo, el trueno: las espantosas carcajadas de la tormenta, lo sacudían, lo martirizaban, lo aplastaban materialmente. A tal grado llegaba esto, que, como el corredor de su casa estaba techado de lámina, cuando amenazaba un fuerte chubasco y “por México” parpadeaba el relámpago, azorado, tembloroso y lívido, pedía permiso para irse a la “otra casa”, a la casa de su mamá grande, y con permiso o sin él, íbase corriendo desafortadamente, hasta arrebujarse en la alfombra de la estancia bien cerrada, al dulce amparo de la abuelita sonriente y “consentidora”.

CAPÍTULO 4

POR FORTUNA, para, contrarrestar la acción morbosa del estudio y templar un tanto la nerviosidad perenne del pobrecito niño zahareño, hosco y pusilánime, allí estaban las sanas costumbres de sus padres; la vida, la salud que por todos los poros respiraba el hogar; y la alegría, la embriaguez, el desbordamiento vital de cuantos llenaban la casa y de la casa misma, clara, radiante, llena de sol, de pájaros, de flores, de risas, de trinos, de perfumes, de aleteos, de carreras y travesuras.

Dueño de una calería, instalada precisamente en la planta baja del edificio que habitaba, el padre de Vitín levantábase muy de mañanita para hacer ejercicio y dar las primeras órdenes a los carreros encargados de hacer el reparto o de descargar los furgones que ya estaban esperando en la estación.

Fuerte, bajo de cuerpo, erguido, colorado, tipo perfecto del hombre sano y feliz; gran conversador, sugestivo, comunicativo y no poco ilustrado, conservaba a sus cuarenta años bien vividos, una fresca juventud de carácter, que gustaba de explayarse en pláticas interminables con los amigos, y en sabrosas anécdotas, narradas con una gracia peculiar, a la hora de la sobremesa.

Jinete empedernido desde sus mocedades, transcurridas en el amor de los campos, allá en las vastas llanuras de las haciendas comarcanas, conservaba, como en un nicho, su afición a los deportes hípicas: las tientas de ganado, los coleaderos, jinetes y cacerías. Inútil es decir que gustaba de poseer cuanto podía revivir, aunque fuese lejanamente su pasado, y conservar y satisfacer sus arraigadas aficiones.

Así era como, en el lugar de honor, en una pequeña caballeriza, separada del machero de las muías, tenía un valioso caballo, *El Rorro*, magnífico ejemplar de grande alzada, retinto, *sangre linda*, cuatro albo, de elástico y robusto cuello de potro árabe, larga y rizada crin, ancas relucientes y cola que casi arrastraba; inquieto, nervioso, de finísima piel en la que se dibujaban las venas de la cabeza y de los remos, de rápida y garbosa andadura, de una ley de veintiún kilates y de una nobleza de perro San Bernardo.

En este bruto, cuando llegaba la cal de Apasco, iba a presenciar la apertura de los furgones, dando, de vez en vez, sus vueltas para vigilar el acarreo, o bien, en los días en que no había tales labores, íbase a recorrer las afueras de la ciudad, los pueblitos madrugadores; las alquerías vibrantes de cánticos de gallos, gimoteos de chiquillos, balidos de carneros y largos gritos de sílabas onduladas.

Diariamente acabando de levantarse, bajaba a ver, él mismo, que limpiaran y ensillaran al *Rorro*. Una vez cepillado y *ayatado*, pasaba su mano por el finísimo pelo del bruto, para alisar tal o cual *remolino* inevitable y luego, muy bien extendido el *sudadero*, sobre el lomo para que no quedara con arrugas, él en persona, apretaba el cincho de la silla: rica pieza de vaqueta labrada y bordada de hilo metálico, con brillantes *chapetones* en los tientos: flores y herraduras repujadas en las cantinas; el fuste con la *cabeza* y con la *teja* fileteadas; la reata de fina lechuguilla, al frente, al alcance de la mano, al otro lado, entre las *arsiones* y la hebilla del *látigo*, la flexible vara de membrillo, y atrás, sobre los *bastos*, la manga de hule enrollada o el zarape policromo de anchos flecos.

Luego, tras de revisar que el *filete jugase bien*, sin molestar el hocico, de cuidar que pasaran holgadamente las orejas y el pelo de la frente, entre las correhuelas de la *cabezada*, y de procurar que cayeran en el pecho las borlas del gargantón con un ágil salto montaba al noble corcel que *arrancaba* gallardamente, emprendiendo veloz galope, que luego aplacaba la firme mano de su dueño hasta obligarlo a coger su paso, rápido, cómodo y no exento de elegancia.

Un mozo lo acompañaba habitualmente, pero, cuando Vitín, que era el mayor de los varones, estuvo ya grandecito, obligósele a dejar la cama a la misma hora que su papá, y sin hacer caso de sus protestas y refunfuños, se le hizo montar en ancas del *Rorro* para que se fuese acostumbrando y después pudiera ir el solito en su caballo a pasear con los Ballesteros y con los hijos del señor Muciño. Y Vitín obedecía a regañadientes, ¡no había más remedio!, pero, por más que hacía para tomar confianza la noble bestia, ¡imposible!... no podía conseguirlo; sosteniéndose ya del cinturón del papá o bien, de los *tientos* más próximos, procuraba no perder de vista las orejas del bruto, y al menor movimiento sospechoso, siguiendo a pié juntillas las indicaciones del mozo que le dijera que, cuando *paraban* las orejas los caballos, era porque se habían espantado, inmediatamente se apretaba y sostenía con más fuerza y suplicaba con insistencia: —¡Bájame, bájame; va a reparar, papacito; mírale las orejas; yo ya no qui ir montado; bájame, yo mejor me voy a pie!... Es evidente que hubiera costado un triunfo conseguir que caminara solo sobre una bestia y vano adquirirla con el objeto de destinársela.

Sus padres insistían. —Pero Vitín, ¿qué no eres hombre? ¡No te da vergüenza que los hijos de los Barbosa, más chicos que tú ya andan solos a caballo y hasta saben lazar y apostar carreras?. ¡Mira! ¿No te gustaría tener un potro *canelo* o *rosillo*, con su sillita plateada, su reata a un lado, su cuarta al otro, y su zarape de colores atrás?... ¿No querrías verte con tu pantalón ajustado, de botonadura de plata, tu corbata roja, tu chaqueta bordada, con grandes alamares y tu sombrero de pelo con toquilla de oro y grandes borlas, y hasta unas águilas o unas cabecitas de toro a los lados de la copa?...

¡Qué había de gustarle!... ¡Lo que se sentía con esos pantalones apretados que ni lo dejaban a uno moverse; con ese saco de cuero molesto y rabón, y ese sombrero que acalora tanto y que deja una señal roja en la frente!... ¡Que se lo compraran a su hermano; a él no... para qué lo quería!...

Y se lo compraron a él, a pesar de todo, ¡sí señor!: el caballito gordo, lustroso, bien cuidado, de simpática estampa; el pantalón negro con broche de plata; el

saquito de gamuza bordada y alamarado; la corbata de *rural* y el sombrero gris de dorada toquilla, con dos herraduras en la copa, y una fina greca en las alas.

Nada más que el gusto de los pobres padres duró unos cuantos días. Vitín se encaprichaba en no usar nada de aquello; obligado materialmente por las amenazas, las reprensiones y los golpes, protestando en voz baja, refunfuñando, dejaba que lo vistieran y montasen, procurando multiplicar los obstáculos hasta donde podía; sin hacer caso de las riendas, asíase fuertemente de la cabeza del fuste; sepultaba los pies en los estribos cuanto le era dable y apretábase con las piernas desesperadamente al cuerpo del animal inofensivo, y acompañaba a su papá, le cumplía sus gustos, era verdad, pero en desquite, iba y volvía sin pronunciar una palabra; dejaba casi toda la comida, se negaba a jugar con sus hermanos y se metía a llorar al pajar, de donde salía todo revolcado y con los ojos enrojecidos, conminado por los gritos de la mamá que le llamaba a merendar, intercalando entre sus órdenes suaves consejos acariciadores.

¡Puesto que no quería, lo dejarían por la paz! Al fin los padres comprendieron que era inútil insistir en imponerle al niño lo que no le había de gustar nunca... ¡qué tonto!... ¡Tan bonito que era montar a caballo!...

El aprovechado fue su hermanito menor, Belo, muy chico aún, pero eso sí, muy hombre, muy decidido y atrabancado...

Belo, o *Chino*, como le decían los hermanos a causa de su pelo extraordinariamente ensortijado, sí quería montar... ¡Se moría de las ganas de tener exclusivamente para él, un potrillo así como el que le habían dado al guaje de Vitín!... ¡Ya lo creo que él sí sería capaz de acompañar a su papá todos los días, y aun a galope, al trote... como quisiera!... ¡Se sentía con fuerzas para apostar carreras y lazar toros... ¡Vaya si no era hombre para éso!...

Desde luego, pensóse en que heredara cuanto se había adquirido para el hermano mayor, y si no se tomó este acuerdo fue debido a su tamaño y edad. En cambio, sí se le permitió que comenzase a salir temprano, en ancas del *Rorro*, cuyas orejas le importaban poco a este aguerrido centauro liliputiense.

Menos de un año después, convencidos todos de que sabría sostenerse en un animal dócil y de corta alzada, el *Chino* tuvo su caballo: un lindo poney alazán rodado, dosalbo, frente blanca, noblote, gallardo, lengua crin y ojos húmedos, al cual llamó *El Kuroki* en honor al pequeño y célebre general asiático, entonces de moda por la guerra ruso japonesa.

La primera vez que salió *el Chino* en su flamante caballito, con su nueva indumentaria, produjo verdadera sensación entre todas sus hermanas, quienes, incapaces de dominar su *flojera* para verlo cuando se iba, apenas estuvieron arregladas, precipitaronse al balcón para presenciar la llegada: acontecimiento que tuvo lugar poco antes de las ocho, provocando exclamaciones y gritos de asombro en el pequeño corro deslumbrado. ¡Vitín tampoco se sustrajo a esta justa apoteosis; al contrario, a él más que a nadie causaba asombro una hazaña de esas que, la verdad, la verdad, él no hubiera sido capaz de realizar!

Algo debía faltarle a él o sobrarle a su hermano; lo cierto es que no acertaba a explicarse, cómo y por qué le gustaba al *Chino* ir sobre un animal tan molesto y peligroso, que exigía una gran presión de las piernas, y la observación continua de los movimientos de las orejas.

Tenían razón sus hermanas, *Chino* era más valiente que él, ¡Caramba!... ¿y en qué consistiría eso?... Más valiente... más valiente y menor que él... pero, ¿verdad que Vitín no tenía la culpa?...

Complementando estas aficiones del padre, casi todos los domingos y a efecto de que la familia pudiese participar de las delicias del campo, mandábase enganchar los dos troncos de mulas al guayín, que se acondicionaba debidamente con bancas a propósito, y acompañados por las tías, los primos y uno que otro amigo de confianza, emprendíanse excursiones a los pueblos circunvecinos; a las haciendas cercanas, en lo que tomábase la comida preparada al efecto, regresando, ya avanzada la tarde, después de cazar una que otra pieza menor, en compañía de los muchachos que contenían las impacencias del *Jack* y la *Miss*, mientras las muchachas hacían columpio o retozaban entre los árboles, y la mamá y las tías,

departían de esas nimiedades encantadora que constituyen, para las señoras de casa, la pimienta y la sal de sus explayaciones.

¡Capultitlán, San Buena Ventura, Tlacotepec, San Lorenzo, San Pedro de los Petates, San Pablo, Zinacantepec, San Juan de las Huertas, Santa Ana, Texaquic, Almoloya, Calimaya, Santiago Tianguistenco, Tenango; y las haciendas de la Garceza, La Presa, La Laguna, el Rancho de San Juan. ¡Qué se yo!... ¡La pintoresca guirnalda de caserios, que ciñe a la ciudad del Volcán!... ¡Todos los apelotonamientos de construcciones humildes, de casitas de teja y adobe, que se apretujan, friolentas o tímidas, en torno de la torre de la parroquia o el edificio de azotea del palacio municipal!...

¡Los largos caminos en medio de las anchas llanuras; los cerros ya calvos y humeantes de calor, o húmedos de rocío y pintados de girasoles; las montañas lejanas absortas de cielo; los *jagüeyes* inmóviles, o estremecidos bajo la sed tranquila del ganado! ¡Los riachuelos serpenteantes y cantarines, jugueteando y saltando por donde menos se les espera! ¡Los *llorones*, en pequeños grupos o en largas filas, exprimiendo el verde tierno de sus ramas, en los pequeños canales o en las sucias ciénagas. Las chozas aquí o acullá, con el perpetuo indígena hierático en la puerta, la mujer tras el metate *echando* tortillas, y los muchachos mugrosos y harapientos, cuidando los *toteles*, el cerdo y el esmirriado asno filosófico!...

En verano, las milpas opulentas con las panojas carmesíes o rubias, sacudiendo sus penachos; y, en invierno, las grandes llanuras tostadas de sol y de hielo, manchadas por las tropas de tordos que buscan maíz entre los aguazoles, o por los cuervos fúnebres y cracitantes que se levantan, al menor ruido y van sonando lentamente, monótonamente su matraca; ¡croa... croa... croa!... Y siempre, en todo tiempo, la dulzura campesina; la delicia de la tierra blanda y del ambiente amable; la sencillez infantil de cuantos nos rodea; la pureza, la ingenuidad, la virginidad de las cosas, y la sensación de libertad, la incomparable sensación de libertad de los horizontes, inmensa, indefiniblemente vastos y de los cielos profundos, divina y arrobadamente silenciosos!...

El hombre absurdo (1935)

¡El temblor de la onda donde brinca el sapo; el estremecimiento de la fronda de donde salta el ave; el óleo de la brisa; el perfume de la hierba; la epifanía de la luz!...

¡Abajo, las ovejas que triscan y travesan; los bueyes solemnes, las casitas humeantes; arriba el vellón de la nube, la blandura del ala, y el azul... el azul... el azul...

¡Oh la riqueza emotiva de estas excursiones!... Vítin las amaba sobre todas las cosas, las vivía con toda su vida, las sentía con todo su corazón. De par en par abría los ojos para llenarlos de paisajes, y de panoramas, y llenaba los panoramas y los paisajes con todo el fervor de su alma, confundiendo así, su espíritu con las cosas y las cosas con su espíritu!. ¡A poco que caminaran, a poco que se alejaran de la ciudad y llegasen a las afueras, y las milpas y las arboledas comenzasen a surgir, ya no era él, ya eran él y el espectáculo y las criaturas que le rodeaban. Sentíase árbol, ave, corriente alborozada, surco abandonado, espiga, alfalfa, pastito tierno, becerrito retozón, ternera desobediente, y también, sí, también, escarabajo, lagartijilla y gusanito!...

Como si sus pies hubiesen echado raíces y en esas raíces se hubiera prolongado su sensibilidad hasta el corazón de la tierra, dentro de su cuerpo, por sus venas, corriendo con su sangre, sentía todo el vasto temblor de las existencias humildes, subterráneas, misteriosas.

—¡Mira!... ¡mira esa catarinita!... ¡no le hagas daño!... ¡Ah!... y esa tórtola... ¿no ves esa fórtula en el poste?... ¿por qué hacen tan triste las tórtulas, mamá: qué, también lloran cuando se les muere alguno?... ¡Sí serán todas las huérfanas!...

—¡Bruto!... ¡No seas bruto, Poncho!... ¿para qué mataste ese sapito?, ¡no ves que aunque sea feo tiene papá y hermanos?... ¡a ver, si te mataran a ti!...

—Papá, y, ¿es cierto que en el monte hay brujas y que las flores están encantadas?...


—¿Por qué les pega a las mulas *Rafail*, no vé que ya se cansaron? ¡a ver, bájese usted a jalar! ¡Pobre *Prieta*!, como está más gorda suda más que la *Avellana*, pero, ¿qué tal aguanta?

—¡Aunque quieras, Lola, no le has de pegar a *Jack* entre Carlín y yo vamos a cuidarlo!...

Y por el mismo estilo, las preguntas, los comentarios, los altercados, sucedíanse una y mil veces, a causa del amor con que Vitín veía todo, confundido ya, identificado por completo, con el campo, con el amable y buen campo: ese otro abuelo de los hombres, que les sigue contando cuentos a los niños y a los poetas; cuentos de Gulliver, vivos y materializados, en los países de Liliput que improvisa, con los trenes empequeñecidos por las distancias, los pueblecitos afinados por las lejanías y los montes y los lagos y los ríos, que de lejos, se ven como piedras azules, lentejuelas u olvidadas tiritas de papel de estaño!... Al regreso, Vitín hubiera querido permanecer con los ojos cerrados para que no se le fuese el adorable encanto de lo que había visto; pero, como lo hubieran tomado por un loco, contentábase con entrecerrarlos nada más, y, en la noche, cuando apagaban la luz, después de haberse persignado, antes de dormirse, iba sacando sus recuerdos del día, y los iba viendo uno a uno, con una absorta delicia, con una delectación extática, como si hubiese estado viendo una flamante colección de cromos!...

¿Seguía despierto?... ¿Se dormía? ¡Él hubiera asegurado que sueño y realidad, todo era uno, ya que toda la noche se la había pasado hojeando las estampas de un libro indescriptible!...

CAPÍTULO 5

TRA FIGURA de gran relieve, de primerísima importancia en la casa de Vitín, era, indudablemente, la madre: joven aún, unos doce años menor que su esposo; pelo castaño claro, undoso y blondo; hermoso cutis de una frescura y un color incomparables; ojos pequeños, dulcemente expresivos; mentón infantil ligeramente hoyuelado, labios finos, apacibles; pequeñas manos hechas para la caricia; voz de una dulzura inefable; hacendosa, trabajadora, limpiecita; excesivamente sensible; enemiga de andar en diversiones y fandangos; muy de su casa, muy de su esposo, de sus hijos, y hasta de sus plantas, y sus pájaros, que cuidaba con mimos inocentes, ingenuos, infantiles.

Vitín, muy en secreto, sin decírselo a nadie, pensaba que la quería más que a papá, quién sabe por qué; desde luego, ella no lo obligaba a andar a caballo y parece que también participaba de su opinión, acerca de lo molesto que resultaba tener que irles viendo las orejas. Tampoco se ponían de acuerdo con su padrino don Pancho Cordero, para que se lo llevara a *rayar* a su hacienda y lo hiciera pasar en medio de los toros. Cierito que no era nada blandita, y que le reprendía enérgicamente cuando la gravedad de la falta lo exigía, pero, esto sólo sucedía muy de tarde en tarde. Aquí, *inter nos*, su madre estaba más de acuerdo con él de lo que era de presumirse, dada la actitud que asumía frente al padre.

Sin que nadie lo viera, cuando lo encerraban a estudiar el piano, lo dejaban sin ir al circo o le escondían sus cuadernos, ella, de improviso, acercábase a él, y primero con severidad fingida y después ya con una franca actitud conciliatoria, poníase a darle consejos entre los cuales intercalaba suaves caricias, a las que ponía como remate una gentil y graciosa dádiva de dulces:

—¡Ya ves por desobediente; *ahorita* estarías con tus hermanos viendo al payaso, los leones que te gustan tanto y la *Acuática* que dan por primera vez!; pero, eres caprichudo... ¡quieres hacer tu voluntad y tenemos que castigarte!

—¡No!... ¡No es que a tí no te queramos como a tus otros hermanos!... ¡es que eres *llevado de por mal*... tonto: ¡todo esto lo hacemos por tu bien!... Si te castigamos es para que te enseñes a obediente y para que no te parezcas a esos muchachos de la calle que no les hacen caso a sus mamás o que andan así porque no las tienen!... ¿Verdad que ya no vas a seguir siendo testarudo; que te vas a enmendar y a hacer lo que se te dice?... ¡Anda, ven; no seas tonto!... ¡no llores!... ¡Mira!... ¡ten este canelón de los que tanto te gustan; cómetelo luego, no te vayan a ver y límpiате esos lagrimones, ¡por Dios!, no vayan a venir tus hermanos y qué dirán que tan grandulón y tan *mujerere!*...

Y se lo llevaba a que la acompañara a *meter* los pájaros; a tapar las plantas para que no se las *comiera* el hielo; hasta hacían juntos una excursión por el corral, para ver si estaban encerradas las gallinas y si no le faltaba ningún pollito a la clueca (hermoso ejemplar de finísima pluma dorada, robusta, erguida, garbosa). Luego, tapado tal o cual agujero, para que no entrara el cacomixtle, y *echada* una ojeada a las palomas que entraban apresuradamente en los pequeños casilleros de sus nidos, dadas a la recamarera las órdenes para que, a la hora de costumbre, *descompusiese las camas*, sentábanse a merendar los dos, con más apetito porque era más tarde que otros días.

Completamente reconciliados, madre e hijo, entregábanse a las más dulces y tiernas expansiones; solitos los dos —papá cenaba hasta las siete—, y encantados, más encantados que nunca de encontrarse juntos, acaso porque siempre se quiere más a los hijos cuando se les castiga o porque siempre nos parecen más buenos los padres despues que nos han perdonado.

—¡Mamá! ¿y el niño Dios no iba al circo?... ¿por qué; no había payasos entonces?...

— ¿Es que dice Margó que con el pirú cantan más los jilgueros?... ¡y yo ya lo probé y no es dulce!... ¿Dónde tienen la miel las abejas? ¿A tí qué te gusta más la Virgen o Dios; ¿Verdad que la Virgen? ¡Dios siempre da miedo!...

Tan adorable inteligencia no se interrumpía nunca; podían separarlos los ajetreos del hogar; las mil ocupaciones nimias; los inagotables quehaceres domésticos; misma presencia de los hermanos que daba otro giro a las charlas y otro carácter a las expansiones, ¡no importa!. El niño y la madre se entendían con un guiño, una sonrisa una mirada, como dos enamorados, como dos cómplices del mismo delito: el delito de estar triste y ser huraño, que tan frecuentemente cometía Vitín.

Tal vez su madre, con esa previsión clarividente que Dios ha dado a la más noble de las criaturas, adivinaba, intuía la tragedia íntima que se incubaba, silenciosa y artera, en los recónditos remansos de la conciencia infantil. Quizá el corazón le decía ya, en voz muy baja, que ese niño no era como los otros niños; que llevaba dentro un microbio cauteloso y maldito, germen de una especie de enfermedad incurable, desconocida, invisible y, sin embargo, manifiesta en los síntomas angustiosos de una irremediable y fatal psicopatía. Seguramente, hasta el buen ángel de la guarda del hijo zahareño, habíase acercado para decirle que lo amparase, que le tuviese paciencia; que algo había en aquella naturaleza superior a sí misma: una cosa muy grande o muy pequeña pero ineludible, invencible, implacable.

Por eso, sin duda, cuidando de no manifestar abiertamente su desacuerdo con el papá, respecto a ciertos puntos de la educación del niño, procuraba vestir de rosas las largas llanuras de las abstracciones del pequeño y alegrar de ritmos sus prematuros silencios alelados, convirtiéndose para él, en una verdadera providencia infatigable, inagotable, irrefrenable de amor, cuya caridad rodaba en el rincón apenumbado de las angustias pueriles, como el consuelo alborozado de una migajita de luz.

Vitín lo comprendía. Sabía que su mamá lo quería de otro modo distinto de como quería a los demás. Cuando él le hablaba, su atención no era sonriente, sino de una infinita paz melancólica. No podía explicarse por qué, pero el caso es que le parecía que lo trataba con la misma solitud compasiva con que se trata a los convalecientes, a los enfermos desahuciados, o a las pobrecitas ancianas achacosas.

¡La Virgen debió haber sido así! ¡Para Vitín, todas las mujeres buenas, todas las santas, tenían, necesariamente, que parecerse a su madre; de otro modo, no hubieran valido nada, ni le hubieran interesado tampoco!.

Tan níveo afecto, tan suave relación filial, hubo de afinarse con un acontecimiento inesperado.

Vitín enfermó. No era esta vez el sarampión inofensivo o las viruelas locas, que exigen una purga y no poca fuerza de voluntad para aguantarse la terrible comezón, que apenas si refrescan los polvos de haba alcanforada; pero que pasan pronto, dejando uno que otro hoyuelo microscópico en el rostro de los desobedientes que se rascan, ¡no!, ahora se trataba de una enfermedad más seria; la fiebre, la infección intestinal, terca, solapada, que va devorando las carnes sanas y destiñendo los colores frescos, con su labor de zapa imperturbable y monótona.

¡Si no hubiera sido por el doctor Molina, quién sabe!... tal vez Vitín ya se habría ido a quejarse con Sta. Cecilia de las exigencias de su profesor de música!...

¡Dios no lo quiso!; el sabio galeno púsose de acuerdo con Dios y Vitín pasó con éxito la crisis, entrando en la dulce y amable paz de la convalecencia.

Entonces fue cuando su madre tomo ante él perfiles desusados. Nunca, nunca la había visto tan apacible, tan amable, tan unciosa, tan sonriente. A la hora de tomar la leche, ¡oh la maldita leche de la dieta!, acercábase con mimos inefables; tomaba con una de sus manos la cabecita débil y claudicante, poníala sobre su pecho, sentándose al borde de la cama y manteniéndole levemente recostado, para que no *se le fuesen los ojos* ni le diese de vueltas la pieza, acercábale con la otra mano el odioso pero indispensable alimento y le rogaba, le suplicaba, contándole los incidentes de la vida hogareña, las novedades de la casa, o

haciéndole halagadoras promesas de libros policromados que acababan por vencer la resistencia del enfermo.

¡Los libros!... ¡Oh, qué delicia!... Todas las tardes, para matar el fastidio de la cama, la mamá de Vitín sentábase tras de la ventana de la alcoba y poníase a leerle los cuentos de las Mil y Una Noches...

¡Las maravillas que iba desgranando la dulce voz maternal! ¡Los prodigios que iban saliendo de las páginas!... ¡Los milagros, las brujerías, los asombros que se escapaban de las letras y desfilaban ante los ojos débiles, apacibles, entrecerrados!...

A los pocos instantes, la recámara toda estaba poblada de fantasmas. Los muebles habían desaparecido: las paredes se habían alejado y diafanizado, hasta perderse y hacerse invisibles, y el techo, ya no existía, sólo había una indefinida extensión rósea y zarca, salpicada de oro, estremecida de piedras preciosas; alumbrada con irisaciones de plumajes, espolvoreada de polvo de estrellas, envaguecida de perfumes, y sonora de tiorbas, de guzlas, de instrumentos indefinibles, tenues y soñadores como el plenilunio dormido en las terrazas ondulantes de flabelos y suntuosas de pavos reales!...

Scherhazada en primer término, a los pies del Sultán implacable, sentado en un trono portentoso bajo los artesonados de una sala indescriptible. Luego, aquí y allá, dispersos en un desorden armonioso y deslumbrante, los jardines de Aladino, los palacios surgidos al conjuro de la lámpara maravillosa; el mar encantado, dócil bajo la quilla del brujo esquife de Simbad el Marino, Alí Babá y la Gruta de los Cuarenta Ladrones; la roca fúlgida descubriendo el tesoro de su entraña ante la admonición del "Ábrete Sésamo". El caballo díptero que fatiga horizontes y ata los vientos a la punta de sus alas; el tapete mágico que se levanta solo, y vuela, y deambula por el espacio absorto, como la nave etérea de una nube; y los diamantes como huevos de paloma, y las turquezas inverosímiles y alucinadas, y las amatistas pensativas y férvidas, y los ópalos somnolientos, y los rubíes ardientes, y los berilos exóticos, y los cabujones bárbaros, y las esmeraldas

límpidas, y las perlas extáticas, y los ensueños que se arrodillan en los zafiros; y las chispas que se arrebuja en los carbunclos; y las esencias que oran en las aromatitas; y el pájaro que habla, y la fuente de oro, y el árbol que canta!...

¡Las ciudades de alabastros, mármoles, ónixes, malaquitas, pórfidos, y lapislázulis! ¡Los corceles ricamente enjaezados y engualdrapados, de remos veloces y cuellos de cisne y ancas de lira. Los elefantes solemnes, con la graciosa fragilidad de las literas. Los dromedarios elásticos y tristes, las zebras indomables, rayadas de gualda y negro. Las jirafas de cuellos larguísimos; los tigres elegantes y rítmicos, los leones soberbios, los antílopes de ojos de mujer. Los genios protectores; las hadas madrinas; las cábalas todopoderosas, los hechizos ineludibles; los reyes generosos, los áulicos hipócritas, los súbditos fieles, los jueces sabios, los Visires, los Kalifas; y los príncipes y las princesas, que van por caminos de seda en carrozas tiradas por avestruces y viven en esas comarcas y en esas ciudades, cuyos nombres parecen nombres de poemas, de perfumes o de aves suntuosas: Samarkanda, Kabul, Stambul, Ofir, Córdoba, Granada, Bassora, Bagdad!...

Agotado el filón increíble de los cuentos persas pasóse a la lectura de la mexicanísima, la deliciosa novela del tío abuelo Luis G. Inclán: *Astucia o los Charros Contrabandistas de la Rama*: Sucesión de sabrosos relatos de la vida aventurera de otros tiempos y de otros hombres; serie pintoresca de cuadros vívidos de colorido y robustos de verdad; anecdotario emocionante y emocional, salpicado de gestos nobles y actitudes inverosímiles. Inagotable y entretenida charla de persona mayor, salpimentada de chistes gruesos y cómicos equívocos.

Juana la Loca, Pepe el Diablo, Chepe Botas, Alejo Delgado, Lencho, y el coronel *Astucia*, el D'Artagnan del grupo: jinete admirable, tirador consumado; valiente a toda prueba, y como digno remate, guapo, calaverón, atrabancado y decidido. Los combates inesperados en el recodo del camino, la hondonada, el *claro* del bosque, el desfiladero, con la montaña a un lado y la barranca al otro; las correrías al amparo de las sombras; las caminatas bajo el crinado relampagueo

de las tormentas, las recuas de mulas portadoras del contrabando; guiadas con mil dificultades y salvando toda clase de tropiezos por las veredas escondidas. Los alardes del jinete; las astucias del rancharo, la ingenuidad bobalicona de las muchachas de pueblo, admirables para montar pencos y hacer toda clase de prodigios con el gancho y la aguja. Las penas disimuladas, la miseria orgullosa, el amor sin encrucijadas, y por encima de todo, la generosidad campesina y la nobleza indiscutible de los hombres que burlan la ley, no tanto para ganarse el pan, sino por un espíritu de aventura, por un desbordamiento de salud y de fuerza; por un afán de ilustrar la monotonía cotidiana, con un gallardo perfil de rebeldía valiente, astuta, noblota, y llena de firmeza.

¡Admirables, sí, admirables, encontró Vitín las toscas páginas, superabundantes de realidad y cojitrancas de literatura. Pero, ¡imposible! ¡Cómo habrían de gustarle más que las de los cuentos increíbles y fabulosos!...

¡Eso de vivir entre peligros; de darse de balazos, de salir muy temprano y de andar muy de noche por barrancas y selvas vírgenes, indudablemente era cosa que desconcertaba, que ponía los pelos de punta. No obstante, él se quedaba mejor con los lejanos países raros, magníficos y alucinantes!...

CAPÍTULO 6

ALIVIADO, al fin, pasada la convalecencia, salió de su encierro, ante el regocijo y la curiosidad asombrada de sus hermanos, que si bien se reían de su delgadez extrema, su pelo hirsuto y crecido, y el aspecto lívido de su semblante, no ocultaban su admiración, un poquitín envidiosa, por el estirón que había dado y la importancia que había adquirido aliviándose de una enfermedad tan fuerte.

Jamás la vida parecióle más hermosa, ni el mundo más bello que al dejar la cama. Vitín sentía como si le hubiesen salido alas. Se hubiera dicho que le brotaban yemitas y retoños por todo el cuerpo. Ahora sí tenía ganas de correr, de saltar, de jugar al *toro corrido*, de salir cuanto antes al campo y, ¡vamos, qué cosa tan rara! hasta de montar a caballo. Su hambre era voraz, desesperada; veía con cólera cómo los otros se engullían los grandes bocados de ternerita asada con *salsa borracha*, las apetitosas enchiladas, los chiles rellenos, etc., etc.... ¡Cuando él pudiera, y había de ser muy pronto, cómo iba a desquitarse!... Se comería hasta los huesos y el pellejo del pollo en salpimienta o del cabrito en barbacoa.

Desgraciadamente, no duró mucho este entusiasmo gastronómico; comía, sí, más que antes; era menos retraído; jugaba de buen grado; pero, cambiar completamente como todos habían predicho y esperado, ¡eso no!... En el fondo siempre quedaba el niño pensativo, huraño, amante de huir y encontrarse lo más lejos posible de los demás.

Nacho San Pedro, su último maestro de música, se había ido a Alemania; por lo tanto, esta otra carga le había sido quitada de encima, pues, aunque sus padres empeñaronse en que continuara su aprendizaje, con nuevo profesor, él, encariñado con el otro, habíase negado rotundamente, y esto, unido al estado

de su salud no repuesta, contribuyó a que se aplazara para otras fechas la continuación de los estudios.

Quizá con el aligeramiento del trabajo psíquico, de la atención y el alejamiento del piano, se hubiera robustecido la sensibilidad enfermiza, y alegrado el carácter hermético; nada más que, como Vitín había adquirido gusto por la música, y no dejaba de meterse a repasar sus piezas, resultaba que, sólo a medias, podía surtir sus efectos el consabido descanso. Por otra parte, la fatalidad alerta espía en la sombra, dispuesta sacudir el delicado sensorio claudicante.

Cierta noche, cuando estaban todos profundamente dormidos, un ronquido sordo, grueso, desconcertante, seguido de un golpe seco en el piso, perturbó de improviso la tranquila paz de la familia, e hizo saltar de sus lechos a todos los muchachos que azorados, corrieron a la recámara próxima donde dormían los padres.

El cuadro era espantoso, desgarrador: a la lechosa luz de la lámpara, súbitamente encendida, distinguíase allá, junto a la cama en desorden, con la cabeza golpeándose contra el tapete, a la madre de Vitín, contorsionada, sacudida, martirizada, por convulsiones espantosas e indescriptibles; los ojos vagos, vacíos de miradas, alternativamente abiertos o cerrados; la hermosa cabellera deshecha y enmarañada; las manos crispadas y la boca espumajante, sanguinolenta, con los labios oprimidos y los dientes trabados, que rechinaban y mordían tercamente la punta de la lengua; y el padre pugnando por levantarla, por asirla y colocarla en la cama, sudoroso, lívido, desconcertado...

—¿Qué pasa?... ¿Qué le pasa, papacito?... gritaban a una los hijos, apretados los unos contra los otros, afligidos, temblorosos, desencajados. —¿Qué tiene mamá?... ¡Mamá! ¡Mamacita!... ¿Qué tienes?... ¡Oye, mamá! ¡mamá, no te mueras!... —¿Qué se está muriendo, papá?...

—¡Que venga Manuela!... ¡Grítenles a Manuela y a Clementina; díganle al Rafael que se vaya por un médico!... ¡A ver, las llaves! ¿dónde está el alcohol?, ¡traigan el álcali!, ¡una toalla!... ¡pronto!, ¡pronto!, ¡aprisita!

Y en medio del desconcierto general; entre el coro de sollozos, de órdenes, de preguntas, de indicaciones, Vitín que no sabía qué hacer, y que, con la garganta anudada y hecho un idiota, pugnaba con su hermanito menor, por acomodar a mamá en la cama (mientras el papá auxiliado por las niñas aplicaba el álcali a la enferma) y que, al fin, poniéndose los pantalones precipitadamente, con los zapatos sin abrochar y un zarape enrollado al cuerpo, sin sombrero, desaforado, embrutecido, loco de dolor y de terror, bajaba, rodaba, mejor dicho, las escaleras, y corría, sin preocuparse de lo avanzado de la hora, como en los días de tormenta, a la casa de sus tíos, y llegando hasta la alcoba de la abuelita, rompía a llorar y suplicaba con la voz empapada de lágrimas: ¡Mamá grande, *Mandita*, corre, mi mamá se muere! ¡Vete luego!... ¡Vámonos, ándale!... y no se iba si no hasta que llevaba a remolque a la dulce anciana, a cuyo conjuro, sus ánimos se calmaban y los pobrecitos espíritus se fortalecían.

—No era cosa de muerte, ya veían; ya se estaba recobrando; seguramente un disgusto, tal vez una indisposición; se habría acostado acabando de cenar... Pero, ya había pasado todo; esperarían al médico para que quedaran convencidos de que aquello era feo, sí, pero no de cuidado. Entre tanto, que les diera Manuela un tecito de canela bien endulzado. Lo que debían hacer era no darle disgustos, no ser desobedientes, pedirle mucho a Dios para que mamá volviese a quedar tan sana y tan buena como antes.

El doctor asentía. En efecto, aquello no era grave, pero sí largo y, a las veces, difícil de combatir eficazmente. Se trataba de un ataque epiléptico. Ya recetaba bromuros, y algunos otros calmantes para los nervios. No había que olvidar nunca la valeriana. Distracciones, muchas distracciones y mucho ejercicio. Todo lo demás lo haría por sí sólo la naturaleza.

¡Ah!. Pero los ataques no desaparecieron. Con intervalos más o menos largos, volvían a presentarse acompañados del cortejo ineludible de contracciones dolorosas y espasmos martirizantes. Más de un año el odiado mal cebóse en la lozana salud de la mujer trabajadora, dulce y cariñosa, y por más de un año se

prolongó el infierno de los niños, que no podían dormir tranquilos, asaeteados por la preocupación y la interrogación eternas: —¿Qué no le dará hoy el ataque a mi mamá?... Yo la he visto triste, creo que hizo una cólera o tuvo un disgusto con Clementina.

Otras noches, cuando de súbito despertaba Vitín, cuyo sueño habíase aligerado notablemente, con el corazón que pugnaba por salirse del pecho, y los ojos insomnes inmensamente abiertos de pavor, poníase a oír atentamente la respiración de su madre, y a poco que notara un ruido anormal, inquiría con voz vacilante: — ¡Papá!. ¡Papá!... ¿no oyes?... creo que mamá está enferma.

—¡Cállate!... no tiene nada, está durmiendo; duérmete tú también; no tengas cuidado.

Y Vitín, tranquilizado, se dormía, para volver al poco rato con lo mismo.

Año y medio de sobresalto continuo y de angustia constante para todos, pero, particularmente para Vitín, cuyo sistema nervioso, bajo las zarpas de esta nueva inquietud, parecía romperse, deshilacliarse, diluirse o desorganizarse en una disociación sin remedio.

La madre sanó. Nuevamente volviósela a ver, como antaño, rozagante, frescota, segura de sí misma; fragante de optimismos, cuidando sus geranios, enseñando *sones* a los canaritos; consagrada en cuerpo y alma a vigilar el crecimiento, el rápido desarrollo de los muchachos y de las niñas, dos de las cuales ya eran señoritas que acompañaban con mucha formalidad a Tere, la menor y al *Chino*, a ofrecer flores; le tejían sus zapatitos y su *falla* a Manolo, y daban su opinión aunque no se las pidieran, sobre el estilo y la tela que se debían emplear en sus vestidos.

Sanó la madre, sí, Vitín, por desgracia, quedó más enfermo que nunca, como consecuencia del efecto que le produjera el brutal espectáculo de los ataques de su mamá, prolongados, con interrupciones que la inquietud llenaba, durante cosa de dieciocho meses.

Si a esto se agrega la muerte de Carlín: el primo a quien tanto querían todos a causa de su bello carácter, nívoo de nobleza y sonoro de alegría, ya podrá comprenderse el estado en que quedaría el espíritu del niño, que abandonaba la infancia y entraba en la primera juventud, en la dolorosa tara de una sensibilidad sutilizada hasta la hiperestesia, hasta la inconfomidad prematura, hasta la prematura y atroz hipocondría.

Al piano, siguió el dibujo y a éste, la pintura.

Dotado de naturales disposiciones artísticas, y ejercitada su percepción con los múltiples aspectos de la naturaleza, sorprendidos durante los paseos dominicales, Vitín amaba la pintura como se ama todo aquello que nos facilita el medio de inmovilizar el instante amado, o de reproducir la imagen del ser querido.

Precisamente, junto a su casa, vivían unos amiguitos suyos: *los güeritos* (Vitín, su tocayo, Jami, Tavo y Mechita) con quienes iba a jugar, de cuando en cuando, y cuya mamá pintaba bellamente, por distracción, por entretenimiento, por ilustrar sus ocios de persona acomodada.

Un día en que Vitín, ante el asombro de sus amiguitos, dibujaba unas vacas tomando agua en un *jagüey* sombreado por tres o cuatro *llorones*, de luengas ramas estremecidas, sorprendiólo la señora y, satisfecha del parecido de las bestias y el típico carácter del cuadro, invitó a Vitín a que aprendiera pintura con ella, los días que quisiera, cuando tuviese tiempo, nada más para que no desperdiciara lo que ella consideraba buenas facultades.

Vitín no se hizo de rogar, y en compañía de Jami que en eso de manejar el lápiz no le iba en zaga, ejercitose en el dibujo y luego en la pintura, no mucho tiempo, pero sí el necesario para copiar un cromo; una naturaleza muerta; un cuadro sencillo, en cuya ejecución ponía toda su atención y toda su alma, como lo había hecho, como lo hacía aún, al desarrollar sobre el teclado los temas apasionados de los sublimes genios del sonido. Músico primero, pintor después, contemplativo y atormentado siempre...

Y a todo esto, Vitín sin sentirlo, sin darse cuenta, como no fuera por el crecimiento paulatino de esa cosa amarga que tenía, que no sabía qué era, y que le obligaba a estarse mudo, quieto, solito, como se está en los templos o mejor, como están en los templos esas mortecinas lámparas de aceite, rojas y tristes, a manera de corazones olvidados.

Ya estaban lejos los días en que iba al colegio de la señorita Esther Cano, donde estudiaban y retozaban juntos, niños y niñas en una deliciosa confusión de pajarito y flores.

Envaguecíanse de lejanía las horas transcurridas en el Instituto Católico del Padre Gómez Plata; en el Liceo del Padre Vilchis; en el Colegio Guadalupano y en el de los Padres de la Veracruz.

Atrás quedaban ya, las ceremonias del día de premios en varias de las cuales salió a representar, con un temor no exento de satisfacción y de orgullo; las excursiones en grupo a los Cipreses o al Rancho Colorado; el miedo curioso de los Ejercicios Espirituales; el fastidio del rosario de los viernes, el alborozo de las kermesses y jamaicas en los patios de la Escuela, y las escolapiadas y las travesuras, y el cansancio del “plantón”, y el fastidio de la tarea, y el terror pánico del calabozo y la epifanía gozosa y armoniosa y luminosa de la primera comunión, toda pura, toda blanca, toda transparente: perfumada de cánticos, unguenta de arrobos, diademada de éxtasis inenarrables!...

Y atrás también, aunque no tanto, el Colegio de los Hermanos Maristas, y la Normal, donde ayer nada más, había estudiado su sexto año con el señor Cruz, *el Tlacuache*, humilde profesor de tan escasas pretensiones como legítimos merecimiento que lo consideraba tanto a causa de sus aficiones poéticas y de la vehemencia con que declamaba los patéticas parrafadas de la Historia Patria, o tal o cual trozo de la Antología Mexicana.

¡Castoreña, Delgado, *el Sargento* Valbuena, *el Compa* Rojas, *el Chino* Vélez, *el Cuatro ojos*, Díaz González, *el Cómic* Martínez, Legorreta: *el Erizo*; Tinoco *el Jorobado*; *el Cabezón* Ortiz; Segura *Cabeza de plumero*: *el Rorro* Díaz de León;

El hombre absurdo (1935)

Ojo parado, la Tuza, la Cotorra... El corro completo y querido de los compañeros que se iban dispersando poco a poco, que iban quedándose por los misteriosos e infinitos caminos de la vida!...

¡Mañanas de ejercicios militares, llenas totalmente con el gesto y la voz del capitán Haro, que iba de un lado a otro de las filas indisciplinadas, echándose el sombrero para atrás y gritando: ¡Jovencitos... Oído al parche!; ¡qué sucede! ¡Oído a la marcha!... ¡uno, dos... uno, dos... uno, dos!...

¡Tardes de experimentos físicos o de orfeón: estruendosas, pintorescas, divertidas, a causa del perpetuo desacuerdo en que se hallaban siempre el señor Bernal y los alumnos, y los alumnos y las notas.

Horas de recreo: de empujones, *trompadas*, carreras, saltos, gritos, pleitos, y alegría... alegría sana, desbordante, incontenible; alegría de estar libres, de sentirse ágiles, fuertes, incansables, dominadores!...

¡Años de ingenuidad aún, de frescura, de certidumbre boba que ya no volverían! ¡Edad en que seguimos siendo niños, a pesar de habernos crecido los pantalones, y creemos en la Patria y vemos a los héroes grandes como cantiles, y luminosos como antorchas!...

¡Época en la que apenas se encienden las sonrisas de las novias, impotentes aún bajo el imperio de las sonrisas de las madres, que son las novias que no nos dejan nunca!...

¡Etapa límpida!, ¡trozo fulgente de nosotros mismos; pasado inefable, inefable y querido como todos los pasados!...

¡Pero... Vitín no pensaba en eso! Ya estaba grande, ya era formal... ¡qué orgullo!, ¡entraba en la Preparatoria!...

CAPÍTULO 7

EN LAS ORILLAS de la Ciudad, hacia el Sur, sobre la solitaria y luenga avenida de los Constituyentes (hoy Álvaro Obregón), y ocupando toda una manzana, levántase el amplio y armonioso edificio del Instituto Científico y Literario, de un sobrio estilo clásico; de dos pisos, con un pórtico en medio, que da acceso a un vestíbulo de tres arcos, del que arranca la escalera central, y dos torres cuadrangulares en los extremos: la del Poniente con un cuerpo que sobresale de la azotea y la del Oriente con dos, el último de los cuales, más reducido que el otro, sustenta el anemómetro, la veleta, los termómetros, pluviómetros y demás aparatos registradores del observatorio meteorológico, instalado en aquella atalaya, ágilmente enhiesta por cima de las casas; más allá de los árboles, en el plano translúcido por donde corren las nubes, desmadejando sus vellones entre las crines de los vientos.

Separados por la escalera central, cuya primera escalinata conduce al vasto salón de actos, situado frente a la entrada, precisamente en el eje perpendicular de las alas del edificio, dos grandes patios luminosos y equidistantes, ofrecen las abiertas galerías de sus amplios corredores, frente a cuyas arcadas, de una noble sencillez, las puertas de las aulas perforan el muro, invitando a pasar a los salones de proporciones regulares, humildes, mal acondicionados, pero limpios, amables, casi todos sonrientes de claridad, y perfumados de un apacible silencio contemplativo.

A la espalda de estos, otros dos patios aún, equidistantes también, aunque de menor tamaño, ligados por un arco ciego hasta sus dos terceras partes, a lo largo de los cuales hállanse las aulas de geografía y química, cuyas ventanas caen a la espalda de la fábrica, abriendo a los ojos, la anchurosa perspectiva del valle.

Añadido y como reclinado en el costado Este de la construcción, el hermoso jardín destinado a los estudios y a las exploraciones de botánica; sombreado de eucaliptus, fragante de rosas, muelle de césped y musgo aterciopelado, grácil de enredaderas, alado de brisas y de mariposas; con una diminuta y suave colina en el centro, una avenida solemne de ídolos en un extremo y el tanque de natación a la entrada, junto a la barda posterior del lote y al amparo de un robusto árbol de zarzamora perpetuamente absorto entre el azul de abajo y el azul de arriba. (6)

Todavía, frente a la fachada, una larga plataforma de cemento aclarada de césped, que contribuye a agilizar las proporciones del edificio, afinando las líneas y suavizando los contornos dulcemente encuadrados en el cielo.

De tal modo estaba constituido, así era el nuevo universo donde había de discurrir y agitarse el espíritu de Vitín, que ya no era Vitín, sino el “niño Víctor”, a causa de la importancia que había adquirido al convertirse en preparatoriano.

¡La infinitud de emociones nuevas que le reservaba esta nobilísima Institución abuela, ilustrada con los más grandes prestigios de la intelectualidad del Estado y no pocos de la Nacional, y envuelta en el sortilegio de aquellos dos nombres inmortales: Ignacio Ramírez, Ignacio M. Altamirano: la formidable cumbre de

(6) En la actualidad, únicamente quedan: el esqueleto del árbol, el tanque transformado en pileta y el jardín convertido en... lo que ustedes quieran. Y eso que, quien rige hoy por hoy los destinos o desatinos del primer plantel del Estado de México, como justa recompensa por haber traicionado la causa de la juventud, es nada menos que un gran señor, todo un Gran Señor (¡Y vaya que si es grande!... ¿Se tratará de su excelencia, el ilustrísimo Doctor Oca Aranza?), lleno de prestigios, medallas, empleos, dignidades, habilidades jesuíticas, sutilezas diplomáticas, etc., etc., cuya proverbial humildad y cuyo verdaderamente conmovedor desinterés, acaban de ser torpemente ofendidos, al designársele por aclamación... ¡Nada menos que por la ACLAMACIÓN... DE SUS AMIGOS!, Jefe Máximo de la Universidad Autónoma de México, en los precisos y preciosos instantes en que, por encontrarse los estudiantes, unos en exámenes y la mayoría en vacaciones, no quedaba de la Universidad otra cosa que los encargados, de antemano, de confeccionar el nombramiento. N. del A.

la Reforma que se perfuma de azul para sustentar la cátedra de literatura, y la melancólica gleba autóctona que se abandona en las manos de los orfebres de la sabiduría, para poder dibujar en el silencio extático sus perfiles armoniosos, firmes, puros, rítmicos y musicales.

¡Lo que vió, lo que sintió, lo que supo, lo que soñó y esperó en las venerables aulas maternas!...

En la planta baja, al Este, frente a la fuente del jardín que ameniza el patio, estaba el salón destinado a la cátedra de matemáticas y a la de español que se daba por la tarde. Allí era donde se recibía el primer susto: no muy temprano que se diga (el Director que sustentaba la cátedra llegaba a las nueve y media) después de la grata impresión experimentada al sentirse paseando por los amplios corredores, entre muchachos grandes, y en un plantel de tantísima importancia.

Avisados por la campana, (otra novedad, pues en los demás colegios era un timbre, o simplemente un par de palmadas dadas por el profesor), bajaban todos en tropel confuso, apenas ordenado un poco por la presencia del prefecto, y ya abajo formando corros junto a los pilares y ventanas contiguos al aula, esperábase con más temor que curiosidad, la llegada de don Emilio cuya fama de severidad, aunque menor que la de don Chemo, no dejaba un momento quietos a los muchachos, que se movían sin tón ni són, víctimas de una agitación mal disimulada. Por fin, la severa figura del Director aparecía: alto, robusto, erguido, solemne, con suaves y silenciosos pasos de felino; con el perpetuo puro en la mano derecha, la cabeza, de cabello casi blanco, cortado al rape, cubierta con un sombrero de bolita café; el rostro noble, de nariz recta y gruesa, inquietos ojillos inquisidores y boca grande de labios finos, un tanto caído el inferior y el superior sombreado por el tosco bigote a la inglesa, rabón, y desmayado. Previo el saludo de rigor, invitábalos a entrar, cosa que hacíase en forma por demás precipitada a efecto de ganar los mejores lugares, por lo cual, llevábanse la primera reprimenda del imponente pedagogo que ocupaba *in continenti* su sitio, inaugurando desde luego sus labores.

Todos se sentían y hacían *chiquitos* sin atreverse a apartar ni un momento la vista de aquel grande hombre, porque, evidentemente, ¡un hombre tan grande tenía que ser un grande hombre! Su voz flexible, su palabra persuasiva, su expresión fácil, dejábanlos atónitos, acostumbrados como estaban, al aspecto humilde, el torpe ademán y la exposición no muy tersa de los profesores de primaria. ¡Eso era enseñar! ¡Ese sí era un maestro!... Así, ya lo creo que cualquiera aprendía, aún sin estudiar!... ¡bastaba con ir a la clase y estarse muy atento, muy *águila* oyendo sin perder una sílaba de los labios sibilinos!... ¡Caramba!... ¡lo que era estar en el Instituto!...

Y salían gozosos, satisfechos, aunque un poco preocupados... Con un profesor así iba a ser muy difícil hacerse *guaje*, urdir pretextos o *irse de pinta*, aunque, después de todo, bien valía la pena de aguantarse y asistir con puntualidad. ¡La importancia que tenía el malvado viejo!...

Pero con ser tanto, mayor aún era el asombro que causábales la clase de español, del licenciado Villarello. Era este catedrático, indiscutiblemente culto y talentoso: un hombre como de sesenta años, aspecto distinguido y educación refinada; bajo de cuerpo, cabeza interesante, casi calva, rostro de perfil de cotorra, a causa de la nariz corva, las cejas circulares trazadas sobre los pequeños ojos luminosos, y la redondez del cráneo, en cuyo occipucio, enrollábanse, hacia arriba, unos cuantos pelos, que cuando el rostro se inclinaba, formaban uno a modo de esmirriado copete o raquítrico capuchón de cacatúa. Completaban la figura unos espesos y niveos bigotes desprendidos y ligeramente curvados y una indumentaria elegante: pantalón a rayas, jaquet, bastón y sombrero de seda, o finísimo fieltro negro. En invierno, sobrio *paleto* francés, bufanda de seda, guantes; en verano, zapatos de hule, impermeable y el discreto paraguas de funda de piel.

El timbre lleno, robusto, insinuante de la voz; la limpidez de la idea espejeante de melodías recónditas; la fluidez de la imaginación, poblada de tropos, florecida de metáforas, luminosa de alegorías; fulgurante de evocaciones,

citas, pasajes rotundos, sentencias, apotegmas históricos, filosóficos y literarios y el gesto majestuoso y sereno, magnífico, solemne, llenaban por completo los ámbitos del salón, dejando a los muchachos boquiabiertos, alelados, felices y temerosos al par; con el corazón de rodillas, como en la consumación de un rito; con el espíritu inmóvil, como en el arrebató de un éxtasis; y con los oídos embelesados, armoniosos; resonantes de términos misteriosos y extraordinarios: *¡El ser, el ente!... ¡la unidad propincua!: . . ¡el deus es machina!... y el quid pro quo... y la palabra por antonomasia!...*

A ciencia cierta, no se sabía en realidad lo que había dicho en su discurso de introducción: cosas que los alumnos demasiado jóvenes no entendían aún: latinajos, términos raros, nombres desconocidos, alusiones insólitas... ¡Ah!... pero era tan bella la oratoria; había tal musicalidad en la frase; sonaban de un modo tan nuevo las cláusulas y los períodos; el ademán cobraba tal majestad y la actitud tal de la grandeza, que no era posible resistir... ¡cualquiera hubiera resistido!... al poder mágico de esa elocuencia avasalladora, incontenible, desbordante, que ora se estremecía en el temblor del relámpago, ora soñaba en la blandura del césped, ora se deslizaba en el azogue del río, o bien se quedaba absorta en la conciencia de niño del oasis!...

¡¿Qué tal, eh?... ¡mejor que don Emilio, indudablemente!... ¡un oradorazo, un poeta, un filósofo, un erudito; otro genio, en fin, otro portento de sabiduría y de expresión!...

Ante tales figuras, todas las demás palidecían, quedándose en un segundo plano, humilde, velado, casi sin importancia. Apenas si entre ellas podía destacarse Martinitos, el profesor de dibujo: de cuerpo insignificante perdido en un jaquet un poco holgado, cabello blanco, florida barba apostólica, y dulce semblante tímido, en perfecta armonía con la voz empenumbada, tristoná, de medias tintas, y el alma candorosa, sin un repliegue, sin un sobresalto, sin el más mínimo estremecimiento pasional.

En el segundo año, don Chemo pasaba a ocupar inmediatamente el lugar de don Emilio, codeándose con el señor Villarello, o acaso superándolo, en eso de la omnipotencia ejercida sobre los alumnos con el poder incontrastable del prestigio y la proporción desmesurada de la estatura intelectual.

¡El prestigio! ¡Vaya si lo tenía don Chemo y la famita de sabio gruñón que se cargaba!...

Era el número uno en matemáticas, en todo el Estado, en toda la República y posiblemente, en todo el mundo... Si vivía así, pobre, escondido, lejos de los honores académicos y de los bombos metropolitanos, era por humildad, por verdadera sencillez catoniana, porque era un verdadero grande hombre; un auténtico filósofo práctico: temático, geómetra, pensador, como Euclides, Pitágoras y Pascal...

¿En qué otra parte, en qué otro plantel de la República, podría haber un profesor así?... ¿Exigente?... ¡Sí que lo era, sin duda alguna!... ¡y el más exigente y terrible de los profesores del Instituto! Con él, no se andaba con flojeos, disculpas y mentirijillas. A él no le importaba nada de nada, más que la lección bien aprendida, los problemas resueltos con cuidado minucioso y ejecutados con limpieza esmerada. Las respuestas concisas; las deducciones impecables, y como base fundamental de todo, la observación alerta, viva, dispuesta a clavarse como flecha, en los detalles y los incidentes al parecer más pueriles.

—¡Observen!... ¡hay que observar siempre!... ¡los sabios no son más que pacientes observadores!...

—¿Qué vé usted aquí?... preguntaba a menudo; qué vé usted, qué observa?... y si la contestación era deficiente o el alumno cavilaba o se fijaba en algo que no era lo que don Chemo quería, éste acababa por responderse a sí mismo y, dirigiéndose a su víctima, concluía (encogiéndose de hombros, levantando la cabeza y echando para atrás los brazos en escuadra, con las manos abiertas hacia arriba). —¿Eso dijo usted?... ¡Pues eso debió haber dicho... y no más!... ¡pase a su lugar!... ¡a qué talento, hombre!... ¡a qué talento!...

El hombre absurdo (1935)

Vigoroso, de estatura regular, trigueño, picado de viruelas, de poderosa cabeza, casi sepultada en los hombros caídos, nariz corta, tosca y ligeramente aplastada, barba cerrada y escasa, de un gris todavía oscuro, ojos de cabeza de alfiler perdidos bajo las cejas hoscas y abundantes o tras de los lentes múltiples (dos y hasta tres pares) boca ancha y ruda, bigotes de chubasco: erizados como púas, y una voz sutilmente burlona, prolongación de su sonrisa agridulce y de su espíritu lineal, incorruptible, brusco, de una simplicidad adorable y terrible de crestón granítico acariciado de luz!...

Además, un venerable traje de otros tiempos: feo, bastote, de pantalones de acordeón, bajo los cuales asomaban los toscos zapatos del *páís*, chaleco abolsado y saco *chitoso* de oceánicas bolsas, repletas casi siempre de estuches de dibujo, cintas métricas, niveles de agua, alambres, alicates, plomadas, cordones, escuadras, reglas, clavos, martillos... ¡cuantos instrumentos y accesorios para medir y calcular existen... y han existido!...

Encima, sobre la espalda montuosa, el sarapillo eterno, el *plaid* tradicional, de color indefinible, haciéndole competencia a todo lo demás en eso de ofender olímpicamente a la pulcritud tonta, ignorante y superficial.

¡Don Chemo! ¡ Palabra espantosa y llena de prestigios; nombre odiado y glorioso; clave de los orgullos institutenses; piedra angular de la Institución benemérita; columna magnífica hecha para sustentar a la Niké de las alas ágiles o Minerva, la de los ojos claros!

¡Cuántos pequeños corazones no lo habían maldecido! ¡Cuántos reprobados no habían arrojado el lodo de su despecho hasta el filón de su sabiduría! ¡Cuántas juventudes incautas, cuyo porvenir se estrelló contra el valladar impasible de aquella humana lección de energía, no le habían asestado sus golpes más rudos, pretendiendo derrumbar de su pedestal al ídolo inmóvil, tercamente aferrado a su propia firmeza, invariablemente prendido a la cruz de su voluntaria renunciación! ¡Indiferente al desprecio, indiferente al aplauso; más allá de la ingratitud y de la apoteosis; por encima de la chata y torpe vanidad humana;

pobre para no ser esclavo del dinero; solo, para no ser esclavo de los hombres; amargo, para no ser esclavo de la dicha; retraído, para no ser esclavo del placer; tal vez; hasta burdo y descuidado, para no ser esclavo de las insignificancias domésticas y las estupideces sociales, que son, en su diminuta trascendencia, como esas partículas de polvo, que nos enturbian la vista, nos irritan los ojos, y nos dejan momentáneamente ciegos, ante el inenarrable y misericordioso milagro de la claridad!...

¿Sabio?... ¡Qué importa que no lo fuese!... después de todo, ¿quién habría podido negarlo u afirmarlo, con plena justicia, sin ser un sabio también? Pero, aunque no lo hubiese sido, era mucho más que eso: era un ejemplo vivo; un gesto materializado de desinterés, de fervor, de renunciación sapiente y luminosa. Compenetrado de que el magisterio es un apostolado, quiso ser un apóstol y fue más lejos, llegó a ser un santo: ¡Un santo de la cátedra, que enseña, aunque no le paguen ni con la limosna de la gratitud; que enseña aún en el invierno de la vida, cuando pesan más los años; en el cuerpo que se arrastra; que enseña en la paz; que enseña en la guerra; que enseña en medio de las turbulencias intestinas; que enseña con las preocupaciones del hogar; con las humillaciones de la miseria; con la tormenta en el corazón; con el drama en el espíritu; con las espinas en la frente, con el llanto en los ojos, con la hiel en los labios; que enseña siempre, siempre, hasta cuando muere; hasta después de muerto: porque su muerte, en la estrechez, en el abandono, en la desgracia digna, en una lección suprema de conformidad, y su tumba desolada, sin flores, acaso sin lápida y sin inscripción, es otra lección, lección aplastante y desconsoladora acerca de la canallería de los hombres, la inutilidad de los sabios y de la indiferencia vil de los discípulos!...

En todo el Instituto, en todos los cursos de la preparatoria no había nadie que se pudiese parangonar, en prestigio y estimación, con don Chemo; ni don Agustín González, el erudito y ameno catedrático de historia y literatura; ni Velitos, el irreprochable expositor; ni el talentoso don Heriberto; ni el señor Araujo; únicamente el vate Garza: la gloriosa ruina coronada de trinos que

El hombre absurdo (1935)

se derrumbaba ya, que la generación de Víctor Sáenz apenas tuvo tiempo de ver derrumbarse, sin haber podido conocer del pensador excelso, otra cosa que su figura noble, vencida y venerable y su ataúd desolado, expuesto en el salón de actos de la Escuela, una mañana primaveral, ¡oh ironía!, una fresca y azul mañanita de mayo, gozosa, encantada del buen Dios que cuida los pájaros, abre las rosas y convida a vivir a los mortales!...

CAPÍTULO 8

HOMBRES de tal importancia y hechos de tanta significación tenían que pesar notablemente en el ánimo del estudiante novel; pero, por desgracia, paralelamente a ellos, actuaban circunstancias que influían de otro modo muy distinto en el espíritu de Víctor Sáenz: en la preparatoria las clases no eran corridas como en la primaria; se daban, cuando menos, con un intervalo de media hora, y sólo en casos excepcionales, de quince minutos. Por otra parte, cada año, no tenía más que cuatro o cinco materias de importancia, distribuidas proporcionalmente, en la mañana y en la tarde, de lo que resultaba que, en síntesis, salvo cuatro o cinco horas, todo lo demás del día quedaba a la disposición de los alumnos que podían arrojarse en brazos de la más dulce pereza, entregarse a las charlas más sabrosas o dedicarse a fortalecedores, pero muy poco cultos ejercicios.

Ciertamente, había prefectos encargados de vigilar que los alumnos estudiaran en las horas que no tenían cátedra y, hasta existía un amplio salón de estudio; pero, ¿quién es aquél estudiante que no es capaz de burlar la más estricta de las vigilancias y de engañar, *como a un chino*, al más astuto de los prefectos?... En último caso y aún metido en el famoso salón, y teniendo el libro ante los ojos y el lápiz listo sobre el papel, conforme el guardián se va alejando al otro extremo o se entretiene en esto o en lo otro, muy disimuladamente, reanúdase la conversación interrumpida; se da un puntapié al compañero de delante; arrójasele al suelo, sin querer, la goma al que está atrás; envíase un atento *bolazo* al del rincón; se dibuja una incipiente caricatura; se esboza una archipatética carta de amor, o como lo hacía Víctor Sáenz, simplemente se coloca uno junto

a la ventana que da al jardín, ábresela, pretextando calor, y por cima de la barda, a través de los claros del follaje, otease la extensión campesina, rayada de surcos, listada de caminos y manchada, a trechos, de verde de arboledas, ocre movable de ganados y blanco y siena de caseríos y de villorrios.

Naturalmente, al proceder de este modo, se cae derechito en la trampa y resulta uno incauta víctima del más embustero de los espejismos, ya que, si bien es cierto que no son muchas las materias, sí lo es en cambio, que éstas ofrecen no pocas dificultades, sobre todo, las matemáticas que tan sólida y extensamente se estudiaban en el Instituto de Toluca. Así es que, Víctor Sáenz, como la mayoría, cayó en la coartada ¡Por difíciles que fueran los estudios, hombre, tenía tanto tiempo que, sólo siendo completamente brutos podrían fracasar! ¡A gozar, qué!... ¡A desquitarse de la clausura de las otras escuelas!... ¡a soltar la lengua!, ¡a ejercitarla en discusiones de verdadera importancia! y a pasear, sí, a inspeccionar todos los jardines; a irse a Colón, hasta Capultitlán, ¡qué diablo!... al fin don Emilio llegaba a las nueve y media y había veces que no llegaba!... ¿El portero?... ¿El macaco?... ¿El gañán?... ¡Bah!... con una mentira o una propina y con meterse sigilosamente, todo estaba arreglado... ¡los *barberos* y los *jotos* eran los únicos que no hacían semejante cosa, puesta en práctica religiosamente por todas las generaciones!... ¡Hasta Altamirano, hasta Olaguíbel lo habían hecho!... ¡vamos, hasta el mismo don Chemo y el licenciado Villarelo y Martinitos!...

Desdichadamente, la realidad era terca y no se dejaba convencer por tan frágiles razones, así es que, llegado el fin de año, Víctor Sáenz, que tal vez por una vigorosa reacción de su juventud o por la influencia del nuevo medio en que vivía, se había entregado en cuerpo y alma a conservar la infausta tradición de la torpeza y desidia estudiantiles, fue horriblemente zarandeado por los sinodales de matemáticas, y en las otras materias con trabajos pasó, y eso, después de haber tenido que echar mano de los recursos menos decorosos, como las *sopladas*, *acordeones*, señas, toses, y demás indicaciones de los compañeros.

¡Hombre, realmente la cosa era peor de lo que él se había imaginado! ¡malvadas matemáticas, cómo lo hacían sudar a uno!... ¡Si lo hubiera sabido desde antes... siquiera como por septiembre!... ¡Pero, ahora qué iba a hacer! ¿qué le diría a su papá? ¿cómo se presentaría en su casa?...

La reprimenda que se llevó no es para descrita; con decir que Víctor hubiera preferido la más implacable de las *zurras*...

Había quedado escarmentado: El año siguiente iban a verlo. En marzo pagaría matemáticas a título de suficiencia; descansaría la Semana Santa y a *machetearle duro*; a meterse la trigonometría, la analítica, el cálculo trascendente y hasta las tablas de logaritmos, para sacarse siquiera un Muy Bien con don Chemo: la Hidra de Lerna; el Jabalí de Erimanto, el temible dragón que, una vez vencido, dejaba franca la puerta del éxito y abierto definitivamente el porvenir.

Y llegó el otro año... ¡nada!... Siguiendo el enérgico sistema de no permitir que se salga con la suya el alumno que se somete a una prueba extraordinaria, sin haber hecho el curso completo, puntual y satisfactoriamente, don Emilio, volvió a reprobar a Víctor Sáenz, en su examen de suficiencia, aún cuando sus conocimientos, en otras condiciones, le hubieran bastado para salir adelante.

Víctor se desconcertó. Fulano y zutano habían sabido menos que él; Mario Henkel, que era un bruto había pasado porque era rico; Avila y González por *barberos* y los Posada porque vivían en la casa de don Emilio. Más, a pesar de todo, no se daría por vencido, entraría de supernumerario a todas las clases de segundo, inclusive la de matemáticas, y, en diciembre, les daría en la cabeza a todos; profesores, y discípulos, verdugos y consentidos, favoritos y victimarios.

Tampoco esto pudo realizarse, pues don Chemo, que era implacable con los alumnos de número, con los supernumerarios era algo indescriptible, máxime si éstos lo eran por deber matemáticas.

—Esos señores, decía, refiriéndose a los infelices, no deben entrar por la puerta sino por la gatera. Tras de ignorar el principio se atreven a seguir con el fin: ¡hombre, eso es ser muy soberbio, o tener mucho talento!; ¡bueno, veremos, puede que nos den una sorpresa!...

¡Qué sorpresa iban a darle!... Muy pocos resistían los malos modos, las intransigencias y las humillantes alusiones de que los hacía objeto. Casi todos, tras de aguantarse uno o dos meses, se daban por vencidos, conformándose con su suerte o prematuramente decepcionados, íbanse de la escuela, porque no hay que olvidar, que, quienes habían sido reprobados en primero, aunque alcanzaran éxito después, ya tenían a don Chemo encima, en segundo, mal dispuesto con el desgraciado precedente de haber tenido que repetir año. Así es que, a fin de cuentas resultaba, que tenían que *atorarse* por espacio de cuatro años, durante los dos primeros de la Preparatoria... ¡Señor, y todo por culpa de las malditas matemáticas!...

¿Qué podía hacer Víctor Sáenz?... ¿Seguir asistiendo a las otras clases de segundo?... ¡evidentemente!, pero, si las matemáticas eran lo principal y de nada servía haber pasado en lo otro, mientras no se sustentara examen de la odiosa materia, todo era inútil, tendría que quedarse con los de atrás; que esperarse quién sabe hasta cuándo.

Su naturaleza emotiva, honda y rápidamente impresionable, no titubeó mucho: ¡estaba bien, se quedaría ahí; qué le importaba!... ¡al fin y al cabo para lo que servían los números!... Se pondría a leer mucho; escribiría, se iría a pasear frecuentemente con Ortiz, Barrueta, Martínez, Capistrán, el *panzón* Garduño, Irigoyen, Legorréta emprenderían frecuentes ascensiones a la Teresona, y al Toloche y para darles en la cabeza a sus compañeros y profesores, publicaría en los periódicos sus titubeos líricos; buscaría amigos de peso y de materia *de plano* en la política estudiantil.

La oportunidad no podía ser mejor, precisamente en esos días se efectuaban las elecciones de la Mesa Directiva del Comité Liberal de Estudiantes.

Víctor Sáenz, fue de los primeros en concurrir al amplio y escueto salón de estudios. Hallábase éste, materialmente henchido de educandos, que se apretujaban en las estrechas bancas, luchaban por alcanzar los primeros lugares, acomodábanse hasta en el borde de la plataforma; arremolinábanse en puertas

y ventanas, y producían con sus risotadas, pullas, altercados y conversaciones en alta voz, un escándalo verdaderamente insoportable. Por fin, el presidente cuyas funciones terminaban, acompañado del secretario y el vicepresidente, tomó asiento tras del pupitre del prefecto de vigilancia, y, golpeando enérgicamente la cubierta, anunció que la sesión daba principio.

Acto continuo, personalmente dio lectura a un fastidioso informe de su labor, terminando con una parrafada gritona y patrioter que pareció a los muchachos el *sumum* de la elocuencia, por lo que prorrumpieron en una estruendosa ovación en la que no tomaron poca parte las papeleras golpeadas y el piso pataleado desafortadamente. Hecho el silencio y en un ambiente saturado de espectación y de interés, se abrió el registro de los candidatos a la presidencia, lo que motivó un nuevo alboroto: aplausos, silbidos, siseos, alusiones, gritos, toses, etc., cosa que se repetía cada vez que hablaban los que proponían a éste o aquél, o los que apoyaban la reelección del inteligente Enrique Enríquez, pasante de derecho, entre los que se destacaban el flaco Solórzano, el campechano Méndez y los circunspectos Campos y del Moral. Uno de los candidatos, Garrido, llamó poderosamente la atención de Sáenz a causa de su empaque, aspecto olímpico y rimbombante y oropelesca verbosidad. Desde luego, y sin que nadie lo llamara, se afilió a su partido, se inscribió en la Secretaría para hablar y llegado su turno, en medio de una tormenta de risotadas y de bromas un poco subidas, sin conocer del candidato otra cosa que lo que había oído ahí mismo, lanzóse valientemente, en alas de su imaginación, por planos y rumbos desconocidos hasta por él, y no terminó sino hasta que se hubo disipado por completo su espantoso acceso de palabrería.

A él mismo le asombró el resultado: los muchachos animados por la porra garridista, aplaudían a rabiar, y Garrido, luciendo galantemente su flamante cauda de pavo real, delante de todos, en la misma plataforma, ¡oh acontecimiento insólito *digno de esculpirse en mármoles y de vaciarse en bronces!*, le dió un abrazo, un protector abrazo de estudiante de quinto año y por añadidura, literato, orador, y candidato a la presidencia de la más alta institución estudiantil del Estado.

Imposible pedir más, eso era la consagración, la apoteosis, ¡valía por cinco y cien reprobadas!...

Mas, con ser tanto, no fue lo único que sacó Sáenz de esta sesión memorable por tantos títulos. Nombrado Garrido presidente, *por una abrumadora mayoría*, se recompensó su audacia con el puesto de primer vocal, lo cual resultaba insólito, toda vez que *los perros* de primero y *los papeleros* de segundo, lo más que podían aspirar era a repartir el periódico del Comité y a ayudar a adornar el teatro el diez y ocho de julio. (7)

(7) Desgraciadamente, esta conmemoración tradicional, en la que tanto celo y entusiasmo poníamos los institutenses, está a punto de extinguirse, principalmente por la censurable indiferencia con que el actual gobierno del Estado de México, ve cuanto se refiere al que fuera antaño uno de los más gloriosos planteles del país... ¡quizá porque ahora, el citado gobierno se siente sobradamente satisfecho con haberlo tenido en la mencionada entidad federativa nada menos que el Foreign Club: o sea a la más alta y moral institución educativa de los Estados Unidos Mexicanos!... N. del A.

CAPÍTULO 9

AL OTRO DÍA, Sáenz, ya era un ser nuevo en el Instituto, todo un personaje: *uno de los sillares del edificio estudiantil cuyas cornisas son los ideales y cuyos tragaluces son las esperanzas*, según rezaba la incomparable oratoria de los colegas Custodio Jaimes, Orihuela, y Piña.

Dado el primer paso, fácil le fue seguir ascendiendo por la ruta que se había trazado, máxime cuando, no poco satisfechos en su casa con aquello de que un miembro de la familia casi apenas llegado al Instituto, ocupase un lugar tan distinguido, ya no aludían a sus reprobadas ni le privaban de leer cuantos libros le veían, haciéndose disimulados cuando llegaba tarde, siempre que la tardanza no se prolongara más allá de la una a medio día y después de las seis y media en la tarde.

A continuación de la vocalía, vino el primer discurso formal en público, un cinco de mayo, en la Alameda, ante las muchachas de la Normal, los compañeros de la preparatoria, los maestros, y necesariamente, el Gobernador y altos funcionarios de la Administración. Y, a seguidas del discurso, cuyo éxito fue tanto que, al regreso, el Gobernador se lo llevó en su automóvil, vino *Alma Bohemia*: el primer periódico, la primera gallarda salida en la palestra intelectual; el primer contacto con ese monstruo de cien cabezas y de mil ojos que se llama opinión pública. El alborozo del primer artículo; de las primeras rimas impresas en la hoja múltiple y volandera; el orgullo de ver escrito el nombre completo, con letra de molde y en un lugar visible del *Directorio*; la delicia de encontrarse en los grandes talleres viendo cómo los cajistas van inmovilizando el pensamiento con los tipos metálicos y cómo después, las prensas van desflorando la nivea blancura

del papel, en la fecunda cópula de la que surge la idea con alas, como el prelude de la crisálida que se irisa en el arpegio de la mariposa.

¡Escribir, ser periodista, tener un periódico que se mimas y se adora como se adora a un hijo; que se defiende como un pendón; que se levanta como un penacho; que se plasma con lo mejor de nuestra vida y lo más noble de nuestra carne; que se nutre con el jugo de nuestras venas y la savia de nuestro espíritu y al que se entrega, como una dádiva, nuestra juventud: la edad inmensa que cabe en la brevedad del amor, el entusiasmo y el ensueño, como caben las Mil y Una Noches, en el temblor de una piedra preciosa; los lingotes del sol en la gota del topacio y la bandera del arco iris en la redoma del rocío!...

¡Tener un periódico!... ¡Hacer un periódico! ¡Oírlo vocear como si pregonaran la ofrenda de nuestros mejores años; imaginar que todos lo buscan, que todos lo compran, que a todos interesa, sin ponernos a meditar que sólo unos cuantos ojos clarividentes u optimistas adivinan la perla en la angustia de la ostra y el rosicler de la mañana tras de los chales de la bruma!

¡Escribir, obrar, ir a la tierra baja con el acero melodioso de ritmos y el peto astillado de lumbre. Salir al encuentro del porvenir valientemente, bellamente, gloriosamente, qué cosa más alta, qué cosa más digna de realizarse y de vivirse, aunque a nuestro paso y en nuestro torno se levante la burla, como al paso de los héroes se levanta la polvareda del camino!...

La idea no se sabía a ciencia cierta cómo había nacido: según sucede siempre, varios eran los que se disputaban al mismo tiempo la paternidad de la iniciativa. El caso es que un día, puestos previamente de acuerdo, durante la audición musical del domingo anterior, a eso de las seis de la tarde, reuniéronse todos los que iban a discutir el proyecto, en la casa de Teófilo García, situada en la Avenida de los Constituyentes a unos cuantos pasos del Instituto.

En el despacho del papá, que era licenciado, efectuábase la reunión. Ahí estaban ya, Zincúnegui, en primer lugar: el simpático bohemio de cabellos largos y recursos cortos; vividor disimulado, poeta fácil y cursilón, fandanguero, chancista

y noblote a carta cabal; Tomi del Moral, prosista da una sentimentalidad excesiva, un tanto serio a causa de su título de perito mercantil y de su categoría de profesor de conocimiento de efectos; bueno de verdad, músico por afición y temperamento, tempranamente arrojado a la gusanera de la tumba por un sino implacable y fatal. Roberto Rivera, Riverita, Robert: el dicharachero y lenguaraz incorregible; el de la sonrisa perpetua y el corazón como un filón de oro puro; la campana de todo entusiasmo, el cascabel de toda alegría, la médula, el impulso de toda acción noble y toda empresa desinteresada. El cabezón Ortiz: muy inteligente, buenazo, espíritu infantil y candoroso, muy dado a las apariencias; sencillo en el fondo, complicado en la superficie; hermoso carácter comunicativo, música de viento en todo *mitote* y objeto y razón de injustas e innumerables guasas.

Pepe *el Tibio*: pulcro, talentoso, lector de gusto refinado, amigo irreprochable. Carniado: el de los párpados caídos y los labios salientes; portalira de magníficas dotes; soberbio en apariencia, en realidad franco, humilde y generoso. Teófilo, *el Tinterillo* de nariz de loro, color de bronce y cabeza de títere; cazarro, irónico, agudo y rápido de concepción; hábil para las tretas, diestro para las trampas, magnífico para los estudios, conocedor y expoliador de las miserias humanas; Pastor Velázquez, *Pachulino*, el Apeles del grupo, artista de notables cualidades, y, por fin, Garrido, el incomparable Garrido; muy satisfecho de sí mismo, muy ampuloso; de intelectualidad ágil y brillante, aunque no muy nutrida: mayestático, casi despectivo, a pesar de su perpetua actitud de diplomático, arrellanado cómodamente en un sillón, y mirando protectoralmente a todos, en espera de poder iniciar la discusión con una de sus profundas introducciones: *Pues bien... En vista de que... Yo creo... En mi concepto... Dado que... Así como... Por lo que toca... A este respecto... Según decía...* etc., etc., después de las cuales podía callarse ya, con la seguridad de haber conquistado a su auditorio, el cual, por otra parte, estaba plenamente convencido de que lo que seguiría no podía valer más que esas cuantas palabras, dichas con una voz llena, insinuante, segura de sí

misma, y acompañadas de un ademán y un gesto tan oratorios, tan efectistas, tan a lo León Gambetta y a lo Emilio Castelar...

Poco después y cuando la sesión ya había principiado, hacían su entrada triunfal dos personajes más: el vate Custodio, trigueño, exagerado, de gesto y cabellera trágicos y el Duque Mar, poeta, orador y *gentleman* por añadidura; simpático, excelente, festivo, empeñado en resucitar a Petronio en cualquier falso conde de opereta.

Ocioso sería apuntar que la idea fue unánime y entusiastamente acogida, y que, salvo tal o cual detalle, el proyecto fue aprobado desde luego, organizándose con los presentes, el cuerpo de redacción. Como director, ¡era indiscutible!, fue designado Garrido; a los demás, en relación con su importancia, actividad o recursos, se les distribuyeron los otros puestos, y a Víctor Sáenz, le tocó nada menos que la dirección artística... ¡director artístico!... ¡vamos!, y en el segundo año de preparatoria, y junto a aquellas celebridades en ciernes, y de una revista que sería el *paladín más robusto de la intelectualidad del Estado*, según afirmación indiscutible del primer editorial.

Poco más de medio año, como acontece por lo general con esta clase de publicaciones, apenas siete meses, duró la vida del flamante *Quincenal de Literatura, Arte, Ciencia, Información y Variedades*, pero, tan breve tiempo fue suficiente para que Víctor Sáenz se aficionara, con pasión, a las actividades literarias, y para que comenzase a desconfiar de los hombres, dolorosamente instruido con el ejemplo de sus colegas mayores, cuyas sucias maniobras y equívoca conducta no fueron poca parte en la división del grupo.

Otra cosa también había sacado: la envidia mal disimulada de sus compañeros y la mala voluntad de ciertos profesores que no le perdonaban, los unos, el que hubiese conquistado puestos y consideraciones que ellos no alcanzarían sino muy tarde, y los otros, el haberles echado a perder el concepto de tonto y *tapado* en que lo tenían, quitándole toda justificación a su implacable severidad.

—¡Ah, con que era literato!, decían los maestros, ¡con que le gustaba perder el tiempo en esas cosas que no dejan nada!... ¡Con razón lo habían reprobado; era natural!... ¿qué podía hacer un muchacho que se dedicaba a agrupar palabritas que sonaban más o menos bien?... ¡Bah!... si seguía con éso no acabaría la preparatoria!...

—¡Es verdad!, comentaban a su vez los compañeros, escribía, hablaba, tenía amigos entre los intelectuales de los años superiores y hasta de jurisprudencia; pero, vamos a ver, ¿qué ganaba con éso?... ¿siquiera había sido aprobado en todas sus materias?... Lo primero que debe hacer un estudiante, es estudiar; a eso se va a la escuela; para ello se sacrifican los padres... ¡Hacer versitos, decir mentiras!... en eso no consistía el talento; el verdadero talento estaba en terminar los cursos sin tropiezo, en sacar siempre *tres pebé*, como Meza, y Terreros, y Ruiz, y Nacho González!, ¡poetastro!... ¡leguleyo!... ¡Lo que valían esas zarandajas!...

Sáenz sintió una puñalada en mitad del corazón. ¡La palabra, la rima, el desbordamiento de la idea incontenible; la exteriorización de la música interna; la superabundancia de vida que cristaliza en nobles empresas; el hervor de la sangre que nos agita, nos sacude y nos impele a superarnos; la pubertad del espíritu, la fiebre del alma que no pueden contentarse con los fríos textos y las frías verdades y que rompiendo las cárceles de los axiomas, se doran de sol, se azulan de infinito y se embriagan de eternidad. Los desintereses ingenuos; los quijotismos candorosos; los apostolados absurdos, las ilusiones, las esperanzas, los entusiasmos, la juventud en fin, porque no hay juventud, sin estas cosas; la juventud que nada más una vez se vive; el momento más grande, la faz más bella de nosotros mismos, ¿nada importaba, nada valía para los viejos que la habían vivido y para los jóvenes que la estaban viviendo?... ¡Echarle en cara ese afán de crecer, de despertar, de arrojar brotes, de comenzar a producir, de crear, de procrear aunque fuesen pensamientos!...

¿Malo?, ¿bueno?... ¡qué importaba!... ¿acaso dependía de él solo?; ¿no era más bien efecto de una reacción necesaria, más poderosa y más visible en esa

existencia, durante tanto tiempo comprimida?... ¿No era el resultado lógico del nuevo medio en que alentaba; del plano en el que se desenvolvía su acción; de las mil circunstancias inesperadas que convergían en su existencia, y sobre todo, de la erupción vital de sus años mozos, impacientes, insubordinados?...

¡La primera vez que, tan franca y audazmente, salía a la vastedad del mundo, lo censuraban de tal modo! ¡Cuando él, que había sido un niño triste, comenzaba a ser un entusiasmo pleno, le azotaban las alas, le amargaban los labios, escupían con burlas la delicia del canto, y a golpes de desprecio, le hacían doblar la cabeza, hundida en el sueño de arriba, para obligarlo a seguir viendo la miseria de abajo: la implacable lección del surco perpetuamente sediento de nuestro sudor, de nuestro llanto y de nuestra sangre!...

¡Infames!... ¡Verdugos!... ¡Asesinos!...

¡Si cuando menos, le hubieran dejado su paraíso un poco más!...

¡No era posible!... ¡Mejor que cuanto antes palpara la verdadera realidad; que dejase los versos, las palabritas, las tonterías, y que se pusiese a estudiar, asidua, tercamente!... ¡Al fin ya después, una vez recibido, habría tiempo para todo!... ¡No le hace que entonces ya no tuviera frescura de imaginación, ni grandes sueños, ni ideales incorruptibles; tendría dinero, y con eso era suficiente!... ¡A trabajar!. ¡A trabajar! ¡nada de pretextos!...

Y Víctor Sáenz, obedeció. ¡De acuerdo!, trabajaría, y trabajaría como los mejores; ya iban a ver cómo los que escriben versitos también son capaces de aprender matemáticas!...

CAPÍTULO 10

NO LE COSTÓ muchos esfuerzos cumplir su promesa; bien visto, salvo aquella salida de sí mismo, motivada por las circunstancias y por una perfectamente explicable expansión de su juventud, él siempre había sido dedicado. Su atención, desde muy pequeño, había sido disciplinado con el aprendizaje de la música y la pintura y su carácter retraído, había sido siempre dado al reposo de la meditación y la contemplación. Hasta las excursiones campestres, afinando su observación, lo ponían en condiciones de salir victorioso de la prueba.

Así fue cómo, después de haber pagado la materia que debía, pudo cursar con éxito su segundo año, logrando ser uno de los mejores alumnos de don Chemo, inflexible, pero justo, como la abstracción misma de la justicia.

¡En verdad, era bello el estudio de las matemáticas! Todo consistía en resolverse a acometerlo con tesón, sin desmayos ni prejuicios. El espíritu como que se fortalecía y serenaba. La mente se aclaraba; la idea iba cobrando precisión; el razonamiento hacía lógico, silogístico, casi axiomático, y una incomparable alegría iluminaba el ánimo, cuando, tras de porfiar durante horas y horas, aplicando fórmulas, principios, corolarios, y ejecutando operaciones y operaciones, el intrincado problema resolvíase con un éxito indescriptiblemente satisfactorio. Sólo por experimentar esa emoción inigualada valía la pena de permanecer clavado sobre el libro todos los días. Apasionado, como siempre, Víctor Sáenz, había concluido por estudiar con verdadera desesperación. A la hora en que tocaban la diana en el cuartel vecino, él ya estaba en pie, dispuesto a ponerse a la tarea hasta el momento de desayunar, para proseguir a medio día y, en la noche, desde que llegaba, hasta poco antes de acostarse.

A las matemáticas, siguió la física y a ésta la química, anatomía, fisiología, y lógica, amén de la geografía, historia, psicología, etc., etc., todas las cuales estudió con la misma dedicación y éxito.

Su inteligencia, adiestrada con tan asiduo ejercicio, robusteciéndose notablemente y la disciplina mental —consecuencia necesaria del aprendizaje continuo y sistemático—, le abrió el campo de las primeras especulaciones filosóficas y los primeros buceos en las ciencias políticas y sociales.

Tenía que ser, tras el completo ascetismo intelectual producido por el golpe seco asestado, sin consideración, a su potente y súbita reacción juvenil; tras de los años de inquisiciones perpetuas, de análisis perennes, de búsquedas incansables a través de los textos; atiborrado de principios, leyes, teorías, hipótesis; con una visión de la naturaleza más exacta, al parecer; lanzado el móvil de su psíquis, con un movimiento uniformemente acelerado, era natural que cobrara gusto por las exploraciones trascendentes, y concluyera por inmovilizar su pensamiento y crucificar su vida, en la compulsación de los hondos problemas de la existencia, y en el examen del proceso múltiple y polimorfo que entrega y desenvuelve las colectividades.

Fue así como, desde el tercer año, comenzó a asomarse a los profundos abismos de la sociedad y de la conciencia, devorando materialmente cuantos libros serios y substanciales caían en sus manos. Darwin, Büchner, Hegel, Haeckel, Spencer, Shopenhauer, Bakunine, Kropotkin, Marx, George, etc., etc., comenzando por Holbach Volney, Voltaire y Juan Jacobo y acabando, ya en jurisprudencia, con Wundt, Tarde, Mach, Bergson, Otswál, Cornejo, Cajal y Poincaré. Ni siquiera le faltaron *Las mentiras convencionales de la civilización*, los trucos vargasvilianos y las implacables rudezas de Federico Nietzsche.

Al contacto de las verdades descarnadas, los razonamientos impasibles y las conclusiones desconsoladoras; en franca comunión con la espantosa inquietud, con la dantesca duda de los grandes inconformes; hundido en el amargo océano de las cavilaciones sin reposo y de las desconfianzas sin remedio; asomado ya,

prematuramente a la entraña del abismo sin fondo, negro de enigmas, vacío de respuestas, espeluznate de misterios; envenenado, desorbitado, sacudido con una tan tremenda y temprana cultura filosófica; lejos de sus amigos que huían de él a causa de su retraimiento y hosquedad, o a quienes él dejaba por encontrarlos superficiales y pueriles; lejos de sus compañeros que no le perdonaban su superioridad, ni la zahiriente rudeza de su carácter irónico; lejos de los hombres cuya miseria descubría o adivinaba; lejos de su misma provincia comadrera y mojigata; fuera del ambiente que respiraba; flotando por encima del plano en que vivía; sin un oasis donde refrescar los ojos; huérfano de ensueños, ayuno de esperanzas; con su juventud echada a perder y los pendones de sus ideales desgarrados; decepcionado, despedazado, vencido por culpa de los otros y por culpa de él; en medio de aquella cerrazón sin estrellas, iluminado sólo por la mortecina luz del hogar donde tampoco lo comprendían, acabó por suicidarse en un renunciamiento solitario, continuo, hermético, sin claudicaciones, sin piedad, sin misericordia.

¡Puesto que, como decía Spinoza, filosofar es comenzar a morir, y toda vez que la vida no vale la pena de vivirse, él haría de su existencia una agonía prolongada y sucumbiría diariamente en el calvario de la idea, antes que arrastrar sus viles apetitos por la vía pública y llenarse el vientre con los despojos de sus semejantes!

¿Extravagante?... ¿Enfermo!... ¿Loco?... ¡Que dijeran lo que quisieran!... ¡Qué le importaba!... ¡Todos tenían derecho de ser estúpidos; pero él también tenía derecho de no serlo!... ¡Que pasaran de largo! ¡Que lo dejaran en paz!... ¡Él nada más quería una cosa: estar solo!...

Así realmente vivió, solo, retraído, encerrado en el caparazón de su voluntario aislamiento; saboreando, gota a gota, los jugos abrasadores de la sabiduría; entregándose, con una delectación refinada, a la disección, a la vivisección de cuantos le rodeaban; complaciéndose en descubrir anomalías, imperfecciones, anormalidades.

Su cuarto de estudio, era todo su universo; allí permanecía encerrado, horas y horas, preparando sus clases de lógica, psicología y ética, en el último año que estuvo en la preparatoria; o bien ahondando la reflexión en otros libros, en otros de los muchos libros que ya constituían su biblioteca.

Apenas si, a la hora de clases, abandonaba su retiro y eso para retornar nuevamente, sin perder más tiempo que el indispensable. A gran prisa, encaminábase a la escuela y ya en ella, a nadie saludaba; no charlaba con ninguno; sus compañeros veíanlo como un extraño y él, altivo y orgulloso, les correspondía con largueza. En la clase ocupaba el asiento más retirado, atento sólo al maestro o al pizarrón, como si nada más ellos existiesen. Si le interrogaban, respondía fácilmente, con sobriedad precisa, con claridad meridiana, que producían desesperación a los otros, incapaces de dar a su pensamiento una dirección tan firme y rectilínea.

Si era invierno, y estaba en vacaciones, abría la vidriera de su estudio, arrimaba una silla y con las piernas extendidas para que el buen sol entibiara sus extremidades, frías más que por otra cosa, por el excesivo trabajo mental, pasábase toda la mañana sobre el libro, mientras su cuervo, *vestido de tristeza*, casi a sus pies, entreteníase en alisarse las plumas con el pico, o en atisbar con un sólo ojo, la llanura inmensa, clara, transparente, adormecida...

La tarde pasábasela sin salir, entregada siempre a la misma tarea. Iniciado el crepúsculo, o bien subía a la azotea para fatigar los ojos con las pirotecnias de la luz y las orgías del color; o bien permanecía en su pieza, el libro abandonado, el alma de hinojos y la mirada vaga, vagamente perdida en la somnolencia de la penumbra; diluida en el silencio aterciopelado; vagabunda en un triste vagabundeo de seres sin patria, sin finalidades, sin un poco de tierra donde poner los pies ni un poco de azul donde extender los sueños.

A las siete, después de merendar, salía a hacer ejercicio, enfundado en su abrigo, con las manos sepultadas en las bolsas y el sombrero calado hasta los ojos. Recorría las calles más tristes y menos alumbradas; íbase por los barrios pobres,

por los suburbios donde se refugia la miseria y sollozan los dolores inconsolados; con vivo interés espiaba a través de las míseras puertas entornadas de las accesorias; solazábase en la contemplación de la eterna imagen, colocada en el lugar preferente de las salitas destartadas que lucen, junto a las sillas de tule y la consola atiborrada de juguetitos de porcelana, el catre de latón con la pata coja, disimulada bajo el olán almidonado, y los retratos de la familia, revueltos con las tarjetas postales, formando figuras caprichosas, en torno de la chillante cromografía de los calendarios. Si al pasar por uno de esos callejones estrechos y limpiecitos del centro de la ciudad, oía tras de la ventana cerrada *a piedra y lodo*, la voz anémica de un Rosenkranz, con sordina, deteníase inmediatamente y aguzaba el oído, para seguir, imaginariamente, sobre el teclado, el deslizamiento de los dedos femeniles que, muy despacito, ensayaban una y otra vez, la mazurka bobalicona o el vals sentimental.

Si no daban aún las ocho, sentábase un rato en el jardín Zaragoza, dulce y fervorosamente empenumbrado; y, por fin, a las ocho y media, a mas tardar, estaba de vuelta, metido nuevamente en su rincón, con sus libros, sus rebeldías y sus meditaciones. A las veces, escribía, hacía notas, permanecía hablando consigo mismo, quién sabe cuánto tiempo; hasta que, dadas las doce o la una, íbase a acostar, inquieto, inconforme, descontento como siempre.

Jamás asistía a una fiesta, aunque fuese familiar; ni siquiera los días en que se celebraba el onomástico de los suyos, abandonaba su encierro, para cumplimentar a las visitas. Muchas de éstas ni lo conocían siquiera; tenía parientes que jamás lo habían visto y a quienes, sin ver él, despreciaba y odiaba cordialmente.

Si a la hora de comer se encontraba en la mesa un extraño, un primo, una compañera de las hermanas, ordenaba que le llevaran la comida a su pieza, no saliendo de ella, por más ruegos o indicaciones que le hicieran... ¡Era intratable!... ¡Insufrible!... ¡Insoportable!, decían todos. ¿Por qué no mejor se iba a un monte a vivir como salvaje?... ¿No comprendía que cuando se nace y se vive en sociedad, se tiene que cumplir necesariamente con los deberes sociales?... ¡Qué iban a

decir de sus padres que permitían semejante cosa! . . . ¡Si no le gustaba, que hiciera un sacrificio; cuando menos era indispensable cubrir las apariencias!...

¡Lo que le interesaban a él las apariencias!... ¿La sociedad?... ¡Valiente cosa!, un hato de hipócritas que fingen lo que no sienten y hablan de lo que no conocen. Señoras que nos aburren con sus intimidades caseras; madres que no desperdician ocasión para hablarnos de sus hijos: Periquito que apenas tiene un año y ya dice papá, mamá, Beto, Magó, y Esperancita que borda en blanco y pinta naturalezas muertas, sin que nadie le haya enseñado. Grandes hombres, imponentes profesionistas, sabios, literatos, que se regodean imaginándose que todos se ocupan de ellos y que nos dejan así de chiquitos, con los innumerables relatos de sus triunfos, homenajes que han recibido y honores de que han sido objeto; las niñas cursis y románticas o las coquetas desvergonzadas que completan la insulsez de los pollitos presumidos, estúpidos, babosos y mareantes!... ¡La sociedad! ¡Vaya una novedad interesante!

¡Del baile!... ¡Mejor que ni le hablan de esa alcahuetería disimulada; de ese simulacro del instinto que prostituye hasta a las más puras virginidades!... ¡Entretenimiento de idiotas, papanatas o sicalípticos!... ¡Diversión de tontos bien vestidos, emperifollados y perfumados como damas, que sintiéndose incapaces de mover las neuronas, se dedican a mover los pies!... ¡cosa perfectamente lógica, por otra parte, ya que los pies es lo mejor que tienen!...

Hasta las ceremonias oficiales y las veladas literarias le disgustaban, con sus discursos insípidos, contrahechos y descomunales: llenos de hueca palabrería y erudición indigesta; y las recitaciones alusivas, ¡Dios mío, las recitaciones alusivas!, a cargo de la niña o el niño más aprovechados de tal o cual escuela. *Hidalgo: el padre de la patria!... ¡La campana de Dolores!... ¡El grito de la independencia!... ¡Zaragoza: los franceses; el cinco de mayo: el sol de mayo cuya luz... ¡Juárez, el Benemérito de las Américas!; ¡el Indio de Guelatao, el bronce que!*... Y, así por el estilo, lo mismo de siempre; siempre lo mismo, dicho en iguales fechas, en los mismos lugares, ante los mismos auditorios y por las mismas personas... ¡La gracia que tenía todo

eso!... ¡Ya podían mejor quedarse todos en su casa o meterse a sus bailes y no ir a echar a perder la solemnidad de los grandes aniversarios!... ¡Lo que creían de los héroes esos oradores oficiales que sólo buscaban el modo de satisfacer su vanidad! . . ¡Lo que entendían de esas cosas los pobres empleados que concurrían a fuerza, obedeciendo la orden del jefe!... ¡Lo que sacaba la patria con esos bombos y platillazos que destrozaban los oídos, pero que son impotentes para estremecer los sagrados despojos que se disgregan en la tumba!... ¡Banderas, charangas, colorines, gritos, aplausos, declamaciones!... ¡muy bonito!... ¡todo muy bonito, para los que son incapaces de ir más allá de la rudimentaria reacción de los sentidos!...

Su única distracción, aparte de sus excursiones solitarias por el campo, a pie, una que otra tarde fresca y apacible, consistía en ir a oír la música, los jueves y domingos, pero alejándose cuanto le era posible de los otros concurrentes. A este efecto, si la audición era en la Alameda, sentábase en una banca cercana al kiosco, pero convenientemente aislada de la rotonda principal; ahí, durante los intervalos en que descansaban los músicos, abría el periódico o el libro llevados previamente, y reanudada la audición, los cerraba, concentrando toda su atención en el desarrollo de los temas musicales, sin cuidarse para nada de la presencia de los paseantes frívolos, necios, superficiales, ocupados en repartir saludos, hacer caravanas, insinuar sonrisas y mostrar, con cualquier pretexto, el vestido flamante: los zapatos nuevos, el jaquet ridículo y presuntuoso, el bastón de petimetre, las polainas de *gentleman* y el aplastado bombín de lagartijo. Si la música tocaba en el portal, los jueves, igual que los domingos, lejos de ponerse a dar vueltas y vueltas y más vueltas, o de sentarse en las sillas colocadas en fila, a uno y otro lado, situábase detrás de la lona que cubría el vestíbulo donde se colocaba la banda, y de pie, recargado en el pilar o en la pared más próximos, permanecía inmóvil, impasible, como clavado, escuchando las piezas que ya había oído muchas veces, pero que encontraba siempre nuevas su sensibilidad artística, condenada a la abstención durante toda la semana, en una provincia donde son contados los que tocan bien y más contados todavía los que tocan bueno.

Evidentemente que aquello que ejecutaban los músicos no eran maravillas, ni mucho menos, pero, bajo la batuta de un músico modesto, de gusto innegable, los pobres filarmónicos lograban efectos de una tersura y uniformidad encantadoras. ¡Por lo demás, qué había de hacerse!; era lo único con que se contaba, en esa materia, y había que conformarse!... ¡Después de todo, con eso bastaba para que el sensorio de Víctor Sáenz, se estremeciese y vibrara con vibraciones exquisitas, inagotables, embelesadoras!...

¡Es tan poco, tan poco, lo que basta para abrir el botón o encender la hoguera!...

Al regreso, concluida la audición, el espíritu del solitario se poblaba de imágenes, de visiones, de maravillas indecibles. Sentía como si le hubiese brotado, en lo más hondo del ser, una pradera fantástica, sonriente de flores y armoniosa de pájaros... ¡Se hubiera dicho que la música pobretona de la charanga, metiéndose hasta la hondura más secreta, se afinaba, se purificaba; hacía-se más noble, tornábase más rica; elevábase y sublimizábase más, del mismo modo que la materia, filtrándose a través de la sombra, se va orientando, se va inmovilizando, va cristalizándose en las poliédricas euritmias de la piedra preciosa!

CAPÍTULO 11

EN ESAS CONDICIONES, se presentó el amor... ¿El amor?... ¡Oh, ironía!... lo que apareció realmente, fue el dolor en la más bella de sus formas: ¡la mujer!

Amor tardío, amor menos amor y más sufrimiento que los otros; pero, amor de todos modos: amor al fin.

Bertha, la de los ojos de antílope, claros y húmedos, traviosos y arrulladores; la del cabello áureo, sedoso y flotante; la adolescente de formas ambiguas y de ademanes desenvueltos; elástica y elegante como una gata; ingenua y pérfida, sencilla y complicada, juguetona y seriecita, pueril y esencial; muy de su sexo, muy femenina; capaz de destrozar un corazón para ir después besando sus pedazos.

María del Carmen, la del dulce nombre y las sabias manos, que iban y venían sobre las teclas, ágil y arrobadoramente, entretejiendo tramas sutilísimas; urdiendo tisúes encantados; bordando gobelinos maravillosos. Circunspecta, formal como una persona mayor; menos bella pero mucho mejor que la otra; muy mujercita de su casa; asidua devota; *elemento* indispensable en todas las veladas, premios y recitales caritativos; muchacha de sociedad, de las mejores familias, diestra en las preciosidades del gancho, la aguja, los bolillos y el frivolidé; incapaz del menor doblez, ajena a toda frivolidad, con el alma ocupada siempre en deambular por los paraísos cándidos de vírgenes y de bienaventurados, y con las pupilas perpetuamente absortas en la contemplación de los Cristos exangües y de las Dolorosas atribuladas; tipo perfecto de la provinciana que vive con el corazón fresco, translúcido, fragante, tímido, como la aurora cuando despierta sobre la montaña azul, de donde huyen espantados los mastines de las sombras.

Ana María, la más chica de todas y la más inefablemente candorosa; azorada como una cervatilla, dócil como una gacela; torpe, adorablemente torpe como un párvulo que desempeñase el papel de persona mayor. Ana María, la de los ojos aterciopelados y tristes, lánguidos, serenos y melancólicos; la del rostro arcangélico, como el de la Madona de San Sixto; la de los rubores súbitos en las mejillas pálidas; la de los undosos cabellos endrinos y de la boquita enana, hecha para contener las quintaesenciaciones del beso y el puntito luminoso de la plegaria. Filigrana casi infantil, figulina sentimental, tanagra viva, miniatura animada, encarnación de cariño suave, terso, límpido, sin arranques ni explosiones, manso, tierno, muelle, como el césped sobre el que sueña la mañana sueños diminutivos, en las hamacas de las mariposas, en los columpios de las brisas y en las literas de los colibríes!...

¡Tres... y ninguna!... Víctor Sáenz, no pudo alcanzar lo que quería: la transfiguración del doctor Fausto no se reprodujo en la voluntaria o fatal renunciación del escéptico... ¡Margarita, Groetchen, pasó por su existencia, como pasan las sombras de los vivos por cima del hermetismo de las tumbas; como pasa el recuerdo por las necrópolis y se arrodilla unciosamente ante las lápidas, sin lograr despertar, ni animar, ni estremecer siquiera, las carnes podridas, las vísceras agusanadas, los huesos inertes!

¿Sería que, poco acostumbrado al trato social, no había sido capaz de adaptarse súbitamente, a las pueriles exigencias, imprescindibles en estos casos? ¿Sería que había preferido fracasar, antes que someterse a los superficiales convencionalismos de la sociedad; o más bien sería que, desconfiado, pesimista, injusto, demasiado severo con sus semejantes, intoxicado con el prejuicio de la maldad específica, él mismo se había creado obstáculos, comprimiendo su acción, debilitando su voluntad y extrangulando sus quimeras?...

Todo seguramente influyó y convergió en su derrota; hasta su delicada sensibilidad hecha a desvirtuarlo y exagerarlo todo, pero particularmente, aquello que le echaba a perder la vida.

¡Bertha!... ¡María del Carmen!... ¡Ana María!... Ninguna fue capaz de comprender la tragedia del corazón atormentado, que ocultaba con las altiveces de un orgullo fingido, las flaquezas de una timidez invencible.

¡No!... ¡No era en verdad un sujeto despreciable!: estudiante distinguido, miembro de buena familia; culto, aficionado a los versos, pero... ¡Tenía cosas tan raras!... —¡Vayan ustedes a aguantarse un mes siquiera con un muchacho gruñón, avejentado, que ni baila, ni va al cine, ni concurre a los eventos, ni asiste a misa, ni tiene amigos!... ¡Oíganlo ustedes hablar, con cualquier pretexto, de la ingratitud, de la miseria, de la tontería; de que ésto no debe ser así, de que aquello no está bien allá; *que como dice zutano, que como torna mengano, qué se yo qué tantas cosas de los libros y de los grandes pensadores!*... ¡Hombre!, lo que una busca cuando ama, es el galán bien vestido, bien puesto, con la flor en el ojal y el bastón girando entre los dedos, que vaya tras de nosotras por donde quiera que vamos; que frecuente el trato de nuestras amiguitas para que podamos hablarnos o hacernos señas; que no deje de ir al teatro los domingos y que baile, ¡claro!, que baile, qué joven bien nacido puede atreverse a negar la importancia de dar vueltas al son de la música, sintiéndose tan cerca de la amada y oyendo esas cosas que, no serán tan profundas, pero... que son tan bonitas!... ¡Oh qué dicha!... ¡A eso se llama realmente amar!... ¡A eso y sólo a eso!...

¡En cambio, Víctor Sáenz!... ¡No!... ¡No!... ¡Sería y valdría todo lo que se quisiera, pero no!... ¡era insoportable!... ¡Allá que lo aguantaran en su casa!; ellas ¿de qué?... ¡Había tantos muchachos alegres, guapos, y era tan florida la edad, y tan dulce el porvenir!...

Y, tenían razón, el mismo Sáenz lo comprendía; tenían razón; ¿por qué habían de sacrificarse las vocinglerías locas en el silencio de la desolación perpetua?... ¿por qué?... ¿por qué habían de resignarse a arder en la hoguera abrasadora, ellas: mimadas flores de estufa, que recibían el sol a través de los vitrales policromados, y la brisa tamizada en la albura de las blondas, los encajes, los linos y las muselinas?... ¡Tenían razón!...

¡Oh!... ¡Pero, y entonces, ¿el amor de holocausto que renuncia a sí mismo, para ir tras el alma gemela, sin importarle que ascienda o que descienda; que sufra o que goce; que vuele o que se arrastre; que sea lodo vil de ciénaga putrefacta o raso de pétalo o cristal de linfa? ¿El amor de Desdémona, el amor de Julieta, el amor de Roxana?... ¡Boberías!...

¿Con que eran boberías?... ¿Con que nada más existía en la imaginación de los grandes soñadores y en la esperanza de los grandes tristes?... ¿Hasta esta gran pasión había echado a perder la especie? ¿Hasta esto había aburguesado la civilización y prostituido el progreso?...

¡Ya no había ventanas niveas de luna y perfumadas de nardos y ungidas de ansiedades!... ¡La escala de seda se había roto con el peso de Sancho Panza y el divino ruiseñor se había escapado de la fronda trémula, ante la bárbara irrupción del *Jazz Band!*...

¡Sólo el titerismo romántico o la pantomima de los apetitos hipócritas! ... ¡La bestia o el fanteche!... ¡El bruto o el payaso!... ¡Mediocridad!... ¡Mediocridad uniforme, monótona, seca, enjuta, aplanada, invariable!... ¿eh?... ¡qué tal!... ¡Y luego decían que era porque él no quería abandonar su encierro, que tendiera los brazos, abriera las manos y la vida se los devolvería henchidos de dádivas!...

Por segunda vez, se había salido de sí mismo; por segunda vez había creído aliviarse, y por segunda vez, había retornado peor que como había ido; más solo, más hermético, más amargo que nunca.

Siquiera antes todavía soñaba; creía aún que estaba así porque lo había querido; pero, ahora, tras el dolor de dentro, el de fuera... ¡La soledad otra vez, pero sembrada de cadáveres, sombría de larvas, apestosa de carroña de sepulcro; corroída de virus sanguinolentos; envilecida de supuraciones infamantes; asquerosa de tufos de albañal! ¡La frente velada de preocupaciones y el corazón coronado de espinas... ¡El canto anudado en la garganta y el alma ahogada en su propia sangre!... ¡La esperanza violada prematuramente, convertida en una

prostituta de arrabal, tísica, tuberculosa, borracha, invadida de granos, mordida de placas, babeante de flemas!...

¡Gracias!... ¡Mil gracias!... ¡Muy bien hecho!... ¿Qué estaba haciendo en el mundo esa estúpida contradicción humana?... ¿No quería vivir?... ¿no podía vivir?... . ¡Que se fuera, hombre!... ¡Un muerto más y un estorbo menos, y todo estaba arreglado!...

¡Verdaderamente, el mundo y los hombres eran deliciosos!...

Inútil es insistir en las consecuencias en tan rudo golpe. Desde esa fecha, Víctor Sáenz ya no tuvo ninguna piedad para sí mismo ni para los otros... —¡Perfectamente!... ¡De acuerdo!... ¿Me rechazan, me expulsan de su seno?... ¡Viviré conmigo!... ¡no volveré a fatigar sus orejas de asnos con mis expresiones conscientes!... ¡Que hagan lo que quieran!... . ¡Que se revuelquen en sus propios excrementos!... ¡Que se diviertan!... ¡Que gocen!... ¡Yo me desquitaré burlándome de ellos, y viendo desde mi ostracismo, cómo los sacuden las pasiones y los engordan las comodidades, para que los reciba la muerte bien cebados!... ¡No hay que negar que son lógicos; sólo admiten en su seno a los que se les parecen!... ¡Sublimes gallináceas que huyen hasta de la sombra de una ala!...

Entonces llegó a su máximo la crisis del pobre martirizado. Con sangrientas ironías, con burlas sarcásticas flagelaba las almas desnudas y las carnes inocentes. Hasta en los actos más nobles hincaba el colmillo de la duda; sus miradas, como él mismo decía, eran dos bisturís que, al clavarse en sus semejantes, iban despojándolos de su envoltura externa, hasta no dejar más que el esqueleto y el cráneo mondo y lívido con las cuencas vacías, vacía la cavidad nasal y vacías las mandíbulas, inmóviles en el preludeo de una estentórea carcajada!...

En su espantoso desenfreno de herir y de azotar, fingía muchas veces defectos y pasiones que no sentía. Contaba canalladas o hipocresías que jamás hubiera realizado y se complacía con el azoro que producía en sus confidentes, quienes al narrarlo a los otros, íbanle formando poco a poco una atmósfera de horror y desconfianza, que él encontraba morbosamente bella... —¡Que lo temiesen!

...¡Que lo mirasen con temor y recelo!... ¡Mejor!... ¡Así gozaría viéndolos temblorosos ante un fantasma que su imaginación había creado; lívidos ante un espectro, inseguros ante una superchería!... ¡Idiotas, gorriones que huían de un espantapájaros!... ¡Bastaba inventar algo un poco negro, para hacerlos correr en desbandada, tapándose los ojos y besando el signo de la cruz!... ¡Lo que le divertían con sus temblores pusilánimes!...

¿Que eso le perjudicaba a él a la larga, porque así después ninguno le tendría confianza, ni sería capaz de atreverse a tratarlo?...

¡Mejor, hombre, más que mejor!... ¿Acaso no él mismo despedía a sus amigos, precisamente para eso: para que renegaran de él, para que no le echaran a perder su tiempo con sus estupideces, para que no le estorbaran?... ¿Su reputación?... Y qué podía importarle una sociedad a la que nada le pedía. ¡Madriguera de ladrones! ¡escaparate de vanidades! ¡prostíbulo de vicios! ¡piara de majaderos!...

¿Lo despreciaban, lo odiaban?... ¡Mejor!... ¡Ellos lo veían pequeño a él ... porque se hallaba arriba; en cambio, él los veía insignificantes a ellos porque vivían abajo!... ¡Estaban pagados!... ¡No les debía nada!...

Hasta en su casa repercutió el golpe. Más concentrado que nunca, en la mesa casi no hablaba, y si lo hacía, era con monosílabos breves, rudos, opacos. Fuera de estos momentos en que junto con sus familiares tomaba su colación a medio día, permanecía lejos de ellos, en su pieza, leyendo, escribiendo, pensando, mejor aún, suicidándose lentamente con una fruición y una meticulosidad desconcertantes. A su misma madre, el amor de sus amores, quería la con un cariño extraño, mudo, aparentemente impasible, incapaz de explayarse en una caricia, en un beso, en una mirada; únicamente en sus horas de soledad, en el silencio de su estudio, buscábala con el alma, perseguía la con el espíritu y, llegando hasta el lugar donde él la creía trabajando o entregada al reposo, la ungía con un fervoroso óleo de ternuras; dejábala en los ojos el último destello que aún le quedaba del pasado, y ponía la en la boca, entre los labios finos y delicados, una gotita de miel, la única

El hombre absurdo (1935)

gota de miel que filtraran sus sueños, allá en lo más hondo, en lo más puro, en lo más cristalino de su entraña!...

¡Dios sabe cuánto hubiera dado por poderla vestir con oro de quimeras y coronarla con rosas de optimismos! De haberle sido dable, de haber mediado otras circunstancias, hasta se hubiera resignado a ser uno de tantos, con tal de verla sonriente, alegre, feliz, en una casita propia, con su jardincito, su corredor andaluz y su corral con palomas, conejos, gallinas de lujo y humildes e incansables ponederas!... Pero, ¿no había sido posible!... ¿no era posible!... ¡ella bien lo sabía!... ¡desde chico había sido raro, díscolo, gruñón!... ¡él no tenía la culpa!... ¡algo más fuerte que él lo empujaba y lo atenaceaba! ¿Quién no quiere ser dichoso? ¿A quién le gustaba sufrir?... ¡Si él amaba su dolor era porque nada más eso tenía! ¡porque nada más eso le habían dejado!...

CAPÍTULO 12

APENAS si, de tarde en tarde, abríase un paréntesis luminoso en este sombrío infierno, y adormecíanse, en un remanso de relativa quietud, las turbulencias locas de aquel torrente de tinieblas, crispante y pavoroso. Casi todos los viernes, ya muerta la tarde, íbase a la biblioteca, a cambiar impresiones con el único confidente que le había quedado, tal vez porque nada más lo veía una ocasión por semana. Era éste, hijo del sabio químico que tanto lustre diera al primer plantel del Estado, joven, delgado, de estatura regular, espesas cejas y gallardo bigote mosquetero, que sentaba perfectamente al rostro expresivo y a la desenvoltura del andar. Estudiante *destripado*, gustábale cultivarse, no obstante su indolencia habitual, enemiga jurada de su intelecto, nada despreciable, y precisamente a causa de su amor a los libros, hallábase encargado de la dirección del importante establecimiento.

En un vasto y oculto salón, pletórico de pergaminos, y en uno de cuyos rincones habíase instalado el pequeño escritorio del director, se entregaban a sus explayaciones los dos amigos, lejos de todo importuno y envueltos en la dulce añoranza que parecía trascender de los venerables volúmenes amarillentos.

La luz del foco, insuficiente para iluminar la amplitud del recinto, dejaba que la sombra urdiese fantasmas en el extremo opuesto, poblando el ánimo de alucinaciones, cuyo suave desasosiego, hacía más solemne, más sagrado, el fervor del instante. Como en los cementerios, experimentábase una imperiosa necesidad de bajar la voz, de serenar el gesto, de sujetar el ademán. El ambiente húmedo fingía estar saturado de suspiros y de lágrimas, y sentíase pasear al silencio devoto, de uno a otro extremo, repasando, entre sus dedos lívidos, quién sabe qué rosarios de evocaciones dolorosas, anémicas y tristes.

Sentados frente a frente, y respirando embelesados esta atmósfera monástica impregnada de recogimiento, los dos amigos, afines en su desprecio por las vulgaridades corrientes, y en su odio por las chaturas, mojigaterías y falsedades provincianas, daban rienda suelta a sus palabras, empeñándose, a poco, en la más animada conversación.

Constituían ésta, una serie de desahogos, más latigueantes cuanto más tiempo habían estado comprimidos.

—¿Qué le parecía a Sáenz la reforma del palacio del Gobierno? ¿Qué opinaba de esas águilas que simulaban monitos entretenidos en jugar con una lombriz, y del frontispicio presuntuoso, y del horrible cucurucho puesto encima del reloj aplastado bajo el peso de tanta vergüenza?... ¿Y la *modernización* de los jardines? ¿Bellísimos que estaban quedando, privados de sus grandes árboles, con sus fuentes desecadas y rellenas de tierra con un poco de pasto y un foco en medio!... ¡Viles y chuscas réplicas de los parques capitalinos!... ¡Y el mercado viejo partido en dos por la estulticia municipal, para construir el feo jacalón de un cine de moda, frente por frente de un tianguis pueblerino!...

¡Vaya! ¡Vaya!... Pero, qué decía Enriquitos, de la velada de la noche anterior, en que había sido condecorada doña Celestina, en premio a sus cincuenta años de servicios... contra la juventud!... ¡El discurso que con tal motivo pronunciara el muy ilustre y nunca suficientemente ponderado, alabado y glorificado doctor, licenciado, físico y académico, don Mariano Adolfo Enrique Ramón Bermúdez Pérez González y Olivera! ¡Colosal! ¿No?...

—Mas, ¿por qué olvidaban *los eventos* del Club Deportivo, del Centro Atlético, etc., etc., instituciones nobilísimas, entregadas a la tarea de salvar a la patria, por medio del puñetazo, la carrera, el salto, la zambullida y la pateada?...

¿Y a dónde dejaban a la *pléyade*, a la meritísima *Sociedad de Médicos y Profesionistas conversos* convertidos al bello y pagano culto de las dyonisiacas?...

¡Magnífico!... ¡Maravilloso!... ¡Valiente cosa podía hacerse en un lugar y con una sociedad así!... ¡Hasta el amor resultaba imposible en semejante medio,

pues hallábase bajo la doble influencia, de las venerables damas de *las derechas*: fieles defensoras de la sagrada tradición, y por las marimachos de *las izquierdas*: rabiosas partidarias del amor libre. ¡Sólo siendo héroes de prostíbulo o reclutas de la brigada descalza podían tener éxito!

—Después de todo ¿verdad que tiene mucho de cómico, esa deliciosa pugna entre quienes quisieran que la provincia fuese cada vez más fanática y quienes generosamente anhelan, que supere en libertinaje a la propia Capital?

—Además, ¿quién puede negar lo edificante que resulta el idilio de una muchacha santurróna con un aprendiz de sacristán, o lo grotescamente divertido del precoz amasiato de una vampiresa de pueblo y un apache de caricatura?

¡Oh!... Y esos señorones huecos, imponentes, terroríficos, que cierran los ojos para oír la música, discuten con los amigos doctoralmente acerca de los problemas de *palpitante actualidad*, saborean con estudiada parsimonia sus grandes puros o sus inseparables cigarrillos, y entre bocanada y bocanada, dejan caer, con lentitud de campana mayor, sentencias en latín, hueras y enrevesadas. Y los petimetres irresistibles, en cuya cartera figuran los retratos de las mejores muchachas; y los altos funcionarios, que no se dan cuenta, ellos mismos, de sus abrumadoras responsabilidades; y los grandes hombres lugareños, que, si hubieran querido, habrían ido más lejos que los más célebres prohombres de la capital. Y los ilustres comisarios, los excelentísimos regidores, los venerandos alcaldes, los coronelazos fanfarrones y los capitancitos afeminados, para recoger cuyos gestos, se necesitan ensanchar y dorar las mejores páginas de la historia?... ¡No!... ¡No había que negarlo!... ¡La sociedad, a pesar de todo, era importantísima, y su espectáculo constituía una rotunda comprobación del progreso, cada vez más creciente y más admirable de los pueblos!...

Acerca de los tópicos actuales, sobre los asuntos del día, con este pretexto, por aquel motivo, los comentarios surgían y surgían, ágiles y cortantes, encendiendo una sonrisa irónica en los labios de la penumbra adormilada.

Dadas las ocho, cuando ya el salón principal estaba huérfano de lectores, y el último de éstos se disponía a retirarse, Víctor Sáenz y Antonio Enríquez, íbanse a su vez, no sin *echar*, antes, un *vistazo* a las escasas novedades literarias (mejor dicho a las contadas revistas), acabadas de recibir.

En otras ocasiones, paseándose lentamente, a lo largo del salón, abrían una brecha en el pasado y poníanse a evocar las lejanías místicas que albergaron las cándidas beatitudes de los monjes.

¿Cómo sería en los antaños, ese convento del Carmen de Tenancingo (Estado de México), escondido en el corazón del bosque, inmensamente lejos de la vida y tan cerca de Dios, del cielo y la naturaleza? ¿Quiénes serían, cómo serían los ascetas escuálidos que fatigaron las losas de los largos corredores y clavaron sus fiebres íntimas, en el frío remordimiento de las celdas?... ¿Qué pasiones agitarían esas almas?, ¿qué deseos atormentarían esas carnes?... ¿qué esperanzas misericordiosas, qué visiones ultraterrenas, refrescarían esos cansancios, fortalecerían esos abatimientos, aliviarían aquellas inquietudes?...

¿En qué manos, entre qué dedos, temblarían esos libros, hondos de fe, iluminados de gracia? ¿Qué ojos recorrerían esas páginas y harían fluir, a través de la mirada, el arrebató interior, ávido de postrarse de hinojos en el reclinatorio de las mayúsculas historiadas?...

¿No se ocurría, viendo todos esos volúmenes extraídos del convento carmelita, que eran como las ánimas vigilantes, silenciosas y fervorosas, de los frailes descalzos, que diafanizan sus existencias en el sacro renunciamento, a la sombra divina de Nuestra Señora del Monte Carmelo?...

¡Qué distintos aquellos tiempos de aquestos de ahora! Allá, el candor infantil, la simplicidad cristalina, la parvedad adorable. Aquí, la doblez, el engaño, la complicación dedálea, el enmarañamiento de la intriga y el laberinto de la coartada! Ayer, el cilicio para domar la propia bestia; hoy, la fusta para humillar al semejante. Antaño San Vicente que, sin sentirlo, dura un siglo perdido en el bosque, al conjuro de la santa armonía; hogaño, Tío Sam que nos grita: *the time is money*. ¡Dios en

El hombre absurdo (1935)

el pasado; el oro en el presente! ¡Toda la eternidad por delante de los corazones crucificados, ayer; hoy la indiferencia, las burlas, o acaso las maldiciones de los que vendrán detrás de nosotros, y a quienes no dejamos ni el sudario de la piedad para que nos envuelvan!...

Y callaban; largo rato permanecían mudos, viendo desfilas las sombras de los anacoretas, sintiéndolos junto a ellos, en un continuo ir y venir, manso, isócrono, matemático...

Por fin, sin decir nada, apagaban la luz, deteníanse un instante a contemplar el recinto negro, apenas aclarado por una alta ventana ciega, y con el anacrónico desfile aún ante los ojos, íbanse a dar una vuelta a los portales, insultantes de ruido y animación, quizá con el fin de que este brusco choque, afinara todavía más la añoranza piadosa y sedosa, como un pétalo de la Azucena Mística.

CAPÍTULO 13

SEDATIVAS y consoladoras, eran sin embargo tan raras y breves sus visitas a ese último, a ese único confidente que le quedaba, que, no bastaban para impedir el desarrollo del drama perpetuo de la conciencia *a fortiori* pesimista. Víctor Sáenz, no daba a ellas más importancia que la que el náufrago, en alta mar, puede dar al signo pacífico de la gaviota o a la curva magnífica del vuelo del albatros. Por otra parte, lo más íntimo de él, no lo descubriría ni entonces... ¡De haberlo hecho, hasta ese oasis minúsculo se le hubiera desvanecido!...

¡Él estaba perdido sin remedio! ¡Lo sabía, y, no le importaba!, antes bien, causábale una satisfacción recóndita de agonizante que sabe que ya no está lejos el término de sus torturas...

¡Si no fuera porque los imbéciles habían imbecilizado hasta el suicidio, cerrándoles esa puerta a los que ya nada tenían que hacer aquí!... ¡No había más remedio!... ¡A conformarse con matarse poco a poco; con irse muriendo día a día, e ir estrangulando las horas con las garras alertas de las hipocondrías insaciables!...

¡Qué bueno era el dolor: ese payaso enharinado que gustaba de disfrazarse, a las veces, con una indumentaria fúnebre cuando en el fondo, era la alegría incontenible, la santa y sublime alegría de despedazar, de aplastar, de escupir, de ir arrancando las carnes, tira a tira, para colgar de esas tiras los cascabeles de las carcajadas!...

¡Guasón, saltimbanqui! ¡vaya la gracia que tenía!... ¡Con qué cómica severidad llamaba a las puertas más felices, y luego, para divertirse y divertir a los demás, sorprendía a los más incautos y, en una incomparable pantomima zoológica,

los hacía ensayar berridos de becerro, imprecaciones de cotorra, convulsiones de macho cabrío, silbidos de serpiente, lloriqueos de cocodrilo, gestos de gorila, jipíos de ternera, y hasta estudiadas lamentaciones de perrito faldero!...

¡Lo que sabía en materia festiva este inmortal bufón, señor y amo de todos los bufones!... Nada descuidaba para la mejor realización de sus planes: ni siquiera se olvidaba inspirar a los poetas, cursilerías lloriqueantes que, momentáneamente, machitaban la frescura de las mejillas adolescentes, risiblemente pálidas después de las lecturas chocarreras. ¡La cara que ponían las señoras gordas y grasosas y los burgueses coloradotes cuando soltaban el trapo a llorar!... ¿Imagináis a un elefante con tamaños lagrimones, la trompa *moquiента* y listo en la pata el pañuelo de batista?... ¿Pensáis en el efecto que os causaría un chimpancé corpulento, gimoteando como un bebé y limpiándose con un pétalo de rosa las pupilas anegadas?...

¡Farsante, príncipe de la risa, sagrado emperador de la risotada; orfebre de la ridiculez, miniaturista del chiste, Señor Nuestro de la gracia y el retruécano! ¡Dolor, clown, fanteche, titiritero encantador y regocijado amigo nuestro; sin duda alguna, el más sincero de nuestros amigos, puesto que es el que nos entretiene más y no nos deja ni un instante!

Había que componerle una letanía y enseñárselas a cantar a los animales para que, cuando nosotros estuviésemos más ocupados en representar nuestros patéticos dramas, los animales, (que evidentemente, tienen más cordura que nosotros, y que son mucho más piadosos), se pusieran a decirla, a guisa de coro, reforzando y completando así nuestro trabajo, a efecto de que, siendo éste más perfecto, pudiera pedírsenos la repetición, para mayor satisfacción de nuestra vanidad de *trágicos* y legítimo orgullo de la naturaleza!...

¡El dolor, innegable, incontestablemente, era la alegría y nada más que la alegría! ¿por ventura no ríe la calavera, y cuando reímos frenéticamente, no lloramos completando y subrayando nuestra risa con las lágrimas que son, bien visto, las más estruendosas carcajadas?...

¡Quién sabe hasta dónde hubiera llegado, de seguir por este camino, Víctor Sáenz!... Era tiempo de tomar una medida, de hacer un esfuerzo, de recurrir a un medio cualquiera que lo salvara y lo hiciese reaccionar. Un año había pasado desde que terminara su preparatoria, y a la sazón, iniciaba sus cursos de jurisprudencia en la maltrecha y claudicante escuela del Estado. Aprovechando esta coyuntura, sus padres pensaron en trasladarse a México, para que prosiguiera allá sus estudios y, más que nada, para que el cambio de medio, influyera poderosamente en su extraña enfermiza manera de ser y de pensar.

Los doctores, a quienes, no sin tener que vencer la terca resistencia del escéptico, se había consultado, diagnosticaron fríamente la neurosis aguda, con probabilidades, si no se la detenía oportunamente, de degenerar en una perturbación mental o acaso en un completo desequilibrio. ¿Esquizofrenia? ¿Anxiomanía? ¿Locura razonada? ¿Psicastenia?... ¡Posiblemente!... ¡Sí!... ¡Estaba muy bien: a México, el cambio de medio era lo mejor, ya verían cómo allí, con el ajetreo citadino, las múltiples distracciones y el trato con gente nueva, el milagro se haría! ¡No había que perder tiempo!...

CAPÍTULO 14

UNA MAÑANA de enero, húmeda, fría, ruborosa, Víctor Sáenz, acompañado de su familia, dejaba la provincia bienamada, para ir a perderse en el océano de la urbe, en cuya vastedad pensaba que hallaría la serenidad indispensable para acallar sus convulsas inquietudes.

En punto de las siete, partió el convoy: la velocidad de la locomotora fue aumentando paulatinamente, presto apareció y desapareció el panteón general, después Santa Ana y el rancho de San Juan, más tarde Doña Rosa; Lerma besada por las ondas aparentemente inmóviles de la laguna, surcada aquí y allá por angostas barquichuelas, y al fin, el anfiteatro montañoso que circuye el pueblcito de Ocoyoacac, desde cuya herradura ascendente, el hermoso valle de Toluca, abre el abanico mágico de su panorama, luciendo, como una pintura decorativa, un incomparable conjunto eglógico de casitas aisladas, villorrios, llanadas, sembradíos, del cual emerge, dibujándose finamente en lontananza, la ciudad de los matlatzincas, empequeñecida y envaguecida, de azul y rosa, recostada en la mole de la Teresona y protegida por el bloque de alabastro y lapislázuli del Xinantécatl. Después, traspuestas las primeras estribaciones, ya sólo quedó la maraña del bosque, aclarada, a trechos, con la amplitud de las pequeñas y altas mesetas, hasta que, nuevamente, las parvas poblaciones (semejantes a las otras, pero, ¡ay! ya no familiares) anunciaron la proximidad de la capital de la República, vértice de tantos afanes provincianos; sueño de tantas juventudes ansiosas; y estercolero y hospital y fosa, de tantas y tantas podredumbres!...

De pronto, el remedio surtió sus efectos: pasado el súbito disgusto y la desesperada contracción, resultado del primer choque, la sirena con sus infinitas

atracciones hizo reaccionar, lentamente, al joven zahareño, demasiado zahareño, pero joven aún, para poder resistir ciertas inocentes tentaciones.

El ruido de la ciudad, el animado aspecto de las calles, la novedosa presentación de los escaparates, los gritos de los vendedores, el pregón de los papeleros, los transeúntes que caminan de prisa invitándonos a la acción; la gente que se detiene apelonada con cualquier motivo, a curiosear cosas sin importancia; el tumulto de vehículos que lo obliga a uno, mal que no quiera, a dejar a un lado las preocupaciones y a poner mucho cuidado al pasar las bocacalles; los grandes cartelones por todas partes, los anuncios llamativos, los letreros y rótulos luminosos, las empleaditas frívolas, la colegialas sonrientes, en fin, las muchachas guapas y desenvueltas que no bajan los ojos cuando las vemos, como las provincianas, y que responden con sonrisas a los piropos y, como que nos invitan a seguirlas, a acompañarlas y a decirles galanterías improvisadas con cualquier pretexto, sin razón, sin motivo, nada más porque sí.

La Avenida Madero, La Alameda, Santa María la Ribera, la Plaza de Orizaba, Chapultepec, Xochimilco... ¡Qué se yo!... Babilonia que atrae, seduce y pierde, sin que nos demos cuenta, sin que lo sintamos, a veces, y obligándonos a que le demos las gracias.

No se crea que Víctor Sáenz habíase convertido, de la noche a la mañana, en un tenorio, o poco menos; tampoco vaya a pensarse, que de golpe y porrazo, había dejado; abandonados los libros, y preocupaciones, para entregarse francamente a las superficialidades mundanas. ¡No!, no podía llegar a tanto el alivio del enfermo; pero, cuando menos, su labor, habíase aligerado un tanto, diafanizándose no poco su pensamiento. Dos o tres horas consagraba diariamente a recorrer la ciudad, lo que era suficiente para distraerlo, producirle nuevas impresiones y obligarlo a descansar mentalmente, aliviándole del fardo de sus tercas ideologías. Sintióse intruso y como descentrado en las grandes vías, cansado del ajeteo, del constante ir y venir, molesto con los gritos, ensordecido y atarantado con el estrépito de las principales arterias, sin carácter propio, por otra parte, a causa de

su cosmopolitismo, Víctor Sáenz propúsose auscultar la ciudad vieja del México antiguo, que a duras penas todavía conserva la pátina de las tradiciones. A este efecto, asiduamente devoraba calles y más calles, con pasos rápidos y febriles; llegaba a las barriadas más distintas; metíase en los laberintos de los suburbios; perdíase en los callejones estrechos y mal olientes, escondidos como una trampa, en los zigzagueos de las calles humildes, y se paseaba por los jardines más pobres, más feos, y más imbuidos en la suave tristeza del pasado.

Sentíase mejor, no podía negarlo; el ejercicio le sentaba bien y la obligada distracción o la diversidad de sus reflexiones no le iban mal, hasta... ¿por qué no decirlo?, el aspecto acogedor de las muchachas ablandaba un poco la dureza de su carácter.

¡Sí!... Naturalmente, en el fondo era el mismo, mas no era posible negar que el cambio, con lentitud, pero de una manera visible, iba cicatrizando viejas heridas y encendiendo luces titubeantes en la tiniebla antes negra y maciza como un bloque arrancado a las entrañas de la noche.

Por esos días, entró a jurisprudencia, ¿Cómo, por qué el rebelde inconciliable se había sometido a la resolución paterna y había accedido a estudiar una carrera, él que odiaba, desde hacía tiempo, todas las profesiones y no podía ver, ni en pintura, a los profesionistas, casi siempre vacíos, fatuos, presuntuosos?... ¿Tan profunda transformación habíase efectuado en su ánimo?... ¿Por fin se resignaba a aburguesarse, a vulgarizarse, a ser uno de tantos, lleno de prestigio, de consideraciones, y de comodidades?...

¡No!... Evidentemente. Puesto que substancialmente era el mismo, Víctor Sáenz debía haberse determinado en ese sentido por razones especiales, muy extrañas, muy suyas. Él no estudiaba por ser llamado algún día el licenciado Sáenz, tener un despacho en céntrica avenida, llegar a juez o a diputado y robar al prójimo, al amparo legal, para fundar un hogar confortable, cómodo, ameno. Ni siquiera lo hacía por darle en la cabeza a quienes dudaban de sus capacidades y atribuían a despecho de la insuficiencia, lo que era resultado de una determinada

manera de ser... ¡No!, nada de eso. Él estudiaba y seguiría estudiando, por saber realmente; por explorar un campo desconocido; por profundizarse en especulaciones que ofrecían una ancha esfera de acción espiritual, y más que todo, por encima de todo, (¡oh venganza sublime, placer de los dioses!), por tener la satisfacción de romper su título, una vez recibido, azotando con sus fragmentos los graves rostros de los jurisconsultos y los rostros asombrados de sus compañeros solemnes, majestuosos, desconcertantes.

¡El regocijo que iba a experimentar!... La alegría que iba a iluminarle el ser, cuando, terminada su carrera hecha a toda conciencia, lejos de meterse a litigar, y a figurar, se fuera a sepultar en vida a la provincia más lejana, para vivir de lo que se pudiera, menos de su profesión, dejando con un palmo de narices a esos titiriteros de la judicatura y a esos monigotes desvergonzados que se mecían, como globos, en una atmósfera saturada de elogios mutuos y de mutuas adulaciones.

No obstante, de rechazo, experimentó, aunque de una manera atenuada, los efectos de la vida de las aulas, y desvirtuada a través de su criterio, sintió pasar por su espíritu, la racha matinal de la mujer...

CAPÍTULO 15

FL SENSITIVO, el artista arrebujaado en el hermético, nuevamente se desmerearon, oteando la lejanía rosada y el ruiseñor oculto en el buho, diafanizó el silencio con el canto.

Las todopoderosas llenaron las páginas vírgenes con nombres taumaturgos: ¡Sor Ingenua, Sor Satiresa, la Reina de Saba, la Dogaresa, Kimé, la Hermana Azul, la Duquesita Magda!...

Una: la imprecisa visión de nardos y alelís, candor de luna y azoros de cordero. La indefiniblemente dulce, la incomparablemente tersa, la deliciosamente suave. La que paseó su sombra lánguida, por todas las estrofas de un libro, y estando tan cerca de la lira, estuvo siempre tan lejos de la realidad. Silenciosa, candorosa, luminosa; vaga y tenue, efímera y errátil, y fina y diamantina y cristalina, como la música dorada de una mirada del sol.

Otra: la infernal y angelical; maliciosa, locuela, sonriente, insinuante, parlanchina. Cascabel ávido de agitarse suspendido del cabello de un astro; sonaja trémula, alondra borracha de cielo y alegre de alegría de cantar. Carne de lujuria macerada con ósculos seráficos; oruga de pecado, crisálida de virtud, mariposa de belleza. ¡Muy linda!... ¡Muy traviesa!... ¡Muy alada!... ¡Muy ágil!...

Otra: la de las reminiscencias palaciegas y los recuerdos áulicos. La que fingía caminar sobre puentes de arco iris o rutas de celajes. La que, al aparecer, de pronto, transformaba el jardín ciudadano en un parque versallesco donde las geometrías del césped copiaban próceres literaturas. La que obligaba a pensar en las suntuosidades salomónicas: en los lentos desfiles de los dromedarios y en los estuches vivos de los pavorreales. La del ademán egregio; la de las formas elásticas; la de las curvas eurítmicas.

Otra: evocación quintaesenciada de la perla adriática, digna de suavizar las asperezas de un Dogo y de ilustrar los crímenes de un condotiero. Sonrisa en el puente de los suspiros; paloma zura entre las palomas de San Marcos; ala de estrella en la más alta cúpula de la basílica y campana de oro en el diapasón del campanille. Mayestática, extraña, displicente!...

Otra: japonería translúcida, miniatura de Sitsuma, bibelot de fayenza, pomo de esencias, cajita de música, estuche de monerías, bombonera de gracias. Colibrí femenino, plasmado con el alma del prisma o con las irisaciones del aljófár. Parvo minuterero romántico ocupado en deshojar instantes como pétalos; licorera de un cáliz, ánfora de una corola, trocito de panal, hilo de miel, puntito de luz; microscópica y límpida copa de besos de una gota de agua!...

Otra: médula de vellones, carne de lirios, espíritu de espuma. Hija de las aristocracias niveas y de céreas aristocracias. Ritmo de claro de luna; seda de serenata; incienso de beatitudes: fervor de holocaustos; aureola de martirios; halo de santidades. Triste como mármol enfermo; lánguida como azucena de sepulcro; unciosa como óleo de agonía; instantánea, súbita, nómade, vagabunda, errante!...

Y la última: cándida, flébil, exquisita. Suavidad de pluma, tenuidad de gasa, levedad de lampo. Brote de nobleza, flor de prosapia ilustre, fruto de linaje egregio; gloria de suprema estirpe, en las heráldicas del niño de las flechas de oro! Consentida de los genios buenos; mimada de las hadas madrinas; protegida de los gnomos, de la sílfides y de los silfos. Divino trasunto del medioevo; aurora en el marco de la ojiva adorada y adorable muñeca pàrvula, digna de ser amada de los cisnes, de los lebreles y los gerifaltes. Triste como antílope, dócil como gacela, frágil como cristal de fuente.

¡La de los ojos límpidos, lánguidos, húmedos, grandes, arrobadoramente ingenuos, indefinidamente dulces!...

¡Estrías fúlgidas en el ópalo somnoliento! ¡Hebras de luna en el lago dormido!... ¡venas glaucas, purpúreas, niveas, iridiscentes, en la dureza del mármol negro, del

ágata, el pórvido y el basalto!... ¡Guirnalda de belleza ceñida un momento en las sienes abrasadas, acaso para que luego sintiesen más punzantes, las espinas!...

Llegaron, y pasaron también. Víctor Sáenz lo sabía, por eso, encogiéndose de hombros las dejó pasar, yéndose a refugiar nuevamente en sí mismo, y en el amparo de su soledad sin remedio. Estudió, siguió estudiando con la misma apasionada rabia de siempre y así llegó hasta el cuarto año de la profesional.

Allí se quedó; ya no quiso, ya no pudo seguir adelante. Concluidas las materias de generalización: Sociología, derecho público, economía, iniciación; en pleno aprendizaje de los derechos civil y penal y de la masacotuda erudición del derecho romano, amén del fastidio y la práctica de los códigos y los procedimientos, la carrera al entrar en su verdadero cauce, habíase tornado pesada, cruda, vulgar, egoísta, limitada, despreciable.

Por otra parte, los compañeros cada vez más fatuos y necios a medida que se acercaban a la meta, hacían imposible toda permanencia en la escuela. Actuarios, escribientes de juzgado, oradores a sueldo, líderes obreros y estudiantiles, conferencistas, catedráticos improvisados, practicantes de los togados más celebres, propagandistas de partidos políticos, litigantes prematuros, defensores precoces, hasta críticos de teatro y cronistas de música, si a bien venía, no perdían ocasión de hacer valer sus méritos y pregonar, a voz en cuello, su importancia.

Pozos de toda sabiduría y fuentes de toda erudición, nada estaba bien fuera de lo que ellos acometían, aconsejaban o aprobaban.

Cuantos litigios sonados y jurados sensacionales efectuábanse, eran invariable y doctamente, desmenuzados por su alto espíritu crítico, que señalaba sin compasión las deficiencias, indicando el plan que debía haberse desenvuelto, para alcanzar sin demora, los más felices resultados.

¿La justicia?... ¿La razón? ¿La equidad? ¿El bienestar del semejante; la obra correlativa del mejoramiento colectivo e individual?. ¿Los grandes ideales, las nobles aspiraciones, las sublimes esperanzas?... ¡Buenas para los discursos, las declamaciones, las propagandas y los alegatos!... pero, en la realidad, amigo,

¡seamos francos!... ¿Quién es el bobo que piensa en eso?... ¡Se lo comen a usted, hombre!... ¡Se lo comen a usted con todo y ropa sin que le sirva para nada invocar al Padre Eterno y poner los ojos en blanco!... ¿Cree usted que nosotros nos matamos tanto tiempo estudiando, y soportamos tantas estrecheces, sólo para morirnos de hambre después, por querer practicar esas cosas que todos arrojan al cesto, por la sencilla razón de que a nadie le sirven para nada?... Uno estudia para abrirse camino, para crearse una posición decorosa en la sociedad; para tener dinero y rodearse de esas satisfacciones y comodidades, sin las cuales la vida sería una tontería!... ¿Que esto no está de acuerdo con ciertos fines excelsos que se nos suponen?... ¡Peor para esos fines y para quienes los han imaginado!...

Y luego, esa sublime pedantería manifiesta hasta en el traje; esos gestos, esos regodeos, esos ademanes... ¡El estúpido y risible aspecto de los futuros abogados de polainas grises, flor en el ojal, bastón inseparable y profundas ojeras: indicios gloriosos de las parrandas eruditas y las severas orgías intelectuales.

¡Mejor prefería meterse en un muladar! ¿Seguir en la escuela? ¡Imposible!... ¡Él era demasiado pequeño para vivir entre tantos grandes hombres!... ¡Ni tenía querida, ni tenía dinero, ni tenía talento, ni amigos poderosos, ni influencias ni relaciones, ni merecimientos, ni nada!...

¡No estorbaría en su marcha, a quienes habían nacido mimados de los dioses!... ¡Como Diógenes, iría a buscar un barril para esconderse!...

Decididamente cortó su carrera. En un supremo sarcasmo para consigo mismo, buscó y rebuscó, para dedicarse a ella, la más ingrata, la menos comprendida, la más amarga y paradójica de las ocupaciones, y después de mucho buscar, la encontró al fin: ¡ENSEÑAR, SER MAESTRO!... ¡Ser maestro, como quien dice, ser un millonario de saber y un limosnero de recursos; entregar el oro del cerebro y no recibir ni el oro del cariño; exprimir en las almas la sabiduría para que, en cambio, la necesidad nos exprima hasta los sesos; iluminar las conciencias y quedarnos en la noche de los ojos sin vista; coronar de rosas a la juventud y reservar las espinas a nuestra vejez; alentar con el desaliento en el corazón; vivificar con la muerte en

el alma; alabar a la humanidad que nos desprecia; dignificar al hombre que nos azota; bendecir al verdugo que nos infama; divinizar al lacayo que nos humilla, y hablar constantemente de los beneficios de la cultura, de las conquistas del progreso, de los dones de la civilización, cuando la cultura, la civilización y el progreso, apenas si nos arrojan, de cuando en cuando, un vil mendrugo, como si nos arrojasen una escupitina o nos diesen una bofetada!...

¡Ser maestro!... ¡Ser maestro!... ¡Sí!, él sería maestro; así cuando el hambre lo mordiese, cuando la vida lo azotase, cuando en su decrepitud sin consuelo, y en su invierno sin calor, y en su desolación sin esperanza, gruñeran a su puerta la canallería y la ingratitud, y sus últimos discípulos le arrancaran sus últimos harapos, podría, ¡oh dicha inenarrable!, podría gritar a las nuevas generaciones sus optimismos exultantes: ¡Muchachos, la humanidad es grande, el hombre es el más noble y perfecto de los seres! ¡Luchad, trabajad, aprended; yo os lo digo: el bien existe, la caridad existe, existen la justicia y la recompensa de las grandes acciones! ¡No hay martirio sin premio, ni holocausto sin gloria, ni desinterés sin apoteosis! ¡CRECED ESPERAD, AMAD, VIVID!...

¡La sociedad es algo digno de conocerse!... ¡Nuestro mundo es el más bello el más alegre, el más sublime de los mundos!... (8)

(8) La realidad, empero, supera a todas estas “exageraciones”, ¡y pensar que mientras tal cosa acontece con los maestros mexicanos, ciertos pseudo intelectuales extranjeros, gozan aquí de enojosas e injustas preferencias! Por supuesto que no aludimos a casos como el de un tal señor Kahan, de origen judío y crítico teatral (?) por añadidura, quien, tras de dispensarnos el honor de atacar solapadamente a nuestros artistas, todavía nos hace la caridad de iluminar el espíritu de la juventud, en numerosas cátedras que desempeña, con perjuicio de los profesores mexicanos a quienes posterga no obstante que ellos, por lo menos, se expresan en castellano. ¿Esto no constituye una verdadera ofensa al magisterio nacional que, en igualdad de circunstancias, debe siempre ser preferido a los simuladores, audaces y acomodaticios?. N. del A.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 1

XAVIER LANDA era, a la sazón, el único confidente de Víctor Sáenz. Lejos de Ruiz Gómez y de los Millán, amigos ejemplares a quienes la vida había empujado en distintas direcciones. Separado, por la distancia y el tiempo, del inolvidable Andrés Medina, orgulloso y altivo como él; casi en las antípodas de sus antiguos compañeros y condiscípulos de la infancia que, o bien veíanlo como un ser extraño o ya ni lo veían, ocupado cada uno en disfrutar del porvenir que pacientemente se habían labrado, sólo Landa frecuentaba su trato y gozaba del privilegio de ver desnuda a esa conciencia extraña, tan sombría, tan ruda, y tan llena de aspectos sobremanera interesantes.

De cuando en cuando, pero siempre con la misma franca cordialidad, veíanse, ya en el estudio del uno o ya en el consultorio del otro, cuando había terminado la consulta, porque Xavier era médico: Joven aun, inteligente, dedicado, medularmente culto, devoto verdadero de toda sabiduría y de toda belleza, hacía cinco años que se había recibido, alcanzando en poco tiempo una posición desahogada.

De espíritu disciplinado y de carácter retraído, templado en el dolor, amaba su profesión por lo que a la ciencia y a la investigación científica se refería, y huía, cuanto le era posible, de la sociedad, dedicándose, en cuerpo y alma, a sus enfermos, sus estudios y sus frecuentes observaciones. Serio y de aspecto no muy afable, parecía a primera vista, un tanto petulante y repulsivo, pero, en tratándole un poco, se descubría inmediatamente el corazón nobilísimo, invariablemente puesto al servicio de los suyos, y el espíritu orgulloso, es cierto, pero nutrido, robusto de ideas centrales, claro, de conceptos precisos, ágil, de críticas felices, y fresco y luminoso de erudiciones literarias selectas, aristocráticas, escogidas.

Estos dos puntos: el retraimiento estudioso y alerta y el incontenible afán estético, eran los que determinaban y sostenían sus relaciones, amén de las semejanzas de caracteres, enemigos jurados de toda superficialidad.

Aquella tarde, departían ambos en el pequeño estudio de Víctor Sáenz, austetero, bien alumbrado, con un estante y un librero de regulares dimensiones, completamente atestado de volúmenes, un escritorio en el lugar más visible, media docena de sillas, la “Oliver” en su pequeña mesa, el venerable reloj de pared con las dos carátulas (la de las horas y la de los días), ligeramente amarillentas, y un gran mapamundis en cuyos hemisferios, sobre las aguas de un azul turquesa, limitadas por los blancos casquetes de los polos, emergían los continentes, islas y archipiélagos más importantes, en un bello tono sepia, más profundo en las estribaciones de las montañas, cuyas eminencias estaban señaladas por firmes brochazos de nieve imaginaria.

Llevada, sin sentirlo, de los comentarios baladíes a las cuestiones íntimas, la charla había acabado por interesar vivamente a ambos interlocutores, quienes, arrellanados cómodamente en sus asientos, incorporábanse de cuando en cuando, subrayando, con enérgicos ademanes, las frases o los períodos más significativos.

—Más de treinta años, Víctor, y dime, ¿no te arrepientes de tu renunciación perpetua?; ¿no sientes, por lo menos, deseos de suavizar un poco ese criterio extremista, esa hurañía terca que te mata; esa irreconciliable actitud de fanático de la soledad, idólatra del ostracismo?. ¿No has pensado en la inutilidad de tu gesto, ante la indiferencia de los otros, que pasan de largo sin ver siquiera el sacrificio con que los dignificas?...

Tú mismo lo has dicho: todo depende del plano desde el cual se ven las cosas, primero, situados en las antípodas, parécennos imposibles, después ya más cerca, cuesta trabajo, pero ya no nos es tan doloroso aceptarlas, y al fin, a regañadientes, acabamos por reconciliarnos con ellas, bendiciendo una situación que ha poco maldecíamos. Cambia, pues, de punto de vista; ve las cosas con otros ojos; examina los hechos con otro espíritu; en fin, ¡hombre!, ven a este

mundo que será todo lo malo que quieras, pero que es el nuestro, y acomódate a las condiciones del medio ambiente. ¡Vive!, ¡vive como todos, sin que te importe que eso está bien o mal hecho, que, al fin y al cabo, en realidad, nada sabemos de todo esto!...

¿Que eso no es elevado, ni consciente, ni digno, ni bello?... ¡Víctor!, dime, ¿dónde está el arquetipo imperturbable de las excelsitudes; dónde se halla el decálogo de bronce, conforme al cual, nuestra acción definitivamente deba desenvolverse, para realizar el fin supremo al que hemos sido predestinados? ¿Quién puede decir, sin pecar de fatuo, que posee la fórmula de la dignidad, la bondad, la belleza, la sabiduría humanas?... ¿Vivir como todos, no es realizar uno de los *desiderata* de la naturaleza que trasformándonos a la larga, quiere que seamos relativamente uniformes, para hacer posible la generalización de las leyes, el dominio y dirección de las fuerzas y la más o menos estable distribución de lo creado? ¿Querer ser distinto, no es intentar interrumpir un orden admirable que, puesto que no ha sido fruto de nuestra actividad no puede ser tampoco víctima de nuestra osadía?... ¡Malo!... ¡Muy malo si tú quieres, pero orden al fin, y no olvides que el peor de los órdenes vale siempre más que la mejor y más bella de las disgregaciones!...

Someterse, también es triunfar: triunfar sobre nosotros en beneficio propio y en beneficio ajeno; es acallar la fiebre egoísta de afirmarse con exclusión de todos, y transformarla en una corriente simpática de relación y correlación colectivas; reproducir el sacrificio de la célula, en bien de la victoria orgánica; el sacrificio orgánico en pro de la victoria fisiológica; el sacrificio de la reacción físico-química, en favor de la victoria psicológica; o el sacrificio de las torturas psicopáticas en aras de la gloria intelectual, que irradia y esplende, en las vibraciones fúlgidas del matiz, la forma, el ritmo y la metáfora.

Además, alguien te ha dicho que no sean también grandes los pequeños?; ¿no te has puesto a meditar alguna vez, en que, con todos sus egoísmos y vanidades, es más lógico y más sabio el ser que obedece y se amolda a los postulados vitales

y se pavonea con sus infinitesimales satisfacciones y se entusiasma con sus éxitos efímeros, que el superhombre gruñón, austero e implacable, que en su soberbio sueño de querer superarse a sí mismo y aplastar a los demás, abrasa su miserable barro transitorio, en la hoguera de los pesimismos desenfrenados, que no son, en síntesis, sino los deseos fracasados y comprimidos de ser, de ser más, más; de ser en todo tiempo y en todo lugar; con nuevos aspectos y nuevas formas, diversos y superiores a los aspectos y a las formas conocidos.

¿Este orgullo satánico, no te parece sencillamente desastroso y ridículo, toda vez que, si es necio el que se jacta de lo que tiene aquí, más necio es el que se vanagloria de ser una contradicción viva que se afirma sin sus semejantes, por encima de sus semejantes, y a pesar de sus semejantes, como si él sólo pudiese vencer a la naturaleza?

¿Por ventura, este capricho, tan sublime como quisiera suponérselo, no es inferior a la ley todopoderosa que nos obliga a sentirnos hermanos entre sí, y esclavos humildes del mismo incognoscible?... ¡Víctor!... ¿has reflexionado en esto?...

—Más de lo que supones, por lo visto. Ya lo creo que he reflexionado, y ¡mira!, no tienes razón. En primer lugar, desvirtúas los hechos; en segundo lugar, precipitas, alteras y exageras las conclusiones.

¡No lo niego!, es grande el que se somete; el que se adapta como la mayoría o deja que lo adapten; pero, es más grande el que se rebela, porque, viviendo dentro de un orden que no puede romper, y condicionado por las mismas razones biológicas que los otros, al rebelarse, no atenta contra la naturaleza, sino antes bien, traduce y verifica sus impulsos evolutivos, convirtiéndose en una fuerza ascendente, que se separa del círculo para desenvolverlo en la elipse, la parábola, la hipérbola o en la espiral ascendente, tal y como pasa en las secciones cónicas, con las distintas posiciones del plano, que corta al cono; o como sucede con los diagramas progresivos de la historia y la sociología.

Evidentemente que destruye y tiene que destruir un orden de cosas establecido; ¡claro que sacude y perturba un sistema creado!; pero, es para mejorarlo, o si tú quieres, para transformarlo nada más, en otro orden y en otro sistema, que no serán mejores, pero, que siendo distintos, confirman y dan lugar al eterno zig-zag de las composiciones y descomposiciones; síntesis y análisis; atracción y repulsión; cohesión y expansión; concreción y disolución; asociación y disociación; reposo y actividad, etc., etc., todo lo cual constituye y es la condición visible del universo.

Recuerda que el movimiento centrífugo, contradictorio del centrípeto, obedece a las mismas causas mecánicas esenciales, que ora plasman los mundos, ora diafanizan las nébulas, ora encienden los soles, ora disparan los bólidos o arrojan al espacio las pirotecnias de los aereolitos y de las estrellas fugaces.

¿Bueno lo de abajo, peor lo de arriba? ¿Soberbios unos más que los otros?... Entendámonos, para mí no hay arriba ni abajo, peores ni mejores, soberbios ni humildes... Para mí no hay más que ésto: Vida, naturaleza, cosmos; infinitas y prodigiosas integraciones atómicas; arquitecturas moleculares; complicaciones orgánicas; armonías bio-psíquicas; cosas, seres, objetos inertes y sujetos animados; materia conciencia y materia consciente; trasformaciones inevitables, irrefrenables, inescrutables; núcleos, centros y médulas transitorias; millones de orbes; multitudes de especies; series inagotables, sucesivas, concomitantes de generaciones; muchedumbres astrales, remolinos, tolveneras, avalanchas de hechos, fenómenos, causas, fines, entes, entidades. Vida, vida que fue, vida que está siendo, vida que será; vida latente, o manifiesta; vida implícita o explícita; vida en potencia o actuante; vida en gestación, en decadencia; en aurora en crepúsculo; en día o noche; en cuna o en sepulcro; en crisálida o bacteria; en raíz o pólen; en huevo o ala; en mutismo o canto; en miserere o sursum; en alegría o aleluya; en crespón o bandera; en luciérnaga o antorcha; en blandón o estrella; en azul de zafiro o en azul de cielo.

¡Vida, vida sin clasificaciones odiosas, sin castas repugnantes, sin noblezas, sin aristocracias; ni parias, ni privilegiados, ni sudras, ni bracmanes. Vida magnífica, profunda, insondable, robusta, púgil, impaciente, detrás de la cual, en la cual y encima de la cual, Dios alienta y esplende, como el océano de todas las potencias; el oasis de todas las gracias; la fuente de todas las sabidurías; la cumbre de todas las justicias; la aurora de todas las bellezas; el óleo de todas las caridades; el bálsamo de todas las misericordias!

¿Soberbios los unos, humildes los otros?... Xavier, piensa en ésto: ¡qué sabes tú si esa soberbia no es necesaria como el plumaje del pavo real, el milagro purpúreo y sedoso de las rosas y el brillo de las gemas, los arco iris y los colibríes! ... ¡Qué sabes tú, qué sabemos nosotros, si la humildad no vale tanto como la soberbia, del mismo modo que vale tanto y es tan indispensable el reposo como la acción, la acción como el reposo! Te devuelvo tu premisa, “todo depende del plano desde el cual se examinen las cosas”... ¡Si pudiéramos, como Dios, conocer la razón de lo creado, ya verías, cómo para nosotros lo mismo que para Él, no habría nada despreciable ni indigno en nuestra minuciosa observación!...

¡Abrasarse en un volcán o abrasarse en una chispa, lo mismo da, si en la chispa se abrasa el insecto y en el volcán se abrasa la roca...

¡La túnica de Deyanira, sobre los hombros de Hércules, es lo mismo que la llama de la vela en las alas de la mariposa, y la lucha a montañazos entre cíclopes y titanes tiene, entre ellos, la misma grandeza que entre nosotros, las luchas con proyectiles, y entre las fieras, la lucha a dentelladas!... ¡El formidable choque de los mundos, es tan interesante como el conflicto microscópico de los fogacitos y los leucocitos! ¡Son tan importantes las nebulosas y las constelaciones, como los espermatozoos! ¡A veces todo el esplendor de la Vía Láctea cabe en el cerebro del genio: producto soberano de dos células, de dos pequeñas células: el gameto hembra y el gameto macho orígenes de la procreación!

Recuerda, tú que eres doctor y hombre culto, recuerda que según el fisiólogo Loeb, llegará un día en que los movimientos morales de los hombres, serán

considerados como “tropismos” o movimientos elementales de los infusorios; y que, según el profesor Sommertil de Munich, “la luz que sale del interior del átomo, comprueba, en la misma medida que la luz procedente de las estrellas distantes, la teoría de Einstein”. No me digas ahora que, por qué si todo es relativamente lo mismo, no modifico mi manera de ser, pues te contestaría de esta guisa: Porque si, con respecto a la función de cada cual y a las razones generales que las explican, es lo mismo ser elefante que libélula, esto no autoriza a deducir que el elefante pueda transformarse en libélula, o el coleóptero pueda convertirse en paquidermo. Así soy, así nací; así, esencialmente, seguiré siendo; la educación, el medio, la sociedad, en convergencia con mi carácter, temperamento y capacidades, así me han integrado, y, ¡claro!, ahora si como tú dices, el capricho, aunque fuese en mi favor, no podría desvirtuar la ley, y el sometimiento a ella, valdría siempre más que la inútil osadía de quebrantarla.

—Pero es que antes no creías lo mismo, hasta decías que el pensamiento era una forma superior del hombre; que, por lo mismo, acrecentarlo constituía nuestra misión, mantenerlo en ejercicio, nuestro deber; y que, los que así no obraban, y despilfarraban vilmente la actividad destinada a un tan noble fin, en futilidades estúpidas, cometían consigo mismos, un verdadero atentado contra su especie.

—Te equivocas, Xavier. A veces la misma amplitud de las ideas, las torna paradójicas, como acontece con los ríos que son más tranquilos cuanto más profundos y las montañas que son más serenas cuanto son más grandes. Pero, no, mi opinión es la misma de siempre: considero, sí, que el hombre debe pensar, por eso desprecio y fustigo a los que así no lo hacen, como censuraría a un águila que se empeñara en arrastrarse como reptil, no prostituyendo, sino alterando un modo de ser que le ha sido dado.

Siglos enteros ha trabajado la naturaleza para llegar hasta nosotros; durante largos milenios ha ensayado y recorrido especies y especies, para plasmar la nuestra, y todavía el hombre se esfuerza en hacerla retroceder (retroceder: símbolo de tiempo, pero jamás signo de perfección) echando en olvido o

desperdiando las actividades que le son propias. La suprema organización del cerebro, el afinamiento y coordinación del sistema nervioso o neuro-sensitivo; la sistemática educación de los sentidos; la conciencia, la razón: he allí los atributos esenciales que nos distinguen de los otros seres, y que nos dan derecho a ocupar, no un lugar mejor, pero sí un lugar determinado en las zonas vitales del planeta.

Si no hacemos uso de estas cosas, si no ideamos, ni concebimos, ni reproducimos las impresiones que el mundo nos sugiere; si no asimilamos con la inteligencia, al par que con el estómago; si arrojamos nuestra conciencia al lodo; si corrompemos nuestra razón; si, en fuerza de no usarlo, atrofiarnos el cerebro y provocamos la degeneración del sistema neuro-sensitivo, rompemos, detenemos y descoyuntamos la armonía universal, asesinando en nosotros, lo que ha sido producto de fatigas y cansancios innumerables.

Pensar, no es como muchos creen, una excelencia, es mucho más que éso, es una obligación y una necesidad: necesidad, porque si no pensáramos, acabaríamos por perder las características de nuestra condición, teniendo que sufrir el largo sacrificio de adaptaciones nuevas; obligación, porque dejando de pensar, provocamos un estancamiento, una detención momentánea, en la corriente perpetuamente inquieta, de las transformaciones evolutivas.

Lo sé perfectamente, muchos idiotas suponen que su misión en la vida es divertirse, gozar, realizar sus sueños, alcanzar sus ilusiones, regalar la carne, y dilatar el vientre. Están en un error, su misión, si es que la tienen, está, en vivir nada más pero vivir de acuerdo con las leyes que nos crearon y que nos conservan; sin quitar nada de lo que nos ha sido dado, sino antes bien, procurando acrecentarlo, a efecto de que, en colaboración con ella, la biología realice más fácilmente sus imperativos.

Sufrir, gozar, estas son cosas superficiales y despreciables para la avidez vital a la que no le importa otra cosa que satisfacerse, y que constituye la causa irreductible de nuestra existencia, de la cual, el placer y el dolor, lejos de ser sus fines, son, simple y sencillamente, sus efectos. Cuando la resistencia se vence

y el afán biológico triunfa, se goza; cuando la resistencia nos vence y el afán biológico se comprime, se sufre.

Ahora bien, como la vida al llegar al pensamiento, sigue siendo y es una forma de vida; como no hay solución de continuidad entre el ser y lo que de él arranca, y como en fuerza de suprimir las funciones, perecerían los órganos, el que se niega a pensar intensa, continua, sistemáticamente, atenta contra la vida, ahoga, en su estupidez, la inteligencia genérica; contrae y retrotrae su tipo específico, reduciendo las proporciones que antes tenía y alterando torpemente los perfiles con que fuera trazado.

Por esto, no porque sea una supremacía, yo exalto el pensamiento y abofeteo con las palabras más duras a quienes lo desprecian. No merecen un sensorio quienes no saben usarlo; no son dignos de llamarse hombres, quienes olvidan que el signo del hombre es la razón. Deberían ser arrojados hasta el antropoide, o acaso más allá del gorila y del chimpancé, quienes gastan sus energías en ocupaciones frívolas, baladíes que no tienen siquiera la disculpa de resarcirnos del desgaste psíquico experimentado por la frecuencia de las ocupaciones nobles.

—¡Bueno!, ¡bueno!, ¿Y los que creen que las actividades de la mente son meros entretenimientos, verdaderos lujos, deportes superiores, distracciones, divagaciones tonterías?...

—¡Ah, sí, tienes razón!... A mí también me lo han dicho muchas veces: (amén de lo que opinan Pijoan, Salomón Binach, etc.) *Bueno, ¿y usted qué hace?, ¿se ha conformado con idealizar? ¿Piensa usted vivir siempre entregado al ocio griego: a leer, meditar, contemplar, escribir?...* ¡Imbéciles!... Apóstoles del acto que pega y duele como una bofetada, quisieran verlo a uno dándose de mojicones con la vida, pues para ellos, sólo el que está jadeante, mugroso, cubierto de sudor, con las manos encallecidas y los ojos abotagados es trabajador; el otro, es un contemplativo, un idealista, un perezoso, un parásito disimulado, una tenia consciente, un musgo afeminadamente sensitivo. ¡No saben, con Bergson, que el pensamiento es ya un acto y que no hay acción sin pensamiento!... ni sospechan

a Baudouin para quien el sentimiento no es más que una forma evolucionada del instinto; pero ni siquiera recuerdan a Descartes, para quien la existencia humana está precisamente en el pensamiento: “*Cogito ergo sum*”.

¡Estúpidos!... ¡Animales!... Serían capaces de negar la onda de Haertz porque no encuentran los robustos cables que la conducen, y estarían dispuestos a negar su propia psíquis porque no la palpan.

Ignorantes de solemnidad, no comprenden que no hay nada más substancial y material que el pensamiento. Ignoran que es una suprema concentración de energías; una excelsa manifestación de la fuerza; una dinamización de la estética orgánica; una proyección, una manifestación activa de nosotros mismos, tan efectiva, tan poderosa, tan formidable, que es equivalente a la energética que disociase un gramo de cobre o a la capacidad cinemática necesaria para mover un convoy que le diese la vuelta al globo.

Naturalmente, es imposible que ciertas inteligencias obtusas acepten que todo no es sino transformación de materia en energía y concentración de energía en materia. A este respecto, creo oportuno manifestarte lo que yo opino de los estados de los cuerpos.

En mi concepto, el universo solamente se nos ofrece en dos formas: la concreta y la activa; la material y la dinámica; ambas se correlacionan, se complementan y definen, ya por lo relativamente inmóvil, a lo que se refiere el movimiento; ya por la resistencia o la distancia, que explican el impulso. Ahora bien, arrancando de esta concepción apoyada en hechos y opiniones incontrovertibles, fácil es concluir lo siguiente: De hecho no hay más que dos estados: el estático y el dinámico, mejor dicho: el relativamente estático y el perpetua y diversamente dinámico, ya que nada puede existir sin moverse, sin estar sobre algo o en algo que se mueva, o sin constar de algo que se esté moviendo.

Ahora bien, la asimilación o reducción de los otros estados a estos dos, no puede ser más clara: El estado sólido es aquel en el cual los conglomerados atómico-moleculares, organizan sus movimientos, establecen sus direcciones y

marcan sus periferias, de una manera armoniosa y definida, obedeciendo a una complejidad de equilibrios más o menos persistentes, que atan las partes al todo, y sujetan los impulsos parciales en el núcleo total de una gravedad coactiva, perenne y relativamente invariable. El estado líquido, es aquel que presenta el fenómeno de un desorbitamiento, la masa, debido al crecimiento de las velocidades de los componentes; el ensanchamiento y abertura de las curvas atómico-moleculares, y la preponderancia de un centrifugismo libertador, en oposición a la decadencia provocada o natural de la energía centripeta. El gaseoso, no es otra cosa que la prosecución del anterior proceso: el triunfo de la expansión sobre la cohesión, por un acelerado movimiento de las partículas infinitesimales, que, reproduciendo y confirmando la ley mecánica de la formación de los sistemas planetarios, rompen completamente toda curva de relación y referencia y triunfantes de la gravedad primigenia, abandonan el núcleo primordial, para ir a constituir durables o efímeras entidades independientes, que son reabsorbidas por otros centros, otros cambios y otras sollicitaciones. El extremo de esta desarticulación sucesiva, nos lo ofrece el estado radiante: verdadera expansión, pero no pasiva sino activa; disgregación actuante, conversión casi completa del objeto en acto, de la cosa en acción...

Empero, (y aquí tienes el verdadero motivo de esta digresión tan larga) todavía hay un estado más: el consciente; el estado que constituye la ideación; la milagrosa transformación de la naturaleza en organismo; la prodigiosa transformación de la potencia orgánica, en potencia psíquica, o el producto maravilloso de las actividades de psíquis: el pensamiento, que no viene a ser otra cosa que la intelectualización del cosmos, o su vértice intelectual; ¡la más perfecta transformación de lo concreto en lo abstracto; de la materia en fuerza; de la existencia en potencia; del universo definido, visible, limitado, en el universo indefinido, invisible, ¡sin límites, ni barreras, ni ayer, ni hoy ni mañana: el universo en fin, el verdadero universo!

—¡Hombre!, ¡hombre!... ¿a dónde vas a dar?... ¿En qué apoyas tan audaces generalizaciones?...

— ¡En los hechos!... en la realidad, en lo que sucede todos los días, ¿No sabes que en el laboratorio de alta tensión de la General Electric Company, en Pittsfield (Massachusetts) al disparar un rayo artificial de dos millones de voltios, a través de un bloque de madera, se observó, que, en una millonésima de segundo, había desaparecido, sin dejar huella de quemadura ni olor ninguno a quemado, la parte de madera correspondiente a una perforación cilíndrica no despreciable?... ¿Esto, qué te indica?... ¿qué pasó con la madera?, ¿se inflamó?...

¡No se percibieron llamas, ni humo, ni rastros de combustión!... ¡La conclusión es sencilla! La madera, herida por el rayo, del estado estático pasó al dinámico, por esta razón: la tremenda descarga, incrementando súbitamente las velocidades, que animan los movimientos de las partículas integrales, desorbitó las corrientes moleculares, abrió las curvas atómicas, destruyó la cohesión o la afinidad —o ambas al mismo tiempo— hizo que los electrones (móviles también de la composición atómica) giraran con rapidez extraordinaria, rompiendo el control de los iones y desorbitando *el “campo electromagnético”* escaparan libremente en una como irradiación, sutil, imponderable y difusa, que hoy se substraen, pero que acaso en el futuro no se substraiga a la observación, comprobación y experimentación científicas.

¡Pero, qué digo! ¿No conoces la teoría de Gilbert Lewis, que parece comprobar la hipótesis de Millikan, acerca del origen de nuestro planeta? Pues bien, afirma este catedrático de la Universidad de California, que: *la superficie de la tierra es renovada, constantemente por material joven procedente del polvo que se desprende de los 20,000 a 40,000 meteoros que a diario estallan sobre la corteza terráquea, pues, a consecuencia de esas explosiones, quedan en libertad partículas de diferentes minerales, cuyos átomos sufren la influencia de los rayos cósmicos, realizando la descomposición atómica explicada por Millikan, y que tales catástrofes atómicas, además de originar la transformación de elementos químicos, dejan en libertad energías inmensas de diferente naturaleza.*

De modo que, según esto, concluye un talentoso comentarista del doctor Lewis, la superficie terrestre queda convertida en un inmenso laboratorio, en el que se producen los mismos fenómenos que se obtienen por la vía experimental, nada más que los grandes voltajes engendrados por las máquinas, están substituidos por los rayos cósmicos y en vez de los átomos sintéticos, tenemos los que proceden de la colisión de los meteoros. Como consecuencia de todo ello (y esto es lo que corrobora mis audacias, locuras o como quieras llamarles) es lógico afirmar (así termina textualmente el comentario) que de tales colisiones se desprenden energías enormes, derivadas del núcleo atómico herido, más una nueva producción de radio energía que sucede a la colisión de ciertos átomos.

A mayor abundamiento, la novísima teoría de la *expansión del universo*, que opera en un plano mucho más vasto, ¿no es acaso otra cosa que la aplicación de mi hipótesis de la integración, desintegración y evolución de la materia, llevada, del *proceso* de los átomos al proceso de los mundos? En efecto, Lemaitre (que en el campo de la física es compañero de gloria de nuestro ilustre Vallarta), cuya teoría ha sido comprobada por las observaciones y los cálculos de Shappley y De Sitter, dice: *el universo se formó por una expansión semejante a una espuma de jabón. Esta expansión se inició hace diez trillones de años y sigue su curso con el aumento proporcional de su radio. Fragmentos de esta burbuja imaginaria, dan lugar a los astros que en su máxima reunión forman galaxias u órganos principales de esa masa expansiva.*

Ahora bien, Shappley y De Sitter, observando centenares de miles de astros, han llegado a la conclusión de que: la *expansión* es producida por las galaxias a una velocidad de 15,000 millas por segundo; y como si esto no fuera suficiente, para explicar el proceso de la materia, en función dinámica, sea en sus pequeñas o en sus colosales realizaciones, De Sitter y Shappley afirman que hay masas que se expanden, otras que se contraen o *retraen* y otras, por fin, que permanecen inertes o en equilibrio, pero unas y otras contribuyen a fijar la teoría de la *expansión del universo*, cuya conclusión sintética es la siguiente: el dinamismo cósmico es consecuencia de tres fuerzas (yo diría tres expresiones o tres distintas

manifestaciones, grados o modos de la misma fuerza): la gravitación universal, la atracción, y la *lambda* o fuerza de repulsión planetaria. Nada más que mientras De Sitter, en apoyo de Einstein, llega a la conclusión de que, como resultado de las fuerzas que destruyen la materia, el mundo, por un inevitable proceso de destrucción, tiende a producir la nada en los espacios (recuerda los *espacios vacíos* de Einstein), en cambio, Lemaitre, asevera que dentro de su teoría, la masa no se destruye, sino se transforma, precisamente, como hace siglo y medio y en otro terreno, afirmaba Lavoisier.

Por lo que toca a la dinamización de la psíquis en el pensamiento o la dinamización psico-mental, atíndeme: ¿No has podido corroborar, por tí mismo, el efecto palpable y muchas veces inmediato que produce la música en los auditorios?, ¿has... reflexionado alguna vez en sus causas? ¡Pues bien!, nada más sencillo de explicarse. La vibración psíquica del ejecutante, al llegar a la parte sensible del instrumento (directamente, por medio de la mano o la boca, o indirectamente, a través del arco o teclado) despiertan a su vez, nuevas y delicadas vibraciones en el organismo molecular de la materia, cuyos elementos integrales, animados de una suerte especial de movimientos, o redistribuidos momentánea o sucesivamente en increíbles arquitecturas armoniosas, hieren y sacuden el medio ambiente de un modo insospechado hasta tocar nuestro sensorio, el cual, animado con el impulso de la fuerza desconocida, se agita igualmente, produciéndonos esa sensación inenarrable, capaz de hacernos saltar de nuestros asientos o dejarnos clavados, con el corazón divinamente sereno, las manos temblorosas y los ojos empañados de lágrimas.

—¿Y si el ejecutante no siente, o si se trata de una pianola o un fonógrafo?...

—Si el ejecutante no siente, tú ya lo has visto, tampoco logra hacer sentir al público; por eso fracasan los que son técnicos nada más. Si se trata de un piano automático o una pianola, el ejemplo me favorece sobremedida, pues en el disco y el rollo encargados de despertar las vibraciones sensibles, están, material y visiblemente, marcadas las huellas del proceso psíquico del compositor. No

puede llegarse a más. La vibración acústica transformada en presión, traza y fija los movimientos del sensorio en el disco, demostrándonos, de una manera irrefutable, que lo que nos parecía impalpable e inasible, la emoción rítmica es susceptible de concretarse y materializarse ¿Puede exigirse una prueba más rotunda de que la fuerza nerviosa es susceptible de concretarse a una huella permanente?... Cosa semejante sería la que se dijera respecto a las perforaciones del rollo, en el autopiano, el cual, entre paréntesis, siempre necesita del auxilio de un operador entendido, de no escasas capacidades estéticas; por supuesto, si se quiere tener resultados felices.

Partiendo de estos hechos, la explicación del proceso emocional directo, y del intelectual, se facilita grandemente. En efecto, bastaría concebir cada cerebro como un poderoso y sutilísimo acumulador, cuyas descargas, constituidas por el pensamiento, van *realmente* a electrizar la materia sensitiva, los centros perceptivos, conceptivos y volitivos, del que escucha, despertando en él vibraciones, es decir, pensamientos también, actos o sensaciones. Esto sería la palabra hablada: Medio y fin a la vez, causa y efecto; factor y producto; vehículo y resultado; algo así como el arco del violinista que, recibiendo el sacudimiento psíquico del artista, lo transmite al cordaje, para que éste al fin, como una incoercible mano alargada en el viento, pulse los nervios y torne musicales las fibras más sutiles del oyente.

Por fin, de la palabra escrita, podría argüirse, igualmente, lo del disco del reproductor o el rollo del autopiano. Y lo mismo que de éstos se afirmara, podría afirmarse de la pintura, que no hace más que dibujar y pintar vibraciones, con líneas y colores que, al herir el nervio óptico, dan lugar a la percepción visual: serie de presiones de la retina que se traducen en movimientos de las zonas del sensorio, correspondientes a la visión.

La arquitectura, la escultura, ¿qué otra cosa son sino medios o vehículos sugerentes de impresiones armónicas constituídas por dinámicas psíquicas, semejantes a las que despierta la pintura, aunque enriquecidas con las que producen las memorias táctiles, al deducir por el aspecto de la superficie, la

consistencia y calidad del material, eternizado en la estatua o exaltado en el edificio?

Aún podría añadirse que, así como hay afinidades moleculares e intramoleculares, que explican la estable composición de los cuerpos, así hay también afinidades vibrátiles, sensitivas, entre las obras de arte y quienes las contemplan; explicándose así, que no haya belleza sin cosa bella, ni sujeto capaz que la contemple; y deduciéndose, como corolario, que para que la afinidad perfecta engendre una emoción total y definitiva, es indispensable que los productos o manifestaciones estéticas, se hallen al mismo nivel de los espíritus, con cuya colaboración imprescindible, surge el concepto de lo bello, como una síntesis suprema de actividades infinitesimales que convergen, se enlazan, se compenetran, se ordenan, se distribuyen y se armonizan.

¡El pensamiento, como el calor, como el sonido, como la luz, como la vida entera: vibración, vibración, vibración exquisita, invisible, imponderable, pero real. El pensamiento como una máxima dinamización del hombre; como una gloriosa y luminosa transformación de la materia en fuerza, y en fuerza consciente, en fuerza armoniosa, en fuerza capaz de mover montañas, abrir abismos y desquiciar mundos!...

—¡Cá!... ¡Víctor, concluye!... ¿Hasta cuándo piensas detenerte?... ¿A dónde vas a parar?...

—¡Espera!... ¡espera!... Voy a parar en esto: el día en que el hombre llegue a descubrir y aplicar fuerzas afines a la constitución atómica de un cuerpo determinado, o de todos los cuerpos, incrementando las velocidades de los electrones, desorbitando los protones, destruyendo la cohesión, anulando la gravedad, en un fragmento de milésima o millonésima de segundo, podrá hacerlos desaparecer de nuestra vista, sin que dejen huella ostensible alguna, tal y como aconteció con el cilindro de madera en el experimento de Pittsfield, a fines del año de 1923. Además, como en la química de los cuerpos muertos, el análisis es correlativo de la síntesis, y la disolución de la composición, no

sería remoto que, basados en el principio de Lavosier, con procesos inversos, se pudiera llegar al resultado opuesto, es decir, a la subitánea integración material, que haría aparecer ante nuestra vista, en menos de un instante, objetos que nos parecerían surgidos por obras de cábala o arte de encantamiento. ¡Las Mil y una Noches no podían ir más lejos! ¡La varita mágica estaría en nuestras manos! ¡El milagro sería frecuente entre nosotros! ¡De la nada surgiría el todo, como en el axioma divino!... ¡Haríamos y desharíamos; levantaríamos montañas o cavaríamos océanos ¡Nada más que, entonces, más fatuos, más hinchados, más petulantes que nunca, haríamos una sogá de nuestra vanidad y ahorcaríamos con ella a nuestro pensamiento, para que, después de habernos dado el poder no nos quitara la dicha con el tormento infinito de la conciencia, de las dudas y las inquietudes!...

—¡Vaya!, ¡hasta que acabaste!... ¡Me temía que no terminarás nunca; a tí podría faltarte todo, pero debes estar seguro de que siempre te sobrará imaginación!... ¡En fin!... ¡quién sabe!... ¡yo me limito a comentar con la divisa grata a D'Annunzio: *Forcé che si, forcé che no*, y asunto terminado... Pero, mira, ¡qué barbaridad!... ya no fue posible ver el crepúsculo esta última tarde del año... ¡lo que sacamos con estar discutiendo tonterías!... ¡Bueno!, ¡párate, supongo que no te vas a quedar ahí sentado! ¡Salgamos a dar una vuelta; ándale!

—Tienes razón, vámonos. Esta hora es la que yo siempre he preferido: los edificios se envaguecen, los hombres se vuelven sombras y los recuerdos caminan junto a nosotros. Todo parece triste en fuerza de ser solemne. Después del crepúsculo, cuando las luces comienzan a encenderse, ¿verdad que se siente como si dentro de nosotros, algo comenzara a apagarse?... ¡Salgamos, pues!... ¿Quedó bien cerrado?, ¿no es cierto?... a veces no me fijo, y, a mi regreso, me hallo con que el viento curioso ha venido a alborotar mis papeles. ¡Ah!... ¡El airecillo que sopla!

—¡Las vibraciones! ¿no es eso?...

— ¡Como gustes!... ¡Tal vez!... ¡Tú no perdonas nada!...

Y se echaron a andar por las calles atestadas de gentes que se apretujaban en los almacenes, o se arremolinaban en las puertas de las *iglesias*, pugnando, las unas por hacer sus compras y las otras por entrar en el sagrado recinto para *dar gracias*.

CAPÍTULO 2

LESPECTÁCULO era por demás interesante y significativo. Hasta los más indiferentes acudían a los templos y dejaban entrever un aleteo de añoranza, un chisporroteo meditativo, una como oculta guiña de melancolía, saudad o preocupación.

¡Tanto pasa en un año!... ¡Tantas felicidades pueden erguirse o deshacerse en los treientos sesenta y cinco días seis horas cuarenta minutos, de las impasibles cronologías!... ¡Tantos vinieron a la vida, tantos desaparecieron para siempre!... ¡Tantas infancias se asomaron a la primera juventud; tantas pubertades se coronaron con las prístinas rosas de la primavera de las primaveras; tantos ímpetus doblaron el cabo de las tormentas, para entrar al dolor silencioso de las serenidades, y tantos cráneos se aureolaron de nieve, y tantas senectudes saciaron las fiebres sodomitas y los sexuales extravíos de la prostituta de la guadaña, la profanadora de féretros: la violadora eterna!...

¿Quién, por impasible que sea, por idiota que haya nacido, por ignorante y obtuso que se le suponga, es capaz de permanecer indiferente el último día del año?... ¿A quién no se le ocurre hacer un pequeño balance, un somero resumen, una síntesis de lo que ha sido, de lo que ha hecho, en esa corta etapa de tiempo que se lleva tantas cosas íntimas, tiernas, dulces, inmensamente queridas, infinitamente amadas?...

La esperanza es una de nuestras alas, el recuerdo es la otra; aquella apunta al porvenir, ésta se tiende al pasado. Por una somos fuertes, por la otra somos buenos; sin la esperanza ya no querríamos ser; sin el recuerdo no querríamos haber sido. Con la esperanza animamos mundos que todavía no son; con el

recuerdo resucitamos mundos que pasaron. La esperanza nos anticipa la estimación de los que vienen; el recuerdo nos conserva el afecto de los que se fueron. Una es como sonrisa jocunda, alegre, luminosa; el otro es como sonrisa triste, suave, poblada de misterios. Amplificaciones, en distintos sentidos de nuestro ser efímero y deleznable, es por esas dos alas por lo que podemos abarcar más espacio y llenar más tiempo. Si no las poseyéramos, reducidos al presente mezquino y errátil, seríamos como la bestia que sólo tiene rudimentarias memorias instintivas y orgánicas que, a veces se provee sin saber por qué, para qué, ni cómo, y que no posee otro mundo que el de su propia substancia, ni conoce otro universo que el que atalayan sus sentidos.

¡Un año más!... ¡Otro año!... ¡Otro despertar alborozado que oculta quizás un crepúsculo doloroso!... ¡El simulacro perpetuo; la ilusión embustera que nos promete la felicidad; la gran celestina de los incautos, que nos ofrece la virginidad de la dicha y nos entrega la carroña sifilítica de la dicha vulgar, mezquina y apestosa, violada infamemente por cuantos nos han precedido!... ¡Y el ideal: el alcahuete del porvenir, el correveidile vergonzante que solicita el mensaje de nuestro corazón, y sin alcanzar nada para nuestro espíritu anhelante, se queda con la respuesta y nos engaña con evasivas, para que le sigamos entregando el oro de nuestros filones!... ¡Y el ensueño bobalicón y estúpido que no se fatiga de soñar y que es dichoso a causa precisamente de su tontería!... ¡Y la gratitud que se suicida! ¡Y el fervor que languidece! ¡Y la fé que nos burla o, fastidiada de nuestra pesada sabiduría, se va con los niños y con los ingenuos, que siempre han sabido más que nosotros!... ¡Y la caridad que no se cansa de humillar! ¡Y el desinterés que no se cansa de pedir! ¡Y el orgullo que no se cansa de azotar!... ¡Y la vanidad histérica! ¡Y la lujuria epiléptica! ¡Y la castidad sicalíptica!... ¡Y la belleza vacía! ¡Y la ciencia infatuada, capaz, ¡Oh Voronoff!, hasta de prolongar la vida, pero incapaz de mejorar el alma!... ¡Y el arte sublime, por amargo y por impotente!... ¡Y la divina mentira! ¡Y la todopoderosa imaginación!... ¡Y el hambre que nos hace lógicos! ¡Y el egoísmo que nos hace grandes! ¡Y la

desgracia que nos hace buenos!... ¡Y el candor que es la gracia!... ¡Y el amor que es el ángel o el bruto!... ¡Y el dolor!... ¡El dolor que es el padrastro de los débiles, y el padre, el hermano, el único amigo inseparable de los fuertes!...

¡Un año!... ¡Doce meses como doce frailes que, en mínima procesión, conducen nuestro cadáver a la tumba!... ¿El tiempo que se va?... ¡No!... ¡El tiempo no se va ni viene!... ¡El tiempo no existe!... Es una dimensión, (la cuarta dimensión de Gauss) es un aspecto, es un accidente de las cosas. (Einstein, Zitlowsky, Nordman). ¿El tiempo que se va?... ¡No!... ¡Nosotros que nos vamos sin sentirlo, sin saberlo, alegres, regocijados, felices, porque ¡es tan ancho y tan bello el camino que se extiende por delante!...

Víctor Sáenz reflexionaba; con monosílabos cortados, respondía a su amigo que comprendiendo su estado de ánimo, acabó por callar también, empapándose, por igual en la divina emoción del instante.

De este modo recorrieron la avenida Hidalgo, desde Zarco hasta la espalda del Teatro Nacional; de allí, doblando hacia el Sur, tomaron las calles de San Juan de Letrán para doblar nuevamente por la avenida Madero, hacia el Este, con el fin de desembocar en la Plaza de la Constitución, para introducirse en el amplio recinto de la catedral metropolitana.

La principal arteria citadina, esplendía de luz y hallábase materialmente congestionada de peatones y vehículos. Las dos largas filas de arbortantes ofrecían la dádiva de sus racimos luminosos. (1) Los escaparates bostezaban tedio, sonreían, o hacían signos de inteligencia a los curiosos que, inmóviles ante *las últimas novedades* de París, sacadas ha poco de las bodegas, prendían sus miradas en los objetos, como alfileres asesinos de mariposas ilusas. Frente al *Globo*, *Sanborns* y el *Salón Bach*, los fifies de hule, merengue y porcelana, sin hacer ningún esfuerzo, lucían sus caras de bobos y sus delicadísimos cuerpos encorsetados. El Salón Rojo, por las antiestéticas balconerías, vomitaba excrementos de *Fox trot* y *one-*

(1) Todavía no se les reemplazaba por los anémicos y antiestéticos faroles actuales.

step, insultando la vista con detonantes cartelones y movibles letreros luminosos. La casa *Fall* y la *High Life* hacían escurrir la baba de los húmedos hociquillos de los elegantes de última hora, los *payasitos* presumidos, y los snobs pasantes de leyes o líderes preparatorianos. Y en una y otra acera, respectivamente mediando un buen trecho, entre las dos, *La Esmeralda* y *La Perla*, presidían el derroche deslumbrador de las joyerías, cuyos aparadores reproducían el milagro estelar de las iridiscencias gemales, ensayando una melodía radiante, una sinfonía rútila, un concierto diamantino, una fabulosa orquestación de matices, espejos, reflejos, destellos, fulguraciones y brillos que herían o acariciaban los ojos, y se metían hasta las fibrillas más ocultas, traduciendo en metáforas, quimeras o ensueños, los astillamientos mágicos de la luz en las aristas y la oración del espectro en la inmovilidad de las facetas...

Todavía, en las banquetas, procesiones interminables de caritas bellas, picarescas, graciosas; sonrisas que se duermen en los labios finos; miradas que se insinúan o se asoman desde los ojos traviesos; caricias que se dibujan y se arrebuja y hacen por escaparse de las manos trémulas y de los largos dedos aristocráticos. Y, como centro y razón del paseo, la doble fila de lujosos carruajes rodando pausadamente sobre el asfalto, en uno y otro sentido: los Packard, Cadillac, Renault, Pierce-Arrow, Isota Fraschini: verdaderos estuches de vanidades que lucen en sus muelles acojinados, las joyas femeninas, arrebujaadas en sus costosas nutrias, martas y zorras azules; displicentes como princesas, voluptuosas como bayaderas; coquetuelas como muñecas parisinas; frívolas y encantadoras como *cocotas* disfrazadas de grandes señoras, o mayestáticas, herméticas, misteriosas, como las emperatrices asiáticas de las literas, las kurumas y los palankines (2)...

Por fin, *El Paje*, el Portal de *Mercaderes*, y la amplitud magnífica de la Plaza de la Constitución (una de las más grandes del mundo), con el vetusto y feo Palacio Nacional, al Oriente, el grácil Palacio Municipal, *La Abeja* y otras horribles

(2) La civilización todavía no suprimía estos paseos. Era por los años de 1920-1924.

casonas al Sur; el Monte Pío y varios antiestéticos edificios comerciales al Oeste, y al Norte, adelantándose del último lado del cuadrilongo constituido por las calles de Santa Teresa, hacia donde apoya su espalda, la Catedral metropolitana, robusta, enorme, majestuosa, de una severa masa que evoca el conjunto aplastante del Escorial; con su fachada de tres órdenes clásicos, sabia y felizmente combinados; sus cinco inmensas naves, hechas para albergar muchedumbres; sus nobilísimas y altas columnas de las que arrancan las bóvedas armoniosas, su airosa cúpula de crucero, ágilmente prolongada en una grácil linternilla, y apoyadas en púgiles ménsulas, las dos torres sólidas, potentes, taladradas de nidos de campanas, enguirnaldadas de cornisamentos, con pétreos barandales empenachados de sobrios perillones; exornadas con las esculturas de los doctores de la Iglesia en los cuatro ángulos superiores del último cuerpo; y rematadas magníficamente por originales cúpulas en forma de campana, sobre cuyo cúlmén, la esfera terráquea sirve de base al signo de Constantino, y en cuya firmeza milenaria, se quiebra el cristal de día en fragmentos luminosos y saltan los rayos del sol en astillamientos rutilantes.

Y el imponente aspecto del recinto, sabiamente iluminado por los altos y sencillos ventanales transparentes, huérfanos de color, grises de polvo y empañados de fastidio. Las dos series de capillas incrustadas en las naves, con las maravillas de tallados, las filigranas, las encajerías, los ensortijamientos, los repujados, los labrados, los bruñidos, las cinceladuras, las orfebrerías increíbles, y los increíbles encantos orfébricos. Los nichos historiados de blondas sutiles y labores y temas decorativos incomparables; las esculturas místicas policromadas; los tabernáculos ardidados de resplandores y tersados de reflejos; las mantelerías albeando tímidamente en la penumbra perforada por la trémula agonía de las llamas de los cirios; la perpetua lámpara mortecina consumiendo la sangre del aceite en la piadosa devoción del silencio; y el esplendor, la riqueza, el desbordamiento ornamental, imponiéndose, saltando de la sombra, emergiendo de la obscuridad tísica, hasta cansarnos, hasta cegarnos los ojos, como la entraña bruscamente abierta de una gruta de pórfidos, malaquitas, ágatas, ónixes y jaspes, y ópalos, y arco-iris, y chispas, y polvo de aljófares y de piedras preciosas...

Empotrado en la nave central, el coro, con el doble órgano gigantesco de arquitecturas indescriptibles, poblado de flautas, materialmente abrumado por una selva de tubos metálicos de todas dimensiones: desde los que simulan cañas pastoriles, hasta los que ensayan trompetas arcangélicas. Majestuoso, desconcertante, exornado de serafines en vuelo, y guirnaldas, columnas, santos, vírgenes y bienaventurados; tiarado de signos místicos; florecido de pasajes simbólicos. Pesado y ágil a la vez, ceñido en su base, por un sólido y magnífico barandal metálico que arranca de una especie de cornisa, ajustada a las columnas inmensas, por soberanos ajustes de bronce, dilatados y superabundantes, que, en las salientes de los cuatro ángulos, reproducen las magnificencias heráldicas de los mascarones de las naves antiguas.

Dentro, como si dijéramos en el patio de este sonoro edificio, la valiosa sillería, finamente tallada en maderas preciosas, cerrada por tres lados, en torno del solemne facistol central, alto, robusto como una torre hecha para soportar el peso de los misales del día. Ligando el coro, cerrado al frente por la artística reja de Macao, con el altar del ciprés destinado a las ceremonias pontificales, un bello y doble barandal, de bronce también, como los que circuyen al órgano, aísla a los canónigos de los feligreses, y embellecido, a trechos, por macizos candelabros, va a insertarse en la baranda que protege la amplia plataforma, de la que asciende al altar antes citado, de nobles materiales, pero de un estilo que desentona con la ornamentación general del templo.

Por último, al fondo, en el ábside, detrás del ciprés, la maravilla de las maravillas: el altar de los reyes, portento máximo de ornamentación y decoración; inmensa ascua de oro viejo que se retuerce en las columnas salomónicas, florece en los acantos de los capiteles, corre por las aristas de los cornisamentos; explende en las guirnaldas votivas; salta en las ondulaciones de las arcadas; sube desde los plintos hasta los remates; ríe en los relieves; sueña en los rincones; espía en los vértices; se amodorra en los planos; juguetea en las curvas; vuela en los estípites; reza en las hornacinas; habla en los símbolos; trema en las tiaras pontificias, y

alumbra, y consuela, y conforta, en las aureolas de los santos, en las diademas de los ángeles, en las coronas de las vírgenes y en los resplandores de los Cristos!...

Ejemplar único del Churriguera; trasunto de las brujerías platerescas; eco de los refinamientos rococó, el altar de los Reyes, por sus proporciones, por la cantidad de sus nichos, la profusión de sus figuras, el verdadero derroche ornamental que ostenta, finge la materialización de una fiebre mística; es a modo de un espantoso y sublime delirio seráfico; uno como arrebató imponderable; un ímpetu colosal; una formidable locura estética y religiosa, como esas que alargaron las ojivas, agilizaron las columnas, empujaron las naves y arrojaron a lo alto los gritos victoriosos de las torres góticas.

Víctor Sáenz no podía pasar ante ella sin contemplarla; la admiraba, quería a la Catedral con todas sus fuerzas, con toda su desesperación, con toda su alma; cuanto le era posible, se detenía a mirarla largamente, envolviéndola, ungiéndola, acariciándola con la mirada. En el rosicler de la aurora, cuando los duros sillares se suavizan y humedecen con suavidades de seda, tersuras de nácar y humedades de beso; a medio día, cuando la crudeza de la luz, borrando los detalles, pronuncia los perfiles, embravece las aristas, y da a la pétrea mole, pesadez de montaña; y en el violeta de la tarde o en la hemorragia del crepúsculo, ya cuando las chalinas de la penumbra envaguecen la silueta; ya cuando los múrices la bañan y la decoran los tapices tirios del ocaso; o bien arrodillada en el plenilunio, o muda y serena bajo la pedrería astral. A todas horas, desde todos sus aspectos la había visto, y descubriéndole siempre bellezas nuevas, encontrándole cada día méritos insospechados, la amaba más, amábala cada vez más, la amaba tanto, que hubiera querido que los brazos le crecieran para abrazarla, que sus manos se multiplicaran infinitamente para acariciarla, o que le brotasen miles, millones de bocas, para poderla besar toda al mismo tiempo: sillar por sillar, piedra por piedra, arista por arista, vértice por vértice, y estarse así, besándola y besándola, toda la vida, todo el tiempo, toda la eternidad!...

CAPÍTULO 3

FRA SU PUNTO débil; siempre había admirado y amado la arquitectura y las grandes obras arquitectónicas. Los edificios célebres le seducían; los palacios suntuosos le causaban una impresión de deslumbramiento. Las ciudades mágicas le atraían, más que por otra cosa, por el prestigio de sus construcciones: Venecia era para él, el Palacio de los Dux, la Plaza de San Marcos, la Basílica, y el Campanille; Florencia estaba en Santa María dei Fiore, ¡Oh Brunellesco!, el Palacio y la Plaza de la Signoría; Milán, era el Duomo; Roma, San Pedro, el Coliseo, y las otras ruinas gloriosas; y así por el estilo, todas las demás metrópolis del mundo civilizado, sin exceptuar las más remotas o las ya desaparecidas como Babilonia, la de los jardines colgantes; Tebas la de las cien puertas; Egipto el de la Esfinge y las Pirámides; y Grecia la del Acrópolis, los Propíleos, Minerva, Júpiter olímpico y el Partenón!... Pero de todas las arquitecturas lo que más le seducía eran las catedrales. Entusiasmábase con estos derroches de fuerza, de riqueza y de genio; abrumábanlo su potencia y majestad; y, como John Ruskin, lejos de abofetear su lujo y magnificencia con torpes gimoteos de plañidera moralista, exaltaba el sacrificio de energía y bienestar que representan, porque creía que no hay desinterés más grande, que el que entrega en belleza cuanto posee, aunque lo entregue a un fantasma o a una mentira, si esa mentira o ese fantasma, lo elevan un poco de su miserable y amarga condición.

¿Esfuerzos constantes, penalidades sin cuento, fortunas fabulosas?... ¡Si!... Todo eso había sido necesario para crear las magnas obras, pero, ¿quién podía negar que, convergiendo y cristalizándose en el mismo noble fin religioso, no se emplearon mejor que si se hubiesen dispersado en efímeras y mezquinas realizaciones individuales?...

¡La exaltación de un sentimiento universal, no vale mil veces más que la satisfacción de una multitud de apetitos aislados?... ¿La naturaleza, por ventura, no procede de igual modo sepultando la raíz en la hondura de la tierra, para que, por cima del tallo, emerja al cielo el triunfo definitivo de la flor?... ¿Lujos?... ¿Vanidades?... ¡Así dirían, así estarían dispuestos a decir esos mojigatos del pensamiento al ver entre las brisas, los columpios de las alas; en el azul, las banderas vivas de los papagayos; en los jardines, los estuches abiertos de los faisanes; en los lagos, las azucenas de los cisnes; y, en el mundo de la materia sorda, las sonrisas de los jaspes, los chisporroteos de las estrías, las iridiscencias de los visos, las nervaduras de las venas vívidas y todo ese fantástico derroche de cornucopias espectrales, que parecen cristalizar los sueños de los bardos en el corazón profuso de la piedra!...

¡Ah!... ¿Y el dinero que en ellos se desperdicia, y las vidas que inutilmente se gastan, reproduciendo aquí, la infamia de allá, cuando la soberbia de los faraones consumió treinta años y martirizó a cien mil esclavos nada más en la construcción de una pirámide?... ¡Y bien!, respondédnos, ¡qué otra cosa nos queda de esos hombres, si no esos índices grandiosos de sus esfuerzos, que, impasibles, serenos, majestuosos, desafiando las furias del desierto, ven correr los siglos a sus flancos, para obligar al presente y al porvenir a que vuelvan sus ojos al pasado?... ¿Aquellas muchedumbres sufridas, lejos de hacer la tumba de sus tiranos, no acabaron por hacer realmente la gloria inmóvil de su propia estatua? ¿Las deleznable miserias, las existencias errátiles, no se magnificaron y prolongaron en estos duros bloques eternos, salvándose a sí mismos, del olvido y el desprecio, que son las verdaderas fosas que se tragan nuestros cadáveres? ¿Quién, al contemplar tamañas obras, no piensa en tamaños impulsos? ¿Quién, viendo el fruto de la tortura se atrevería a negar la abnegación de ésta y a insultar a los verdugos divinos que hicieron posible una tan sublime actitud de la especie, aunque hayan azotado y matado, como mata y azota el torrente que labra y pule los cantiles?...

¡Pensad en lo que hubiéramos sabido o hubiera quedado como enseñanza de esos pueblos, si lejos de construir con peñascos y producir cumbres, hubieran levantado rascacielos de marmolina, hormigón y cemento armado!... ¡El aletazo del simún los habría desvanecido y el tiempo los hubiera aplastado con sólo el peso abrumador de su mirada!... ¡Y tal vez hubieran sido felices, pero... no hubieran sido grandes!... ¡Sólo la civilización del Norte se habría ocupado de reproducir la insulsa fealdad de aquellos palomares!... Nosotros nos quedaríamos con los Hipogeos, las Estelas, la Esfinge, el Escriba del Louvre y las Pirámides... ¡tal vez porque somos latinos, tontos, superficiales, contemplativos y soñadores!...

Mas, si aquellas arquitecturas son grandiosas; más grandiosas aún, por su espíritu y por sus fines, son las catedrales: aquellas son grandes obras hechas a fuerza; estos son egregios monumentos construidos a impulsos de entusiasmo, a ímpetus de fé. Las multitudes, las ciudades, los pueblos, las naciones enteras, toman parte en la realización del proyecto, que también es obra colectiva o que, algunas veces, como el de la catedral de Colonia, brota no se sabe de qué cerebro iluminado o de qué manos demoníacas. Largos años, a veces largos siglos son indispensables para ver el anhelo concluido y el sueño materializado, pero esto no importa, el trabajo se prosigue; jamás el desfallecimiento estorba las labores; jamás el desencanto encoge los espíritus; la cobardía de la muerte jamás logra debilitar la persistencia de los corazones. Morirán, lo saben; nunca verán el coronamiento de sus fatigas; nunca lo verán, no podrán verlo, pero, ¡no le hace!... ¡Lo verán los otros, lo admirarán los que vienen, los que han de llegar algún día y, entonces, ante estas oraciones pétreas, olvidarán sus frivolidades cotidianas y, con ellas, como ellas, se pondrán de hinojos y rezarán también uniéndose así, a través del tiempo, con quienes las crearon!... ¡Y si no hacen esto, si ya no pueden hacerlo, porque el bienestar les ha robado la conciencia y el oro les ha secado el corazón, entonces, los magnos edificios, en nombre de los muertos, seguirán silenciosamente, impetrando por los vivos que no los aman, ni los miran, ni los comprenden!...

¿Que se tardaban mucho en construir?... ¡Es verdad!; pero, ellos, como Miguel Ángel, podrían responder: ¡Es que construimos para mucho tiempo! Sobre todo, no tenían prisa en vivir; no vivían como si la vida fuese todo, como si el placer de vivir debiera devorarse pronto por miedo de que se acabe... ¡tenían, por arriba el cielo, por delante el infinito, a todos los rumbos la eternidad, y aun cuando ni sus mismos ojos pudieran acariciar las arquitecturas que sus esfuerzos levantaban, y aunque, una vez terminadas éstas, nadie las viera, ¡no importaba!, ¡no cejaban!... ¡seguían trabajando, uno y otro, y todos los días de su existencia, porque ellos en el fondo, no construían para ellos, ni para sus hijos, ni para los hijos de sus hijos, sino única y exclusivamente para Dios!...

¡Poder incontrastable de la fe todopoderosa! ¡Milagro de la divina ilusión mística; portento de una fiebre bienaventurada y de un pasmo arcangélico, la arquitectura prodigiosa que surge del medioevo, es la prueba más elocuente de la omnipotencia de las religiones que, posesionadas del corazón de los grandes pueblos, los agigantan y los magnifican, arrastrándolos hasta los más altos crestones de la excelsitud!... ¡Lástima grande que a su sombra, los tiranos, los déspotas y los explotadores, en vez de agrupar espíritus libres, amontonaran o arrebañaran tumultos de esclavos!...

¡Sin embargo, y a pesar de ello, obras de muchedumbres infinitas; frutos de siglos de penalidades; verdaderas plastizaciones de dolor y anhelo; barro del barro humano; carne, y sangre, y espíritu de nuestra propia naturaleza; síntesis de una época; expresiones de una modalidad; estremecimientos de una inquietud; temblores de una impaciencia; gritos de una esperanza que brotaron a la sombra del mismo signo, las catedrales no son otra cosa que los monumentos formidables del sacrificio, la virtud y la convicción cristianos, que se afirman en la piedra, y en las geometrías de la piedra, para prolongar, en el tiempo, el mensaje celeste que se hiela en la sonrisa definitiva de los labios de los moribundos!...

¡Sacrificio, sí, sacrificio del que nutre con filones el molde de los arquetipos insuperables!... ¡Sacrificio de nobles materiales; sacrificio de fúlgidas cerebraciones;

sacrificio de años en primavera y años en sazón; sacrificio de vitalidad, de intelectualidad, de dicha, de bienestar, de todo, he ahí lo que constituye, he ahí lo que integra, he ahí lo que forja las catedrales magníficas que, siendo las grandes biblias del dolor cristiano, no son en consecuencia, más que ejemplos insuperables de vehementes holocaustos, ya que el cristianismo que las hizo, no es más que la aurora que prolonga hasta nosotros el resplandor de las cruces y el fulgor de las hogueras!

¡Y si es verdad que desde las montañas se ven los valles, y desde los grandes hombres se contemplan los grandes pueblos, preciso es confesar que la fuerza de las religiones y, por ende, la capacidad proyectriz de la conciencia humana, sólo pueden verse desde la altura de sus magnas realizaciones, por lo tanto, debemos concluir que la humanidad que logró desprenderse de su bienestar, para superarse y ofrecer en holocausto estético el fruto de esa superación, al vértice y centro de todas las supremacías, es, necesaria, incuestionablemente, una sublime humanidad, y que sus obras, floración de ella misma, son como la sombra de las grandes cumbres que agrandada por el crepúsculo, anticipa la delicia del sueño a la llanura abrasada, y lleva hasta los espíritus arrodillados, una silenciosa racha de misterio y eternidad!

Víctor Sáenz lo sentía, lo creía así, y no pocas veces a la *hora del Tiziano*, subido en el último cuerpo de la torre oriental, cuando el sol se ponía allá, del otro lado más que con los ojos, con el alma, imaginábase ver, veía, sí, veía materialmente, cómo el templo, en su propia sombra se agrandaba, se agrandaba, crecía, desarrollábase increíblemente, hasta llenarlo todo, hasta envolverlo todo en una suave y divina túnica de misericordia. Y, como él estaba en el organismo de la fábrica, también veíase fuera de su carne, sin su carne, confundido, o mejor aún, desmenuzado en la desmaterialización del templo, cuya campana mayor, al tocar el *ángelus*, fingía una plegaria enorme que se levantaba, pesada y gravemente, del fondo de las tumbas!

CAPÍTULO 4

POR DESGRACIA, aquella vez el edificio estaba cerrado. Quién sabe por qué causa habíanse suprimido los sagrados oficios de acción de gracias. Sáenz, experimentó viva contrariedad!...

—Ya ves, Xavier, ¡si serán animales!, ¡prefieren que el público se reúna en los otros recintos, estrechos y malolientes. Para esta gente no significan nada las proporciones y la severidad del lugar, que influyen de manera tan noble en los sentimientos del creyente ya que, ante la magnitud de las naves, junto a las altas columnas y bajo las cúpulas sombrías, se sobrecoge, se concentra, y sintiéndose más pequeño vuélvese más humilde, y se halla más cerca de la divinidad... ¡Pero no, estos santos varones creen que los templos *grandotes*, se han hecho para *te deums* oficiales, las misas de tercia o las consagraciones de los obispos!... ¡Qué te parece!...

—No es para tanto; debes comprender lo que se necesita gastar para lograr tal edificio.

—Pero si yo no quiero una iluminación profusa, al contrario, para mí la penumbra es la mejor atmósfera de un templo... ¡En fin!... nos volveremos, ¡no tiene más remedio!...

—¿Y por qué no quedarnos?, iremos al Sagrario un momento, a ver qué tal está, ¡hay tanto que observar en estas ocasiones!...

—¿El Sagrario?... ¡No!... ¡Han echado a perder esta joyita, con el amontonamiento de adornos de todos estilos que le han puesto!... Además... ¡No!... mejor, ¿sabes?, pasaremos un rato por el lado del atrio que ve al Oeste, al amparo de los muros del templo; no hay nadie, y es tan hermoso encontrarse solo

estando tan cerca de la multitud, y sentir, en el rostro y en el alma, la tranquila respiración del cíclope!...

—¡Bueno! ¡vamos!... ¡es realmente delicioso, máxime cuando de ese lado se haya la torre de los suicidios!

Y ambos amigos, encamináronse al otro extremo, no sin detenerse un momento, a examinar el portento churrigueresco de las fachadas del Sagrario: afligranado de piedra incrustado en tezontle, por las pacientes sabidurías de los indios benedictinos y recargado en el flanco Este, del templo máximo, como una cajita de música junto a la selva inmóvil de una orquestación arquitectónica...

La vasta plataforma limitada por el enverjado, hallábase, en efecto, sola y triste, con una suave tristeza de abandono. El pasto, entre las juntas de las losas, o los breves intersticios del empedrado, crecía libre, pero tímidamente, oteando sin llamar la atención, el panorama de la vida metropolitana, estruendosa y superabundante en las calles inmediatas.

Como dos sombras pretéritas, los dos amigos iniciaron su paseo, poniéndose a dar vueltas a lo largo de la explanada, teniendo, a un lado, la majestad silenciosa de la fábrica, y al otro, el hormigueamiento anónimo de la muchedumbre y el reguero de oro de los focos, ya aislados, en lo alto, en los cruceros de las esquinas, ya caprichosamente distribuidos en los rótulos y en los escaparates, o bien agrupados en la radiosa ofrenda de los candelabros enfilados en las banquetas circundantes y tendidos en dos filas, allá, en toda la longitud de la avenida del 5 de mayo.

—¡Qué sabios eran los hombres que hacían estas cosas!, comentaba Víctor Sáenz; ¡mira!, aislaban sus basílicas del amontonamiento burgués, por medio de estas amplias explanadas que ensanchan la perspectiva, y, no conformes con ello, empujaban a lo alto las bóvedas, cúpulas y torres cuanto posible les era, a efecto de que, los símbolos de su esperanza, como su misma esperanza ultraterrena, se hallasen lo más lejos del mundo y lo más cerca del cielo, flotando sobre las lágrimas, viviendo junto a los astros!... ¡Entonces, los templos emergían de las casas como la fe que triunfa de los apetitos! ¡Hoy!... ¿hoy?... ¡Las casas ahogan

a los templos como los apetitos estrangulan la fe!... ¡Progresamos, Xavier, progresamos!... ¡El Woolworth pone en vergüenza a San Patricio y el Empire State es más alto que la más alta catedral!...

—Siempre con tus extremos, Víctor, eres implacable; pero ¿crees que no tenga nada de bueno el actual concepto de la civilización sajona?... ¿No le concedes nada al culto del trabajo; a la comodidad de la vida; a la salud y fortaleza del cuerpo; a la sana alegría que todo esto engendra, y a los palpables beneficios que con todo ello se alcanza, entre los cuales, no es el más pequeño, el entusiasmo de existir, que ha hecho de los contados colonos de ayer, el pueblo más rico del mundo? ¿En el fondo de este delirio de grandeza, no habrá también, el impulso de una verdadera devoción?

— ¿Devoción?, replicó súbitamente Sáenz... ¡Sí!... ¡Una devoción de cerdos!...

¡La comodidad, la salud, la fortaleza! ¿y para qué?... ¡Para hacer mejor una vida que se arrastra! ¿El culto al trabajo?... pero, ¿es que el trabajo es un fin; se trabaja por trabajar o por conseguir algo?...

Ahora bien: ¿cuál es ese algo que explica las actividades contemporáneas?, tú ya lo sabes: el dinero; pero, como el dinero, a su vez, es otro medio intermediario entre el individuo y los satisfactores, concluyamos, ¿a qué o para qué se le destina?... ¡Para gozar, se me contestará, para formar un hogar confortable, para hacer llevaderas las asperezas del camino, para divertirnos, para viajar, para vestir bien, tener teléfono, radiola, automóvil, casa propia, yate, etc. ¡De acuerdo!, aceptado; pero, ¿vale la pena alcanzar todas esas preciosidades para que las disfruten los imbéciles: los hombres sanos, fuertes, sonrientes, cuya conciencia y cuyo intelecto se les han quedado enredados entre los engranajes de las máquinas, los armazones de los edificios; las paralelas de los carriles; los bulbos de las radios; los alambres de los teléfonos; las ruedas de los autos; las hélices de los aereoplanos; las turbinas de los trasatlánticos; los motores de los submarinos; los transformadores eléctricos y las antenas inalámbricas?...

¿El concepto sajón?... La degeneración sajona de todo concepto, debía decirse; el afán de economía y de superabundancia material, que acabará por inventar máquinas para pensar, para sentir y querer, con lo cual no podrá realizarse obra mejor, pues entonces, las máquinas que harán más y mejor que nosotros, terminarán sometiéndonos a su soberana omnipotencia... ¡Así nos ahorrarán hasta el esfuerzo de ser libres!...

—¡Sigues viendo las cosas a lo trágico! ¡Hombre!, recuerda los versos de Campoamor, cambia tus lentes oscuros por otros claros; sé justo, Víctor, yo no niego que la civilización moderna tenga muchos defectos, mas, convengamos en que no la juzgas desapasionadamente!...

—Es verdad, ¡perdóname!, exclamó Sáenz, sonriendo irónicamente; no había reparado en ello; pero, aguarda: ¿el concepto sajón?... ¡Ah!... Efectivamente, no hay nada mejor para la vida ni para el bello arte de vivir: suprimiendo la sensibilidad, mecanizando la inteligencia, aplanando la razón (que son las fuentes de todos los dolores y las dudas humanos) crea el tipo del perfecto imbécil, es decir, del dichoso individuo que no conoce, para su bien, la grandeza de la angustia, ni la gloria de la inquietud, pero que posee, en cambio, todos los paraísos monótonos del *comfort*, todas las convicciones hechas, todas las inenarrables satisfacciones de la estufa, el ascensor automático, y el ventilador.

¡Créeme!... Yo aplaudo, yo admiro rabiosamente este criterio chato y torpe (¡misericordia para mí, equinos rubios!) porque así se iniciará en la humanidad un progreso regresivo, que, llevándonos otra vez a la bestia, nos conducirá nuevamente a la felicidad. ¿Se iniciará, he dicho?... ¡Calumniador, más que calumniador!, ya se está realizando; lo único que tenemos que hacer es intensificar la tarea; para esto, bastará con olvidar el cerebro cuanto se pueda, así, la atrofia orgánica (causa irrefutable de la atrofia mental) transmitida por la herencia, irá haciendo del hombre un ser cada vez más torpe, más rudo, menos racional, menos sensible, menos consciente, en fin, menos hombre, hasta convertirlo en

un bello ejemplar de bruto fuerte, poderoso, lleno de salud, con un excelente estómago, un magnífico apetito y una encomiable digestión!...

—¡Mira, Víctor!, comentó su amigo, sonriendo también, aunque ligeramente alarmado por el cariz oratorio que iba tomando la conversación, mira, mejor, si te place, dejaremos estas cosas y nos dedicaremos a aspirar el delicioso aroma de nardos y gardenias que nos envía el kiosko de al lado; esto, a mi entender, es más digno de ocupar nuestra atención. ¡Son tan adorables las flores!... (3)

—¿También tú te vuelves poeta?... ¡Menos malo, siempre que no seas modernista, ni como esos que disfrazan su vanidad de estridentismo y se creen genios porque son originales!... ¡Como si la extravagancia fuera cosa nueva y como si el hombre que anduviese en cuatro patas para no andar como los otros, fuera genial por ese simple hecho!...

—¿Es que ahora la vas a emprender con los poetas?...

—¡De ninguna manera!, si acaso sería con los verseros o con los *dilettanti* de la lira, quienes, entre paréntesis, son tan necesarios como las cotorras, las chachalacas y los papagayos!...

—¿Aves de hermoso plumaje?...

—¡Quita, hombre!... Aves de gritos rotundos. No obstante, ¡puede que tengas razón!... ¡Hay unos jovencitos líricos tan dulces, tan armoniosos, tan decorativos!... Leyendo sus florituras y viéndolos a ellos, tan delicados y tan tristes, he creído tener ante mis ojos verdaderas señoritas románticas, enfermas del mal de *Chopin* ¡Ay!... ¡tienen tal suavidad sus ademanes, son tan melancólicas sus ojeras, entornan de una manera tan soñadora sus ojos!... ¡Hato de... maripositas de seda, finas y diamantinas, que van libando néctar de flor en flor! ¡suspiros de viento... risas de espuma, cabellitos de sol!... ¡Oh!... ¡cómo me repugnan, cómo me asquean esos afeminados del intelecto: recamareras del ritmo, maritornes líricas, reposteras de manos monjiles que confeccionan apetitosos merengues,

(3) Años de 1920 a 1924.

ensortijadas charamuscas, sabrosos canelones, caramelos, paletas, flanes, pasteles decorados, mocas, guayabates, peronates, membrillates... todos los portentos de la alta cocina poética, y que cuando no gastan *coca y mari* (cocaína y marihuana) para darse importancia, reproducen las aficiones de Oscar Wilde, se retratan con arrugas fingidas, caminan con pasos sonambúlicos y, siendo tan espirituales están irremediabilmente grasos y obesos de vulgaridad!... ¡Las poetisas de nuestros tiempos, Xavier!... ¡Nuestras poetisas inefables!...

—Por ahí andan, no obstante, unos rebeldes, subrayó Xavier precipitadamente ¡cuando menos ellos sí son viriles, no lo negarás!...

—¡Viriles, por Dios!... Pero, ¿en qué piensas?... ¡No los injuries; la virilidad es un atributo humano y... ellos están tan lejos de los hombres!... ¿Cómo van a tener tiempo para ocuparse de averiguar el sexo al que pertenecen, esas emancipaciones divinas que la compasión del cielo nos envió para que nos enseñen las nuevas rutas y nos lleven a la tierra de promisión?...

—No seas mordaz, Víctor, por mucho que tengamos que criticarles no podremos negar que son unos precursores; a ellos les debemos el grito de liberación del estridentismo...

—¡Eso es, esto es, el estridentismo!... interrumpió Sáenz, arrebatando la palabra a su interlocutor. ¡El estridentismo!... Y ¿sabes tú lo que le contesté a un siervo del pontífice máximo de esa sicalípsis mental?... ¿*El estridentismo, eminencia?* ¡Ah, perdonad el atrevimiento de mi ignorancia: El estridentismo, innovación tan vieja como todo rebuscamiento (Marinetti, Folgore, Huidobro), es el medio más fácil de hacer genios a los tontos y tontos a los genios. No es una escuela, ni siquiera es una rebeldía; es el gesto sublime de un artista inconmensurable que hace pedazos *el Moisés* de Miguel Angel, *el Discóbolo* de Mirón y pisotea la *Ilíada* de Homero y las *Tragedias* de Esquilo. ¡Es muy profundo, muy sintético, muy sabio, tanto, que está fuera del arte que no es conocimiento, ni análisis, ni sabiduría, sino simple y sencillamente, emoción, imaginación y expresión!

¡Y conste que ni siquiera oso tocar esa otra especie de artistas de chamarra, bota minera y pistola al cinto, que ya no encuentran qué hacer o deshacer para convencernos de que son los músicos, los arquitectos, los escultores, los poetas y los escritores de la Revolución!...

—¡Vuelta con el agua fuerte! ¡Mejor vámonos Víctor, pareces polvorín, con la chispa más pequeña te inflamas!... Por lo menos llevamos una hora de dar vueltas... A la mejor, ya terminó la ceremonia en el Sagrario y ya cerraron la reja...

—Es verdad, hace ya media hora que estamos aquí, vámonos; si alguien se da cuenta de nuestra presencia y sorprende nuestra animada charla, de seguro que nos toma por políticos y conspiradores.

Dicho esto, emprendieron la marcha; en esos momentos la multitud abandonaba el hermoso templo y se dispersaba en grupos, tomando por distintas calles. En el reloj de la torre, sonaban las ocho; los eléctricos urbanos y los trenes dobles, como gusanos luminosos, se arrastraban pesadamente en torno del feo parque central, exornado en sus cuatro ángulos, con los pegajos de Querol arrancados al coronamiento del Teatro Nacional, posteriormente convertido en Palacio de las Bellas Artes. La inmensa plaza, iba quedándose huérfana de transeúntes; sólo por las anchas vías de desahogo, los faroles de los camiones y de los autos, bordaban intermitentemente, de lentejuelas, el anémico fulgor de los voltaicos. Los camellones del parque, insomnes bajo la cruda luz de los candelabros, distribuidos geométricamente, con una monótona regularidad de magueyera; las avenidas de San Francisco, el 5 de mayo, inquietantes y luengas como serpientes de oro; los Portales de la Diputación y de las Flores, tristes y solitarios; el Portal de Mercaderes animado aún y fulgurante, y enfrente, el inmenso y achaparrado Palacio Nacional con la campana taumaturga fatigada de gloria y las alas de las victorias mínimas, húmedas de estrellas. (4)

(4) Ocioso nos parece decir que, por entonces, todavía no se colocaba sobre el edificio, la hermosísima (?) estilización del acueducto de Querétaro.

Bueno, dijo Xavier, cuando hubieron llegado a la esquina de *El Paje*, yo te dejo, nos vemos mañana; voy por ti a las tres y media para que nos vayamos al Bosque; como hay festival en el Toreo, y además, es martes, no ha de haber mucha gente.

Iremos a visitar la fuente del Quijote, que acaban de instalar y subiremos a la terraza de los héroes que todavía no se inaugura; dicen que vale la pena... ¡No vayan a salir en tu casa con que no estás!... ¿eh?... ¡Y felicidades!...

—¡Felicidades, Xavier!... Y no tengas cuidado; te espero... ¡Tú tampoco me vayas a dejar esperando!... ¡Hasta mañana!... Y rápidamente, con su nerviosidad acostumbrada, Víctor Sáenz encaminóse a su casa, en tanto que su amigo, el joven doctor, alejábese en sentido opuesto.

La ciudad, todavía estaba rumorosa; detrás de las vidrieras iluminadas, se adivinaban las reuniones hogareñas y los bailes improvisados. Inesperadamente, un *forcito* pasaba raudo arrojando los gritos y las carcajadas de una parranda anticipada. En las vecindades, los chicos entablaban duelos con *brujas* y *tronadores* y, arriba, la entraña azul, trémula de astros, ardía en todas direcciones, con las brasas de los cohetes, cuyos colibríes ígneos, fugitivamente abrían los microscópicos paraísos de sus alas...

CAPÍTULO 5

COMO A LAS CUATRO y media, llegaron los dos amigos a la Plaza de España, situada en el término de la avenida Oaxaca, al final de la colonia Roma, hacia el Sur-Oeste frente a la entrada principal del entonces Hipódromo de la Condesa, convertido más tarde en la aristocrática colonia del Hipódromo.

Deseosos de disfrutar de un espectáculo variado, habían querido ir primero al modernísimo jardín, desde el cual columbrábase una extensa y deliciosa perspectiva, para encaminarse después, a pie, al bosque, entrando por la fuente colonial reconstruida, de la que se desprende la breve y armoniosa calzada de las palmas.

Recientemente reconstruido: con sus perfectas geometrías de césped, sus fuentes caprichosas, el diminuto lago poblado de ánades de juguetería, las avenidas espolvoreadas de tezontle púrpura, los camellones pintados y dibujados de flores, los arbolitos liliputienses y el bellísimo ciclorama que parecía ceñirlo, era un verdadero sitio de esparcimiento, y constituía, para el visitante, un sonriente oasis sereno, en cuya dulce frescura, la mirada, como un sueño, se tendía a vagar por el paisaje.

Cerrado al Nor-Este por las casas de la colonia, que se reunían y alineaban a uno y otro extremo, en semicírculo, el panorama, a modo de un abanico cuyo mango estuviese apoyado en el punto de convergencia de las avenidas concéntricas, ensanchábase magníficamente, en todos sentidos, mostrando, a un lado, la vegetación del Bosque, con el Castillo incrustado en el corazón de la fronda; al frente, el Ajusco, tallado en turquesas bárbaras, emergiendo del valle semidormido y recortando bravamente el horizonte, y al otro extremo, más allá del Hipódromo, encuadrando y magnificando la lejanía vagorosa, el

Popocatépetl y el Ixtazíhuatl, los volcanes egregios, las eminencias púgiles, bruñidas de plata, azuladas de atmósfera y de cielo, sólidas, tersas, magníficas, como dos zafiros descomunales con las aristas ardidadas de fulgores y los vértices mordidos de destellos!... Y la seda del prado, y la porcelana y el raso de las flores, y el arrullo de los perfumes, y la devoción del ambiente y la ternura de la luz!...

Evitando toda conversación que pudiera distraerles de la inefable contemplación, Víctor Sáenz y Xavier Landa permanecieron en el Parque un buen espacio de tiempo; ya sentados, dejando que los invadiera, que les penetrara la ingenuidad de la brisa; ya paseando por las callecillas coquetonas, sintiendo cómo sus pies se hundían suavemente en la húmeda arenilla rumorosa; o ya de pie, inmóviles, abstraídos, haciendo porque les entrase toda la melancolía lontana en el corazón; pugnando porque se concentrara en una esencia invisible, la vastedad remota, para poderla encerrar en una idea como en un pomo de perfumes.

Por fin, cuando comprendieron que el crepúsculo estaba próximo, encamináronse al bosque, sin precipitación, departiendo amablemente acerca de cosas sin importancia, a efecto de no enturbiar la inmóvil diafanía de estanque arrebujaada en sus espíritus, y escondida en la conciencia de las cosas, translúcidas de ingenuidad, cristalinas y fáciles de sencillez.

Pocas personas, por fortuna, frecuentaban el incomparable paseo. Escasos automóviles cruzaban, raudos, por las calzadas umbrosas y perdíanse en los laberintos exhúberos de vegetación. Los guardabosques con su típica indumentaria, hacían el servicio, ya apostados en los cruceros, o bien, en pequeñas patrullas que recorrían constantemente los sitios más frecuentados, al igual que los rincones más escondidos. En los grandes claros, correteaban los pequeñuelos o divertíanse en los volantines, columpios y demás aparatos destinados al recreo y solaz de la chiquillería. Al amparo de los grandes macizos, en las fingidas bancas rústicas, a la sombra de los pinos inmóviles o de los ahuehuetes milenarios, a la orilla del lago, en la alfombra del césped, los enamorados, en parejas idílicas, entregábanse a la sublime tontería del amor, cambiándose frases

baratas y dulzonas como caramelos. Uno que otro lector (acaso un poeta, quizás un filósofo, seguramente un sensitivo), recargado en un tronco, o tendido de bruces sobre el pasto, fatigaba los ojos y encendía la imaginación con el libro de versos lloriqueantes o la novela trágica, grandilocuente y funambúlica. Graves señoras de edad hacían ejercicios sin preocuparse un comino de la belleza del ambiente. Una amazona inesperada aparecía, de pronto, en compañía de varios jinetes. Dos o tres muchachos (estudiantes, con toda seguridad), chacoteaban de lo lindo con otras tantas muchachas (colegialas también, indudablemente) y de cuando en cuando, el viento ladrón y camorrista, robábase una palabra indiscreta o el diminuto estallido de un beso, y los dejaba con burlona socarronería, en los oídos de los despreocupados y muy especialmente, en los tímpanos de las venerables solteronas.

Traspuesta la fuente de las ranas, en cuya rotonda articúlase la calzada de circunvalación, la que da acceso a las entradas de la verja, y la Gran Avenida, internáronse en la espesura, por la callecilla que bordea el obelisco de los niños héroes y conduce a la tribuna monumental: amplio anfiteatro abierto a la sombra de un corpulento ahuehuete, patriarca de la estirpe, abuelo del bosque, cuyo tronco robusto y retorcido, finge una descomunal columna salomónica, que abriera en el capitel suntuoso de una vegetación exuberante. De ahí, despreciando la escalinata de cemento que lleva a la colina, ascendieron por un sendero serpenteante, lleno de encantos anónimos, escondido entre milagros de follaje, portentos de flores, frescura de corrientes, aleteos, susurros, murmullos cantarinos y penumbras misteriosas.

Habrían llegado apenas a la mitad de esta senda fabulosa, verdadero camino de hadas, cuando halláronse, de pronto, con un sonriente jardinillo, hurtado a las miradas profanadoras, por la sabiduría misericordiosa de un jardinero esteta. Ocupaba nada más como unos diez metros cuadrados de superficie, en una diminuta plazoleta, que abría un paréntesis de descanso en la pendiente, pero estaba trazado y arreglado con tal gusto, tenía tal profusión de plantas finas, una

gracia tan encantadora presidía la distribución de su ornato, que más bien creía uno encontrarse ante un corimbo de ensueño, un ramillete asperjado de rocío o un mosaico, o una joya esmaltada, cuyos colores tuviesen fragancias, como los matices de las rosas y los azorados rubores de las muchachas pueblerinas. Gozando del inesperado hallazgo, permanecieron breve rato, devotos, al compás del hilo de agua que afinaba el surtidor enano de la fuente, y del hilo melódico que vertía el pico del ave desde el tabernáculo sedante y tibio del alero.

Mas, como el sol ya iba cayendo, volvieron a reanudar su interrumpida peregrinación, hasta llegar a la alta meseta donde se halla la entrada del antiguo Colegio Militar. Allí estaba la famosa terraza de los héroes, entonces todavía en construcción, desarrollándose a las plantas del moderno edificio de las oficinas presidenciales: de dos cuerpos, sobrio, elegante, de un bello estilo renacimiento francés, con amplios ventanales, abiertos al Poniente, en cuya dirección y precisamente frente a la puerta de entrada, una hermosa alberca de cantera y azulejos, ofrece la dádiva de un pedazo de cielo cautivo en el estuche de las linfas.

Comprendiendo toda la amplia explanada de la colina, extiéndose la terraza hacia el Oeste, limitada en esa dirección por una orla pétrea, graciosa, y elegantemente ondulada, que arranca de dos pérgolas paralelas, bella y sobriamente delineadas: la del Sur sobre la rama ascendente y la del Norte empotrada en el peñón, empinada en el flanco de la roca, suspendida casi sobre el cerúleo abismo de la vegetación semidormida, y ambas ceñidas por macizos balcones de cantera, que invitan a recargarse, para dejar que los ojos, con el vuelode las miradas nómades, vayan a perderse en la magia insuperable de la visión kaleidoscópica. Finalmente, en medio, un extenso prado sirve de alfombra al sencillo monumento conmemorativo del gesto heroico de los jóvenes espartanos del 47, que, según cuentan, en ese mismo crestón ilustre, agotaron los timbres de la gloria.

Víctor Sáenz y su amigo, mostráronse vivamente satisfechos de haberse encontrado con tal sitio; recorrieron la terraza en todas direcciones; examinaron

cuidadosamente los detalles; comentaron lo más saliente de la obra, y después de haber oteado las perspectivas, instalaron su observatorio en la pérgola del extremo norte, que finge avanzar de la meseta como el etéreo mirador de un nido de mirajes inesperados.

El espectáculo era admirable: abajo, la trémula masa del bosque, luciendo toda la gama de los verdes: desde el verde severo de los ahuehuetes y el verde fúnebre de los pinos, hasta el verde tierno del césped y de las pobrecitas plantas arrebuñadas. Recortando, a trechos, esta gran masa esmeraldina, la somnolencia del lago irregular, ya ahogado en la sombra, ya espejeante de luz, manchado de ánades, ennoblecido de cisnes; encarrujado de brisas y surcado, aquí y allá, por el fastidio de las lanchas infatigables. Más allá, a un lado, la ciudad afinada y embellecida por la distancia. Más lejos todavía, los pequeños cerros que preludian el cansancio eterno de las serranías, y del otro lado, al Poniente, las serranías también, cerrando las extensas sabanas del valle, envuelto en gasas opalinas, lechosas, delicadamente coloreadas. Hallándose el sol más abajo de la línea cortada de los montes, la locura luminosa, la fiebre irisada de los cobres líquidos y las púrpuras suntuosas, y los áureos lingotes derretidos sobre las crestas de las cumbres, habían dejado su lugar a la vaguedad encantada de una reminiscencia de cuento azul. El lapizlázuli habíase diluido hasta hacerse de una dulzura de pupilas infantiles; el rojo vivo había muerto en un malva rosa; el amarillo naranja, en un rosa té, blondo y liliáceo, el oro viejo, habíase suavizado en un marfil melancólico; la plata bruñida de las aguas era ya una profunda turquesa triste, o una amatista suspirante y ojerosa; el ambiente era de inciensos y perfumes desvanecidos; todo el espacio era música en sordina, litúrgica y misteriosa; de todos los poros de la tierra, parecía brotar una misericordia infinita y una piedad muda; las campanas de los templos lejanos, ensartaban en los hilos del viento, los abalorios fúnebres de sus notas pausadas; gritos anémicos, alarmas de sirenas, arañaban o tajaban el silencio; de cuando en cuando, el fanal de un automóvil arrojaba puñados de azogue a la penumbra de los caminos

serpenteantes, y, a veces, también, un ave retrasada, dibujaba el cansancio del vuelo en la ternura lontana. Signos de vida, las luces de las hogueras y las fogatas de las chozas, comenzaban a encenderse, al par que, arriba, signos de eternidad, empezaban a arder los enjambres de las constelaciones, tímidas aún, palpitantes, candorosamente desnudas, como niños!...

CAPÍTULO 6

*J*AMÁS, como entonces, había sentido Víctor Sáenz, la recóndita hermosura de las cosas; la paz inmarcesible del cielo; los infantiles candores del paisaje; la dulzura amable y consoladora de la naturaleza.

—¡Ya ves!, ¡la vida es bella!, comentó, al verlo tan ingenuamente encantado, Xavier Landa.

—¡No!, respondió Víctor Sáenz, como despertando de una quimera, lo que es bello, es el dolor de la vida, que afinando nuestro intelecto, nos permite apreciar la belleza; si no, mira allá abajo al burgués estúpido, paseando su humanidad idiota, impassible, indiferente al sublime espectáculo.

—¡Siempre con tus cosas!... ¿Sabes acaso si sueña?...

—Pues si sueña es realmente humano y si es humano sufre, y... aunque no quieras, llegamos a la misma conclusión de que, lo bello es el sufrimiento, porque engendrando la posibilidad de soñar, nos permite sentir esa que no es más que una forma, y a veces una condición de la belleza.

—¡No, hombre, no!... ¿Por qué ese empeño morboso de alabar el dolor?... ¡Por qué ese odio a la salud, a la fuerza, a la comodidad, a la felicidad, a la alegría?... ¡No tienes razón, confíésalo! ¡Tus conceptos son extraordinariamente trágicos, fúnebres, amargos, cortantes!... ¡No tienes razón! ¡Eres demasiado selecto para tener razón; eres un cerebral, un dislocado, un intoxicado, un eterómano, un opiómano de la sabiduría, casi, casi, un desequilibrado!...

—Por ventura, repuso Sáenz avivando cada vez más sus palabras, en perfecto desacuerdo con la tranquilidad ambiente, por ventura, ¡Oh, Gener!, ¡Oh, Bovio!, ¿el genio no es un gran desequilibrado? ¿Por ventura no padecemos también

todos un poco de desequilibrio y es precisamente a causa de eso por lo que valemos, pues, el equilibrio es la vida saciada, el egoísmo satisfecho, la bestia ahitada de pastura, pero huérfana, yerma, ayuna de la divina demencia de la idea?...

¿Pensar intensamente, no es ya un desequilibrio, un supremo desgaste de energía, una especie de suicidio, puesto que, la vida es una avidez de ser para nosotros, y no de ser para los otros; un afán de devorar sin gastar; sin desperdiciar nada en vano, y el que piensa, sobre todo el que piensa bellamente, es un derrochador que da y da, incansablemente, sin recibir otra cosa que el desprecio?... ¿A qué, pues, reprocharme lo que es fruto de mi sed de afirmarme en una afirmación racional que es, que tiene que ser, ineludiblemente, la más alta y esencial afirmación de mi especie? ¿No dijo Spinoza que filosofar es comenzar a morir? ¿La sabiduría no es una agonía lenta?... ¿Todo acto de conciencia no es un gesto de martirio, y para que exista el placer, no necesitamos evitar toda introspección, como quien dice, toda forma consciente del pensamiento?...

¡Sí! ¡Sí!... ¡Lo sé!... ¿Y qué? ¿Acaso no es ésto, la inconciencia, mejor que la conciencia?, ¿quién te ha dicho que el supremo bien sea la omnisapiencia coronada de espinas y no la ignorancia coronada de rosas?... ¡No ves que el fin de la vida es vivir, y quien se mata, cualquiera que sea el sistema o el instrumento que escoja para ello, atenta contra su propia razón de ser, y se rebela contra fines que no puede condenar desde el momento en que los desconoce!...

— ¿La ignorancia feliz?... ¿El asno coronado de mirtos?, glosó duramente Sáenz... ¡Pero! ¿Qué dices Xavier, qué estás diciendo?...

Tú mismo afeas, tú mismo rebajas el mundo que tanto amas. Quitá a los grandes tristes, suprime a los grandes doloridos, a los excelsos fracasados, bórralos de la historia, arrójalos del planeta, y... ¿qué te queda?... ¿Cuál es, cuál sería sin ellos, el aspecto de tus semejantes, amontonados, perdidos en un anonimato de carneros de Panurgo?... ¿La felicidad?, ¿la dicha?, ¿el placer?, ¿qué otra cosa han hecho sino petulantes, indiferentes, despectivos o mediocres?...

En cambio, ¡oh hedonista!, ¡oh epicureísta!, dime, respóndeme, ¿qué criatura suprema, qué existencia sublime, qué espíritu excelso, no han sido exaltados, santificados, consagrados o glorificados por el dolor? ¿Olvidas la indigencia de Homero; la desesperación de Safo; la servidumbre de Esopo; la desolación de Jeremías; el estercolero de Job; el martirio de Cuauhtémoc; la cicuta de Sócrates; la hoguera de Savonarola, Juan Huss y Servet? ¿No sabes que Eurípides expira en el cadalso; que Esquilo y Aristóteles son acusados, befados y arrojados de Atenas; que Demóstenes se ve constreñido a envenenarse, para no convertirse en esclavo de Antípatro; que Ovidio es condenado al ostracismo entre los bárbaros; que Séneca es obligado a suicidarse por el capricho del mismo déspota que manda a asesinar a Lucano; que la traición mata a César, la estulticia a Arquímedes y el desengaño a Catón? ¿No recuerdas la desventura de Dante; la pobreza de Shakespeare, y la estrechez de Cervantes, a quien el odio, la envidia y la ingratitud arrojan a la cárcel, al olvido y a la desgracia, lo mismo que a Colón, el descubridor, a Cortés el aventurero, y a Galileo el iluminado, que tras de ser humillado por los imbéciles, ciego y pobre, concluye su fecunda existencia en una mazmorra? ¿No ves a Guttemberg y a Palissy, a Genner, a Harvey, víctimas de las persecuciones, las proscipciones, las burlas y la miseria?

¿Y Lavoisier, Vergniaud, Desmoulin y Andrea Chénier, cuyas gloriosas cabezas, como otras tantas, son salvajemente cercenadas por la guillotina, mientras Condorcet, en la prisión, pone fin a sus días, para no sufrir la afrenta del patíbulo? ¿Y Dionisio Papin, que mira cómo los barqueros del Rhin hacen pedazos su nave de vapor? ¿Y Descartes, que obligado a huir de su patria, fallece en el exilio, donde Víctor Hugo pasa los veinte años más crueles de su vida? ¿Y Chatterton que muere de hambre y Molière cuyo cadáver es arrojado a un muladar?... ¿Y Álvaro de Luna mandado decapitar por Juan II; y Voltaire y Silvio Pellico y Mickiewicz y Fray Luis de León, Meléndez Valdés, Quevedo, Unamuno, Montalvo, etc., que también sufren, ora la prisión, ora el destierro, al igual que Napoleón, abandonado en una isla, olvidado, enfermo y solitario?...

¡La inconformidad de Buonarrotti; la tragedia íntima de Beethoven; la misantropía de Kant; la soledad de Pascal; la abstracción de Newton; el aislamiento de Edison, Marconi, Curie, Bernard, Pasteur, Cajal, Tesla!... ¡El pesimismo de Schopenhauer y Leopardi; el escepticismo de France, Renán, Larra, Campoamor y Queiroz; la duda de Montaigne y Descartes; el hastío de Baudelaire; la degeneración de Wilde; la corrupción de Poe; la bancarrota de Balzac; la anormalidad de Platón, Leonardo, Rousseau, Gide; la inconformidad de Tolstoy; el desencanto de Schubert; el delirio de Byron; la enfermedad, la maldición patológica de Verlaine, Chopin, Dostoyevski, Nietzsche, Schumann, Maupassant!... Y todavía, en un plano más elevado aún, en la zona de las categorías simbólicas, ¿no recuerdas tampoco, la renunciación de Francisco, la autonegación de Budha; el tormento de Prometeo; la locura de Don Quijote y el sacrificio de Jesús?... (1)

¿Morir has dicho? ¡Y qué importa! ¡Si de todos modos hemos de morir, yo prefiero morir porque el espíritu haya matado a la materia y no porque la vil materia haya matado al espíritu! Recuerda lo que decía Platón: ¡El hombre es una alma que se sirve de un cuerpo!...

(1) Acaba de inaugurarse (años de 1934-1935) en el asilo Osear-Helena, de Berlín, una exposición en la que figuran los relatos, con sus respectivas biografías, de los grandes inválidos, contrahechos, deformes y enfermos de la humanidad. En dicha galería, además de muchos de los nombres ya citados, como Miguel Ángel, Cervantes, Spinoza, Hugo, Voltaire, Leopardi, Kant, Nietzsche, Da Vinci, Chopin, Beethoven, Schumann, Byron, Napoleón, Schopenhauer, Wilde, etc., se encuentran, los no menos célebres de Pericles, Nerón, Aretino, Dantón, Robespierre, Marat, Mirabeau, Heine, Cromwell, Talleyrand, Catalina de Rusia, Krüger, Pepino el Breve, Juana la Loca, Carlos el Hechizado, Felipe II, Ricardo III, Guillermo II, Thiers, Camoens, Milton, Oscar Carvin Klein, Bela Khun. Mennier, Rodin, Teotocópuli, Lucas Van Leyden, De Toulouse Lautrec, Van Gogh, Gluk, Gounod, Grieg, Hoendel, Mendelssohn, Meyerbeer, Schubert, Rossini, Strauss, Wagner, Mozart, Weber, . . . Lamartine, Balzac, Scheleiermacher, Rosa Luxemburgo, Kierkegaard, Weisenbergh, Svendenborg, Snowden, Poincaré, etc., etc.... ¡Desde Ignacio de Loyola, pasando por el rabino Aarón Reb Rokeach, hasta los tres insignes socialistas: Goebbels, LENIN y KARL MARX!. N. del A.

¡Sí! ¡Sí! Destrozar la carne, martirizarla, verla enflaquecer, languidecer y extinguirse, ¡oh, qué delicia!, ¡qué sublime delicia!, ¡qué infinito placer, y sobre todo, qué victoria más grande para un hombre verdaderamente tal; es decir, para un animal racional, cuya razón ha acabado por estrangular al animal!

—Pero, es que en esta lucha tú también sucumbirías, mejor dicho, tú eres el único que sucumbes.

—Aceptado, pero, sucumbo en inteligencia y en belleza, y no en barbarie e imbecilidad; ¡prefiero ser materia que arde y no materia que se pudre; para mí, vale más la efímera gloria del bólido que la perenne vergüenza del pantano! Puesto que sólo el pensamiento eleva, exaltemos al pensamiento; y, ¡escúchame!, si la locura es la libertad de la razón aherrojada en los duros silogismos de la lógica, admiremos a la locura como a un misterio, como a una supremacía que desconocemos; sobre todo, alabemos en el genio el valor de no querer, el privilegio de no poder ser como nosotros... ¡Seamos, procuremos ser inconformes, insatisfechos, pesimistas!... ¡Procuremos sufrir, sufrir!, ¿entiendes?... ¡sufrir! ¡sufrir y aprovechar toda causa, toda razón de sufrimiento!...

—¡Hombre, Víctor!... ¿Qué es eso?... ¡Tú deliras!... Tú estás enfermo; eres un caso concreto de psicopatía; eres un psiconeurótico; jamás apartas de los seres y de las cosas tu escalpelo; detrás de la belleza que te cautiva, buscas la bacteria que la destruye. Te has propuesto, te empeñas en ser una clínica que anda, que ve, que hurga, que jamás se halla en reposo; tu espíritu es un anfiteatro, un hospital, un gabinete de taxidermista. No tienes piedad de nadie, ni siquiera de ti mismo.

Yo casi estoy seguro, después de oírte, de que, a manera de esos voluptuosos del sufrimiento o masoquistas neuróticos de Zimmermann, tú buscaste la enfermedad que te devora y que tú, personal y morbosamente la cautivas.

—¡Bueno; no te espantes, te lo confieso!, repuso Sáenz en un tono confidencial y misterioso, que hacía más sibilantes sus palabras: es cierto, yo pude haberme curado desde hace mucho tiempo, pero no quise, mi enfermedad me hacía falta; es la razón medular de mi existencia; yo la amo como a la primera novia; yo la

adoro con un frenesí incontenible; yo la mimo, yo la acaricio, ¡sí! yo la cautivo como a un supremo bien, como a un celeste microbio, como a un divino bacilo, como a un sagrado látigo martirizante que me produce inefables y sutilísimas desesperaciones!... Y como a ella, junto con ella, también cultivo a la miseria y a la desgracia, que son dos garras brutalmente exquisitas, que tiran de mis nervios con furia, sin compasión, bárbaramente, hasta afinarlos y hacerlos vibrar en tensiones dulcísimas, delicadísimas, inverosímiles!...

¡Ser sano, robusto, fuerte, bastóte como un buey o como un potro!... ¡oh qué asco!... ¡Ser equilibrado es decir mediocre, ¡ser feliz o lo que es lo mismo, necio, porque sólo los necios y los tontos son felices, ya que ni siquiera les pesa la conciencia! ¡No!... ¡No!... ¡Yo no estaré nunca en un potrero ni en una cuadra, aunque otro Calígula me ofrezca la dignidad de cónsul!... Yo no entraré jamás a los pesebres de esta teoría de vaca suiza y de toro holandés. ¡Prefiero todas las calamidades a esos mezquinos beneficios!...

—¡Hombre! ¡Es que en la actualidad hasta la educación ha aceptado ese criterio que tú condenas!...

—¡Es exacto!, ¡pero eso únicamente prueba que el mundo entero se imbeciliza y que tiene un vivo empeño de imbecilizarse!... ¡Medir al hombre por el número de arrobas y no por la cantidad de talento; apreciarlo por la salud y no por la cultura!...

—Como siempre, subrayó Landa rápidamente, exageras, calumnias, hieres, ¡Dime!, ¿por fuerza se necesita sufrir y estar enfermo para poseer inteligencia y erudición?... No te acuerdas de la clásica máxima, grata a los griegos y a los latinos... ¡*Mens sana in corpore sano!*...

—¡Ya!... ¡ya!... ¡ya!... interrumpió Sáenz burlonamente, tenías que venir a parar en esto que en la actualidad repiten, pavoneándose, hasta los más graníticos atletas!... ¿Pero tú, ilustre galeno? ¿Es posible que tú creas y te escudes en semejantes majaderías?... ¡No, hombre!... ¡Confiesa que te pones en ridículo!... ¿La salud? ¿La famosa salud?... A propósito ¿sabes?, no se dónde leí que hay una teoría

modernísima, corolario según creo de la unidad patógena de Cajal que concibe la inteligencia (síntesis genérica de los procesos intelectuales) ya no nada más como el resultado de un armonioso desequilibrio neuro-psíquico-mecánico, conjunto coherente de supervibraciones nerviosas; sino como una verdadera enfermedad, producto de microbios sapientes, que sobreexcitan las funciones cerebrales y producen una hiperestesia tal, que, afinando inverosímilmente nuestra sensibilidad respectiva, nos obliga a delirar MATERIALMENTE en el pensamiento, que no es ya otra cosa, que una fiebre de la conciencia!...

Si esto aún no está comprobado, si es todavía una hipótesis o una ilusión osada; si no existe realmente, debería existir; yo, por mi parte, así lo creo, es más, yo lo deseo, y bendigo, desde ahora, a ese microbio todopoderoso, que nos exprime la vida convirtiéndola en idea, y nos destroza el cerebro disgregándolo en podredumbre sonora, melodiosa, fúlgida y magnífica!... ¡Oh, cómo sería una epidemia de éstas!...¿Te imaginas lo que se podría hacer incubando esos gérmenes, cultivándolos, amamantándolos, reproduciéndolos en cantidades increíbles y difundiéndolos en toda la materia viva; inoculando con ellos generaciones y generaciones; llenando con sus muchedumbres hasta los más recónditos tejidos de los más porfidicos imbéciles!... ¡El mundo entero sería una inmensa pústula de neurasténicos, fóbicos, hipocondríacos, neuróticos; una excelsa y divina gangrena de suicidas; una suntuosa cloaca de contrahechos, de inconformes, bandidos, criminales; una gusanera insuperable, maravillosamente insuperable de cocainómanos, eterómanos, morfínómanos, marihuanos y dementes, artística e irremediablemente dementes, por no haber querido ser bárbaros! ¡Una sicalipsis de histeria; una orgía diabólica de desesperados, descoyuntados, crapulosos, violadores, estupradores, incestuosos, cochinos, marranos, indecentes; el castigo de Luzbel, las plagas de Egipto, Sodoma y Gomorra... el desastre de la conciencia, mil veces preferible, sí, preferible mil veces a los regocijos de los idiotas y a la paz de la esclavitud acomodaticia!

—¡Cállate!... ¡Cállate!... ¡Si todos pensarán como tú piensas, ya se habrían suicidado, horrorizados, asqueados de ellos mismos!...

—Y, respondió dura y cortantemente Sáenz, si todos fueran como tú quieres, el mundo sería un establo o un potrero; una exposición bovina; ¡un paraíso de asnos coronados de laurel o una universidad de cerdos con casacas académicas!... ¡No! ¡No! ¡Que sucumban mejor esos bípedos que no pierden todavía la costumbre de andar en cuatro patas; que sucumba mejor esta especie que no sabe conservar su posición vertical! ¡Estrangulémosla, organicemos una verdadera cruzada para hacerla pedazos!... ¿Sabes?... ¡yo he pensado en un virus, una especie de sífilis rabiosa o de hidrofobia sifilítica, que haría que los padres, en un sublime arrebató de grandeza, martirizaran a sus esposas, las atormentaran con un arte consumado, y las obligaran a echar al mundo hijos desequilibrados, monstruosos: verdaderos adefesios de carne; injurias vivas; pudrideros de taras hereditarias; muladares de atavismos; alcantarillas, albañales de cáncer, lepra y tuberculosis, a quienes, para completar la fatalidad biológica, los padres, en un afán de perfección, los martirizaran también diariamente, poniéndose a escupirlos, a pisotearlos, y a sacarles los ojos, a arrancarles las uñas, a trozarles las orejas y cada uno de los dedos de los pies y de las manos, pero sin herirlos de muerte, para que el placer estético pudiera prolongarse y al otro día se reanudara la labor nuevamente, con la misma función unciosa y el mismo refinamiento estudiado, sereno, matemático, mecánicamente uniforme, persistente!...

¡Qué apoteosis más bella!... ¡La diaria dignificación de la porquería orgánica, por medio de la descuartización perpetua, minuciosa, omnisapiente! ... La ternura paterna que sobrepasa los límites de la tonta ternura vulgar, y que, ahorcando el cariño egoísta (que no quiere que los hijos sufran nada más para que no sufran los padres) se supera a sí misma y flagela, es decir, perfecciona la carroña filial, que siendo producto de él, también es un detritus de su propia carne!...

¡Machacarnos en nuestra prolongación genérica!... ¡Malograr nuestro crecimiento, en el crecimiento discontinuo (que decía Spencer); no limitar el castigo a la actualidad que constituimos; si no extenderlo a nuestro desdoblamiento en el futuro, a la proyección vital que perpetuará y alargará la ridiculez de nuestro tipo animal, la chatura risible de nuestras proporciones, la regocijada comicidad de nuestros perfiles!...

¡Matar!... ¡Matar!... ¡Acabar con nosotros para siempre, no por la esterilización de la hembra sino por la contrahechura del producto!... ¡Retrotraer hacia el caos, lo que del caos nació!... ¡Reducir, disminuir, envilecer, achaparrar, retorcer, estebar, inocular, desgraciar indefinidamente al hombre y al hijo del hombre, para que, borradas irremediablemente sus características, pueda alcanzar la supremacía glorial de los necroides: los divinos colaboradores de la esquelética que se prostituye con los cuerpos yertos; los supremos artistas de la indecencia; los armoniosos liróforos de las sombras húmedas; los perfumistas de las pestilencias; los ensayadores de las sales orgánicas; los saponificadores de las grasas deletéreas; los clínicos de las entrañas corrompidas; los filósofos de la cruda verdad; los sabios de la insuperada sabiduría; los todopoderosos, los omnipotentes, los clarividentes; los que edifican sus mundos en la fermentación caseica, en la fermentación amoniaca, en la fermentación delicuescente: *“las custoneuras, la mosca azul, la mosca verde, el Gran Sarcófago, los dermestos, las oglosas, las piefilts, los corinetos, las loncheas, las foras, las sílfides. los necróforos, los acaros, las aglosas roedoras, el tenebrio obscuro y el mantillo parduzco”*, que, ¡oh ironía!, a causa de su color y de su aspecto, se toma por nuestra ceniza y hasta se conserva, a veces, en ricas ánforas y ricos vasos, cuando el polvo venerando no es otra cosa que la última millonada de nuestros infinitesimales antropófagos!...

¡Matar!... ¡Matar!... No dejar al hombre más que los vicios más repugnantes para que le muerdan el hígado, le perforen los pulmones, le quemén los intestinos, le agrieten el estómago, le puncen el corazón, le hiendan las venas, le arañen las arterias, le desorganicen los tejidos, le petrifiquen los músculos, le licúen

los huesos, le nublen los ojos, le coman la nariz, le destruyan la epiglotis, le apesten la boca y le corroan la epidermis con granos, papilomas, plagas, abscesos y secreciones purulentas!... (5)

— ¡Calla!... ¡Cállate!... ¡Víctor!, exclamó Xavier visiblemente horrorizado, ¡tú estás loco; es espantoso todo esto!... Escuchándote, siento uno náuseas, no me explico esta furia asesina; te oigo y no doy crédito a mis palabras... ¡Blasfemas!... ¿Es posible?... ¿Cómo has llegado a tanto tú, tú, que a pesar de todo, en diversas ocasiones has exaltado a Cristo?...

— ¿A Cristo?... ¡No tengas miedo, mojigato, insistió Víctor con una sorna que no lograba desterrar del todo su amargura, ¿Cristo?... ¡Realmente! ¡Realmente!... ¡es verdad!... ¡Lo he exaltado, lo admiro, lo alabaré eternamente, pero, por eso, precisamente por eso: porque todo lo llenó de sacrificios y de lágrimas; porque les echó a perder la fiesta a los beodos de las dyonisiacas, y detrás de los cascabeles del bufón, puso las lamentaciones del infierno!... ¡Lo elogio, lo bendigo, porque interrumpió la desenfrenada bacanal humana y le quitó al hombre su hermosura de bestia; porque fue la victoria de uno, amasada con la miseria de todos; porque nos hizo odiar los placeres fugitivos y las comodidades burguesas, y porque, arrebatado por el ímpetu de su divina misión, amándola como la amaba, le contestó a su madre, cuando quiso apartarlo de las angustias de su destino: “¡Mujer! ¿Qué hay de común entre tú y yo?...

Sublime suicida, nada quiso de cuanto lo hubiera salvado; pudo haber negado, pudo haber rehuido las preguntas o respondido hábilmente a los interrogatorios de sus jueces; de habérselo propuesto, con la fuerza de su palabra y el poder

(5) “El verdadero papel de la existencia colectiva, es el de aprender, el de descubrir, el de conocer; comer, beber, dormir, en una palabra vivir, es un mero accesorio. En este respecto, nosotros nos diferenciamos de la bestia. El fin es conocer. Si yo fuese condenado a escoger entre una humanidad materialmente feliz, repleta como un rebaño de ovejas en un campo y una humanidad existiendo en la miseria, pero de la cual saliese, de aquí y de allá, alguna verdad eterna, yo escogería esta última”. M. Naquet. Cita del A.

de su seducción, habría electrizado y arrastrado a las masas, hasta la cumbre de las más excelsas ensoñaciones, para después precipitarlas desde allí, como avalancha incontenible, sobre los ranos malditos y las ciudades corrompidas. El mundo hubiera sido suyo, sin necesidad de que Satanás se lo ofreciera, mejor aún, cuando lo hubiese deseado hubiese tomado posesión de un mundo que ya le pertenecía. Pero no quiso (¿Cómo iba a querer una cosa tan pequeña siendo tan grande?) y provocando la estupefacción de los siglos y el asombro de los orbes, él que era emanación de lo Alto, él que era el Hijo de Dios, marchó a pie enjuto por nuestros pantanos; encarceló sus auroras en las tinieblas de nuestro barro, y, dignificando hasta lo que le envilecía, dejó que lo clavaran brutalmente en el madero, para enseñarnos que la carne sólo es digna de nosotros, cuando la manchan las burlas, la escupen los sayones, la enlodan los fariseos, la befan los sicarios, la hieren las espinas, la azotan los látigos, la taladran los clavos, la perforan las lanzas, la reseca, la sed, la abruman las fatigas, la abrasan las desesperaciones, la sacuden los espasmos, la suplician las agonías, y la dejan lívida, fría, rígida, inmóvil, solemne y espantosa, los golpes secos, firmes y acompasados de la muerte!...

Y todo esto sin tener en cuenta que, según el estudio de Las Púrpuras de nuestro sabio amigo el Dr. Ignacio González Guzmán, miembro distinguidísimo de la Facultad y Academia de Medicina, Cristo sólo fue un histérico genial... O acaso, como otros quieren, simple y sencillamente, un epiléptico larvado o un heredo-sifilítico...

—¡Qué bárbaro!... ¡Estás loco!... ¡Más que eso!, eres como una síntesis espantosa de psiconeurosis. Oyéndote, he asistido al desfile de todos los suplicados por la neuropatía: el “habitante de las fronteras” de Ball y Maudsley; el decadente o delirante emotivo de Morel; el egoísta de Nordau; el degenerado superior de Magnan, el matoideo (grafómano, onomatomaniaco o logomaniaco) de Lombroso; el loco moral, de Pichard, y todos esos tipos anormales de Roubinovitch, Legraine, Colín y Charcot. Tus palabras me han hecho pensar

en las histerias masculinas de Michaut, Tourette, Richer y Tarabaut. Se diría que padeces, al mismo tiempo, la neurastenia de Axenfeld, la psicastenia de Janet y las neurosis angustiosas de Freud y Hahemberg. No sin espanto me haces pensar en un ejemplo vivo y terminante de las psicopatías constitucionales constituciones psicopáticas de Dupré, Delmás y Bool, es decir el padecimiento, en un solo sujeto, de las diferentes psicosis sistematizadas de Fleury: la perversa, la mitomaníaca y, sobre todo, la ciclotímica, la emotiva y la paranoica... En fin, eres un hipertrofiado o un atrofiado psicológico, ¡un loco! ¡un verdadero loco! Por eso te conduces de ese modo.

—¡Vaya!, ¡Vaya! ¡Ahora luce tu erudición a mis expensas! ¡Ya me imaginaba que ibas a resultar con eso! Todos ustedes los médicos son iguales, creen arreglar las cosas con palabras, sobre todo, cuando de las cosas no comprenden nada!... ¿Pero, loco?, ¿loco yo? ¡Vaya una ocurrencia!

—¡Sí! ¡Estás loco!, prorrumpió Xavier, tu neurosis está degenerando en locura. Ya ves, ni los espectáculos más bellos logran serenarte; nada puede matar a esa amarga serpiente que se te ha enredado en el corazón; tu dolor, tu pesimismo es como una tenia indestructible, cuyas infinitas cabezas, reproduciéndose de un modo espantoso, han invadido tus nervios, te han robado el sensorio y se han puesto a pensar con una asquerosa persistencia... ¡Era tan bello este atardecer, Víctor; era tan grata la dulzura que por todos lados nos rodeaba; tenían tal música recóndita las liras de los seres y los cordajes invisibles de las cosas!... ¡Víctor!... ¿Qué te pasa?... ¡ya ni la belleza logra curarte! Antes, la contemplación del alba, o simplemente el parvo espectáculo de una flor entreabierta, tornábate manso y te ponía de rodillas como ante una custodia, ¡hoy!...

Pero, vámonos... La noche se ha echado encima... Donde que, ahora parece que no han encendido los candelabros... ¡Hace frío!; ¿no tienes frío?... ¡A ver si no nos dejan pasar los veladores!...

—¿Frío dices?, comentó Sáenz, casi maquinalmente, como quien vuelve de una abstracción o de un alelamiento, ¿hace frío? ¡Ah, sí es cierto!... Tomemos

la rampa, y olvida mis tonterías; perdóname, como Hamlet, *mancho lo que toco...* pero, ¡créeme!, no soy malo..., ¿o sí?... ¡puede ser!, ¿verdad?... ¡Tan hermoso crepúsculo!... ¡tarde tan bella!... mas, ¡no creas!... ¡yo me llevo su esencia en el corazón: así me pasa siempre; soy como esos crestones ibicencos en cuyas grietas escurre la miel de los panales o como esas formidables rocas bíblicas que sabían de las músicas del agua!...

¡Ah, hombre; a propósito!... ¡y no vimos la fuente del Quijote!... ¿quieres que vayamos?, al fin de todos modos ya se hizo tarde... ¿No crees que tiene también su encanto, o hasta un encanto nuevo así, apenas visible, como entrevista nada más en la conciencia de la oscuridad?

—¿Y, si nos asaltan?, repuso Xavier, aprovechando la coyuntura, ya ves que aquí cuando no se puede revolucionar, se atraca, para no perder la costumbre.

—¡No!, ¡ahora no hay gendarmes!... ¡no tengas cuidado!...

Y, no sin grandes dificultades, perdiéndose más de una vez en los vericuetos de la espesura, iluminada sólo a trechos inconmensurables, por impotentes focos mortecinos, después de andar callecillas y más callecillas, dieron al fin con la delicada joya, ornamentada toda con motivos del libro eterno; ilustrada de mosaicos que, apenas si lograban destacar suavemente de la penumbra sombría, acariciados por el tenuísimo resplandor astral que rielaba, anémica y tristemente, en las tersuras de la filigrana, como en una seda violácea o en las fúnebres ondas de un muaré de catafalco.

Los detalles no podían distinguirse. Únicamente veíanse los dos pequeños semicírculos ochavados, que constituían otras tantas bancas, articulados, sin cerrarse completamente, por dos pequeños prismas equidistantes, huecos, con una disposición de estanterías, sobre cada uno de los cuales descansaba, respectivamente, la estatua ecuestre de Sancho el Noble, en su inseparable rucio, y don Alonso de Quijada, el Bueno, en su glorioso Rocinante; en el centro, un rítmico tazón de porcelana, trenzaba y destrenzaba su madeja cristalina; en torno, los ramajes de los árboles exprimían tinta en el prado sobrecolgado; el

áspero grito de la lechuza rasgaba el aire como una tela; leves rumores, como reptiles, arrastrábanse entre las hojas secas; los arbustos cabeceaban; las rosas ya estaban dormidas; los pajarillos soñaban en excursiones azules, y, mientras en la espesura selvática, la obscuridad y el silencio oraban juntos, arriba, bendiciendo a la noche, el hisopo divino asperjaba estrellas!...

CAPÍTULO 7

L ESTADO de Víctor Sáenz iba adquiriendo características desesperantes; sin ningún contrapeso que le impidiese dar rienda suelta a su imaginación enfermiza; sin ese plomo que pide Lord Bacon para las alas; solo, ahora si, sin su último confidente a quien acabó por dejar, acicateado por ese su empeño, su manía, su maldición, de huir de los hombres y estar de ellos constantemente lo más lejos que le fuera posible. Contraído, comprimido, bajo el peso del dolor que él diariamente se creaba, ya no encontraba qué hacer; recurría a los extremos más inesperados; a los refinamientos martirizantes más absurdos; a los suplicios psíquicos menos comprensibles... Como él decía: era un delirio vivo, una fiebre viva; un hervidero humano de desorientaciones en latencia y en acción, alerta perpetuamente para dispararse en todos sentidos, menos en la dirección de una cordura serena o de una humilde conformidad.

Para atormentarse más rudamente; para que el contraste entre sus posibilidades económicas y sus merecimientos intelectuales, al ir creciendo, tirara simultáneamente de su espíritu, en opuestas direcciones, extrangulándolo, ahogándolo, asfixiándolo casi, escribía continuamente; alcanzaba triunfos que después despreciaba; imponíase por la fuerza de su palabra y la solidez de su cultura; demostraba que podía más que los que, en la general estimación, hallábanse por encima de él; y, siendo digno de mucho, se conformaba con poco, poquísimo, con lo indispensable, con lo estrictamente necesario.

¿Que por qué busco laureles; que por qué me empeño en hablar y escribir como los mejores, y acumulo saber y ejercito virtuosidades técnicas, cuando soy un escéptico, que no espero ni deseo nada?... Pues, muy sencillo: porque así

puedo despreciar el triunfo y demostrar que, aunque puedo alcanzarlo, no lo necesito más que para fustigar con él a los necios, después de haberme fustigado yo mismo con la voluptuosidad de la gloria efímera y embustera, y la injusticia de la fama, que mima perpetuamente a los más pequeños, mientras sólo acaricia, de cuando en cuando, a los más grandes.

¡Por eso, para que me derriben, me levanto; subo para caer; para que me vean mejor busco pedestales, a efecto de que así puedan enlodarme cómodamente! ¿Qué clase de rito hay en estar abajo porque ahí se ha estado siempre; o porque para estar ahí se ha nacido?... Si no demostrara uno que es capaz de crecer, se atribuiría a despecho la exaltación de la insignificancia; pero así, fatigando cumbres, postergando colinas oteando estrellas qué podrán refutar?... ¿Qué consuelo les queda a los soberbios que no saben bajar o a los mediocres que no pueden subir? ¿Sentirse hecho para grandes empresas y resignarse a vivir perpetuamente obscuro; tener alas de águila y crucificarlas en la llanura, para sentir la bella delectación de ver, cómo se jactan y regodean las gallináceas de poderse elevar sobre nosotros!... mientras nosotros sonreímos misericordiosamente y nos decimos “Sí, es cierto, vosotras subís más que yo... porque yo quiero... pero si yo no quisiera, tendríais que quedaros aquí abajo viéndome con un solo ojo!... ¡Hacerse pequeños para que los otros se juzguen grandes!... ¡Atarnos a la columna para que nos infamen y gocen con nuestra vileza... como nosotros gozamos con la suya!... ¡Hacer con ellos como un león que se dejase morder la cola por los ratones, sabiendo que le basta un movimiento para azotarlos contra el suelo!...

Bruscamente, en ciertos momentos de extrema desesperación, llegado el límite de la introspección y el análisis de cuanto le rodeaba, estrujado, machacado materialmente con el desenfreno de su ideación infatigable, incurría en descarnadas contradicciones respecto a lo que habitualmente había manifestado, y renegaba, deprecaba, imprecaba rabiosamente... ¡El dolor de pensar!, decía, aullaba, diremos mejor. ¡El tormento de pensar!... ¡La fatalidad de pensar siempre, siempre... perpetuamente, incansablemente, de todo, por todo,

sobre todo, acerca de todas las cosas!... ¡Oh, Señor!, ¡mejor quítame el cerebro, ya no lo quiero; ya no quiero pensar; ya no quiero ser consciente!... ¡Quiero estar libre... libre para siempre de esta crucifixión del pensamiento; de esta cárcel de la idea; de esta cadena del silogismo!... ¡Mejor la locura!... ¡mejor el idiotismo!... ¡la muerte mejor, mil veces, que este suplicio diariamente renovado de pensar, y pensar... y pensar, sin tregua, sin reposo, sin descanso, sin paz, sin piedad, sin misericordia!...

A veces, le daba por recibir antiguos conocidos; por reanudar pretéritas amistades; frecuentar el trato de sus excompañeros, francotes confidentes de antaño, para, luego, darse el gusto de despedirlos, de contradecirlos o verlos debatirse dentro de las tenazas de sus argumentaciones relampagueantes; de oírlos aullar bajo la fusta candente de sus sarcasmos impíos, o de sentirlos temblar bajo la bota de sus desprecios rudos, que dejaban atónitos a los nobles camaradas, que no sabían a ciencia cierta, si estaban ante un atacado, un loco o un poseído.

Con verdadera fruición hacía que le contaran los incautos, sus proyectos de felicidad bobalicona; él mismo les ayudaba a edificar sus castillos de naipes; con estudiada complacencia, sonreía mientras le hablaban de la dulce compañera del hogar; de los bebés guapos y elegantes como muñecos; de la casita limpia y alegre; del ajuar pullmann, las colgaduras y la radio de la sala; de la recámara con muebles modernistas; del comedor con amplias vitrinas en los muros y la mesa de extensión, bajo la lámpara niquelada; de las macetas azul y blanco; del patiecillo de estampa y la fuente de cromo; de las jaulas doradas, de los pajaritos parlanchines, en el corredor de azulejos; del calor de la estufa, del encanto de la comida; de la ternura de los paseos, el almíbar de los besos, las miradas, las caricias, los mimos... etc., etc., y, cuando más entusiasmados hallábanse, Víctor, como un tigre cruel que primero embelesara a su presa para asestarle después, mejor, el zarpazo, con una ironía feroz y cortante, desbarataba el milagro, y para coronar su obra, subrayaba aún la infame burla con sus palabras favoritas: *¡No*

obstante, hermano, tienes razón!... ¡y a fe que mereces eso y más todavía!... ¡Yo, soy bromista, ya lo sabes!... ¡pero, créeme, ¡malvado!, realmente te tengo envidia!...

Y, en el fondo, era cierto, aquel perpetuo atormentado, sentía envidia de no tener en sus manos la oportunidad de regocijarse desbaratando, lo que tan frecuentemente se les presentaba a los otros.

¡Cómo no poseía él un hogar para despedazar cuanto pudiera; aventar a los hijos al arroyo; prostituir a las hijas; convertir a la esposa en una ramera; meter a las gallinas en la famosa sala moderna, y azotar las jaulas con todo y pájaros, y sacar a los peces de la fuente, y ahogar a las palomas, y derribar las enredaderas y hacer comer al perro en la mesa de extensión, tapizar de escupitajos las vitrinas, romper a zapatazos los cristales, y despanzurrar los colchones, y estrellar los espejos, y derribar los chiforrobos, y vaciar la atarjea en el patio y en el corredor, para poder reunir en medio de todo ese glorioso desastre, a los beodos de la barriada, a efecto de que arrojaran sus excelsos vómitos en las alfombras de Bruselas y en las colgaduras desgarradas, en cuyas suntuosidades pestilentes, restregaría el rostro y aplastaría los labios de los sacristanes de la idea, las señoritas poetas y los cuerdos ventrudos, bajo la carcajada homérica de todos los neurasténicos, locos e hipocondríacos, que llegarían en tumulto, de los cuatro rumbos del planeta, cargando racimos de cráneos de idiotas, imbéciles y estúpidos, que luego arrojarían a los charquerones de basca, para que alcanzasen al fin la glorificación definitiva!...

En otras ocasiones, pensaba: ¡Si yo pudiera escarbar las tumbas e ir besando, uno a uno, los gusanos asesinos cebados de apetitosa carne humana! ¡Si yo pudiera ir a un hospital y tomar en mis manos, con unciones de santo, todas y cada una de las llagas, de los tumores, de los abscesos, para irlos acariciando y besando también, uno a uno, con fruiciones infinitas, con infinitas delicadezas; y si yo pudiera poner en mis labios, llevar a mi boca, probar, saborear, paladear estéticamente (como se saborea un dulce armonioso) los más horribles virus; las supuraciones sanguinolentas; el jugo exquisitísimo de las gangrenas admirables;

si pudiera yo hacer fluir a mi alma, el alma de los microbios, el alma radiosa de las pestes! ¡Oh, cómo habría de gozar, cómo habría de sentirme fuerte, bello, genial, heroico, digno de la inmortalidad del bronce y de la perpetuidad del mármol; grande, enorme, inconmensurable, descomunal, hasta llenar con mi sombra la virulenta superficie de la deleznable y abollada esfera terráquea, que como una bola de majada o una pelota de estiércol, rueda en el espacio, llenando con su pestilencia la serenidad olímpica de los cielos inexcrutables!...

Cierto día preguntóse: ¿Seré extremista?... ¡El paraíso de los palurdos no está mal!... ¡el reino de la mediocridad mugrosa y de la gleba petulante, no deja de tener sus atractivos!... ¡Hombre, sí, sí, excelente!... ¡Se iría con los reformadores del planeta a preparar *el advenimiento de la humanidad futura* y fundaría comunidades virgilianas constituidas por chozas idílicas, calcadas todas del mismo molde, previamente aceptado por *los trabajadores del mundo*, y, en las cuales sólo se oiría la zampoña pastoril, el balido de las ovejas, el susurro del viento, el glogloteo del arroyo, el suspiro de la brisa, la canción de las cigarras y *el dulce lamentar de dos pastores!*...

¡Ah!, ¡por supuesto que no toleraría desigualdades!; ¡toda desigualdad es odiosa y constituye un verdadero privilegio!... Nada de consentimientos y contemplaciones. Nadie podría pensar ni hacer más que los otros. Se reglamentaría la inteligencia, la voluntad, la generosidad, la inspiración... No habría más arte que el *arte proletario* (sic) aunque no fuese arte precisamente, y, ¡naturalmente!, un substancioso hueso substituiría a la ridícula y arcaica Flor Natural!

¿El amor?... Duro también con este feto del pasado!... Nada de amor ni demás zarandajas! ¡La mujer es la hembra, la madre, o el ciudadano que trabaja y, nada más!... Los individuos se casan aunque no se conozcan o no se puedan ver! ¡No se trata de que vivan felices sino de que hagan hijos!... ¿Besitos, mimos, regodeos?... ¡Si les alcanza el tiempo y tienen humor para ello, mejor que mejor, nadie se lo impide, ¡caracoles!, ¿acaso no son libres, completamente libres?... ¡Ah!... Y como todos son iguales, hasta los individuos del mismo sexo pueden

tener relaciones entre sí... ¡de otro modo, entre las mujeres y los hombres se establecería una distinción abominable!...

¿Que la igualdad no existe, ni puede existir, ni es tampoco deseable, porque impediría los cambios evolutivos y suprimiría los matices y daría al traste con las sanas ambiciones, las emulaciones y las competencias, que nos impelen a mejorar? ¿Que haciendo de cada quien la repetición del semejante, engendraríase el fastidio, la aburrición, la monotonía?... ¿Que atomizados la riqueza y el poder, no habría grandes empresas ni robustas organizaciones, y que, sin diferencia de clases no podría haber división de trabajo, ni selección intelectual, ni especulaciones filosóficas, ni moral, ni arte, ni altas y nobles especializaciones del espíritu?... ¿Que la nivelación no podría beneficiar ni a los de abajo, toda vez que se les cerraría, para siempre, toda posibilidad de ir hacia arriba, y que, sin inquietudes, ni miserias, ni sufrimientos, ni dificultades, el tipo humano degeneraría, falto de los más poderosos resortes de su acción? ¿Que el modernísimo sistema estaría en contradicción flagrante con la inteligencia y la experiencia: la ciencia y la naturaleza, ya que todo equilibrio (y equilibrio significa posibilidad de vida) es el resultado de un conflicto de fuerzas y de resistencias, necesariamente desiguales, aunque no necesariamente heterogéneas?...

¡Y qué! ¡Y qué!... ¡Lo que significaban para un hombre libre, para un verdadero emancipado, los imperativos, no siempre justos de la naturaleza, y los razonamientos, casi siempre tendenciosos y sofisticos del intelecto! ¡Al diablo, pues, con la realidad implacable y con la ciencia clásica! (6)

(6) Redundante nos parece recordar que, en ésta, como en todas las ocasiones similares, las opiniones expresadas pertenecen exclusivamente al protagonista, ya que el autor, según lo anticipa su *¿Autoprólogo?*, únicamente ha procurado someterse al imperativo psico-patológico de ese sistemático negador e impugnador de todo. El criterio de Horacio Zúñiga, al respecto, ha quedado claramente definido en su obra: *LA JUVENTUD, LA UNIVERSIDAD, LA REVOLUCIÓN*, editada en 1934. N. del A.

Y de tan extraño modo, mezclando, en forma tan absurda, la justicia de la más noble de las causas, con la burla del más vil de los sarcasmos, ponía fin a estas rabiosas peroratas de verdadero mitomaniaco.

Como es de suponerse, tamaños frenesíes no duraban mucho tiempo; y al fin, después de pasarse *las noches de claro en claro y las mañanas de turbio en turbio*, leyendo a Bakunin, Lenin, Engels, Marx, George, Kropotkin, etc., etc., y solazarse haciendo mil y mil proyectos disparatados: arrasar y volar y destruir cuanto encontrase al paso, nuevamente volvía a caer en su inconformidad ávida de dolorosas sorpresas, y anhelante, hambrienta de trituramientos espirituales...

¿Qué insólito martirio, decíase, qué inédita tortura encontraré para mi inteligencia y para mi sensibilidad?... ¿El suicidio?, ¿la muerte?... ¡No!... ¡esto es una cobardía... o un valor fugitivo!... Yo quiero mejor morirme y resucitar todos los días; ser conciencia de tumba, alma de féretro, espíritu de sarcófago; quiero ser una agonía indefinida, un estertor prolongado, un cadáver (permítase la paradoja), ¡un cadáver vivo!, que arrastrara su propia carroña sin acabarla nunca de arrastrar, y que ve, que tiene conciencia de todos sus microbios; que piensa en ellos y siente en ellos y quiere en ellos, como ellos piensan y sienten y quieren en él... ¡Ah!, y mejor todavía, ¡es claro!... ¡Qué bruto soy!, mejor todavía fuera un cuerpo en putrefacción, vivo también pero sin vida, que fuese sabiendo y siguiendo pacientemente el proceso de su disolución, horrorizado y feliz, alegre y enloquecido de contemplar, cómo todo él, se va reduciendo a un poco de cenizas, un mundo de gusanos, y un hálito de pestilencias!

CAPÍTULO 8

SEGÚN SE VE, esto era ya el límite, pudiera decirse, de la tensión psíquica de Víctor Sáenz, extremada la cual habría sobrevenido inevitablemente la psiclocasia o la locura, que apuntaban ya, que ya se estaban definiendo, en los excesivos delirios del espíritu desorbitado.

No encontrando ya en la Capital motivos de dolor, o habiéndolos agotado todos, Víctor Sáenz decidió volver a la provincia lejana, después de varios lustros de ausencia.

Ahí sentiría inevitablemente, sufrimientos nuevos. El vacío que han dejado los que se fueron; la soledad incurable de las cosas, huérfanas de las miradas que las ungieron, alejadas irremediamente de los fervores que las mimaron; la indiferencia de los que nos ven sin vernos, porque ya no nos conocen o porque no nos han conocido nunca; las casas que ya no albergan a las mismas personas; nuestra propia casa que ya no es nuestra, ni puede abrir los brazos para recibirnos; las banquetas que ya no recuerdan el eco de nuestras pisadas; las ventanas de visillos entreabiertos que no amparan ya el atisbo discreto de la novia; los edificios públicos mejorados o empeorados, pero echados a perder para nuestra devoción evocativa; los comercios que ya no están dónde ni como estaban antes; la tiendita apretujada que se convirtió en un suntuoso almacén de abarrotes; el estanquillito que hoy es papelería; el pobretón expendio de géneros que era de los fulanos y que, hogaño, montado a la moderna, pertenece a los Srs. X y Compañía; y los paseos que han olvidado los encantos con que nos atraían; y los jardines que no tienen cascabeles en los árboles, ni suspiros en las frondas, ni canciones en las fuentes, ni frufuteos en las corolas, porque el

tránsito ha crecido, los transeúntes han aumentado y los hombres de hoy ya no son tan tontos, ni tan bobos como los soñadores de antes; y hasta los campos circunvecinos y hasta las perspectivas maravillosas, y hasta los cielos diáfanos y las auroras rosadas y los crepúsculos melancólicos, que no se reflejan ya ni se retratan en las pupilas de antaño, ingenuas, humildes, divina y diamantina y cristalinamente candorosos!...

¡La elegía del retorno, amarga y triste como todas las elegías! ¡La tumba amada de nuestra infancia y nuestra primera juventud; el arcón de nuestros joyeles de ensueño; el relicario de las estampas diminutas; el guardapelo donde reza todavía, la madejita rubia de los cabellos de la amada; la arquilla de sándalo donde se arrebujaba el libro de tapas de concha, el rosario de nácar y el moño de flecos de oro, de nuestra primera comunión; la urna de marfil que protege el sueño de las rosas marchitas y los listones ajados y el paquete de billetes azules, color de rosa y blancos; el ánfora de las mirras quiméricas y los quiméricos espejismos; la cajita de música que desenhebra todavía los sonecitos dulzones, fáciles y sonrientes; y el pomito de aromas que ampara la quintaesencia de los recuerdos más gratos: el pomito que guarda todo nuestro pasado en el vuelo inconsútil de un perfume! ¡La provincia que nos deja, como nosotros dejamos! ¡El ayer que no vuelve porque no puede ni debe volver: los padres muertos, los amigos dispersos o desaparecidos; los maestros en la tumba, en el olvido o en desgracia; los condiscípulos quién sabe dónde; las esperanzas lejanas; las ilusiones ausentes; las novias casadas o envejecidas; las casonas rejuvenecidas o transformadas impiamente; las calles con otro aspecto, como las personas, como todo; el dolor, el fervor, la saudade, la melancolía, la tristeza, el desencanto, el frío, la nada!

¡La elegía del retorno, amarga y doliente como todas las elegías!...

CAPÍTULO 9

*T*AL COMO lo había imaginado, sucedió; después de tan larga ausencia, la ciudad le pareció la misma y... diferente; la misma, porque el carácter general y peculiar de sus construcciones, la disposición rectilínea de sus calles, y la situación de sus paseos, no habían cambiado casi nada; diferente, porque los habitantes, o ya no eran los mismos, o ya no eran lo mismo que antes. La parte material conservaba la esencia de los años pretéritos, no así la parte viva, la población, cuyo espíritu no se confundía en una abierta hermandad con el espíritu del desterrado.

Ahí estaban las esmeraldas húmedas y trémulas de los jardines; los panoramas de las afueras abríanse con la misma amplitud y ofrecían la misma riqueza policromada de paisajes. El palacio del gobierno no se había movido de su sitio; la estatua del Cura Hidalgo, seguía impertérrita bajo la injuria del tiempo y ante la indiferencia de los hombres; la pelota de piedra del monumento de Colón, sustentaba, con igual paciencia, la pesadumbre bronceína de la estatua del descubridor; el jeroglífico de la fuente monumental, pasados cuatro lustros, aun no se descifraba; la Alameda, umbrosa y vasta, sólo ofrecía la novedad de unas cursilonas ornamentaciones de parque inglés y tal o cual motivo colonial de pésimo gusto; la plaza de la Reforma no concluía de fastidiarse, en su abandono eterno, frente al cadáver galvanizado de la pobrecita iglesia de San Diego. La Normal, que había comenzado por estar destinada a los varones, albergaba a la sazón, pacientemente, a las señoritas normalistas; los templos lucían, como siempre, su aspecto sonriente, amable, acogedor, de verdaderos refugios de los tristes, consuelo de los vencidos y puerto de los desamparados: El Ranchito,

solemne y un poco triston; la Merced, arcaica y venerable; San Juan de Dios, muy pintado y alumbrado; el Carmen de oro y blanco, con su torre de campanas inconfundibles; la Veracruz, aristocrática y elegante; el *Tercer Orden*, mejorado y embellecido, y Santa Clara, y San Juan Chiquito, y la Capilla de los Dolores: parvos, limpiecitos, acicalados, llenos de luz y candor; plenos de santo regocijo y arcangélica felicidad!... Y, los Portales... Los Portales también, ahí estaban extensos, claros, presuntuosos; llenos de gente de todas clases, reunidas intencional u ocasionalmente, por diversos asuntos o con distintos pretextos; ruidosos, orgullosos, simpáticos, casi iguales a como los vieran los antaños, no obstante lo mucho que había cambiado el aspecto e importancia de los comercios en ellos instalados.

Sólo la casa que habitara y el Instituto, ofrecían a su observación, diferencias radicales y cambios dolorosos: La primera ya no dejaba ver, a través de la puerta semicerrada, el corredor lleno de macetas y de pájaros, que servía de fondo a las aralias del zaguán, cuya penumbra iluminábase con las pirotécnicas de las bugambilias, y la clara cisterna del patio; detrás de las ventanas, ya no se distinguían, el ajuar tapizado y el bejuco, el piano vertical, los cuadros de los abuelos, las consolas pletóricas de juguetes y la mesita de estorbo con el indispensable buquetero... ¡La invasión de los bárbaros en el amable y desamparado recinto hogareño; los odiosos desconocidos que habitaban las mismas piezas que protegieron su infancia y supieron de sus inconfesados miedos de niño; esos otros seres, esas otras vidas, esos otros ojos que, en las horas de ensoñación, podían atalayar, por encima del nogal vecino, la llanura del cielo azul, inefablemente azul, y deliciosamente translúcido!... Y su otra casa, su otro hogar:, el amado Instituto, al igual que ésta, lleno de extraños que veían al intruso con extrañeza y a quienes el desconocido veía con envidia, con cólera, con rencor, como se deben ver los hijos naturales que pasan a ocupar, en el afecto del padre, el lugar de los hijos legítimos; o como se ven siempre a los que nos substituyen en la preferencia afectiva que antes ocupamos, cuando la vida nos era amable y grata, como la sonrisa mejor de nuestra madre!...

¿Qué estaban haciendo ahí esos ladrones de estimación y de cariño?... ¿Qué tenían que irse a meter en esas benditas aulas, que él y los muchachos de su tiempo habían santificado con los santos sudores del estudio y con las santas fatigas de la ciencia?... ¿Acaso ellos tenían la ingenuidad entusiasta de sus predecesores?... ¿Eran nobles también, eran sencillos, creían lo que ellos habían creído y esperaban lo que ellos habían esperado? ¿Su alma oía las violas del jardín contiguo, durante las horas de estudio, en la mañana, o en los arrobos plenilunares, cuando ya los exámenes estaban cerca y se permanecía en el salón de estudios hasta ya entrada la noche? ¿Suspendían la marcha y arrodillaban las miradas para contemplar el pausado cabeceo de los eucaliptus, espiondo que no fuese a posarse el *ceceto*, cuyo grito trágico, predecía las reprobadas? ¿Las mañanitas primaverales, o los calurosos días de verano, amparados por la sombra de la zarzamora, poníanse a seguir y a comentar las hazañas de los muchachos que hacían evoluciones en el tanque, mientras los más ágiles o atrabancados, trepados en la copa de un árbol, entreteníanse en comer los apetitosos frutos purpurinos, que arrojaban, a veces, sobre el rostro de los bobos y a la cabeza de los descuidados? ¿Acaso habían oído ellos, ¡pobres rezagados!, al maestro Villarello; habían conocido, visto siquiera, al vate Garza, a don Emilio o a don Chemo? ¿Sus sesiones en el salón de estudios, serían tan interesantes y animadas como las famosas sesiones de años atrás? ¿Tendrían todavía Comité Liberal de Estudiantes y organizarían aún la famosa velada del 18 de julio, para la cual llevábanse elementos de la Capital y se estrenaba traje negro, o, si se tenía que pronunciar el discurso oficial, lucíase smoking de segunda mano? ¿Publicarían periódicos, escribirían versos? ¿Leerían buenos libros? ¿Se deleitarían con Loti y César Dominici; envenenaríanse de Vargas Vila y se hartarían de Víctor Hugo? ¿Recitarían *a Gloria* de Díaz Mirón y *La Raza de Bronce* de Nervo, o la retumbante *Epopéya del Cóndor* y la magnífica *Alma América* de José Santos Chocano? ¿Amarían los atardeceres enfermos y los plenilunios diáfanos, contemplados desde el Observatorio?... ¿Estudiarían, esperarían, soñarían?... ¿Serían, en fin, como fueron ellos, los que hoy eran

recibidos como intrusos, por los intrusos que les robaban el viejo cariño, y el viejo amor, y la vieja ternura de las aulas?...

¡Las sombras venerables y augustas llenaban el edificio, al imperio sublime de las evocaciones!...

Como de costumbre, allá iba don Anselmo, envuelto en su *plaide*, a dar su clase de segundo de matemáticas; la *señora Tremolina*, tan garbosa como anticuada, repartiendo saludos y agitando gallardamente los flecos de su tápalo de seda, llegaba a sustentar su cátedra de inglés; Martinitos, muy tímido, muy silencioso, salía del salón de dibujo, seguido de tal o cual *barbero*; el señor Durán, coloradote y campechano, invitaba a entrar a los muchachos de comercio y preparatoria, que tenían francés con él, cada tercer día; el licenciado Villarello, acompañado del jefe de clases, daba unas cuantas vueltas antes de entrar a desenvolver sus verdaderas conferencias de lengua castellana; don Agustín González, de charla con don Heriberto y Velitos, en la prefectura; en la Secretaría, amable, sonriendo como siempre, Enrique Olascoaga, saludaba a Carlos Moreno, el de los bigotes insignes y a Filiberto Navas, el de los bíceps monumentales; Don Servando, a la salida de clase, reprendía con su voz de falsete a Jorge Ferrat porque había olvidado, al referirse al maestro, *que los sabios eran nones y no llegaban a tres*; el señor Araujo atravesando los largos corredores que conducen a la clase de química; el *Gañán* marcando con *colillas* la ruta de sus pasos; el odioso *Macaco* con su ridícula cachucha color de ala de mosca, hablando solo o haciendo observaciones a éste y aquél que pasan escandalizando; y, para no ser menos en el barullo estudiantil, las cuatro palmas llenas de gorriones escolapios, y las cornisas de las azoteas y de las pilastras, asaltadas de cuando en cuando, por corros de golondrinas parleras, saltarinas y juguetonas.

¡La juventud entera que resucitaba al conjuro de la divina añoranza; la edad de oro que renacía en el oro del filón evocativo; lo que fue, volviendo a ser por la misericordiosa virtud del recuerdo, capaz, como el Rabí celeste, de resucitar a Lázaro con una sola palabra!...

El hombre absurdo (1935)

Víctor Sáenz, se sintió como dulcificado, como transfigurado. Lejos de experimentar la bárbara impresión que buscaba, hallóse con una tristeza sedativa que, al irle abriendo las heridas, fue, simultáneamente, acariciándole el alma... ¡Él había vivido allí minutos tan hondos; él había soñado en ese lugar tantos sueños, que, el imperio de esos sueños y esas migajas de tiempo, todavía tuvieron fuerza para conducirlo por los mismos senderos de elección, que habían sentido sus primeros pasos inexpertos!...

El hálito del sepulcro, la racha del más allá, aún empujaban las alas rotas y hacían fuerzos para levantarlas y hundirlas en el milagro de las llanuras incoercibles! ¡Los muertos mandaban, como en la bella expresión del novelista ibero!... ¡En el cementerio apuntaba, del osario pugnaba por surgir, estaba surgiendo, surgía ya, para aquella alma enferma, la rubia aurora de la epifanía!

CAPÍTULO 10

REALMENTE, ¡qué bruto era!... ¡Cómo había cambiado, cuánto había desfigurado y envilecido su manera de ser!... ¿Por qué había complicado con tantas contorsiones y vericuetos lo que era simple y sencillo como la línea fúlgida de un rayo de sol?...

¿La cultura!... ¿La sabiduría?... ¿La perfección?... ¡Qué tonto había sido, qué tonto era!... ¡A qué clavarse en la tortura de esas palabras sin sentido, cuando la verdad, humilde y todopoderosa, estaba abajo, sonriendo en las corolas, fluyendo en los manantiales, soñando en el césped, iluminando en las miradas, embelesando en las caricias, embalsamando en los besos!... ¡Qué tonto había sido!... ¡Qué tonto era!...

¡Ah, cómo sentía deseos de desandar lo andado, de retroceder, de volver a ingresar en la Preparatoria, para vivirla nuevamente, esta vez sí, con más sumisión y cordura, y rehacer el porvenir que había deshecho; y ser como todos; y confundirse con todos, en ese anonimato inefable del átomo que integra a la piedra preciosa, sin que acertemos a distinguirlo, o de la célula que se sacrifica en nuestro organismo, sin importarle que nunca lo sepamos!

¡Volver a ser otro!... ¡Si pudiera!... ¿Podría?...

Ese era el secreto que dormía en los labios de la esfinge, que en esta ocasión, era una provinciana dulce, adorable, de enormes ojos negros adormilados, con largas pestañas soñadoras, graciosa naricilla, ligeramente remangada, pelo corto, como un penacho de seda color de almendra, que encuadraba la carita semirredonda, levemente hoyuelada, y la boca purpurina muy pequeña y muy fina, como el corazón entreabierto de una cereza diminuta.

¡Magdalena! ¡Sí! ¡Magdalena Belmar!... Desde el día que llegó la había conocido en el portal, acompañada de su hermana mayor, y después, a la misma hora, a mediodía, y como a las siete de la noche, habíala seguido viendo durante casi toda la semana.

¡Magdalena Belmar!... ¿La amaría? Desde el principio le gustó, ¡no lo negaba! ¡Tenía una tan aterciopelada y acariciadora manera de ver!... Tampoco negaría que, al volverla encontrar en la noche, sintió un extraño y nunca experimentado regocijo; que esto se repitió al otro día, y que, después, algo raro fue pasando en su espíritu, algo bello y compasivo que iba limpiando su vida de todo lo negro que tenía, y le iba abriendo y alzando los ojos a la contemplación serenísima de las doradas infinitudes!... Pero, ¿sería amor? ¿No se trataría simplemente de un capricho o de una emoción estética, sedina y armoniosa?... ¿Amor?... ¿Sería amor?...

La verdad es que él no podía saberlo, pues aquí, internos, no había amado nunca. ¿Sor Ingenua, Sor Celeste, Kimé, la Hermana Azul, la Dogaresa, la Reina de Saba?... ¡Quimeras o extravagancias! A unas las había enamorado un día y las había dejado; a otras nada más las había visto una vez, y... adelante; por fin, a las demás, ni las había conocido siquiera: una que otra noticia, tal o cual alabanza, y su poder imaginativo, habíale bastado para forjarlas y ponerlas junto a su corazón, que, no obstante la inconsistencia de las criaturas, supo revolcarse de dolor y arrastrarse de celos, como esos grandes actores que, posesionados completamente de su papel, sufren y gozan verdaderamente, con situaciones y conflictos que, no existen en otra parte, que en la abstracción de las leyes de la psíquis, y en el universo de la imaginación creadora.

¿Sor Ingenua, Sor Satiresa, Kimé, la Dogaresa, la Hermana Azul, la Reina de Saba?... Bellos motivos de amarguras artificiales y de artificiales dolencias, que habían servido para satisfacer el sadismo intelectual del pesimista y para abrir y desatar las venas musicales del poeta!... ¡Sus sombras se habían desvanecido en angustias o se habían alargado en poemas... y... nada más!...

De Berta, Ana María, María del Carmen... ¡Ni qué hablar!... ¡Estaban ya tan lejos; era entonces tan joven; le habían hecho tan poco caso!...

Por lo demás, ¡naturalmente!, Víctor Sáenz había ensayado todas las explicaciones antes de recurrir a la del enamoramiento. ¿Le agradaba verla?... Pues, por la novedad, por el tipo desconocido que encarnaba, por el marcado contraste que ofrecía su sencillez, puesta en parangón con la estudiada o natural coquetería de las muchachas capitalinas. El estado especial de su ánimo, infantilizado por el recuerdo; la candorosidad de su alma, niña otra vez, al contacto del ambiente simplísimo; la ternura de su corazón, párvulo nuevamente, como en los primeros días de colegio, habían hecho un marco constituido un fondo de turquesa desvaída; a la gracia de la muñequita encantadora que sonreía con la sonrisa pictórica de las campesinas de Watteau!... y ¡eso era todo!...

O quizá se trataría de una tortura insospechada, de una rareza, ¿por qué no?, seguramente de una de esas reacciones pasajeras o de un capricho, como los otros, cristalizados en palabras suntuosas y en títulos heráldicos. Pero, ¿el amor?... ¡Imposible! El amor tiene su edad y, si no llega a tiempo, ya no llega nunca. Aunque quisiera, no podría amar: con más de cuarenta años, con todo el peso de la cultura encima, y de la erudición trasnochada, con las grietas que la amargura nos va haciendo y las sombras de que nos va llenando el pesimismo; sin la fe que salva, ni el entusiasmo que empuja, ni la esperanza que ilumina; con los labios secos, que no saben ya de la ágil frescura de las palabras aladas y de las frases armoniosas; con los ojos cansados que ya no pueden ver el rizo de oro del sol, ni seguir la iridiscencia del vuelo de la libélula, ni contemplar el cabrilleo del lago, en el sueño violeta y nieve, de las noches de luna; con las manos torpes que han perdido la habilidad de cortar las flores sin chafar los pétalos y que ya no poseen las sabidurías de las caricias que ungen a manera de ungüentos y de bálsamos; marchito, antipáticamente rudo, hosco, áspero, grosero, como los hombres que han probado del amargo fruto de la ciencia (¡el árbol maldito!) que han transpuesto la juventud, sin llevarse un resplandor quimérico o un áureo

dejo del fabuloso vellocino, anticipando su vejez con la hurañía hermética de un carácter irreconciliable; igual que los náufragos sin salvación y los desventurados sin puerto, no podía, no podría, aunque se lo propusiera con todas sus fuerzas, resarcir lo perdido, vivir lo que no viviera, realizar lo que no alcanzara, y mucho menos, mucho menos, detener y captar la racha de aroma en cuyos estremecimientos inconsútiles, vibra y canta el amor: ¡la melodía de las melodías; el verso de los versos; el ritmo de los ritmos; la música de las músicas!...

¿El amor?... ¡No!... ¡No era amor!... ¡Otra cosa tal vez!... ¡Entonces!, ¿qué sería?...

Empero, la pasión fuese precisando; la emoción primitiva tornóse más intensa; la delicia contemplativa estalló en arrebató; el goce tranquilo, ardió en una fiebre de plenitud de goce angélico; la chispa se crinó en antorcha; la gotita de agua, hízose translucidez de lago; la fimbria rútila tremó en madeja de luz; el suspiro del viento sollozó tristezas de serenata; el néctar del cáliz fue ambrosía de dioses; el gusano escapó en metáfora de vuelo, y de la roca partida del escepticismo salvaje, la seda del agua fluyó y se tendió por la esmeralda de la pradera, arrastrando el cielo en sus cristales húmedos y llevándose en sus húmedos cristales, la efigie de la floresta, armoniosa de gorjas, palpitante de alas, soñadora de perfumes!...

¡Víctor Sáenz estaba enamorado! ¡Claro! ¡No podía, no acabaría nunca de comprenderlo! ¡Era tan extraordinaria la dulcificación de esa dureza inquebrantable; aparentemente tenía tal inverosimilitud esa inesperada transformación; eran tan distintos los fines y tan opuestas las ansias que lo habían conducido al terruño, donde la visión seráfica se le había aparecido!... Pero, ¡sí!, la verdad incontrovertible e irrefutable era esa: amaba, ¡amaba!... ¡Estaba enamorado!...

¡Más de cuarenta años, cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco acaso!... ¿Y qué?... ¡Qué le importaba eso al amor invencible y todopoderoso, capaz de coronar de rosas el siglo abuelo del anciano Booz, por medio de las finas manos, de las manos adolescentes de Ruth, la moabita!

¡Los labios secos, los ojos cansados, las manos torpes, el alma yerma, el corazón herido?... ¿Y qué? ¿Y qué?, si en llegando el amor, los labios tornan frescos ágiles y sonoros; y las pupilas arden con fulgores inesperados; y las manos se suavizan, arpegiando cordajes invisibles; y el alma florece, en una Pascua Florida y el corazón bendice su martirio, como los santos mártires que bendecían su hoguera!...

¿El peso de la cultura? ¿La asfixia de la erudición? El envenenamiento de las conclusiones fatales; el zarpazo de la duda; la dislocación angustiosa de las ideas contradictorias; el abandono de la esperanza, la falta de fe, la desolación del ostracismo voluntario, peor mil veces que todos los otros ostracismos; el abatimiento, la desconfianza, la fatiga?... ¿Y qué? ¿Y qué?... ¿No estaban ahí la verdadera sabiduría, que hace olvidar todas las otras, o la bienaventurada ignorancia que nos hace pisotear con gusto todas las sabidurías? ¿No ocupaba ya su existencia, esa vastedad sin límites, que está llena de esperanzas, poblada de fe, palpitante de ilusiones, henchida de certezas y plena toda de la compañía que no nos deja ni en los sueños, que a veces, no nos deja ni en la muerte, porque es lo que nosotros somos y vive donde nosotros vivimos y está donde nosotros estamos?...

¿Lo inverosímil del caso, lo súbito y desconcertante de la reacción?, y ¿qué reacción de importancia no es súbita y desconcertante?... ¿No son precisamente las crisis que nos colocan cerca del sepulcro, las que nos levantan del lecho; las que casi nos resucitan? ¿En la costra terráquea, no se encuentran las grandes depresiones junto a las grandes eminencias? ¿No es la presión extrema la que origina la expansión máxima? ¿En las negruras más hondas no esplenden los luminares más puros? ¿No se concreta el filón en el avaro seno de la tierra y no se gesta la aurora en el obscuro vientre de la noche? ¡Para la naturaleza, para la vida, para el alma, no hay nada imposible; donde y cuando menos lo pensamos, salta la onda rítmica, la filigrana rútila, el trino inefable, la voz misteriosa, la visión increíble!...

A veces, el incognoscible gusta de jugar con nosotros y nos sorprende con los zigzagueos de nuestro camino. Tú, virgen púdica, matrona venerable, juraste que sólo te casarías con un modelo de maridos y prototipo de hombres de bien, y, contéplate ahora teniendo que aguantar a un borracho sinvergüenza, que ni siquiera te engaña con disculpas, porque sabe que tú te haces disimulada. Tú, ayer, casta pollita de quince años, que enorgullecida de tu palmito, despreciaste a cuantos humildemente ofreciéronte su corazón, porque, según decías, no eras para cualquier *pelagatos* más o menos bien vestido, sino para un muchacho de buena sociedad, guapo, rico y elegante; tú, princesita fatua, ¡ya lo ves!, te quedaste para vestir santos sin que para nada te sirvieran tus coqueterías y tus descocos. Y, aquél, ¿quién es aquél señor obeso, sudoroso y feliz, que al frente de su numerosa prole, y llevando a remolque a la ventruda y dulce compañera del hogar, regresa del paseo?... ¿Alarcón?... ¿Es Alarcón, el irreconciliable enemigo del matrimonio?... Y, ¿esos que se besuquean en el jardín como dos jovencitos ruborosos? ¡Ah! ¡Ah! ¿El señor Romano, la señorita Rico?... y, ¿aquél gentleman irreprochable, es el *payo* Méndez Vera; y esos oficinistas son los genios López y Arias que nos asombraban en la Preparatoria?... ¿Y esa prostituta es Guillermina?... y ¿ese merolico, el orador Plazuela que nos deslumbró con sus discursos?... ¡Nada!, ¡que es imposible abstraerse al destino, antojadizo y socarrón.

Hojas con las que juega el viento, según la vieja metáfora; peleles con los que se divierte quién sabe quién; mamarrachos y fantoches que agitan fuerzas inexcrutables, los hombres apenas si somos dueños del presente, que nos entregó un pasado más fuerte que nosotros, y que recogerá un porvenir que sólo el porvenir conoce.

Por extraño, por increíble que hubiera parecido, el hecho era ese: Víctor Sáenz amaba; Víctor Sáenz por primera vez en su vida estaba enamorado; definitivamente enamorado.

Lo primero que pensó, al convencerse de que la suya no era una pasión fugitiva ni un capricho pasajero, fue sobreponerse a sí mismo; extrangular, en

su cuna, el sentimiento inoportuno que trataba de asaltarlo, y, marcharse cuanto antes de la provincia embustera, que había correspondido con esa coartada, a su tierna y filial devoción retrospectiva.

¿Amar?... ¿Enamorarse?... ¡El no iba a ser tan bobo para caer en semejantes redes; bueno estaba para ponerse en ridículo haciéndole la corte, a los cuarenta y pico de años, a una muchacha que tendría menos de la mitad!... ¡Lo que se reirían, y con razón, y lo que hablarían de él los mojigatos y curiosos provincianos! ¡Que se divirtieran con otro; él no estaba ni servía para éso!...

¿Irla a esperar al portal, señor mío, espiar sus miradas, atisbar sus menores movimientos, turbarse, ruborizarse con sólo tenerla enfrente; arrostrar la curiosidad picaresca de las amiguitas; someterse a la inspección y al juicio de las antediluvianas solteronas y las buenas señoras de casa; convertirse en el bocado del día; en el postre de las comidas hogareñas, y en la sal y pimienta de las insulsas conversaciones de estrado; ser un verdadero hazmerreír de chicos y grandes, de hembras y machos; cascabel de las charlas, razón de las críticas; matraca y bufón de los fandangos?... ¡No!... ¡No!... ¡él no permitiría, no toleraría semejante cosa!...

CAPÍTULO 11

*M*AS... ¡lo imprevisto, acurrucado detrás de él, sonreía! ¡Mefistófeles ya andaba por el gabinete del doctor Fausto! Estaba sobradamente desarrollada la pasión para que hubiera podido detenerse; era ya demasiado grande para que hubiera podido sujetarse a los dictados de aquella voluntad potente, pero desorientada, sin direcciones rectilíneas ni surcos determinados. El criterio modificado, con la posición del nuevo punto de vista, no sólo no ofrecía resistencia, sino que, antes bien, pasada la súbita protesta, efecto del rudo choque, él mismo iba desembarazándose el camino y facilitando la marcha de la acción.

Después de todo, ¿qué le importaban a él las críticas estúpidas de aquellos necios *payitos* y aquellas viejas de vecindad?... El, que había despreciado verdaderos obstáculos y pisoteado tantos convencionalismos tontos ¿iba a sujetarse al capricho de unos *don nadie*, someterse al deseo de unos *cualquiera*, y dejarse conducir por hombres sin cultura, muchachas sin experiencia y jovencitos sin inteligencia, razón, ni sentido común?...

Bajo el acicate de reflexiones tan hirientes y despectivas, el pensador, el psicasténico, el agilísimo paradójista, el ilusionista *del razonamiento*, como le decían ciertos amigos, asomó:

¿Se estaría operando en su espíritu una de esas reacciones extremas, tan comunes en los intelectos extremistas? ¡No!, esto sería lógico, pero, vulgar. ¡No!... El retrocedía ahora a ese plano tan diverso al en que anteriormente se encontraba, por su misma sed de cosas extraordinarias y de situaciones incompatibles; él aceptaba y bendecía al fin, esta divina contradicción, por el desquiciamiento que provocaba dentro de sí mismo; por la pena, ¡sí!, precisamente por la pena que le

causaba y el ridículo en que lo ponía; y sobre todo, por la conciencia que le daba su libertad, incapaz de sujetarse a un criterio uniforme o a un uniforme modo de vivir.

¿Quería azotar a sus semejantes?, ¿deseaba desconcertarlos y descoyuntarlos; su afán había sido ir constantemente contra la corriente y burlarse de las costumbres y escupir los hábitos, no?, pues ahí tenía una oportunidad brillantísima para escandalizar el gallinero y hacer que murmurasen los gallos capones, chillaran los pollitos y ahuecaran el ala las cluecas santurronas.

¡Por otra parte, tenía ese gesto tal originalidad contradictoria!... ¡Ponerse a hacer exactamente lo mismo que antaño había censurado; destronar con hechos el famoso concepto de las ideas invariables, inmóviles y sagradas como fetiches! ¿Había algo más seductor y más interesante para un individuo de sus características y un carácter de su temple?...

La convicción invariable, las ideas únicas, la uniformidad de la acción y del pensamiento, son propios de los tímidos, los mediocres, los mesiócratas, los gregarios, los parasitarios o los fanáticos incondicionales. El verdadero hombre consciente, no debe ser indefinidamente igual; tiene que estar de acuerdo con la naturaleza que cambia, que nunca se repite, que jamás está en reposo, mas que en las abstracciones del sabio y en las disecciones escuetas y frías del gabinete.

La verdad no existe, existen diversos aspectos de la verdad, o sean esas verdades relativas, que varían tanto como los planos en que se muestran los objetos y los puntos de vista desde los cuales son observados. Lo real es el hecho, no el principio que es apenas un reflejo generalizado de lo que se considera como la esencia de los hechos. La justicia inamovible y definitiva es un sueño, una patraña o una noble aspiración. Todo lo que pretende estar completamente realizado, es falso, utópico o absurdo: fantasía, miraje, idealismo, nada más que idealismo. Los arquetipos se rompieron desde hace mucho tiempo o todavía no han logrado fijarse.

Inmutable no hay nada ni nada puede concebirse. El cosmos es diverso, por eso existe; por eso es fecundo. El universo es variable, por eso es perfectible; si no se moviera, si fuera igual siempre, no habría transformaciones, ni desenvolvimiento, ni evolución, ni vida, puesto que la vida es una serie de cambios y el universo una serie de equilibrios y la existencia —toda existencia— una serie de transformaciones. Por eso Littré decía que la muerte (aparente antítesis de la vida) es la más natural de las funciones, y por eso afirman la mecánica, la física y la química contemporáneas, respectivamente, que: sin diferencias de niveles, de gravedades y de resistencias, no habría habido fenómenos cósmicos, ni sistemas planetarios; y que sin variaciones intramoleculares e intra-atómicas, no hubiera habido ni habría estados de la materia, ni bases fundamentales para las reacciones físico-químicas. Por eso también, la psicología que alcanzamos, demuestra que no hay sentimientos sin cambios en la impresión; ni pensamiento sin juicios (que son comparaciones o relaciones de ideas más claras, cuanto más distintas); ni conocimiento ninguno sin diferenciaciones previas, posteriores o concomitantes.

Son los contrastes los que hacen grandiosa a la naturaleza; variado el universo; prolífica y constante la acción, y eterno y sublime el pensamiento. Sólo la mónada es relativamente simple; sólo la llanura es relativamente uniforme; sólo la piedra está relativamente inmóvil; sólo el concepto imposible de la nada es absolutamente igual, precisamente por eso, porque no es nada, ni expresa nada, ni contiene nada. Incapaces de vivir un criterio absurdo, hasta los imbéciles varían y cambian y se modifican biológicamente, cuando menos, nada más que no lo saben, aunque lo sientan, como la planta y, acaso ni lo sientan, como el mineral, como todos esos orbes de existencias inferiores, que jamás se percatan de lo que son y de que constituyen existencias.

Los cambios más grandes, y los contrastes más profundos, son patrimonio de los más profundos y de los más grandes. Y no son disímbolos por ello, al contrario, por ello son más armoniosos, puesto que los extremos excesivos hacen

posible el contrapeso. Allí están los desiertos áridos y las selvas lujuriosas; ahí están los Andes y el Pacífico; el Atlántico y los montes Himalaya; ahí está el césped y el roble; el reptil y el águila; el elefante y la mariposa; la laja y el pétalo; la gallina y el cisne; el hielo de los polos y la lumbre del trópico; los blandones de la noche y la antorcha del día; el amor y el odio; el drama y la comedia: Desdémona y Yago, Hamlet y Otello, Cuasimodo, Pierrot y Arlequín.

Por eso Agustín fue santo y Carlos V monje, y pecador el estilista, y santa Magdalena, y arrepentida Thais. Y por eso, también, Jesús nace en un pesebre y Ormuz y Arimán cristalizan la eterna lucha, el perpetuo balanceo, la fecunda y formidable antítesis que hace posible la persistencia del cosmos, de nuestro planeta y de los hombres.

Por lo demás, los grandes temperamentos, reaccionando contra la vulgaridad ambiente, se precipitan hacia las periferias sociales o hacia los centros colectivos y, o son grandes viciosos: beodos sublimes; degenerados excelsos; locos magníficos y trágicos; o son varones iluminados; solitarios indemnes; apóstoles ardientes; o bien, por último, de un extremo pasan al otro, constante y súbitamente, y el asesino de las sombras se convierte en el divino artista de la mañana; el afeminado en el héroe; el acomodaticio en el abnegado; el pecador en el moralista; el bárbaro en el sensitivo... ¡Oh, Benvenuto Cellini, que cincelaba cálices al otro día de una pendencia! ¡Oh, Julio César, *mujer de todos los maridos y marido de todas las mujeres!* ¡Oh, Sócrates, que dormías con Alcibíades y Dailoco y hacías presentir el monoteísmo cristiano! y ¡oh, Atila, terror de todos los pueblos, que aspirabas de rodillas el perfume del velo de tu amada imposible, cuando tantas virginidades fatigaban y fatigaron la grupa poderosa de tus corceles!...

¡Hasta los que hablan de la virtud como *el justo medio* y de la *aurea mediocritas*, hasta ellos, arrebatados por la genialidad, no pudieron mantenerse, en el plano intermedio que fijaron, pues Platón y Aristóteles, fueron extremos, sublimes y gloriosos extremos de la inteligencia, la belleza y la sabiduría!...

El hombre absurdo (1935)

¡Sí!... ¡Sí!... La misma razón, la realidad y hasta la conveniencia (la conveniencia de su inquietud que deseaba atormentarse), estaban de parte suya. Amaría, se enamoraría de la tonta y bella provinciana. En el candor sin malicia de la muchacha boba e inexperta, aquietaría sus impacencias febriles; se cortaría las garras nada más por el gusto de verse indefenso, y él, que se creía y sentía fuerte, gozaría de la voluptuosidad de permitir que le punzasen los alfileres de los desprecios mínimos como esos farallones de los poetas, que suspiran de angustia por los desdenes de la espuma, y sonrían despectivos bajo las fustas de los rayos!...

CAPÍTULO 12

PELANDO la pava, ¿no, Víctor? —dijo a éste un individuo joven aún, alto, bien vestido, al parecer un antiguo camarada—. ¡Miren nada más a la mosquita muerta, a la lechuza, al topo, al yo no sé cuántas otras cosas, que se pasaba la vida leyendo y refunfuñando y no era capaz de descender a nuestro pobre mundo!... ¡Caramba!, y escogiste de lo mejorcito. ¡No creas, yo ya me lo esperaba!. No te negaré que me llamó la atención cuando por primera vez me lo dijeron; pero... ya sabes... ¡yo soy un poco lince y comprendo lo que se traen escondido hasta los que son tan listos como tú!...

—¡Eso ya lo sé!, respondió Víctor Sáenz irónicamente, ¡Oh, qué Carlos, eres terrible; contigo no se puede tener nada oculto!...

—¡Bueno!, repuso el aludido, con una curiosidad que denunciaba a las claras su ignorancia petulante, y... ¿es?... ¿es?... ¿no es cierto que es?... ¿cómo se llama?... ¡Ah, sí, sí, es María Luisa Díaz!, ¿no?...

—¡Precisamente!, respondió Sáenz, procurando cortar cuanto antes la inoportuna conversación. ¡María Luisa Díaz!. ¡María Luisa Díaz!... ¡A tí no se te escapa nada!... ¡Repito que eres terrible!... Bueno, nos vemos ¿eh?... No dilata en salir y si me ve acompañado se mortifica y se mete; sobre todo, si me ve contigo que sabes sorprender e interpretar hasta el vuelo de una mosca...

—Entonces, no te hago *mal'obra*, accedió Carlos, un poco molesto. ¡Nos vemos, y, a ver si me haces un día tus confidencias!... Yo también tengo que contarte algo de *Güicha*, la conozco desde chica, y... hasta creo que ella fue quien me dijo que era tu novia... ¡Ya verás si no me tiene confianza!...

Y se fue; cuando se hubo desvanecido su silueta en la penumbra tristona de la calle, Víctor Sáenz, alejóse de la esquina y dió unos cuantos pasos hasta situarse frente a la casa de Magdalena: una encantadora casa de provincia, de un solo piso, ancho y alto zaguán, y cinco balcones ligeramente volados y como a un metro sobre la banqueta, un verdugo invisible, asesinaba las ocho en la guillotina de un reloj vecino que, como ocho cabezas, dejaba caer las ocho notas pausadas y monótonas. El gendarme de punto, silbaba su quejumbroso y peculiar sonecito; amortiguado por la distancia, oíase el golpe breve de un aldabón; uno que otro transeúnte, de prisa, pasaba por el callejón desvalido; y sólo de cuando en cuando, a la luz del foco soñoliento que iluminaba el crucero, distinguíase, momentáneamente, la súbita silueta de un automóvil o el antiestético perfil de un camión desvencijado, que huían por la avenida perpendicular a la calleja; todas las casas hallábanse cerradas *a piedra y lodo*; aquí o allá, un Rosenkranz fastidiaba al silencio, con los motivos vulgares de una lección del Lever, o con los ritmos de confituras de *Palabras de Amor*. Víctor Sáenz, impaciente, golpeaba con los guantes la palma de su mano izquierda, y fijos siempre los ojos en el balcón avaro, espiaba con ansia la aparición divina.

Por fin, un ligero ruido de pestillo que se baja, un rumor levísimo de cortinajes que se descorren, un pálido reflejo de cristal que cambia de posición, y... el rostro encantado que asoma y surge de la obscuridad, buscando con los ojos azorados y húmedos de emoción (en una adorable actitud de niño, a la vez atrevido y receloso), la figura del bien amado, en quien se cristalizan todas las excelencias humanas y se hacen carne todas las humanas y divinas ilusiones.

Víctor Sáenz, no esperó más, rápidamente se dirigió hacia ella, que lo veía ostensiblemente turbada.

—¡Buenas noches, Magdalena!

—¡Buenas noches!, susurró la voz dulcísima, con una suavidad de aleteo de mariposa, y le tendió la manecita nívea y túrgida, envolviéndolo todo, en la misericordia larga y muelle de su blando mirar de terciopelo.

—Creía que no iba usted a salir, prosiguió él después de abandonar la manecita arrulladora—. ¡Me ha costado tantas fatigas alcanzarla!... Ya ve usted, fue preciso que, después de enamorarla durante casi dos meses seguidos, en las vacaciones, me esperara todavía otros tres más, hasta esta inolvidable Semana Mayor, en que, tras de tantos días de arrastrar mi angustia en la Capital, abandono mi monótono calvario de maestro, y al fin correspondido, puedo encontrarme junto a usted, y a la sombra de su amparo arcangélico, musitarla, decirla, sollozarla, gritarla con todas mis fuerzas, con todo mi corazón y toda mi alma, lo que ya sabe usted desde hace mucho tiempo; lo que le he dicho en mis cartas; lo que en toda mi vida la esteré diciendo: ¡Que la amo!... ¡Que la amo! Magdalena, como sólo pueden amar los desesperados; como sólo pueden amar los vencidos; como sólo pueden amar los solitarios, los huérfanos, los naufragos, los desahuciados, los agonizantes, los que en la áspera cumbre del dolor y en la hoguera del martirio, sedientos y jadeantes, abandonados de todos y de todo, con la sombra a los pies, el desprecio en torno, la indiferencia encima y el clavo ardiente del pesimismo clavado adentro, columbran, ven, ¡Sí!, ven y miran, cómo allá, de la lejanía enigmática y pavorosa, una luz, como una caridad, se levanta, se concreta en una entidad divina y va a ellos, avanza, acércase a las brasas de la tortura y, vistiendo de rosas la cumbre austera y diafanizando de azul el firmamento sombrío, vuelve caricias de seda las mordeduras de las llamas y con el luminoso beso de sus ojos y el vivificante beso de sus labios, nos arranca el hierro enrojecido de la entraña, y nos inmaterializa y expande, en la inconsútil ondulación de un sueño, que no se sabe si es vuelo de perfume, irisación de gema, o epifanía de música!...

Ella, absorta, embelesada, embebecida, palpitante, apenas si suspiraba, tal vez sin saber lo que decía, ¡Gracias!... Señor... ¡Víctor!... ¡Muchas gracias!... Y oía... oía... quedábase oyendo con los ojos entornados como si, al conjuro de las palabras unciosas, asistiese a la transfiguración de que le hablaba el amado... Oía... Oía... Y, ¿para qué había de hablar si su silencio arrobado y su abstracción en éxtasis, eran inescuchados ritmos de elocuencia, inenarrables euritmias melódicas?...

—¡Sí!, continuaba él, ¡usted no sabe todavía, cuánto significa en mi vida!... Yo no he venido a usted como los otros, en plena juventud, como quien dice, en plena superabundancia vital, para satisfacer una sed desconocida o para desahogar una potencia psíquica impaciente, tumultuosa, incontenible; no, Magdalena, como Hamlet, *vengo de más allá, vengo del alma*, de los abismos del alma que ha perdido la ingenuidad que obra portentos y la esperanza, la omnipotente esperanza que alienta hasta a los moribundos. Para mí el amor no es un misterio divino, es algo más que eso: es un supremo refugio. Usted ha sido, usted es para mí como Cristo para los paralíticos y para los ciegos; ha elastizado mis músculos inmóviles; ha puesto alas en mis espaldas vencidas; ha abierto abanicos de mirajes ante mis ojos nublados. Ha sido usted mi Pascua de Resurrección; Dios se ha valido de usted para obrar el celeste milagro. ¡Dios ha descendido hasta mis charcas pútridas por medio de sus caridades, Magdalena! ¡Sí!. ¡Dios me ha querido salvar con usted, regenerarme, levantarme, iluminarme!... Y así como nada puede estar a obscuras donde brilla la luz y nada puede ser pequeño, para quien, en su indulgencia, es infinitamente grande, yo, ante la luz supraterrrestre que Dios ha puesto en su espíritu, y ante el espíritu de usted inmensamente grande en bondad, destello también, esplendo y crezco, saliéndome de mí mismo, superándome y magnificándome!

—¡Oh!... ¡Víctor!... ¿Pero es cierto?... ¿De veras?... ¿Dice usted?...

— ¡Si! ¡Es cierto! Es cierto todo eso, y más todavía!... ¡Más todavía que no puedo decir porque hay cosas que no pueden decirse nunca, en fuerza de ser hondas o en fuerza de ser bellas!... ¿Sabe usted, sabes Magdalena, te lo confesaré aquí, muy cerca, muy quedito para que no lo oiga ni el silencio: Yo no creía, te engañé en mis cartas para que no te alarmaras. Perdí a Dios al querer penetrarlo, y me quedé solo, sin Dios y sin mí, porque el vacío que se hizo en mi existencia fue tan grande, que hasta mi ser espantado huyó de mí mismo!... Pero ahora, Magdalena... ¡ahora ya encontré a Dios otra vez!... ¡Otra vez creo como cuando era niño, infantilizado por tí... ¡Sí!... ¡Porque por tí creo en Dios nuevamente!...

¡Tú me lo has traído o El te ha traído a tí de la mano; o los dos han venido juntos por la misma senda dorada o por el mismo camino azul!... ¿Quién viendo a los ángeles no cree en El?, ¿Quién, contemplando a los serafines no piensa en algo muy grande y muy remoto que debe haberlos creado o del que ellos deben haber emanado como las notas de la lira o el almíbar del cáliz?

Son siempre los portentos y las maravillas los que afirman las creencias; el milagro es la medula de las religiones; ante lo inesperado el hombre cede, cae de rodillas y hunde la frente en el polvo; por eso, viéndote y teniéndote tan cerca de mí, yo ya no dudo, yo ya no puedo dudar y proclamo, canto mi convicción a todos los rumbos: ¡Dios existe; hay un Dios bueno que espía nuestras angustias para aliviarlas; que sigue nuestros pasos; que hurga hasta en los rincones más secretos y en los más intrincados laberintos, y que, cuando menos lo esperamos, cuando ya nos consideramos perdidos y azotamos con nuestras blasfemias, lo que creemos su cadáver, surge de pronto, apunta en la aurora más fresca, a pie enjuto atraviesa los zarzales, transpone los desiertos, haciéndolos florecer bajo sus plantas, llama a nuestra puerta, acércase a nuestro lecho, y para que la carroña perfume y las llagas irradien, nos deja un querubín a nuestro lado, con todo el cielo en las miradas, todo el paraíso en la sonrisa, toda la miel en las palabras y toda la eternidad en el corazón!

¡Magdalena!... ¡Bendita seas tú que tanto haz alcanzado, tú que sin saberlo, tanto alcanzas!... ¡Yo te bendigo con la certeza de que en tí bendigo al creador de todo cuanto existe!... ¡Si Dios está y se manifiesta en alguna parte, seguramente que esa parte, ese punto infinito e impalpable es el amor, el amor etéreo e inasible, el amor que todo lo llena y todo lo penetra y en todo palpita! El amor, ¡oh Alighieri!, *Amore qui muove il sol etl'altre stelle... ¡el amor que mueve el sol y todas las demás estrellas!...*

¡Ah!... pero, ¿qué estoy diciendo?... ¿qué hacen aquí estas frases demasiado literarias para ser cristalinas?... ¿qué tiene que ver la literatura con una cosa tan honda?... ¡Perdóname Magdalena, perdóname: el hábito maldito de toda

una vida no pesa en vano sobre mis hombros!... ¡Para hablarte a tí, para glosar esta emoción divina y este divino sentimiento, sería necesario despojarse de cuanto hemos aprendido; arrojar lejos de nosotros los cachivaches retóricos; no pensar, sentir, sentir, ingenua, simplísimamente como cuando éramos niños y, sin sospecharlo, hacíamos versos al reír, al balbucear, al ver el cielo y al ir corriendo tras las mariposas!... ¡Olvida mis torpes declamaciones! ¡Quítales a mis palabras sus ridículos oropeles, y acógelas en su santa desnudez de gotitas de rocío!... ¡Lee en mi corazón, no escuches lo que fluye de mis labios; escucha eso que no puede decirse y que prelude y arpegia dentro de nosotros!... ¡Oh Magdalena!..., ¡Magdalena mía!... ¡Mía! . . . ¡Mía... ¿verdad?... ¡Qué dicha; qué embriaguez!... ¡Poder decir esto, ¿esto sólo no es ya todo el placer, todo el goce, la felicidad toda de una vida entera, quintaesenciada en el ritornelo de una sola palabra?: ¡Mía!... ¡Mía!... ¡sólo mía!...


Ella, sin saber qué hacer, sin saber qué decir, escuchaba, escuchaba, y permanecía absorta, extática, inmóvil, pero no callada, ¡No!... ¡Sus ojos hablaban, sus ojos estaban hablando cosas inefables y nunca jamás oídas; sus ojos hablaban, cantaban, gorjeaban!... ¡Las liras ocultas, los sistros invisibles, las tiorbas inconsútiles, los delicados instrumentos del alma, hacían fluir hasta los ojos sus melodías dulcísimas y eran las miradas húmedas, como ritmos de chelos, como sueños de violas, como arrullos de cítaras...

¡Así hablaban: así habían hablado y cantado los idilios eternos en el corazón de violeta de las noches, o en la conciencia zarca de las tardes!... ¡Eso era lo que habían oído y glosado, la alondra bruja y los bulbules musicales!... ¡Oyéndolos, la primavera sonreía flores, reía trinos y suspiraba aromas!... ¡La misma montaña tornábase azul; el mar oraba espuma, y el desierto urdía visiones de color de rosa! ¡No era la armonía de los astros copiada y reproducida por los hombres, era la armonía de los espíritus, la armonía del cielo, la armonía de Dios, copiada y reproducida por los astros...

El hombre absurdo (1935)

¡El amor!... ¡El amor!... ¡La mentira más dulce!... ¡El miraje más bello!...
¡La quimera más grande!... Y, también, ¡el enigma más alto y el misterio más
hondo!... ¡Y el dolor más profundo!... ¡El amor!... ¡El amor!..., ¡El amor!...

CAPÍTULO 13

CHO DÍAS se prolongó el éxtasis; ocho días que fueron a modo de ocho rosarios de ternura compuestos de minutos indecibles. Cuando, concluída la Semana Mayor, y obligado por sus habituales ocupaciones, Víctor Sáenz abandonó la provincia, ahora más que nunca, bien amada, su espíritu estaba claro, como una alberca, alegre y límpido como piscina de cristal, veteadas de peces multicolores.

El ogro de ayer, el ceñudo intratable de otros días, habíase quedado para siempre allá, en el pretérito adusto; en la sombra que no devuelve lo que se ha tragado; en el abismo que amortaja de olvido irremediable, lo que se ha precipitado en su entraña. El Víctor que regresaba a la urbe, era otro muy distinto, completamente distinto al que hacía años, y en pleno desastre, había llegado a ella.

¡Cómo sentía ahora fácil el corazón, a las solicitudes mínimas y encantadoras de la existencia; cómo penetraba y comprendía bellezas que antaño no había presentido y dulzuras que ni siquiera había sospechado! ¡La vida sí era digna de vivirse! ¡Claro!... tenía sus defectos y sus lacras, ¿qué cosa no los tiene?, pero, resultaba injusto negar que sus satisfacciones, eran, a las veces, más grandes que sus duelos. ¿Que frecuentemente un instante de goce equivalía a un siglo de martirio?... ¿Y qué?... ¿No era ese instante el resumen de una eternidad y no era ese siglo más que la expansión de un instante?... ¡No!... Lo que pasa es que somos tontos o petulantes; pretendemos atribuirnos misiones de regeneración y mejoramiento que nadie nos ha encomendado, olvidando que la auténtica sabiduría es la que contempla sin interpretar y habla sin repetir y escucha sin que

le digamos cómo. Estudiamos y estudiamos, predicamos, ahondamos, analizamos, descomponemos y dividimos, sin tregua ni piedad, para encontrarnos, como fin de cuentas, con que todo lo que hemos aprendido y cuanto creemos haber enseñado, lejos de realizar el bien de los otros, tan sólo ha conseguido labrar nuestra propia desventura!... ¡Si cuando menos, en el fondo, hubiésemos hallado algo; pero no, más allá de cierto límite, el vacío, únicamente el vacío irreductible y la nada enigmática!...

¡Decididamente éramos tontos!... ¡Tan hermoso, y... profundo que es vivir así, plácidamente, humildemente, igual que la gota de agua, que realiza sus destinos, sin consumir su diminuta existencia, al querer sondear el por qué del océano que la absorbe, o el para qué del viento que la agita!... ¡Tontos y petulantes los hombres infatuados con una supremacía que sólo ellos se han asignado! ¡Por fortuna era tiempo todavía!... ¡A rehacer lo perdido!... ¡manos a la obra!... ¡Señor escéptico, a echar por la ventana esos ridículos harapos de Diógenes de comedia! ¡Fuera los cilicios atormentadores; fuera el sayal adusto, los alambiques, la retorta, la calavera filosófica, el astrolabio, los hornillos y los morteros y los pergaminos venerables!... ¡A fumigar el gabinete! ¡A limpiar el alma, que todo quedara flamante y reluciente, para que no le diera miedo de estar en ella, a la dulce imagen de la novia!, ¿De la novia? ¡Sí!... ¡Qué bello suena esta palabra y cómo parece que perfuma, embriaga y embelesa!... ¿La novia?... ¡Vamos, señor gruñón! ¿no tiene usted con esto de sobra para enmendarse?...

Y Víctor Sáenz, entrecerraba los ojos para ver el desfile paradisiaco de las procesiones evocativas, imprecisas y alucinantes como las procesiones de los sueños...

¡Qué bonita era!, ¿no?... ¡Las diminutas manos que tenía: si parecían más bien unas manos de muñeca! ¡la guedeja undosa, sedina, de color castaño oscuro, que servía de marco al rostro infantil!; y sus ojos hondos, lípidos, lánguidos y sonrientes a la vez; dulcísimos, inolvidables, que parece que al verlo a uno lo acarician!

¡Ah!... ¡y la voz!, esa voz de no se sabe qué tonalidades de susurro; esa voz que, apenas dice tímidamente ¡Sí!... ¡Muchas gracias!... ¡Victor! y que, en tan poco, dice tanto; esa voz que tiene microscópicos vergeles rítmicos, y que obra resurrecciones inenarrables, cuando recita, cuando reza la confesión aterciopelada: ¡Te amo, ¡sí!, te amo como tú a mí, o más! ¿sabes? ¡Más todavía de lo que me amas! Y, hasta su nombre, ¡vaya un nombre más bello ¡Magdalena! ¡Cristo! ¡La arrepentida de Magdalo, la que, según el decir de Renán, resucitó al Rabí con el ímpetu de su amor, más fuerte que la misma racha de la fe; la autora del prodigio, la que hizo el milagro; ¡Magdalena, Magdalena!... ¡Coincidencia más rara: la que, sin haber pecado nunca, con amarlo un poco, lo había resucitado a él!...

¡Sí!, esta vez la cosa sería definitiva; con la misma voluntad con que se suplicara, llevaría a cabo sus proyectos. Durante todo ese año, procuraría reunir un poco de dinero: Solicitaría, además de sus clases, uno de los puestos que en tantas otras ocasiones le habían sido ofrecidos; entregaría a los editores los libros que tenía terminados; y al fin, ya con recursos suficientes para sufragar todos los gastos, pediría su mano, y se casarían, pondrían su nido en la provincia donde no creía nada difícil hallar acomodo.

¿No era esto, la realización de sus aspiraciones? ¿No había deseado, en la fiebre misma de sus paroxismos diabólicos, estudiar mucho, saber mucho, perfeccionarse cuanto se pudiera para ir a sepultarse, al fin, en un rinconcito ignorado, donde, lejos de la balumba metropolitana, pudiera tranquilizar sus inquietudes en una serenidad imperturbable, límpida, ferviente y luminosa?... ¡Qué más quería!... No podría decirse que había huido de la lucha, porque ahí dejaba sus obras como una prueba de su labor; tampoco podría argüirse que se retiraba de la palestra vencido, tanto, porque sus triunfos de ayer, constituían un mentís irrefutable, como porque, en la apacible calma hogareña, bajo la tienda fúlgida de las miradas de la amada, iba a seguir cuajando los metales líricos, en moldes tranquilos, tersos, firmes y armoniosos ¡Pasada la tormenta, azúlase la lejanía, diafanízase el cielo, la pradera sonrío, y es entonces más delicioso el

espectáculo del mundo!... Por lo demás, ¿qué le importaba lo que dijeran!; cada quien es dueño de hacer lo que le plazca; nadie puede condenar a otro sin haberse juzgado previamente, y ¿quién, después de juzgarse, es capaz de anatematizar al semejante?

¡Qué hermoso era todo esto!... ¿Por qué no desde el principio nos vendrían a la mente semejantes reflexiones? ¡Vaya, bobo!... pues porque si no, la vida no tendría matices. Toda juventud es una crisis superabundante y un delirio supremo; generalmente, esas crisis son radiosas y esos delirios gallardos; en él, ambas cosas habían sido negras, torvas, trágicas; pero habían pasado, ¡qué bueno!... ¡Habían pasado y no podrían volver, porque se las había llevado la edad que ya no vuelve, los años que estaban, por ventura, irremediabilmente muertos!...

Sólo un, relativamente ligero contratiempo perturbó la leticia del espíritu embriagado: Magdalena, después de escribirle en poco más de una semana, dos cartas encantadoras de torpeza y de ingenuidad, habíale dirigido una tercera, indicándole que no fuera el domingo próximo, como habían convenido, porque su papacito había querido que lo acompañara a la hacienda; que, como ya sabía, a ella la quería y mimaba más, por ser la más chica de las hermanas, y que ella era casi siempre la que estaba con él, principalmente cuando íbase a la hacienda y su mamá tenía que quedarse con sus hermanos; que la ausencia no duraría mucho y sobre todo, que al fin podrían escribirse cuanto quisieran; ya estaba todo arreglado para que un mozo de su confianza recogiera las cartas del correo, sin que lo notara papá. ¿Verdad que no le iba a tomar a mal esa informalidad?... ¿Verdad que no?... ¡Ya sabía! ¡Lo quería mucho, mucho!... ¡y más todavía ahora que iba a dejar de verlo!...

Víctor Sáenz, un poco molesto, al principio, acabó por quedar completamente de acuerdo. Pobrecilla, ¡qué había de hacer!, tenía razón; ¡ni modo de que sólo por un capricho fuese a privar a su padre de un placer al que tenía tan legítimo derecho! ¡Qué noble!... ¡Verdaderamente era noble y dócil!

El sistema de esos tenorios que se encabritan con el primer contratiempo, y quieren tener a las muchachas atadas a su voluntad, es estúpido y deprimente; mejor es dejar que ellas mismas se exhiban, que salga a flor de piel lo que llevan dentro, y que, si realmente nos aman, se amolden, no se humillen, a los imperativos de nuestro modo de ser. ¡Claro que eso no obstaba para que él se hiciera el adolorido y le diera un ligero tirón de orejas! ¡Son tan hermosos e indispensables estos enfados de mentirijillas!...

Tal como se lo habían prometido, la correspondencia no escaseó. Era verdad que no habían podido verse tan pronto ni con tanta frecuencia como lo habían proyectado, pues, apenas si dos días de septiembre habíanse vuelto a encontrar juntos, pero se querían ya tanto, se habían comprendido también, y, por otra parte, las razones con que ella explicaba su ausencia eran tan claras, que, todo marchaba a pedir de boca!

Aquí los ahorros que poco a poco iban formando el tesoro; allá, cuidando a papá, muy guardadita en la hacienda distante, lejos de toda tentación y por lo tanto, más cerca de él, la novia candorosa que, según decía en sus torpes epístolas, se ponía a ver las estrellas por el lado de México, todas las noches, pensando en que, a esa hora, él también las estaría viendo y así se encontrarían juntos sus espíritus, en la anhelante conjunción de las miradas. ¡No había que ser exigente; las cosas iban bien, muy bien; no podían ir mejor!

Como a fin de año enfermó y había quedado delicado, tuvo que resignarse a no verla en las vacaciones; ella, como si hubiese querido sacrificarse en una soledad evocativa, tampoco había ido a la ciudad, quedándose en su hacienda, desde donde, avisada por un amigo de Víctor, de la enfermedad de éste, había estado a solas, pidiéndole diariamente al Santísimo por su novio, a hurtadillas de papá, quien, tal vez, en la preocupación de la muchacha, había comprendido ya que algo oculto tenía ese corazoncito disimulado.

¡La suavidad sedativa que experimentó, con sus cartas Víctor Sáenz, durante la convalecencia!... Ahí estaban cuatro, sobre su escritorio: Una traía un Sagrado

Corazón en género, para prenderse en el forro del chaleco; en otra, ¡pobrecilla!, decíale que si al delirar no pronunciaba su nombre, y si no la veía rezando por él, tan afligida como estaba; en otra más, enviábale una madejita de su pelo; y, en la última, ya sabedora de su alivio, mandábale unas violetas disecadas que antes había besado mucho. Y en todas, se veía el alma simple, diáfana, sonriente y amable, como el alma, más bien que de una novia, de una buena y cariñosa hermanita menor.

¡Magdalena!... ¡Magdalena! ¡Cómo era dulce ella, lo mismo que su nombre!... “Para renovarme por completo, escribíale Sáenz, Dios puso mi existencia cerca de la muerte y mi alma cerca de la locura, y ahora, de vuelta de los dos abismos, triunfante de las dos sombras, vencedor de las dos tragedias, contigo de la mano, criatura flébil y grácil y vaporosa; contigo de la mano, por la ruta de una quimera, entro a la felicidad tranquila, suave, muelle, purísima, en cuyos vellones níveos, las añoranzas se recuestan, la fe se arrodilla, las ilusiones duermen, y las esperanzas oran!... ¡Magdalena!... ¡Nombre celeste!... ¡celeste criatura!... ¡ensueño celestial!...

CAPÍTULO 14

¡AH! ES USTED Carrillo! ¡Pase! ¡Qué milagro! ¿En dónde se había metido?; desde que es usted abogado no se le ve por ninguna parte. A propósito, le agradezco mucho su invitación. ¿Recibió mi felicitación con oportunidad?...

—¡Sí, maestro!, respondió después de saludar, el aludido (un joven alto, de buena presencia y vestido con natural elegancia) también se lo agradezco a usted mucho. Si no lo vine a ver antes, fue por no quitarle su tiempo. Además como a usted siempre le gusta vivir solo...

—¡No tanto, hombre!, rectificó Víctor Sáenz, no tanto. Sobre todo, tratándose de ustedes mis antiguos discípulos, ya ve que prescindo con gusto de lo que llaman mis *rarezas*, por no llamarlas mis *groserías*.

—¡Gracias, maestro!, ¡sabe que nosotros nunca lo olvidamos!... Precisamente lo mandan saludar a usted Aguilar, el Pato, Orta, Casales y los Enríquez...

—Agradézcales su fineza de mi parte, repuso Sáenz, ¿todos se recibieron ya?... Me interesaría saber en qué pararon por lo menos algunos de ellos.

—¡Cómo! ¿Pues qué no lo sabe usted; no se lo han dicho? Casales, cuyas disposiciones para ser padre de familia, eran evidentes, ya tiene un par de muñecos; otro tanto pasa con Sierra, Alarcón, Suárez, y quién sabe cuántos más, que, por lo visto tratan de poner una juguetería. Muñoz Cota, ¡qué lástima!, ya casi es ministro; Tardiff está perfectamente, pues, en lugar de rorros tiene una muñeca encantadora: su mujercita. Aguilar, Medina, Mercado, Priego, Luis Enríquez, Oneto Barenque, dedicados a cumplir el sublime mandato de *visitar a los enfermos*, para que las agencias funerarias puedan realizar la otra no menos bella indicación de *enterrar a los muertos*... Rafael Enríquez, Villarreal Merino

y el *Pato*, que se ha vuelto lince, galantes y gentiles como siempre, empeñados en demostrar que la justicia sólo se rinde a los que saben abrumarla con dádivas y atenciones... García, en su tierra, lleva una vida virgiliana; Toledano es químico... ¡Cosas de la familia: uno hace la pólvora y el otro la enciende!

Cuevas y Sosa deben estar más flacos, porque no se les ve por ninguna parte. Los demás, cada uno a su modo, parece que realizaron sus aspiraciones; yo, o no los he visto o nada más de lejos los he saludado.

—¡Perfectamente! ¿y usted?

—¿Yo, maestro?... Pues ya me ve aquí, a sus órdenes; también me recibí, aunque sin olvidar nunca que el título sólo es un pasaporte o un *sésamo* con el que se abren muchas puertas, pero que no constituye, por sí mismo, ningún signo de superioridad. ¡No crea, maestro, yo, en el fondo soy el mismo de siempre...

—¿El mismo de siempre?— subrayó Sáenz, con burlona extrañeza. Entonces seguirá usted haciendo cuanta travesura pueda: derribará usted las cosas como por arte de encantamiento; repartirá bolazos a diestra y siniestra; molestará a...

—¡No! ¡No, maestro!... Usted si que es tan irónico como siempre. ¡No! Soy el mismo en cuanto a que no me pago de las futilidades de la vida y a que procuro crearme otro mundo dentro del mundo en que vivo.

—Entonces, ¿sigue usted escribiendo?

—¡Cómo no, maestro!... Por lo visto, usted no se reconcilia aún con las revistas. Si hasta tenía el proyecto de publicar un libro de poemas y prosas líricas, pero quise antes consultarle a usted.

—¡Tráigamelo, ándele! Si quiere yo seré su padrino. Y, de lo demás ¿cómo va usted?... ¿Todavía no piensa en el casorio?...

—¡Pues!... ¡Quién sabe!...

—¿Como quién sabe?... A ver, ¡diga, diga!... Algo se trae usted por ahí demasiado escondido, ¿no?...

—¡Pues, se lo confesaré, maestro!... No se trata de casarme precisamente; pero sí de algo más formal que esos amorcillos que usted tanto me censuraba.

—¡Qué tal! ¿eh?... ¡Algo tenía usted por allí más importante que el famoso libro de versos! ¡Magnífico! Sólo una cosa desearía saber, Carrillo, y es que la Dulcinea no fuese de aquí; ya sabe usted lo que son estas muchachas: coquetas, superficiales, atarantadas; muy dadas a los trapos y a las fiestas, pero incapaces de hacer la felicidad de un hombre.

—¡Oh, no maestro!... ¡Claro que no!... Yo también he pensado siempre lo mismo. No se trata de una muchacha de aquí; se trata de una *paisanita* de usted.

—¿De una *paisanita* mía? —inquirió, un tanto sorprendido, Víctor Sáenz—, y ¿dónde, cuándo la conoció?...

—¿Ya no recuerda usted tampoco que fui a recitar a su provincia adoptiva el 18 de julio, invitado por los estudiantes, y que, aunque no tuve el gusto de encontrarlo, vine a despedirme de usted para ver si algo se le ofrecía?...

—¡En efecto!, ¡eso es!, ¡ya no me acordaba!... ¡Oh, pues está muy bueno eso!, tal vez hasta yo pueda orientarlo ya que conozco a todas las provincianas, y hasta hace relativamente poco que anduve por allí... ¿Quién es?, ¿cómo se llama?... y dígame... ¿Ha tenido éxito?...

—¡Ya lo creo!, respondió gozoso el interpelado, es cierto que ella se ha mostrado un poco reticente, y que, hasta al principio, parecía que no me iba a hacer caso (seguramente a causa de serle completamente desconocido), pero sus papás, con quienes uno de tantos domingos que seguí yendo, pude ser presentado en una reunión familiar, se mostraron bastante amables conmigo, y, ante semejante actitud, ella fue cobrando confianza, y aunque todavía no accede a mis pretensiones abiertamente, puedo asegurar que ya es mi novia. ¡Ah! ¿Decía usted que quién es?... Pues es una muchacha que usted conoce tanto como yo... porque según me dijeron, creo que hasta tuvo relaciones con usted!

—¿Conmigo?... ¿Relaciones conmigo una provinciana?, repitió sin poder contener su emoción, Víctor Sáenz, ¿quién, quién es?, ¿cómo se llama?...

—¡Pues, Magdalena Belmar!, respondió Carrillo, con visible satisfacción.

—¿Magdalena Belmar?, exclamó Sáenz, embrutecido, sin poder ocultar la bárbara impresión que había recibido. ¡Magdalena Belmar! ¡Ah!, ¡ah!, —continuó esta vez pugnando por explicar satisfactoriamente su sorpresa— ¡Embusteros! ¿Y dicen que yo la seguí?, ¿que fue mi novia?... ¡Qué infames, Carrillo! ... ¡Cómo quiere usted que yo pretendiera a esa muchacha, tan ingenua, tan jovencita! ¿No lo comprende usted?, ¿no lo ha comprendido? ¡Se trata de una patraña para ver si desiste de sus propósitos, pues seguramente saben cuánto me estima usted!

Y procuró seguir hablando de otros tópicos, serena, indiferentemente, pero no pudo conseguirlo; el dolor interior lo tenía atenaceado; veíase claramente que hacía esfuerzos desesperados por dominarse; se adivinaba que sufría, que deseaba o necesitaba estar solo con su dolor.

Carrillo, desde luego, se dió cuenta de su estado, y atribuyéndolo a la herida que había producido la calumnia, en su sensibilidad exagerada, no insistió más; arguyó que ya era tarde, reiteró sus protestas de estimación, y un poco apenado, por haber sido la causa indirecta de aquel contratiempo, marchóse apresuradamente.

CAPÍTULO 15

VÍCTOR SÁENZ, sin poder contenerse un momento más, desplomóse materialmente en su silla, y dejó caer entre sus manos la cabeza ardiente, afiebrada, hecha pedazos. Las lágrimas agolpáronse en sus ojos, pero se enfriaron en una espantosa inmovilidad cadavérica; en la garganta, la voz se hizo un nudo asfixiante; las venas de las sienas, dilatadas extraordinariamente, parecían estar próximas a reventar; todo él era un mutismo dantesco, un enorme silencio trágico, una masa de angustia, un bloque de desesperación, en el que sólo se movían los dedos crispados que se hundían como garras, en la espléndida cabellera desordenada, negra y terrible como la cabellera de las furias!...

Así permaneció quién sabe cuánto tiempo. Por fin, las lágrimas corrieron, el bloque se estremeció en un espasmo horroroso; la masa informe cobró perfiles de hiena, y la voz desatóse en un estertor, en un aullido, en un áspero alarido, jadeante, sibilante, hiriente de imprecaciones y de injurias: ¡Ah!... ¡La pérfida, la vil, la falsa y embustera lo mismo que las otras!... ¡Con razón lo había alejado tanto tiempo por medio de inagotables triquiñuelas!... ¡Con razón no había querido que fuese el 18 de julio, so pretexto de que irían sus hermanos de México y podrían tener después dificultades!... ¡Todo lo tenía bien calculado! ¡Se había burlado de él lindamente!... ¡No!... ¡Eso no se quedaba así!; en ese mismo momento la escribiría, exigiéndola inmediatamente sus cosas; la conminaría para que le dijese si realmente quería a Carrillo, y en caso de que no quisiera hablarle con franqueza, ya él se entendería con su discípulo para que no fuese a caer en semejantes redes ¡Infame! ¡Infame!... ¡Prostituta!...

La respuesta no se hizo esperar; a los dos días recibía todas sus cosas, y una carta que, no era de ella, sino de su padre: El buen señor, después de tratarlo con todo género de miramientos, le manifestaba, franca y crudamente, que, como su hija estaba acostumbrada, desde niña, a disfrutar de ciertas comodidades, y que, como él, a pesar de sus reconocidos méritos, no tenía una profesión, un título, una de esas cosas, fútiles es cierto, pero que garantizan la estabilidad de una situación bonancible, muy a su pesar, y pidiéndole mil excusas, veíase obligado a suplicarle que ya no se ocupase más de Magdalena, quien, por otra parte, era una pobre ranchera, tonta y sin gran cultura, indigna seguramente de él.

Un sangriento relámpago iluminó súbitamente la conciencia desquiciada: ¡Al fin lo comprendía todo! ¡Ella era inocente!... Obligada por su padre habíale entregado a éste las cartas, pero se había negado a escribirle una sola palabra de quiebra, no obstante las cobardes injurias del desesperado. Esa misma tiranía paterna la había obligado a marcharse de la provincia cuantas veces habían querido verse, y ella todavía, ¡oh abnegación sublime!, lejos de señalar a su padre como la causa de esas desazones, lo disculpaba diciendo que ¡como la quería tanto!, que ¡como era su consentida!... ¡Ah, viejo lobo!... ¡Vil judío!... ¡Con que lo que querías era un título, una posición brillante, una situación desahogada, para que tu capital no sufriese menoscabo, so pretexto de que tu hijita no experimentase privaciones, cuando tú eres el primero en robarle el oro de sus ensueños y hacerle pedazos la más cara de sus satisfacciones. ¡Con razón trataste tan bien a Carrillo! ¡Claro!... tenía un título, era un abogado, un profesionalista, ¡señor zorro!, ¡un profesionalista como tú lo querías!...

¡Pero!... ¡Qué estoy diciendo!... ¿Qué estoy pensando?... ¡Insultar hasta al más noble, al más fiel, al mejor de mis discípulos!... ¡Herir al padre! ¡Escupir el rostro que ella ha santificado con sus besos!... ¡No!... ¡No!... ¡Vil, mil veces vil de mí!... ¡Esto es injusto!... ¡Es injusto!... Veamos: ¿Acaso Carrillo no es un muchacho inteligente; no tiene una sólida cultura; no posee un corazón de niño y un espíritu robusto; no está en la plenitud de la juventud; no es un vencedor,

sin ser por esto un cualquiera; no es un selecto, un íntegro, un indemne; no vale más, mucho más que yo?... ¿El padre de ella, el pobre padre de ella no hizo perfectamente bien en separarla de mí, y en ponerla cerca de él?... ¿Y, ella misma, ¡pobrecita y tonta Magdalena!, ella misma no merece más ir al éxtasis de los éxtasis, acompañada de una alma como la suya, luminosa, cristalina?...

¡Sí!... ¡Sí!... ¡Él, él también debía contribuir, él también contribuiría a hacer la felicidad de esas dos existencias que habían aligerado sus angustias!... ¡Ellos se habían sacrificado por él; él se sacrificaría por ellos, y ya que no había podido alcanzar la dicha, desde el potro de su dolor, él se regocijaría con la dicha de los demás!...

¡Y, si le escribiera a Magdalena, y sin que su padre lo supiese, reanudara sus relaciones! ¡Al fin ella lo seguiría queriendo todavía! ¡Al fin Carrillo podía encontrar otra muchacha con facilidad, mientras que él, ya grande, vencido, fatigado!...

¡La felicidad!... ¿La felicidad?... ¡Oh, no!... ¡No!... ¡Era mentira... espejismo, ilusiones... nada!... ¡Su victoria sería una victoria efímera; al fin, su padre tendría que saberlo... Sobre todo, él no era capaz de hacer la felicidad de nadie, estaba maldito, estaba condenado; había nacido con quién sabe qué tragedia escondida en la entraña... ¡No!... ¡No!... ¡Ah!... Ya tenía resuelta la cuestión!, y rápidamente, sin reflexionar un momento más, le escribió una carta a su padre y otra a ella: “Se habían engañado ambos, él no la quería ni la había querido nunca; la había tenido de novia nada más porque sí, porque deseaba divertirse despreciando la opinión de los imbéciles provincianos; porque le gustaba gozar engañando; porque era un complicado; un voluptuoso del sufrimiento ajeno y del sufrimiento propio; porque era un sodomita, un mazoquista empedernido y refinado. Qué no tuviera cuidado el buen viejo; que no se ocupara más de él la niña cursi y le fuera muy bien con su señor abogado; sólo les suplicaba a los dos que, para que no se sintiera ofendido su discípulo, le echaran tierra al asunto y no le dijeran nada”.

CAPÍTULO 16

TODO SE HABÍA arreglado; pero, ¡qué derrumbamiento más trágico en aquella vida definitivamente triturada! ¡Qué abismo! ¡qué tormenta! ¡qué caos!... La fiera agazapada, saltó de su hondura dando zarpazos en el alma; la serpiente escéptica extranguló al corazón; todos los microbios del pesimismo invadieron la sangre, asaltaron los tejidos, despedazaron los tendones, desarticulaban los huesos, corroyeron las vísceras y deshilacharon los nervios estremecidos del pobre moribundo: —¡haber vislumbrado la felicidad, haberla tenido en mis manos sólo para sentir la angustia de perderla!—, rugía desesperado. ¡Entrar al paraíso, nada más para que desde allí nos arrojen al infierno!... ¡Ser azotados, burlados, abofeteados, machacados, escarnecidos y... no tener a quien culpar!... ¡No hallar a nadie que sea responsable de nuestra tortura, para tener cuando menos el consuelo de insultarlo!... ¡No poder sentir siquiera ni el placer de la venganza!... ¡Ser menos, mucho menos, muchísimo menos que el paria que ve el látigo que lo hiere, y el reptil que mira la bota que lo aplasta!... ¡No podernos maldecir ni nosotros mismos, porque somos enfermos, desorbitados, poseídos, irresponsables!... ¿Irresponsables? ¡No!... ¡Eso no!... ¡Yo no soy irresponsable!... ¡Yo soy, yo he sido la única causa de mi mal!... ¡Yo me he martirizado, sí, ¿lo oís bien, existencia vil, sociedad mojigata?... ¿lo oís bien? ¡Yo me he flagelado y devorado porque he querido!... ¡Porque vuestra felicidad y vuestros goces me dan náuseas; porque no los necesito; porque para nada me sirven!... ¡Porque yo no soy un hombre! ¿Lo oís, lo escucháis bien?... ¡Porque yo no soy un hombre, sino un marrano; un sublime marrano; un animal divinamente asqueroso, excelsamente bruto que vive de vuestros desechos, es decir de lo mejor que tenéis, y habita

en vuestras zahurdas, que son más limpias que los hogares de vuestro mundo y mucho menos asquerosas que las conciencias de los hombres!... ¡Un marrano!... ¡un gorrino!... ¡Un luminoso cerdo!... ¡Sí! ¡sí!... ¡esperad!... ¡esperad!... vais a ver el espectáculo más sublime de la tierra; abrid bien los ojos... ¡esperad!... ¡esperad!...

Y tomando febril y maquinalmente su sombrero, echóse a la calle, andando muy de prisa, casi corriendo, tropezando, trastabillando, sin fijarse en nada ni en nadie, con los ojos fijos, la mirada incierta, y gruñendo de cuando en cuando: “¡esperad!, ¡esperad!”, ajeno por completo a los escasos viandantes que lo tomaban por borracho. Así llegó a Los Ángeles, pero no se detuvo, siguió adelante; pasó la vía de Nonoalco; dejó atrás Monte Alto y todavía continuó andando, andando, hasta hallarse en pleno despoblado. Allí buscó los lodazales y se metió en ellos; dirigióse a los muladares y con fruición espantosa fue pisando las inmundicias, batiéndolas, hundiéndose materialmente en ellas, sin dejar de comentar: ¿Lo véis, vida estúpida, sociedad estúpida, seres estúpidos, hipócritas y ruines? ¿Lo véis? ¡Soy el superhombre, es decir, el marrano y vengo a visitar a mis hermanos pudrideros, a mis hermanas cloacas, a mis hermanos detritus: los detritus divinos! ¿Lo oís? ¡Los gloriosos detritus, más grandes que los genios, que los sabios, que los artistas, hasta más grandes que yo!...

—¡Aquí me tenéis, mis queridos hermanos inseparables; ya estoy entre vosotros, y siento vuestro corazón, más puro que los corazones humanos; ya miro vuestros sueños; ya escucho las letanías de vuestras esperanzas!... Y andaba, andaba, llenos los pies y las piernas de excrementos: andaba sin saber a dónde iba; andaba, andaba, hasta que, al fin, se detuvo; ahí estaba tumbado, con las patas rígidas, un caballo muerto, apestoso y horriblemente inflado; en el lomo, una llaga hedionda, cubierta de pus, servía de festín a una miríada de moscas; Víctor Sáenz fijóse en ella, con bárbaro regocijo, espantó al fúnebre enjambre, arrodillóse ante el cuerpo muerto, y con una devoción demente, hundió sus labios, aplastó su boca en el espeso jugo purulento, y, con los labios y la boca así llenos de porquería, de rodillas aún, abrazando la panza inflada del jamelgo, exclamó,

El hombre absurdo (1935)

saboreándose con siniestra delicia: ¡Mi hermana pústula!... ¡Mi hermanita querida y bien amada!... ¡Mi novia!... ¡Porque eres mi novia! ¿Verdad?... ¡Oh, qué dulce!... ¡Eres dulce como la miel hiblea, eres blanca como la espuma! ¡Eres sabrosa y exquisita como la ambrosía de los dioses!... ¡Quien no te ha probado no sabe de los paraísos inenarrables, ni de las quimeras radiosas, ni de los cuentos de hadas; ni de los portentos, ni de los prodigios, ni de los milagros indecibles!... ¡Eres buena!... ¡Eres noble!... ¡Eres caritativa!... Por tí creo en Dios que así sabe glorificar contigo los cadáveres y saciar y deleitar a las moscas, y aliviar y transfigurar a los superhombres, a los marranos como yo!... ¡Eres buena!, ¡Eres buena! ¡Oh, la pústula, la inmundicia, el excremento, la mierda! ¡Lo más noble de la vida!... ¡Lo mejor de la sociedad!... ¡El más exquisito manjar de los muladares!... ¡La delicada, la deliciosa nata y flor de las atarjeas!...

Y, hundiendo todo el rostro en la supuración apestosa y sanguinolenta, se quedó clavado en un éxtasis brutal, sumido en un bárbaro arrobó, en un transporte salvaje, bajo la indiferencia del tiempo, cuyas horas sonaban como cascabeles, y lejos, muy lejos, inmensurablemente lejos de las estúpidas grandezas de los hombres!...

La tarde toda era como una sonrisa; el viento un infinito perfume susurrante; y el cielo, una ancha y profunda mirada misericordiosa!...

¡El mundo, la vida, no podían ser más adorables!...

CONTENIDO OBRA COMPLETA

POESÍA

| | |
|----------|--|
| Tomó I | Ánfora (1920) Mirras: poemas orfébricos (1932) |
| Tomó II | El minuto azul (1932) La selva sonora (1933) 3 poemas a la madre (1936) |
| Tomó III | Sinfonías (1937) Torre negra (1938) Elogio de la madre (1939) Aguiluchos (1940) ¡Presente! (poemas) (1951) Letras marianas (1953) Laude a Atlacomulco (1956) |
| Tomó IV | Zarpa de luz (1974) Espumas y oleajes (1977) |

ENSAYO

- Tomo V El Estado de México desde la prehistoria hasta la conquista (ensayo de filosofía histórica) (1933)
La universidad, la juventud, la revolución (1934)
- Tomo VI Verbo peregrinante (1939)
Homenaje a la bandera (1940)
- Tomo VII Ideas, imágenes, palabras.
“El libro de los oradores” (1956)

NOVELA

- Tomo VIII El hombre absurdo (1935)
- Tomo IX Realidad (1936)
¡Miseria! (1981)



Horacio Quiroga Anaya. La luz del conocimiento
Tomo VIII Novela: *El hombre absurdo* (1935), Jorge Olvera García (coordinador), se terminó de imprimir en octubre de 2016. El tiraje consta de 200 ejemplares. El cuidado de la edición estuvo a cargo de la Dirección del Programa Editorial de la UAEM.

Editora responsable:

GABRIELA LARA

